

La Atlántida, ¿Un mito? ¿Un deseo de creer? ¿Un recuerdo ancestral? ¿Una fábula de Platón? ¿Un enigma geológico? ¿Es la Atlántida algo más que un nombre tan acertado que cualquier experto en marketing daría su sueldo por encontrar uno de similar éxito?

El filósofo griego Platón escribió unas obras llamadas Diálogos en las que trataba de explicar su concepción del mundo. Dos misteriosos diálogos fueron los llamados Timeo y Critias. En ellos, en apenas unas líneas, unas veinte páginas de un libro normal, Platón escribió la noticia acerca de un continente gigantesco que había Dibujo de como pudo ser el centro de la Atlántida. Desaparecido en un sólo día y una noche, tragado enterito por el mar océano.

Platón citaba como fuente al historiador Solón, quien habría oído en Egipto la historia de la desaparición de una "isla del oeste". Eso ocurrió, según Platón, 9.500 años antes de su época (427-347 a.C.), y la isla tenía una superficie de once mil kilómetros cuadrados, más grande que China. Los atlantes constituyeron una sociedad superdesarrollada pero se alejaron de su dios y sobrevino el castigo divino, haciéndolos desaparecer para siempre. Al parecer Platón iba a escribir las razones de Zeus o su homólogo dios de los atlantes para condenarlos así, pero la muerte no le dejó terminar esa parte de sus Diálogos.

Foto del centro de la ciudad de la Atlántida, como pudo ser en maqueta. El continente de la Atlántida estaba, como su nombre indica, en el océano Atlántico, entre la costa oeste del sur de Europa, y la del este de América.

Curiosamente, Atl significa agua en lengua náhuatl. Cuentan las leyendas que hasta el primer siglo antes de Cristo no se podía navegar por las aguas que se extienden entre las costas de España y el Golfo de México.

Las Columnas que Heraklés colocó en el Estrecho de Gibraltar y el "Non plus ultra" tenían una razón de ser: por toda el agua del océano flotaba una masa informe compuesta por lodo solidificado, como placas de piedra pómez, restos del fenómeno que hundió a la Atlántida.

Aceptemos la leyenda: el dios de los atlantes decide castigar a su pueblo. ¿Qué arma o herramienta usa para ello? Un cataclismo de dimensiones desacostumbradas origina un cráter en el suelo submarino tan profundo que el magma sale a la superficie arrojando chorros de materia incandescente y hundiendo el continente. Dicen algunos que el deslizamiento de las placas continentales confirma que si bien es posible comprobar que el continente Americano se separó de Europa, África y la Antártida, pues sus siluetas parecen encajar como un puzzle, en la zona correspondiente al Caribe y a España queda un espacio vacío de una extensión similar a la atribuida a la Atlántida. Otra teoría apunta la posibilidad de que un enorme meteorito fuera el causante de la perforación de la superficie marina que desencadenó todo el proceso, para lo que se basan en la concentración de cráteres existente en la zona de Carolina, occasionados por los supuestos fragmentos de ese meteorito gigante que habría caído sobre el océano. Además de estas causas, se apuntan otras como la simple erupción volcánica como lo que sucedió con la

isla de Krakatoa en 1883, la elevación del nivel del mar o la llamada subducción continental, es decir, una placa oceánica tragada bajo una placa continental. Todas estas hipótesis han sido rebatidas por los científicos y el enigma permanece.

A todo ello hay que sumar las que se han calificado como evidencias de la existencia de la Atlántida, los restos de la Atlántida, bien en forma de sus cumbres más elevadas, bien como restos arqueológicos, y las misteriosas desapariciones en el triángulo de las Bermudas.

Dicen que algunas islas son restos emergidos del antiguo continente, o bien, las cumbres más altas del mismo. Ocurriría con las Antillas, las Canarias o las Azores. Además, se añade otra leyenda a la ya existente: el triángulo de las Bermudas cobijaría en su seno restos de la avanzada tecnología de los atlantes, máquinas que en determinadas condiciones aún funcionarían, destruyendo o interfiriendo electrónicamente en los sistemas de barcos y aviones que pasan cerca de llamado Triángulo de la Muerte, entre Bermuda, Miami y Puerto Rico. Por último, se han llegado a identificar nada menos que auténticos caminos y paredes, el llamado Muro de Bimini, una construcción con un material difícil de hallar en la naturaleza, la micrita. Lógicamente, los geólogos aseguran que se trata del fenómeno conocido como roca de playa del que también existen otros, aunque escasos, como en Australia.

Los narradores de leyendas Americanos cuentan que en tiempos remotos existieron no uno, sino dos continentes más. La Atlántida, por el lado del Oriente, y el Continente de Lemuria, por el Poniente. En los dos la sociedad había alcanzado cotas altísimas de desarrollo en todos los campos. Pero los mares se levantaron y lucharon contra las montañas. Algunos lemures se salvaron en potentes barcos, y arribaron a las costas Americanas del Pacífico, llevando allí sus costumbres y creencias, y se asentaron en tierras de Incas y la Isla de Pascua. Por el otro lado, por el Golfo de México arribaron en oleadas grandes grupos de supervivientes de la Atlántida, miembros de las distintas naciones que la formaban, y que luego se llamaron mayas, totonacas, mixtecas o zapotecas. Algunos, como los teotihuacanos, llegaron hasta el altiplano, temerosos de que un nuevo cataclismo pudiera volver a hundir las costas de su nueva tierra.

Y de esta manera legendaria se explica la divergencia de culturas de las costas Americanas (peruanos, incas, viricochas...) y de manifestaciones (los gigantes del Machu Pichu, el valle de Nasca, los monolitos de Tiahuanaco...) Eso explica también los avanzados calendarios, los numerales, la astronomía y las técnicas arquitectónicas que les permitieron las grandes construcciones. Dicen que la leyenda la contaban los olmecas, una raza de la que no se conserva ningún escrito, porque sobrevivió a una tragedia imposible de olvidar.

ATLÁNTIDA, ALGUNAS RESPUESTAS...

¿QUE ES LA ATLÁNTIDA?

Desde que Platón escribió sus misteriosos diálogos llamados "Timeo" y "Critias", cuya extensión no es más que de unas 20 páginas de un libro actual, la leyenda de la Atlántida ha fascinado a muchos. El filósofo señalaba que en ese misterioso lugar moraba un pueblo extraordinariamente civilizado y rico, y que un día sobrevino en el mundo un cataclismo de tales magnitudes que en un lapso de 24 horas lo hundió en el mar, con todas sus riquezas y esplendores. Esto ocurrió, dice Platón, 9500 años antes de que él lo escribiera.

Según el investigador Otto Muck, la Atlántida era un paraíso templado-cálido, de fértiles llanuras, en cuyas cordilleras abundaban los bosques de maderas valiosas. Era una tierra rica en cobre, estaño, oro y plata. Era tanta la riqueza de aquellas tierras y tal la excelencia de su clima, que su población se multiplicó rápidamente, llegando a los 60 millones de habitantes; una cifra portentosa, más si se estima que Egipto (uno de los países más densamente poblados del mundo antiguo) no pasó jamás de los 15 millones. También parece haber sido una civilización muy avanzada para aquellos tiempos, en los que Europa recién entraba al periodo neolítico. Pero dice la tradición que los atlantes se alejaron de su dios, de sus antiguos líderes, y extraviaron el propósito de sus vidas; y que por esa causa el dios Zeus había decidido castigarlos.

¿DONDE ESTABA LA ATLÁNTIDA?

El sacerdote jesuita A. Kirchner, investigador de la obra de Platón, afirmó en el año 1665 que el continente perdido habría estado en el océano Atlántico, entre España y América, dato que es compartido por la mayoría de los investigadores actuales.

Cuentan las leyendas antiguas, que entre los siglos XII y I antes de Cristo, era imposible alejarse de la costa europea más allá de las Columnas de Hércules (hoy estrecho de Gibraltar) pues se encontraban aún flotando enormes masas de lodo procedentes del cataclismo que hundió a la Atlántida. ¿Cómo sería posible esto? Una respuesta muy seria la dan los vulcanólogos, especialmente aquellos que tuvieron la oportunidad de estudiar los efectos de grandes erupciones. Nos indican que las cenizas volcánicas son lanzadas a gran altura mezcladas con ácido carbónico, nitrógeno, agua y anhídrido sulfúrico. La lava en estado de cenizas es porosa y los ácidos y el agua extraen de ella gran cantidad de compuestos minerales hasta dejar sólo los materiales más inertes y duros; estos constituyen la piedra pómex, una piedra tan liviana que flota sobre el agua hasta que, poco a poco, se impregna y se hunde.

EL CATACLISMO

A comienzos de la década de los 60, un grupo de geólogos alemanes desarrolló una teoría que parece confirmar la posibilidad de que haya habido un cataclismo bien determinado, capaz de hundir un subcontinente de 200 mil kilómetros cuadrados en el fondo del mar dejando afuera sólo sus montañas más elevadas, como por ejemplo las islas Azores. Tomaron en consideración 3 factores:

Primero, el deslizamiento de las placas continentales. Según estas teorías, el continente Americano se separó de Europa, África y la Antártida por el deslizamiento de las placas sobre las capas más profundas y viscosas del planeta. Si miramos un mapa, veremos que sus formas calzan casi como las piezas de un rompecabezas. La excepción la constituye la zona correspondiente al Caribe y España, donde queda un espacio vacío.

En segundo lugar, el hueco que se produce coincide con la extensión tradicionalmente atribuida a la Atlántida.

Tercero, han comprendido que ninguna erupción volcánica habría podido producir un efecto suficiente como para hundir una masa tan grande de tierra firme.

De acuerdo a esto desarrollan la tesis de que el cataclismo que, sí podría haber provocado tal hundimiento, sólo podría originarse en una perforación tan profunda en el suelo submarino que alcanzó las materias fundidas que hay debajo de la corteza terrestre, a las que llamamos "magma". Este cráter habría proyectado gigantescos chorros de materia incandescente haciendo que al mismo tiempo se hunda el fondo oceánico, con lo que en unas 24 horas toda la Atlántida habría podido sumergirse hasta una profundidad de 3 mil metros. La masa enorme de cenizas volcánicas, millones de metros cúbicos de lava porosa y piedra pómez, se habría precipitado pronto sobre el mar en el mismo lugar donde antes se alzaba la hermosa isla de los atlantes.

Se cumplirían así los detalles más dudosos del relato de Platón. Por supuesto que hay muchos más indicios que indican que el fondo del mar inmediato a los Azores estuvo antes emergido. Por ejemplo, se han detectado allí grandes extensiones de fondo marino arenoso, y es sabido que la arena sólo se produce en las superficies por la acción del agua sobre las piedras; y todo esto sin mencionar las ruinas submarinas descubiertas en la región conocida como Triángulo de las Bermudas.

LA MUERTE VINO DEL ESPACIO

Finalmente, este grupo de geólogos encabezado por el investigador Otto Muck, concuerda en que el único acontecimiento que podría haber provocado tales efectos estaría relacionado con el espacio exterior. Observando la zona de Carolina, en Estados Unidos, donde hay una concentración notable de cráteres occasionados por meteoritos de masa relativamente grande, se preguntaron si tales meteoritos no habrían sido fragmentos de uno mucho más grande que habría caído sobre el océano.

Si dicho meteoro hubiera golpeado la superficie marina en el ángulo apropiado, su masa habría penetrado hasta el magma como un perdigón que atraviesa un huevo.

Queda algo por preguntarse: ¿Qué dioses quisieron castigar a esos atlantes que "se alejaban de su dios"? Platón estaba a punto de escribir la serie de conceptos con que Zeus justificaba su decisión de condenar a los atlantes, cuando la muerte le arrebató el burril y el pensamiento.

* Los Primeros Comentarios sobre la Atlántida:

Las primeras referencias de una tierra llamada Atlántida (o Atlantis) se le atribuyen a Platón, un filósofo y profesor griego que vivió hace años. Según los comentarios de Platón, algunos de ellos incluidos en su obra "Críticas":

"Hacia el año 590 a. C. el sabio griego Solón visitó una ciudad egipcia llamada Nelth, en el Delta del Nilo. Allí preguntó a unos sacerdotes, quienes asentaban en libros sagrados los acontecimientos más destacados del mundo en aquellos tiempos, sobre hechos del pasado. Uno de ellos le narró que hacia unos 9,000 años (lunares), frente a las Columnas de Hércules, opuesto al estrecho, se alzaba una hermosa y fructífera isla en el Océano Atlántico, en cuyo centro se levantaba una montaña inaccesible. "

Platón nació en Atenas probablemente en el año 427 a.C. y pertenecía a una familia noble. En el año 407 ocurrió el acontecimiento capital de la vida de Platón: su encuentro con Sócrates. El maestro tenía 63 y el alumno 20 años. Platón debió seguir las lecciones de Sócrates durante ocho años. Poco después de la caída de los Treinta, tres delatores acusan a Sócrates de corromper a la juventud y de no creer en los dioses de la ciudad; condenado a muerte, rehúsa evadirse y bebe la cicuta en el 399. Platón no estuvo presente en los últimos momentos de su maestro, relatados en el Fedón; pero esta escandalosa injusticia debió ser para él el prototipo del acto inicuo contra cuya repetición debía luchar todo filósofo.

Sin embargo, las líneas que dejara sobre aquella tierra llamada Atlántida después que se convirtieran en comentarios de la época, crearon una continua controversia que hasta en la actualidad existe. ¿Existió ese continente? ¿Existió bajo otro nombre? ¿Es sólo una leyenda? Mucho se ha escrito y se ha visto en películas sobre este tema. ¿Cuál es la verdad? ¿Qué hay detrás de todo esto?

Luego que varios especularan sobre este tema, Aristóteles, uno de los discípulos de Platón, comentó que "la historia de la Atlántida era una ficción, un cuento, inventado por su maestro." Otros autores antiguos como Estrabón, Plinio el Viejo o Plutarco, decían no estar seguros, pero tampoco se atrevieron a apoyar su existencia. Conforme los años pasaron, sobretodo en la Edad Media, se puso en duda la opinión del gran Aristóteles, con lo que comenzó una discusión que dura hasta estos años.

Quienes están del lado de Aristóles, sobre que la Atlántida era una historia inventada por Platón, opinaban que era "un mito creado por él para ilustrar su teoría de la república ideal."

Sin embargo, muchos dicen que, "durante cientos de años se pensó que la Troya de la que Homero nos hablaba en la "Ilíada" era una ficción, hasta que Heinrich Schliemann la desenterró en 1871 siguiendo los textos al pie de la letra."

Así, teniendo el hecho de Schliemann como evidencia, algunos se atreven a pensar que los mitos tienen un valor histórico, y que no pueden ser tomados como meras fantasías. De esta manera siguiendo esta corriente de desentierro de mitos, se han venido produciendo descubrimientos que otorgan una base histórica a muchas leyendas. Tenemos por ejemplo al descubrimiento del hogar del Minotauro, Cnosos, por Sir Arthur Evans; el encuentro de los restos de los grandes reinos minoicos; los hallazgos en Ítaca; el palacio del rey Néstor, entre otros.

Decíamos pues que Platón hablaba mucho sobre esta supuesta isla que los egipcios dieron a conocer a Solón y éste se lo hizo saber a Sócrates, aunque sea a Platón al primero que se le atribuyen estos rumores. En este punto los rumores se mezclan con la mitología griega de esos tiempos: "Dicha isla fue gobernada por Neptuno (Poseidón, dios del mar), quien tomó por esposa a Clito, una mujer terrestre, con la que tuvo 10 hijos y fortificó la colonia en que vivían, formando una increíble dinastía. Esta isla era como del tamaño de un verdadero continente."

La isla por donde cruzaba un canal que colectaba agua de los ríos. El clima era estupendo, y había toda clase de hierbas y frutas, así como existían numerosas especies de animales, incluido el elefante.

Por generaciones, los atlantes vivían una "simple y virtuosa vida". Pero poco a poco comenzaron a cambiar. El poder los corrompió. Cuenta entonces la leyenda que cuando Zeus vio esa decadencia de los atlantes, se reunió con otros dioses para determinar su castigo.

Pronto, una violenta y misteriosa catástrofe se originó, la isla, su gente, y toda memoria que hubo de la gran Atlántida fue borrada de la faz de la tierra y del mar.

NEOARQUEOLOGIA

ATLÁNTIDA, AMÉRICA Y DESCUBRIMIENTOS:

LA ATLÁNTIDA, SIN LUGAR A DUDAS, CONSTITUYE EL MISTERIO MAS GRANDE DE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD, Y AL DECIR DE CHARLES BERLITZ "CREAMOS O NO EN ELLA YA FORMA PARTE DE NUESTRA CULTURA".

EL MISTERIO DE LA ATLÁNTIDA

por Sotero Caraballo (ONIFE-CEP)

Pero... ¿existió en realidad la Atlántida, o sólo fue una leyenda platónica?... Lo cierto es que como resultante del estudio de la Prehistoria y la Protohistoria se demuestra que una gran catástrofe conmovió a ambos hemisferios terrestres formando un gran archipiélago cuya isla principal- Poseidonia o Atlántida -figuraba en los mapas y archivos más antiguos de que se tenga idea.

En su descripción de la Atlántida, Platón sería la que esta enorme isla, "era mayor que Libia y Asia juntas, (cabe destacar que con el nombre de Libia se designaba a la parte norte del África conocida), y podía pasarse a través de ella al continente opuesto, que bordeaba el verdadero océano".

Se ha llegado a comprobar también que la Atlántida fue la verdadera cuna de la civilización y el lugar específico donde el hombre salió de la barbarie. Se dice que desde esta superpoblada isla sus habitantes llegaban, (a través de este puente" intercontinental), tanto a las costas de América como a las de Europa y más aún a las de África. Es pueril pensar pues que la mitología egipcia y la mesoamericana no reflejan la cultura atlántida. También es dable imaginar. que esta cultura "atlante" haya sido "impuesta" -digámoslo así- por civilizaciones superiores, sin duda extraterrestres. Respaldando esta última aseveración acotamos que en la mitología de ambos pueblos existen innumerables historias que hablan de la visita a la tierra de seres inteligentes provenientes del espacio exterior.

Un claro ejemplo lo constituye la pirámide dedicada al Sol, que se alzaba en Teotihuacán, (Méjico), cuyas características no pueden hacer más que alimentar la hipótesis de que existieron estrechas relaciones entre las civilizaciones Americanas y Todo esto da como resultante que sean pasmosas las coincidencias que se establecen entre las civilizaciones mesoamericanas y egipcias, en el orden de la lingüística, en lo cultural, en lo religioso y hasta en lo arquitectónico. Y esta última similitud está representada por la edificación de sus templos, sus tumbas, sus construcciones piramidales.

La base de este extraordinario monumento mexicano, tiene las mismas medidas que la de la pirámide de Keops. (225 x 220 metros, y su altura: 73 mts. corresponde a la mitad de esta última).

Pero detengámonos a pensar en un detalle muy particular: Los materiales con que se construían semejantes portentos. Es decir, los inmensos bloques pétreos que -Según se dice se acarreaban desde grandes distancias. He aquí otro profundo interrogante, que sólo tiene respuesta si lo relacionamos a la influencia y enseñanza cósmica.

Como es sabido, transportar y labrar bloques tan pesados y darle a sus caras fortunas perfectas que permitieran un justo encastre con las máximas garantías de solidez, constituía un gran problema.

También la colocación de los bloques sigue constituyendo un enigma indescifrable para la ingeniería actual, ya que para 'dicho trabajo se requeriría entre otras cosas, el empleo de plataformas de cemento armado capaces de soportar el peso de unos vagones de ferrocarril de cuarenta ruedas. Se ha hablado (y se sigue hablando), de planos inclinados, de rodillos hechos con troncos de árboles, pero se trata de suposiciones poco consistentes. Los medios de ninguna manera hubiesen podido excluir la obra humana. Pues bien, si admitimos entonces que mil manos sean suficientes para mover o acompañar a uno de estos Dedruzcos: mil manos pertenecen a quinientas personas, que no cabrían alrededor de la piedra. Todo esto nos lleva a pensar en máquinas o "técnicas desconocidas" de alzamiento, utilizadas por los egipcios y los antiguos Americanos y que recibieron de manos de los atlantes.

Otra hipótesis incomprendible, con respecto a la misteriosa manera de llevar a cabo estas imponentes construcciones es la que cuenta una antiquísima anécdota de la historia incaica y es la que se refiere al supuesto líquido que tenía la poderosa propiedad de "ablandar" las rocas haciéndolas así más maleables y fáciles de manipular.

Pero vayamos al hecho en sí, que es el siguiente: A la llegada de los conquistadores a América y más precisamente a Ollantayparubo (Perú), éstos se sorprendieron ante la presencia de ciudades fuertes, y palacios incas, como asimismo murallas que indicaban claramente la existencia de anteriores civilizaciones.

Los misteriosos antecesores de los incas no solamente eran capaces de tallar y colocar enormes monolitos, sino que los trasladaron a veces luego de caminar más de 2000 km. para depositarlos.

Se han llegado a encontrar bloques de andesita y granito que pesan de 150 hasta 200 toneladas. Las leyendas incas afirman que han sido llevados allí por el aire, por lo tanto se llega a la siguiente conclusión: Ningún ser humano terrestre podría haber llevado a cabo el tallado de las piedras utilizando las rudimentarias herramientas que se encontraron en las excavaciones allí realizadas. No se trata pues de una cuestión de paciencia ni de tiempo.

Es un hecho imposible de llevar a cabo por un ser humano. Pero un descubrimiento realizado por un arqueólogo da muestras de que ello es posible mediante la utilización de cierto poderoso líquido que tenía la propiedad de malear las piedras y que era conocido por los indios de la zona.

El coronel P. H. Fawcett, famoso explorador de las selvas sudamericanas, en uno de sus libros hace alusión a un hecho cruel y asombroso ocurrido en el Perú. En el relata que unos ingenieros en minas estadounidenses se encontraban efectuando trabajos de exploración en uno de los incontables cementerios indígenas situados en los terraplenes, denominados "huacas". Durante la tarea, encontraron un recipiente cerrado llamado igualmente huaca, en la zona de la selva amazonia peruana, en una zona inexplorada, en la zona de Gran Pajaten, a 250 edificios de un civilización y en asentamiento hallaron

una extraña jarra en forma de cabeza humana y al mover el recipiente con sorpresa notaron que en su interior contenía cierto extraño líquido cuando los ingenieros intentaban explorar 30 construcciones. Ellos descubrieron y forzaron a uno de los indios en el lado que trabajaban en el lugar para que lo bebiese.

El pobre hombre, dominado por el terror, se resistió violentamente y logró huir en medio del forcejeo, pero la vasija se rompió contra las piedras.

Al regresar los ingenieros al campamento, luego de haber intentado inútilmente atrapar al indio, observaron con asombro, que la roca sobre la cual se había derramado el misterioso líquido contenido en la "huaca", se tornaba blanda y maleable.

Numerosas anécdotas y leyendas con respecto a este líquido maravilloso escuchó Fawcett entre los naturales de la región, luego de este hecho. Incluso trató de denodadamente de encontrar cierta planta selvática de la cual, supuestamente, se extraía el poderoso líquido. Fawcett nunca pudo hallarla y con este fracaso en la búsqueda se desvanecieron todas las esperanzas de localizar el líquido mágico.

DESCUBRIMIENTO DE NUEVOS ENIGMAS ARQUEOLOGICOS

A pesar de lo ya expuesto el ser humano continúa en su búsqueda incansable por tratar de dilucidar de dónde provenimos y hacia dónde vamos, y sus ansias por lograrlo hace que siga investigando el pasado por medio de la Arqueología y sus ramas afines, encontrándose día a día con nuevos y asombrosos descubrimientos como el que se transcribe a continuación:

Una reciente noticia da cuenta de que arqueólogos y científicos de la NASA y de la Universidad de Colorado, "guiados" por las imágenes de los satélites, descubrieron en esta zona, una serie formaciones artificiales y De acuerdo con el relevamiento por satélite, el parque arqueológico, llamado "del río Abiseo", se extendería por más de 2.600 Kms. cuadrados. Según las primeras imágenes difundidas por la NASA, los edificios presentan características únicas en la arquitectura andina: Estructuras circulares con representaciones humanas y animales en relieve o con dibujos. Todo ello permite suponer que deben atribuirse a una civilización desconocida preexistente o contemporánea de la incaica en Perú, desde el 1400 al 1500.

Este descubrimiento abre una nueva página en el estudio de la cultura andina hasta ahora conocida y a pesar de que es una zona geográfica casi inaccesible los arqueólogos y científicos siguen trabajando utilizando imágenes tomadas por el satélite.

Todo esto nos reafirma una vez más que los enigmas arqueológicos que existen a ambos lados de lo que fue la Atlántida siguen alimentando nuestra capacidad de asombro y afán de investigación.

LA CLAVE DE LA ATLÁNTIDA:

Durante siglos se ha tratado de descifrar una extraña lengua, bautizada como "linear A", hablada por los cretenses antiguos. Pero los esfuerzos han sido infructuosos hasta el momento por la falta de textos escritos en esa lengua. Pero ahora, el Profesor griego Ioannis Papapostolou descubrió hace pocos años unas ruinas de lo que fue en un tiempo un centro administrativo cretense. Allí encontró 30 tabletas y más de 50 utensilios que tienen inscripciones en "linear A". Con este material se podrá avanzar mucho en el estudio de la lengua. Se afirma que en ese extraño idioma reside una de las claves para el descubrimiento de la Atlántida, el continente hundido que algunos ubican en las proximidades de la Isla de Creta. La antigua civilización cretense fue destruida por las hordas de bárbaros venidos de continente.

* EXTRACTO DE SUPLEMENTO DE CUARTA DIMENSION.

PROXIMAMENTE MÁS SOBRE LOS MISTERIOS ANDINOS.

LA ATLÁNTIDA Y LOS MAYAS:

Extracto del libro "Los misterios mayas"

Vamos a comenzar recordando a ese antiguo continente sumergido llamado Atlántida. En el viejo Egipto de los faraones, los sacerdotes de Sais dijeron a Solón que la Atlántida había sido destruida nueve mil años antes de conversar con él. La civilización atlante todavía no ha podido ser superada por nuestra tan cacareada civilización moderna.

Conocieron la energía atómica y la utilizaron en la guerra y la paz. La ciencia atlante tuvo la ventaja de estar unida a la magia; se fabricaron robots extraordinarios, cierto tipo de elementales superiores controlaban dichos robots que, dotados así de inteligencia, parecían seres humanos y servían fielmente a sus amos. Cualquier robot podía informar a su dueño de los peligros que le acechaban y, en general, sobre múltiples cosas de la vida práctica.

Tenían los atlantes máquinas tan poderosas y maravillosas, como aquella que telepáticamente podía transmitir a la mente de cualquier ser humano preciosa información intelectual. Las lámparas atómicas iluminaban los palacios y templos de paredes transparentes. Las naves marítimas y aéreas fueron impulsadas por energía nuclear.

Los atlantes aprendieron a desgravitar los cuerpos a voluntad. Con un pequeño aparato que cabía en la palma de la mano, podían levantar cualquier cuerpo por pesado que éste fuera.

El dios Neptuno gobernó sabiamente la Atlántida. Era de admirarse y verse el templo sacratísimo de este santo dios. Las paredes y muros plateados de dicho templo asombraban por su belleza y las cúpulas y techos eran todos de oro macizo y de la mejor calidad. El marfil, el oro, la plata, el latón, lucían dentro del templo de Neptuno con todos los regios esplendores de los antiguos tiempos.

La gigantesca escultura sagrada del muy venerado y muy sublime dios Neptuno era de oro puro toda. Aquella inefable estatua misteriosa, montada en su bello carro arrastrado por exóticos corceles y la respetable corte de cien nereidas, infundían en la mente de los devotos atlantes profunda veneración. Las ciudades atlantes fueron florecientes mientras sus habitantes permanecieron fieles a la religión de sus padres, mientras cumplieron con los preceptos del dios Neptuno, mientras no violaron la ley y el orden.

Pero cuando las cosas sagradas fueron profanadas, cuando abusaron del sexo, cuando se mancharon con los siete pecados capitales, fueron castigados y sumergidos en el fondo del océano.

Los sacerdotes de Sais dijeron a Solón: "Todos cuantos cuerpos celestes se mueven en sus órbitas sufren perturbaciones que determinan en el tiempo una destrucción periódica de las cosas terrestres por un gran fuego".

El continente atlante se extendía y orientaba hacia el austro y los sitios más elevados hacia el septentrión, sus montes excedían en grandeza, elevación y número a todos los que actualmente existen.

La famosa historia del Diluvio Universal, cuyas versiones se encuentran en todas las tradiciones humanas, es simple recuerdo de la gran catástrofe atlante.

Todas las enseñanzas religiosas de la América primitiva, todos los sagrados cultos de los incas, mayas, aztecas, etc., los dioses y diosas de los antiguos griegos, fenicios, escandinavos, indostanes, etc., son de origen atlante. Los dioses y diosas citados por Homero en la Iliada y la Odisea, fueron héroes reinas y reyes de la Atlántida.

La Atlántida unía geográficamente a la América con el viejo mundo. Las antiguas civilizaciones indoAmericanas tienen su origen en la Atlántida. Las religiones: egipcia, inca, maya, etc., fueron las primitivas religiones atlantes. El alfabeto fenicio, padre de todos los alfabetos europeos, tiene su raíz en un antiguo alfabeto, que fue correctamente transmitido a los mayas por los atlantes. Todos los símbolos egipcios y mayas provienen de la misma fuente y así se explica la semejanza, demasiado grande para ser casualidad. Los atlantes tenían un metal más precioso que el oro, se llamaba "orichalcum".

La catástrofe que acabó con la Atlántida fue pavorosa. No cabe duda alguna que el resultado de violar la ley es siempre catastrófico. La época de sumersión de la Atlántida fue realmente una era de cambios geológicos.

Emergieron del seno profundo de los mares otras tierras firmes que formaron nuevas islas y nuevos continentes.

Algunos sobrevivientes de la catástrofe atlante se refugiaron en el pequeño continente llamado Grabonzi, hoy África, el cual aumentó de tamaño y extensión debido a que otras áreas de tierra firme, que emergieron de entre las aguas vecinas, se sumaron al mismo.

El Golfo de México antiguamente fue un hermoso valle. Las islas de las Antillas, las Canarias, España, son pedazos de la sumergida Atlántida. El antiguo mar de Kolhidius, situado al noroeste del continente recién formado entonces y conocido como Ashhartk (Asia), cambió de nombre y hoy se conoce con el nombre de Mar Caspio. Las costas de este Mar Caspio están formadas por tierras que alemerger del océano se unieron al continente de Asia.

El Asia, el Mar Caspio y todo ese bloque de tierra junto, es lo que hoy en día se conoce con el nombre de Cáucaso. Dicho bloque en aquellos tiempos se llamó Frianktzanarali y más tarde Kolhidishissi, pero hoy en día, repito, se llama Cáucaso.

Por aquella época había un gran río que fertilizaba toda la rica tierra de Tikliamis y que desembocaba en el mar Caspio. Ese río se llamaba entonces Oksoseria y todavía existe, pero ya no desemboca en el Mar Caspio debido a un temblor secundario que lo desvió hacia la derecha.

El rico caudal de agua de ese río se precipitó violentamente por la zona más deprimida del continente asiático, dando origen al pequeño Mar de Aral. Pero el antiquísimo lecho de ese viejo río, llamado ahora Amudarya, todavía puede verse como sagrado testimonio del curso de los siglos.

Después de la tercera gran catástrofe, que acabó con la Atlántida, el antiguo país de Tikliamis con su formidable capital, situada a orillas del mencionado río, fue cubierto con todos sus pueblos y aldeas por arena y ahora es sólo un desierto.

Por aquella época, desconocida para un César Cantú y su Historia Universal, existía en Asia otro bello país, conocido con el nombre de Marapleicie. Este país comerciaba con Tikliamis y hasta existía entre ellos mucha competencia comercial. Más tarde este país de Marapleicie vino a tomar el nombre de Goblandia, debido a la gran ciudad de Gob.

Goblandia y su poderosa ciudad de Gob fueron tragadas por las arenas del desierto. Entre las arenas del desierto de Gob se hallan ocultos riquísimos tesoros atlantes, poderosas máquinas desconocidas para esta raza aria. De cuando en cuando las arenas dejan al descubierto todos esos tesoros, pero nadie se atreve a tocarlos, porque el que lo intenta es muerto instantáneamente por los gnomos que los cuidan. Sólo los hombres de la gran sexta raza Koradi, que en un futuro habitarán este planeta, podrán conocer esos tesoros y eso a cambio de una conducta recta.

Muchos comerciantes de perlas se salvaron de la catástrofe atlante, refugiándose en Perlandia, país conocido como la India.

Los estudiantes ocultistas se llenan de profundo horror cuando revisan los archivos akashicos de la naturaleza y encuentran hechos como el que relatamos a continuación:

Los estudiantes recuerdan a aquella bella mujer llamada Katebet, la de los tristes recuerdos, reina de los países del sur del sumergido continente y a la poderosa ciudad de las puertas de oro.

Realmente no existe en la historia de los Borgia y Médicis perversidad semejante. Esa bella mujer cautivaba con su belleza y nigromancias, seducía con sus encantos a príncipes y reyes, fascinaba con sus embelesos.

Muchos adolescentes y niños fueron inmolados en nombre de las tenebrosas entidades del mundo inferior.

La medicina sacerdotal atlante descubrió por aquella época lo que hoy podemos llamar científicamente "opoterapia humana", es decir, la aplicación a los enfermos y caducos de los jugos glandulares de pituitina, tiroidina, adrenalina, etc., etc.

Los médicos sacerdotes no sólo utilizaban la química de dichas glándulas endocrinas, sino también la hiperquímica de tales glándulas, los fluidos psíquicos vitales de los chacras o centros magnéticos del cuerpo humano, íntimamente relacionados con tales centros endocrinos. Las víctimas de la inmolación, después de ser retiradas de las piedras de sacrificio, eran llevadas a ciertas cámaras secretas, donde los sacerdotes médicos extraían de los cadáveres las preciosas glándulas endocrinas, tan necesarias para conservar el cuerpo de la reina fatal, con todo su encanto y la belleza de una juventud que soportó el peso de los siglos, muchos siglos.

Lo más espantoso de aquello era que los sacerdotes, después de extraer las glándulas de los cadáveres, arrojaban éstos a las fanáticas muchedumbres envilecidas que sedientas se los devoraban. Así esos pueblos se volvieron antropófagos.

Reflexionando sobre todas estas cosas, nos espantamos, nos horrorizamos, mas todas estas barbaries se quedan pequeñas, parecen hasta ridículas, si se les compara con las atrocidades de la primera y segunda guerras mundiales, con las espantosas explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki.

Toda la barbarie atlante resulta insignificante comparada con las cámaras de gas, donde millones de personas, mujeres, niños y ancianos, despojados de sus vestiduras, murieron en la más infinita desesperación. Nos horrorizamos de la bestialidad atlante, pero mil veces más horrorosos fueron los bombardeos de Londres, los campos de concentración, la horca, las ciudades destruidas por las criminales bombas, enfermedades, hambre y desesperación.

Nunca antes en la historia hubo perversidad más grande que la de esta quinta raza aria, caduca y degenerada. Así como la Atlántida se sumergió con todos sus habitantes en el fondo de los océanos, así también esta raza aria será destruida y de ella no quedará ni la ceniza.

Que se sepa de una vez y para siempre que de todo esto que la humanidad tanto estima y admira no quedará piedra sobre piedra.

Autor: Samael Aun Weor

ATLÁNTIDA Y REGISTROS AKAZICOS:

Diversas hipótesis, junto con el fundamento de excavaciones arqueológicas demuestran que en ciertos puntos del Océano Atlántico habían existido avanzadas civilizaciones.

Más adelante se realizaron comprobaciones científicas, demostrando que hace 11500 años el Océano Atlántico sufrió modificaciones geológicas anormales. Por encima de todos los relatos de las civilizaciones desaparecidas, se destaca la Atlántida, descripta como una isla de lagos concéntricos, situada en el centro del Atlántico. La frustrada migración de aves que todavía hoy en día intenta un descenso en el medio del Atlántico, demostraría que en aquellos paisajes hubo alguna vez tierra firme.

La Atlántida fue todo un mundo situado en el medio del océano, y se destacó por ser una de las civilizaciones más poderosas de la antigüedad, cuya cultura era tan refinada que había conseguido disfrutar de un paraíso.

Sin embargo, la inmediata ambición de algunos de sus habitantes, los hizo transgredir las leyes del equilibrio universal, lo cual desencadenó un cataclismo que aniquiló a la mayoría de sus habitantes y produjo la desaparición del Continente- Isla al ser engullido por las aguas.

Algunos de sus habitantes lograron escapar, llegando a diferentes puntos del planeta, como la Península Ibérica y la región preAmericana de Yucatán, generando la civilización Maya.

Otros llegaron a la Cordillera de los Andes, dando origen a los Incas. También llegaron a Egipto, dejando para la historia grandiosas construcciones como las pirámides.

Todas estas hipótesis cuentan con sólidas bases arqueológicas. Investigaciones sobre La Atlántida: Donneley, investigador finlandés, pasó largos años realizando estudios con respecto a la Atlántida y llegó a las siguientes conclusiones:

El cuenta que en un tiempo existió delante de la boca Oeste del Mediterráneo, en el Océano Atlántico una gran isla, que constituía los restos de un continente a lo que los antiguos dieron el nombre de Atlántida.

La Atlántida constituyó el sitio donde el hombre consiguió por primera vez, superar su estado primitivo de barbarie para convertirse en un ser civilizado. Al paso de los años la isla se convirtió en un lugar de poderío.

Ha de ser considerado como el mundo antídiluviano, el Jardín del Edén, constituyendo la memoria universal de una tierra grandiosa, donde la humanidad vivió rodeada de paz y felicidad.

Las divinidades masculinas y femeninas de los antiguos egipcios, griegos, fenicios e hindúes deben ser considerados como los reyes y reinas de la Atlántida, y todas las acciones que les concede la mitología constituyen una confusa recopilación de los sucesos históricos auténticos, tomados de la memoria de un lugar excepcional.

*Las civilizaciones como Egipto y Perú concedían una gran importancia a la adoración del Sol, costumbre proveniente de la Atlántida.
El alfabeto fenicio, que es el padre de las lenguas europeas, proviene del que se empleaba en la Isla-Continente.*

*La Atlántida pereció por una terrible convulsión de la naturaleza, desencadenando el hundimiento de la isla en el océano.
Nada mas una pocas personas consiguieron escapar hacia Oriente y Occidente.*

Según Plutón, en la región suroeste de Europa, hundida en las profundidades del Atlántico, reposa ahora la Atlántida. Todos sus manantiales de agua fría y caliente, los lagos y las montañas que embellecían la isla continente se han transformado en lagos sumergidos.

La historia hace suponer que hace mas de 11600 años unos "sabios profesores" llegaron a muchos lugares de la Tierra para enseñar a las gentes más despiertas. Lo hicieron sin asustarlos porque sabían que eran portadores de unos conocimientos que podían enloquecer aquellos más ignorantes.

Muchas maravillas se consiguieron en un solo milenio, cuando el los dos milenios siguientes la humanidad casi retrocedió por las guerras continuas y la presión inquisidora de las religiones.

A los hombres de la Atlántida se los llamó los "hombres rojos", por sus cuerpos expuestos al sol tibio y a las aguas calientes que brotaban de la tierra. Estaban viviendo en un paraíso cerrado. Muchos historiadores están convencidos de que muchos hombres primitivos, los más cultos tenían la piel roja. Lo demuestra la existencia de nombres como Adán, Seth, Canaan etc. que en diferentes lenguas es traducido como el "hombre rojo".

Los descendientes de aquellos hombres rojos perdieron con el tiempo la pigmentación de su piel y los arqueólogos tienen que recurrir a ingeniosas explicaciones para aclarar que a los fenicios se los llamaba Phoiniké, que en griego quiere decir rojo.

Las pinturas de la tumba de Tutankhamón y de todas las tumbas egipcias muestran a sus hombres de un rojo escarlata.

La Atlántida fue un paraíso del que partieron los Grandes Maestros que crearon las civilizaciones de las pirámides y permitieron que la humanidad diera el mayor salto evolutivo de toda la historia.

Ellos daban gran importancia al binomio Tierra-Sol, si tenemos en cuenta que las energías imprescindibles vienen de esas fuentes, es fácil comprender la razón por la cual los míticos dioses eran llamados con dos nombres: Atúm-Atón, Amón-Ra, Osiris-Isis, Nueva Jerusalén- Cordero, Etc.

Por pura intuición también podríamos pensar en la existencia de unos personajes extraterrestres o dioses venidos de las estrellas, llamados así quizá por su mayor evolución, y montaron en la Atlántida una especie de "academia de profesores", a los que permitieron gozar de una existencia paradisiaca mientras enseñaban sus conocimientos.

Más tarde como estaban tratando con humanos de menor evolución o de naturaleza imperfecta, empezó a surgir ambición desmedida junto con el olvido de la espiritualidad, lo que terminó por desencadenar el gran cataclismo.

Débora Goldstern

ARCHIVOS AKÁSHICOS:

Al profundizar sobre la Atlántida, los enigmas aumentan. Insólitamente el mayor flujo de información que posee el investigador, proviene de los archivos akáshicos o registros astrales. Para aquel que se sumerja en esta línea de pensamiento, pesa el riesgo de ser tachado de loco o divagante.

Sin temor a ofender sensibilidades racionalistas vamos a abordar el otro lado de la historia Atlante a través de las evidencias. Quizás allí, estén algunas de las respuestas.

Comencemos por el principio.

¿Qué son los Archivos Akáshicos?

"... El Registro Akáshico es una forma de vibración, no necesariamente, vibraciones lumínica, porque también comprende el sonido. En la Tierra no hay término que la describa. Lo más cercano es asemejarla a una onda radial..." //

"...El Registro Akáshico representa las indestructibles vibraciones el mundo. Todo cuanto a sucedido en la Tierra existe aún en forma de vibración..."

(Lobsang Rampa)

El mítico Tibetano, -autor de El Tercer Ojo-, detalla la manera de acceder a estos registros. Postula que el ser humano puede llegar a estos archivos a través de la práctica diaria, disciplinando el cuerpo y la mente. Alcanzado estos dominios sobre la materia se producen los discutidos viajes astrales, que muchas personas dicen experimentar. Estos registros pueden ser comparados como una inmensa base de datos que contienen el saber acerca de nuestras vidas y de los sucesos acaecidos en el Planeta. Aunque suene poco ortodoxo

lo dicho, los conocimientos acerca de las capacidades del hombre aún están en pañales. El Ser Humano no ha logrado la conquista de sí mismo. Los males físicos no se reconcilian con los males psíquicos. La Medicina y la Psicología continúan por separados. Mientras esto ocurra, las posibilidades de explorar el mundo interno del hombre están lejanas.

Dentro de esta línea de pensamiento que intentamos trazar se encuentra Helena Petrovna Blavastky, mujer de facultades excepcionales, cuyas obras resultan indispensables para quién se inicie en el conocimiento de lo oculto. H.P.B. nace el 31 de Julio de 1831. Descendiente de una noble familia rusa, desde pequeña manifestó poderes extraordinarios, como la clarividencia, telepatía, mediunidad, prodigios, que causaban el asombro de familiares y amigos. A los 17 años comete la locura de casarse por capricho con un coronel anciano, amigo de su padre. Luego de tres meses de matrimonio, H.P.B se fuga del lecho conyugal y se traslada a Egipto. En el Cairo conoce a un mago copto que le revela la existencia de un libro condenado llamado Estancias de Dzyan. De este manuscrito se sabe que está escrito en una lengua desconocida llamada Senzar, (lenguaje de los dioses divinos), y que el maestro le enseñó a consultar por medio de la clarividencia. La obra Estancias de Dzyan revela secretos de otros planetas y referentes a una historia de cientos de millones de años de antigüedad.

Después de esta revelación H.P.B viaja a través del mundo. De regreso a Londres, se produce el encuentro con el trascendente MAHATMA KUT HUMI LAI SING, mentor de H.P.B. Este maestro generó gran controversia, llegándose a dudar de su real existencia. Se dice que a través de H.P.B., M.K, sentó las bases del movimiento teosófico.

"...La teosofía no es una religión, es la ciencia de lo divino; una metafísica y una moral, fundadas en los principios más sagrados de la Humanidad." //

"...La Teosofía es heredera de los filaletos de Alejandría amantes de la verdad..." //

"...Por eso la Sociedad Teosófica adoptó como divisa: No hay religión superior a la verdad..." // Los filatatos de la Escuela de Alejandría se proponían intentar la conciliación de todas las religiones, sectas y naciones de un sistema moral común, basado en las verdades eternas. Si todos los cultos derivan de una teosofía anterior, la llave que los abra ha de ser la misma..."

Más tarde H.P.B. se internará durante tres años en uno de los monasterios del Tíbet, para recibir la iniciación y formación final. Alcanzada el pleno de madurez de sus facultades intelectuales escribirá dos obras primordiales. Isis sin Velo (1877) y la La Doctrina Secreta (1888) -basada gran parte en las misteriosas Estancias de Dzyan-. Sus últimos años serán muy difíciles ante los ataques despiadados, sufridos por parte de la Sociedad de Estudios Psíquicos de Londres, que publica un informe que la tacha como vulgar prestidigitadora. Sumida en la tristeza muere en París, en 1891.

Estancias de Dzyan el libro de videncia astral de H.P.B. (del cual la autora dejó una copia del manuscrito en inglés) resulta un material esencial para el tema atlante. El mensaje que sus páginas trasmiten se relaciona íntimamente con la filosofía y pensamiento Hindú. La conexión por lo tanto es innegable.

Este documento revela la historia de la Humanidad desde sus primeros días, aún antes de que el hombre anduviera por la Tierra. Nuevamente confirma lo que en gran parte ya intuimos, que los Creadores o Dioses vinieron del Espacio, la evolución fue dirigida. A través de su lectura pasamos vista a varios intentos de creación y sus fracasos, hasta arribar a la actual.

"... De los mundos materiales descienden a los que dan forma al hombre físico en los nuevos Manvantaras. Son ellos Lha (espíritus) inferiores, que poseen un doble cuerpo (una forma astral dentro de una etérea). Son los constructores y creadores de nuestro cuerpo de ilusión..."

Complejo, difícil, metafísico y simbólico, Estancias de Dzyan contradice todas las enseñanzas recibidas, estableciendo,

· La evolución simultánea de siete Grupos Humanos en siete distintas partes de nuestro globo. El nacimiento del cuerpo astral ante del físico, siendo el primero un modelo del último. Y que el hombre en esta Ronda, precedió a todos los mamíferos-incluso los antropoides-en el reino animal. (clara alusión a Darwin, y su controvertida teoría).

En lo tocante a la Atlántida, Estancias de Dzyan alude a ella como el Continente que cobijó en su seno a la Cuarta Raza, lugar, donde el hombre conquistó progresos inigualables en el campo intelectual y tecnológico -a la postre causante de su ruina-.

Sitúa a esta raza principiando su evolución a finales de la era Secundaria y alcanzando su total esplendor en la época Terciaria. Atlántida habría dominado Europa, África y gran parte de Asia.

¿Humanos en los finales de la Etapa Secundaria?, sí, y anterior a la Atlántida, Estancias de Dzyan menciona a otro continente también tenido como mito: Lemuria. Pero ese es otro asunto.

Entre otros detalles, aclara ciertos misterios, que siempre han desvelado a los investigadores atlantes. O si se prefiere, amplia las dudas. Veamos estos puntos...

1. ¿Son los Atlantes hijos de las estrellas?

Los Grandes Chohans (Señores) llamaron a los señores de la Luna, de los cuerpos aéreos: producid hombres (les dijeron), hombres de vuestra naturaleza. Dadles las formas internas (Almas). Ella (la Tierra) construirá vestiduras externas (cuerpos). Macho y hembras serán. Señores de la llama también...

Estos señores de la Luna son conocidos en la India con el nombre de Pitris o Antecesores Lunares.

2. Físicamente los atlantes son del tipo gigante, y presentados como poseedores de poderes sobrehumanos, según acota Blavatsky en la Doctrina Secreta.

"... que siendo de otra raza (producida sexualmente, pero de padres divinos) nacieron con una vista que penetraba todas las cosas ocultas, y que era independiente, tanto de la distancia como de los obstáculos materiales. En resumen, fueron la Cuarta Raza de hombres mencionada en el Popol Vuh, cuya vista era ilimitada y que conocían todas las cosas a la vez..."

Esta vista ilimitada está íntimamente relacionada con el Tercer Ojo, que según especialistas en la actualidad correspondería a la Glándula Pineal,

"... En aquellos primitivos tiempos de los machos-hembras (hermafroditas), había criaturas humanas con cuatro brazos; con una cabeza, pero con tres ojos. Podían ver por delante y por detrás. Un Kalpa más tarde (después de la separación de los sexos) habiendo caído los hombres en la materia, su visión espiritual se nubló; y, a la par, el Tercer Ojo principió a perder su poder..."

Cuando la Cuarta (Raza) llegó a la mitad de su carrera, la Visión interna tuvo que ser despertada y adquirida por estimulantes artificiales, cuyo procedimiento conocían los antiguos Sabios... Del mismo modo el Tercer Ojo, petrificándose gradualmente pronto desapareció..."

3. Otro detalle refiere a la famosa lucha entre el Bien y el Mal, o como se presenta aquí, el Sendero de la Derecha, contra el Sendero de la Izquierda. La animalidad (Hechicería o Magia Negra) en combate contra la evolución espiritual del hombre (Magia Blanca). Toda la diversidad religiosa que ahora conocemos habría principiado en este Continente.

"... Entonces la Tercera y Cuarta crecieron en orgullo." Somos los reyes; somos los Dioses..."/ "... Construyeron ellos templos para el cuerpo humano. Rendían culto a varón y hembra. Entonces el Tercer Ojo cesó de funcionar..." Blavatsky comenta que...

"... Los primeros Atlantes, nacidos en el Continente Lemur, se separaron desde sus primeras tribus en buenos y en malos; en los que adoraban al Espíritu invisible de la Naturaleza, cuyo rayo siente el hombre en sí mismo, o en Panteístas, y en los que rendían culto fanático a los Espíritus de la Tierra, los Poderes Antropomórficos, cósmicos y tenebrosos, con quienes se aliaron...//

"... Tal fue el origen secreto y misterioso de todas las subsiguientes y modernas religiones..."

4. Otro hallazgo revelado en las Estancias de Dzyan es el aspecto tecnológico. Los progresos alcanzados habrían sido altos, aunque el empleo de tales logros no fuera siempre pacífico...

"... Y el Gran Rey de la Faz resplandeciente, el jefe de todos los de faz amarilla se entristeció al ver los pecados de los de faz negra. Envió él sus vehículos aéreos (Vimanas) a todos los jefes hermanos (jefes de otras naciones y tribus) diciendo: *Preparaos. Alzaos vosotros, hombres de la Buena Ley y cruzad la tierra mientras esté (aún) seca. Los señores de la Tempestad se aproximan. Sus carros se aproximan a la Tierra. Solamente una noche y dos días más vivirán los Señores de la Oscura Faz (los Hechiceros) en esta tierra paciente. Está ella condenada y tiene que hundirse con ella. Los señores inferiores de los Fuegos (los Gnomos y los Elementales del Fuego) están preparando sus Agnyastras mágicas (armas de fuego construidas por medio de la Magia). Pero los Señores de mirada Tenebrosa (Mal Ojo) son más fuerte que ellos (los Elementales), y estos son los esclavos de los poderosos. Están ellos versados en el Astra Vidya (el conocimiento mágico más elevado). Venid y usad los vuestros (esto es, vuestros poderes mágicos, para contrarrestar los de los Hechiceros). Que los Señores de la Faz Resplandeciente (los Adeptos de la Magia Blanca) hagan que los Vimanas de los Señores de la Oscura Faz pasen a sus manos (o posesión), a fin de que ninguno (de los Hechiceros) pueda escapar por sus medios de las aguas, evitar la Vara de Los Cuatro (Deidades Kármicas) y salvar a sus perversos (secuaces o pueblos)...*"

Y para despejar dudas Blavatsky escribe, "... De la Cuarta Raza es de donde los arios primitivos adquirieron su conocimiento del conjunto de cosas maravillosas (de) el Sabha y Mayasabha (asamblea de aquellos versados por Maya el arquitecto). De ellos aprendieron la Aeronáutica, la Vimana Vidya, el conocimiento de volar en vehículos aéreos, y por tanto sus grandes conocimientos de metereografía y meteorología. De ellos también heredaron los arios su más valiosa ciencia de las virtudes ocultas de sus piedras preciosas, y otra de la Alquimia, la Minerología, Geología, Física y Astronomía..."

Como no podía faltar, el Diluvio o Cataclismo que hundió para siempre la Atlántida, ocupa un lugar de privilegio en las Estancias. Pero la sumersión del Cuarto Continente no sólo se debió a causas planetarias, sino que, vino acompañada de un declinamiento espiritual.

"... Llovieron estrellas (meteoros) sobre las Tierras de las Faces Negras; pero ellos dormían los animales parlantes (los vigilantes mágicos) se estuvieron quedos. Los Señores inferiores esperaban órdenes, pero estas no llegaron, porque sus amos dormían. Las aguas se elevaron, y cubrieron los valles desde un extremo a otro de la Tierra. Las Tierras altas quedaron, el fondo de la Tierra (la tierra de las Antípodas) permaneció seco. Allí moraban los que escaparon; los hombres de las Faces Amarillas y de mirada recta (la gente sincera y franca). Cuando los señores de la Fax Oscura se despertaron y pensaron en sus Vimanas (vehículos aéreos) a fin de huir de las aguas, no las encontraron.

Del mismo modo que una serpiente dragón desenvuelve lentamente sus anillos, así los Hijos de los Hombres conducidos por los Hijos de la Sabiduría, desdoblaban sus pliegues, y esparciéndose se extendieron como una corriente veloz de dulces agua... muchos de entre ellos de corazón débil perecieron en el camino. Pero la mayor parte se salvaron..."

Blavatsky menciona que,

"... La sumersión de la gran Atlántida es la más interesante. Ese es el cataclismo del cual los anales antiguos, tales como el Libro de Enoch, dicen: "los extremos de la Tierra se aflojaron", y sobre la cual se han construido las Leyendas y alegorías de Vaivasvata, Xisustros, Noé, Deucalión // El Cataclismo que destruyó al Cuarto Continente, fue ocasionado por disturbios sucesivos de la rotación del eje. Principió durante los primeros períodos Terciarios, y continuando durante largas edades, se llevó los últimos vestigios de la Atlántida, con la excepción, quizás, de Ceilán y una pequeña parte de loa que ahora es África. Cambió él la faz del globo, sin que haya quedado memoria alguna de sus florecientes continentes e islas, de su civilización y ciencias, en los anales de la historia, excepto en los anales Sagrados del Oriente..."

*Hasta aquí las Estancias de Dzyan
Unas cuantas reflexiones sobre lo visto.*

Piense el lector, que la autora de la Doctrina Secreta escribió esta obra a fines del Siglo XIX. En el momento de su publicación estos escritos armaron un gran revuelo, sobre todo en Europa, iniciando una polémica que aún perdura. En la actualidad no existen análisis más detallado sobre el manuscrito, teniéndose a éste como un producto hindú de viejas tradiciones y leyendas. Pero, irónicamente, la India considera a los señores de Dzyan como aquellos que vinieron de las Estrellas.

Contradicciones aparte, las Estancias de Dzyan han dejado una interesante visión de la Atlántida, nombrada aquí, como el Cuarto Continente. (Annie Bessant, sucesora de H.P.B., da una pista sobre cual habría sido el nombre de Atlántida en aquellos remotos días, que se habría llamado KUSHA). Esta visión, no solo abarca su desarrollo espiritual, sino que incluye sus increíbles adelantos técnicos, un punto en que muchos atlantólogos estarán rotundamente de acuerdo. Los críticos más severos reprocharán y tendrán como inaceptable, la idea de un hombre viviendo en el Período Terciario, y que encima vuela en sus Vimanas por los cielos. Nuevamente el eterno enigma de cual fue primero ¿el huevo o la gallina? La gallina dirán, pero, ¿cómo saberlo?

No, no lo sabemos, pero, lo intuimos. Y Blavatsky muy bien lo intuía:

"... Mientras más avanzan la arqueología y filología, más humillante son para nuestro orgullo los descubrimientos que se hacen diariamente; más glorioso es el testimonio que presentan a favor de aquellos que, quizá a causa de la distancia de su remota antigüedad, han sido hasta ahora considerados como ignorantes que se debatían en el lodo más profundo de la superstición..."

Localización de Tarsis la mítica ciudad de Tartesos

*Realizada por: Ibero Al Druida: A todos los Druidas
Categoría: Temas Históricos y Artísticos*

ATLÁNTIDA Y TARSIS:

PREGUNTA:

Más que una pregunta, es una posible pista para personas estudiosas de la historia como vosotros y no para uno de ciencias como yo, con otra mentalidad. El problema que me intriga es la localización de la mítica ciudad del pueblo de los tartesos, sería algo similar al descubrimiento de Troya, unos cuantos datos en libros antiguos, muchas leyendas y un solo lugar de emplazamiento con probabilidades lógicas de serlo.

La hipótesis es que la ciudad de Tarsis podría haber estado situada en lo que hoy es Jerez de la Frontera.

Analicemos los pocos datos de que dispongo.

Se la sitúa próxima a la desembocadura del Guadalquivir, pero no está en los arenales del Coto de Doñana, podría estar en la otra orilla es decir hacia el lado de Jerez, por las marismas que veo en un mapa próximas a Jerez me hacen pensar que hace 3.000 años el Guadalquivir pasara muy cerca de la elevación del terreno en que se sitúa la ciudad. En la otra vertiente de la ciudad de Jerez nos encontramos con El Puerto de Santa María tierras llanas y de marismas que penetran paralelas a la elevación que ocupa Jerez, en otro tiempo sería una ría en la que desembocababa otro río el Guadalete.

La ciudad de Tarsis los escritos la sitúan en una península entre dos ríos.

También nos hablan de que en la proximidad había siete islas, Cádiz es una isla, San Fernando también, los pueblos situados en esas tierras llanas están situados sobre promontorios del terreno como Chiclana, que antiguamente también serían islas.

Los fenicios emplazaban sus almacenes en islas (de fácil defensa) y próximas a la costa y de los poblados con los que comerciaban, es el caso de Amuñecar (Xesi), en el caso de Tarsis que mejor lugar que la isla de Cádiz enfrente de la capital de los tartesos. Los fenicios y los tartesos siempre mantuvieron una buena relación de vecindad.

Hace muchos años visite Jerez de la Frontera, en un lugar que no recuerdo, podría ser por la zona del monasterio de los Cartujos, vi un terreno lleno de piedras y recuerdo que comenté a mi acompañante que en ese lugar había ruinas.

Bueno, esta es la hipótesis, para que los estudiosos se pregunten sobre su posible verosimilitud.

AVISTAMIENTOS DE LA ATLÁNTIDA:

Hernán Chavero

Desde que el capitán "David Robson" del buque mercantil "S. S. Jesmond" tuvo una breve visión de una muralla presuntamente de la Atlántida, se ha dado cuenta reiteradamente de haber avistado más murallas, edificios y carreteras en diversas partes del Atlántico.

A menudo estos restos han sido avistados por pilotos de aviación que han sobrevolado tales ruinas en el curso de sus vuelos de línea, y han obtenido permiso para desviar el avión e investigar por el medio de trazar círculos y fotografiar las imágenes vislumbradas, no fuera que se tratara de una ilusión óptica.

Durante la Segunda Guerra Mundial varios pilotos, en ocasión de efectuar vuelos militares entre Brasil y Senegal, anteriormente África occidental francesa, dijeron que habían visto algo parecido a masas de edificaciones o "ciudades" bajo la superficie del océano, cerca de los peñones de "Saint Peter" y "Saint Paul" (1° n, 30° o). Otros pilotos y observadores en el curso de la misma ruta han manifestado haber visto lo que parecían ser murallas submarinas y ruinas, aproximadamente a 6° n, 20° o, cerca del macizo de "Sierra Leona".

En el Atlántico occidental, cerca de Estados Unidos, tanto pilotos de aviones de líneas como líneas regulares como pilotos en vuelo charter han observado formaciones piramidales, terrazas escalonadas y murallas, en el fondo del océano, entre las Bahamas y Florida. Un piloto de la ex Panamerican ha descrito carreteras submarinas que avanzan hacia el este, partiendo de la costa del Yucatán, y ha seguido estas carreteras hasta el punto en que se perdían en el fondo del mar, pero que cabía presumir seguían hacia otros destinos, bajo el mar.

El ya desaparecido "Leicester Hemingway, antiguo residente en cuba y hermano del conocido novelista, manifestó haber visto una zona de ruinas de piedra, de varios acres de extensión, y blancas, como de mármol blanco, ante la costa norteña de Cuba, pero estas ruinas se encuentran en aguas jurisdiccionales cubanas y, por ello, los submarinistas norteamericanos no pueden actuar en ellas.

Desde el aire se han tomado buen número de fotografías notablemente convincentes de lo que parecen ser construcciones de piedra bajo las aguas, en las inmediaciones de las Bahamas y ante la costa caribeña de México, pero aún no se tienen fotografías aéreas de ciudades sumergidas en medio del Atlántico.

Sin embargo, en el curso de los últimos años se han tomado buen número de fotografías insólitas, no desde aviones, sino desde submarinos...

DEL LIBRO DE CHARLES BERLITZ, "LA ATLÁNTIDA, EL OCTAVO CONTINENTE" PÁGINA 80 EDITORIAL "SUDAMERICANA PLANETA"

ATLANTES Y BRASIL:

Revista Año Cero. Por Pablo Villarubia. Abril 1993

Cuando los atlantes llegaron a Brasil

El 22 de Abril del año 2000 se celebrará otro Quinto Centenario: el del descubrimiento de Brasil por el comandante portugués Pedro Alvares Cabral a cargo de la corona lusitana. Desde entonces, este país y su vasta extensión territorial -casi 8,5 millones de Km. cuadrados- ha sido escenario de una infinidad de incógnitas y sorpresas. Durante años, los arqueólogos han intentado descubrir los orígenes de los nativos o de las civilizaciones desaparecidas antes de la llegada de Cabral. Recientes hallazgos en el noreste brasileño han sido motivo de polémica y de impacto contra las teorías hasta entonces vigentes sobre el origen del hombre en América; sus aceptados 25000 años de antigüedad se han convertido ahora en 48000 y hay quien se plantea hasta 70000. A pesar de la datación por el carbono 14 de esos hallazgos, todavía científicos que rehúsan aceptar esta información.

Ahora bien, el misterio no ha sido aclarado, y civilizaciones como la Marajoara (del norte del Pará, en la desembocadura del río Amazonas) o las del interior del estado de Bahía, que han erigido ciudades ciclópicas, mantienen innumerables incógnitas. Hay que recordar que hasta hace muy pocos años la comunidad científica internacional creía que el territorio brasileño sólo había albergado indios culturalmente retrasados, que andaban en taparrabos y únicamente sabían construir toscas cabañas de paja a raíz de las inhóspitas condiciones del ambiente selvático, de la sabana y de algunos desiertos.

Pero ese concepto tradicional comenzó a experimentar un cambio radical a principios de siglo, cuando varios investigadores - entre los que se contaban exploradores, arqueólogos y periodistas - dieron con una nueva y sorprendente teoría: la que relacionaba el origen de varias de estas civilizaciones con el continente perdido de la Atlántida.

Según la hipótesis más conocida y aceptada entre los atlantólogos, en base a las descripciones hechas por Platón en el siglo IV AC, la Atlántida habría existido en medio del océano Atlántico y se habría hundido bajo las aguas tras un violento cataclismo hace aproximadamente 11000 años. Según los Diálogos, habría sido un gran continente habitado por una avanzada civilización

"... cuyas casas tenían tejados de oro, con barcos y ejércitos destinados a invasiones y conquistas..."

Basándose en estas y otras informaciones, el coronel ruso Alexander Pavlovich Braghine comenzó a moverse en busca de los vestigios que los atlantes pudieran haber dejado en otros continentes. Nacido en Moscú en 1878, Braghine fue jefe del servicio de contraespionaje del zar durante la Primera Guerra Mundial, y había combatido contra el ejército rojo. Tras la revolución rusa se exilió en Inglaterra y luego en Brasil, donde cambió su nacionalidad.

Hasta su fallecimiento, ocurrido en Río de Janeiro en 1942, la Atlántida fue una de las obsesiones de su vida y sobre ella publicó dos libros: O enigma da Atlântida y Nossos descendentes da Atlântida.

Para el apasionado ex coronel, las leyendas difundidas entre los indígenas Americanos en cuanto a los grandes maestros civilizadores o profetas, como Quetzalcoatl entre los aztecas, o Viracocha entre los incas, eran la demostración de la presencia de los atlantes en las Américas. En Brasil, los indios tupis adoraban a Sumé, un dios barbado y de piel blanca, similar a sus homólogos entre aztecas e incas, que había venido del Oriente, es decir, de donde había existido el continente atlante.

Braghine también citaba a las Amazonas, que en 1541 habían sido vistas por el explorador español Francisco de Orellana, cuando navegaba por el río que ganaría el nombre de las mujeres guerreras. Estas féminas de piel blanca podían haber sido las descendientes de los supervivientes de la Atlántida, y mantenido muchas de las costumbres de sus antepasados. Por ejemplo, usaban en símbolo universal de la fertilidad, la rana o el batracio, en forma de amuletos, que eran conocidos como muiraquitas entre los indios brasileños. Tallados en una piedra verde llamada nefrita, amazonita o jadeíta, no sobrepasaban los 4 o 6 centímetros. Según los relatos de los exploradores como el alemán Alexander Humboldt y el francés Bonpland, los indios tupí-guaraníes contaban que las icamiabas (el nombre indio de las amazonas) sin marido quitaban la piedra bruta de un lago sagrado, el Jaciuaruá ("Espejo de la luna") para transformarla en objetos de gran valor mágico y medicinal, a causa de que sus poseedores siempre rehusaban venderlas. Tales objetos son absolutamente únicos en toda América y causaban extrañeza a muchos expertos por el hecho de estar tan bien labrados y con técnicas aparentemente tan avanzadas como para compararlas a las de los indios.

En la zona donde posiblemente habrían habitado las amazonas existen otros lugares enigmáticos relacionados con los descendientes de atlantes en Brasil: la isla de Marajó, en la desembocadura del río Amazonas, (la mayor isla fluvial del mundo, con casi 50000 Km. cuadrados) tiene una enorme extensión de pantanos todavía sin explorar, y espesas selvas donde sobresalen las seringueiras o árboles del caucho.

Probablemente, esta isla es uno de los espacios que se reserva la mayor cantidad de secretos sobre antiguas civilizaciones avanzadas de América. Braghine la consideraba como una colonia atlante de gran importancia, cuyos habitantes se habrían mezclado con los nativos y desarrollado técnicas de confección de cerámica muy exclusivas, de corte antropomorfo. Los pueblos marajoaras podrían haber llegado, conforme indica la arqueología ortodoxa, hacia el año 1000 AC, y permaneciendo allí hasta 1350, cuando desaparecieron de forma desconocida.

Los marajoaras dejaron grandes necrópolis de barro repartidas por toda la isla.

El barro o la arcilla era la base de esa civilización que vivía en palafitos, y cuyas cerámicas antropomorfas son consideradas las más ornamentadas de todas las Américas, aún más que las de los pueblos andinos y mexicanos.

El último representante de la cultura marajoara es Raimundo Cardoso, de 70 años, un indígena que habita un pueblo cercano a Belén do Pará, a escasos kilómetros de la isla de Marajó. Cardoso heredó de sus abuelos las técnicas tradicionales de confección de la cerámica, que ahora intenta enseñar a sus hijos, para que no se pierdan. "Antiguamente yo hacía la cerámica porque me gustaba, sin saber lo que significaban aquellas exquisitas figuras antropomorfas y geométricas", declara. "Pero en los últimos años comencé a buscar información sobre mis antepasados. Puedo afirmar con seguridad que tenían técnicas ceramistas tan avanzadas como las de los griegos. Lo más apabullante son unas inscripciones que recuerdan un alfabeto y cuyas letras se parecen a otras encontradas en el antiguo Oriente".

Cardoso añade que la sociedad marajoara era matriarcal, y las mujeres eran quienes dominaban la técnica de modelar y cocer la arcilla. Los dibujos o formatos de mujeres embarazadas, ranas y sapos como símbolos de la fertilidad, y de la luna, son una clara demostración del culto a lo femenino, que puede tener vinculaciones con las amazonas atlantes.

Otras culturas de origen incógnito han habitado las planicies selváticas de la cuenca del Amazonas: los tapajós (que hacían lámparas semejantes a las del Oriente), los maracá con pinturas a todo color, entre las que destacaban las del dios Jaguar... Desgraciadamente, muchos de los más importantes objetos arqueológicos de esos pueblos han sido robados por saqueadores de necrópolis y vendidos a coleccionistas particulares de Europa, EEUU y Japón, que los guardan bajo siete llaves.

Los misterios atlantes de la Amazonia no se terminan con estos pueblos. El explorador y escritor francés Marcen F. Homet, autor de los libros Os filhos do Sol y Na trilha dos deuses solares, emprendió entre los años 40 y 50 varias expediciones a la región noroeste de la Amazonia brasileña, donde había encontrado vestigios que pensó correspondían a la civilización atlante: inscripciones y dibujos sobre piedras (dólmenes) y leyendas entre los indios que hablaban de un pueblo desaparecido, constituidos por gigantes pelirrojos con ojos azules, que en otro tiempo dominaron la Amazonia.

Uno de los principales vestigios de estos gigantes pelirrojos puede haber sido la piedra pintada, un gigantesco monolito de casi 30 metros de altura y 100 de extensión, cuyas paredes están recubiertas de símbolos y grabados como una gigantesca serpiente estilizada de siete metros que presenta en sus extremidades una cabeza y un órgano genital masculino de grandes dimensiones. En total son 600 metros cuadrados de pinturas, que incluyen una especie de alfabeto desconocido, y que Homet achaca a los atlantes o sus descendientes, los cuales habrían logrado escapar del cataclismo hacia América y Europa, donde dieron origen a culturas sui generis como la de los celtas y vikingos, a los que el denomina Homo Atlanticus.

Otros datos recabados por Homet nos cuentan las tradiciones de los indios de la tribu Makuschi, en el norte de Roraima, que hablan del Rey Maconem "príncipe de la era del diluvio", predecesor o coetáneo de Decaulión, el héroe del diluvio en las leyendas de la región del Mediterráneo europeo. El explorador francés no deja tampoco de compaginar la leyenda de El Dorado cómo la de la Atlántida: considera Manoa o El Dorado una Atlántida en miniatura, puesto que una tradición existente entre los nativos de la sierra de Parimá (en el extremo norte de Rondonia), recogida por el portugués Francisco Lopes en el siglo XVI y publicada en 1530 en la Historia Geral das Indias, habla de una ciudad con muros y tejados de oro ubicada en la isla de un gran lago salado. En el centro de la ciudad estaría un templo consagrado al Sol. Homet reflexiona que Manoa podía haber sido la legendaria Ophir de los atlantes, donde habría minas de oro, y que tendría características semejantes a la ciudad descrita por Platón en su Critias.

A casi 3000 Km. del estado de Roraima, en el estado de Paraíba, al nordeste de Brasil, se erige uno de los más espectaculares enigmas arqueológicos brasileños: la piedra labrada de Ingá. En realidad, es un gran monolito de piedra gris que posee 24 metros de longitud por 3 de altura y yace en medio de una zona semiárida, a 88 Km. de la capital del estado, la ciudad colonial de Joao Pessoa.

Las inscripciones que la recubren de punta a punta están labradas en bajorrelieve -hecho poco común entre los antiguos habitantes de Brasil- y no tienen parangón con otras escrituras, símbolos o dibujos de cualquier parte de América.

Fue el bandeirante (nombre que se daba a los antiguos exploradores del interior de Brasil) Feliciano Coelho de Carvalho quién descubrió primero a los europeos el monolito en 1598. Los indios conocían la historia de esta piedra tan solo a partir de relatos de sus antepasados; esta estaría ligada a una profecía.

A la llegada del dios Sumé, el dios blanco de barbas que venía del naciente.

Por eso, los curas portugueses, confundidos con el dios blanco y su séquito, tuvieron tanta facilidad para catequizar a los indígenas de Paraíba.

"La piedra de Ingá fue labrada hace 5000 años por los hititas, un pueblo que vivió en la planicie de Anatolia, donde hoy se ubica el territorio turco y parte de Siria. Ellos poseían nociones de navegación capaces de llevarlos al otro lado del Océano Atlántico y alcanzar el litoral nordeste. Además, los hititas, igual que los vikingos y celtas, podrían muy bien haber sido descendientes directos de los atlantes huidos del gran diluvio citado por la Biblia", apostilla Gabriele D'Annunzio Baraldi, un italiano afincado en Brasil, arqueólogo por afición y explorador de los lugares misteriosos de ese país, que desde hace cinco años se dedica a estudiar el monolito. Para llegar a esa conclusión, comparó los símbolos del Ingá con los hieroglifos hititas del diccionario francés Emmanuel Laroche, encontrando desconcertantes similitudes.

En la Biblioteca Nacional de Brasil se pueden encontrar innumerables manuscritos y documentos del período colonial, muchos de los cuales son

obras únicas traídas por el soberano portugués Don Joao VI y la familia de los Braganza cuando huyeron de Lisboa a causa de la invasión de las tropas napoleónicas. Uno especialmente importante es el manuscrito catalogado tan sólo como número 512, que consiste en una carta enviada al bandeirante Francisco Raposo al virrey en 1754, describiendo el hallazgo un año antes de una extraña ciudad de piedra en el noreste del estado de Bahía, mientras estaba buscando las legendarias minas de Muribeca.

En el mencionado documento se puede leer (en las partes menos castigadas por el tiempo) que en la ciudad había una gran construcción que enarbolaaba delante de su fachada principal un monolito cuadrado con muchas inscripciones. Dentro del presunto edificio había quince escalones, cada uno con una cabeza de serpiente esculpida en piedra. Estos indicios, junto con las inscripciones de un extraño ídolo de piedra, presuntamente originario de Brasil.

*"Tres años después de la salida de Keftiú (cuenta el cronista Ama, de raza didodiana y al servicio del rey Idomine) la nave Cnossos, siguiendo el trayecto de un navegante fenicio nativo de Biblos y llamado Arad, naufragó en las cercanías de la Bahía de Marajó". Así habrían llegado los cretenses, descendientes de los atlantes, a Brasil y a partir de allí habrían alcanzado la región central del actual Matto Grosso-Goias, desarrollando una civilización altamente tecnológica. Esto es lo que escribió en 1929 el novelista brasileño Menotti del Picchia (fallecido en agosto de 1988) en su novela *La hija del Inca*, quizá una de las más fantásticas y extraordinarias historias de la escasa historia de la ciencia ficción brasileña.*

*A pesar del aspecto ficticio hay que subrayar algo importante de la vida de Menotti del Picchia: el escritor paulista era un atlantólogo fanático y buena parte de su biblioteca estaba reservada al tema. Seguramente Menotti se inspiró en la expedición de Fawcett para escribir *La hija del Inca*, donde el capitán del ejército nacional Paulo Fregoso y un cabo son los únicos supervivientes de una expedición al Brasil Central, donde encuentran una ciudad metálica con robots que se transforman en cohetes siderales (parece como si Menotti estuviera anticipando las series japonesas de televisión).*

Si Menotti no se pronunciaba respecto a sus opiniones sobre la Atlántida, otro brasileño, Caio Miranda, uno de los fundadores de la Antigua Sociedad Teosófica Brasileña, fue uno de sus mayores divulgadores teóricos, principalmente en los años 30. Debido a sus capacidades mediúmnicas o de clarividencia, llegaría a ser comparado con Edgar Cayce. Sus visiones del pasado demostraron que un millón de años atrás la civilización atlante desarrolló ocho ciudades principales, dentro de un sistema parecido al feudalismo teocrático de la Europa medieval.

En aquel entonces, el África occidental estaba unida al territorio sudamericano que correspondería a la actual Río de Janeiro, y se había establecido una importante zona de comercio bajo la tutela del atlante Baldezir, que para Miranda es la raíz del nombre Brasil, y de su hijo Jetzabal, rey de la Tercera Ciudad. Baldezir había sido sorprendido por un cataclismo que fragmentó la Atlántida (sin llegar a destruirla) y dejó su efigie esculpida en la famosa

Piedra da Gávea, que sigue existiendo hoy en Río de Janeiro y ha sido objeto de numerosas expediciones que han encontrado en su cima inscripciones indescifrables.

La clarividencia de Miranda mostró que hubo una tremenda confusión tectónica que dio origen al océano Atlántico: hasta el año 90.000 antes de Cristo se sucedieron varios movimientos (menos intensos) de actividad tectónica y alguno de los momentos mas fuertes puede haber coincidido con el diluvio descrito en la Biblia. El último fragmento de tierra en desaparecer fue la isla de Poseidonis, citada por Platón. Varios sabios se salvaron y lograron alcanzar México, Perú, India, Egipto, China, Escandinavia y el Cáucaso, creando en esos sitios núcleos comunitarios donde impartieron su enseñanza. En Escandinavia, esos sabios transmitieron sus conocimientos a los vikingos, que, según estudios recientes, pudieron haber llegado a Brasil antes que los portugueses gracias a las técnicas atlantes de navegación. A la India llevaron los secretos del yoga y a Egipto las medidas astronómicas y matemáticas que se emplearon en la construcción de las pirámides. Manco Capac, el primer inca, habría sido uno de los sabios atlantes que se salvó del diluvio y resurgió en la isla del lago Titicaca. A Brasil llegó el dios Sumé, de los tupis-guaranís.

En la región central del estado de Goiás -donde predominan sierras y sabanas deshabitadas- existen vestigios de ciudades, estatuas y murallas de las que nada se sabe. Están a 35 Km. de un pueblo llamado Paraúna, en la Sierra de Portaria.

*Una de las pocas personas que han investigado *in situ* las ruinas ha sido el periodista Alodio Tovar, que opina que muchas figuras de gigantes de las sierras fueron talladas por el viento y acabadas por la mano del hombre.*

Las rocas con varios metros de altura expresan rostros humanos y anormales típicos de la región. Cerca está la Ciudad de Pedra, constituida por bloques regulares que forman la base de edificaciones. Las calles y plazas están recubiertas de paralelepípedos; Tovar cree que la ciudad puede estar relacionada con reinos subterráneos, como Agartha. La región es famosa por sus cuevas inexploradas, que podrían estar conectadas con las ciudades subterráneas de la Sierra del Roncador. En 1933, una expedición inglesa halló en una de ellas un inmenso salón capaz de albergar a miles de personas.

Lo más apabullante de Paraúna es una gran muralla de casi quince Km. de extensión en el valle de la Sierra de Gales. Muy fragmentada, tiene una altura media de 4 metros y su anchura no supera los 1,3 metros. Sus bloques de piedra granítica tiene encajes casi perfectos, y recuerdan aquellos encontrados en Macchu Picchu o Cuzco. A 18 Km. de Paraúna hay otra Sierra, la de la Arnica, llamada así por la abundancia con que en ella se da esa planta medicinal. Ahí yacen enormes bloques de piedra, también parecidos a figuras humanas y animales. No obstante, el sitio más fascinante es la Gruta de las Figuras Increíbles, ubicada entre Paraúna y el municipio de Ivolancía, en un lugar de difícil acceso donde abundan los grandes bloques de arenito rojo. Esta cueva posee centenares de dibujos enmarañados y reunidos en un panel, pintados con pintura blanca y roja. Tovar interpreta esos dibujos como

estilizaciones de símbolos e imágenes que existieron en otras civilizaciones y épocas.

El único verdadero vestigio territorial de la Atlántida en zona de dominio brasileño podría encontrarse en el actual archipiélago de Fernando de Noronha, situado en el Océano Atlántico, a 345 Km. de la costa del estado de Río Grande do Norte. Sus veinte islas corresponden a la parte mas alta de un volcán cuya base tiene 60 Km. de diámetro y se halla a 4000 metros de profundidad. La isla principal tiene 18 Km. cuadrados y en ella habitan 1346 personas, todas ellas marinos brasileños y sus familias. Apenas tiene ríos, y el agua potable se recoge de las lluvias o se transporta desde el continente. El paisaje es de una desolación casi total.

El gobierno controla el turismo que llega a la región, y en algunos momentos ha llegado a prohibirlo. Lo más impresionante para los escasos visitantes son unos picos que se elevan abruptamente hacia el mar, como el de la Bandeira, de 181 metros, y el Pico, de 321. El resto de la isla lo forman extensos llanos de roca negra o cenizas volcánicas. Si, como supone Braghine, hubiera existido en

Fernando de Noronha alguna población atlante, lo mas seguro es que hoy no quedara ni el polvo, tan fuerte parece haber sido la actividad volcánica en la zona.

Otra isla misteriosa es la de Trindade, también de origen volcánico y situada a 1100 km. de la costa del estado de Espíritu Santo (al norte de Río de Janeiro). Con tan sólo 8,2 Km. cuadrados, en ella solo hay una base de observaciones de la marina brasileña. En la década de los 50 se hizo famosa mundialmente cuando el comandante Almino Baraúna fotografió un OVNI que fue visto también por algunos marineros. Las fotos, cuyos negativos están en poder del gobierno norteamericano, han sido consideradas auténticas por los laboratorios de análisis ufológicos de EEUU.

Otros posibles resquicios del continente original de la Atlántida son los peñones de San Pedro y San Pablo, a 900 Km. de la costa brasileña. Esas montañas acuáticas tienen tan solo como habitantes a miles de aves migratorias y son importantes núcleos ecológicos, a pesar de que apenas poseen vegetación. No se sabe cuándo han surgido, mas pueden ser resultado de las constantes actividades sísmicas y tectónicas que machacan los cimientos del océano Atlántico desde la destrucción de la Atlántida. Y están ahí para verlos.

HISTORIA SECRETA DE ATLÁNTIDA:

Isabela Herranz (Año Cero, núm 128)

Historia secreta de la Atlántida

La búsqueda de la Atlántida ha constituido, y continúa siendo, un enorme desafío. Los supervivientes de este mítico continente han dejado huellas por todo el planeta. Pero, ¿qué sabemos con certeza sobre su historia y sociedad? ¿Y sobre su arquitectura y ciencia? ¿Es posible precisar dónde se encontraba, por qué desapareció y qué tipo de civilización poseía?

Isabela Herranz (Año Cero, núm. 128) cuando Platón describió la existencia de la Atlántida en sus diálogos Timeo y Critias, algunos autores clásicos, coetáneos de filósofo, comenzaron a interesarse por el mítico continente. Plutarco, Estrabón, Plinio el Viejo y Diodoro de Sicilia, entre otros, tratan este asunto en algunos de sus escritos.

Desde entonces, se han planteado infinidad de hipótesis para demostrar la existencia de un continente que, con el paso del tiempo, ha llegado a convertirse en arquetipo de una civilización ideal. La Atlántida siempre resuena en nuestros oídos como un viaje épico hacia el descubrimiento de nuestros orígenes. Su nombre continúa estimulando nuestra imaginación. La compañía Disney estrenará en junio de 2001 la película Atlántida: El imperio perdido, y también se rumoreó que el argumento del próximo episodio de las aventuras de Indiana Jones podría girar en torno a dicho continente.

«La Atlántida está a nuestro alrededor», como ha sugerido el escritor inglés John Michell. No se trata de un mero recurso retórico. La presencia de numerosos restos arqueológicos y megalíticos ciclópeos en muchas zonas de la Tierra, levantados con orientaciones astronómicas muy precisas (AÑO / CERO, 93), supuestamente anteriores a la Edad de Piedra, sugieren que una civilización de grandes astrónomos e ingenieros precedió a la prehistoria humana. ¿Fueron erigidos por quienes sobrevivieron a un gran cataclismo o por sus descendientes?

Civilización marítima

A diferencia de otras civilizaciones extinguidas bien documentadas, como la maya, la micénica o la babilónica, sobre las que se ha podido reconstruir un lenguaje común, precisar lugares geográficos y trazar contactos específicos con culturas contemporáneas, en el caso de la Atlántida esto no ha sido posible. Así y todo, hay innumerables hebras deshilachadas que parecen proceder de una misma madeja, por muy enmarañada que esté.

¿Qué pensar, por ejemplo, de los mitos universales que preservaron el remoto conocimiento de la precesión de los equinoccios, un fenómeno astronómico supuestamente descubierto por Hiparco en el 127 a.C.? El hecho de que este ciclo se complete cada 26.000 años sugiere que los humanos habrían estado observando el cielo sistemáticamente durante milenios, según expusieron con todo detalle Giorgio de Santillana y Hertha von Dechend. Los mapas preservados por marinos como Piri Reis, con la Antártida cartografiada sin hielo hace miles de años, confirman también que un conocimiento semejante

sólo podía haber sido acumulado por una civilización marítima anterior a los cambios de nivel sufridos por el mar a finales de la última edad glacial, hace unos 11.500 años. Muchos consideran que la Atlántida fue una fantasía elaborada por Platón en sus diálogos *Critias* y *Timeo*, pero eso no ha impedido su búsqueda por parte de numerosos historiadores, eruditos, geólogos, submarinistas, paleontólogos y arqueólogos, sin olvidar a los visionarios ocultistas y dotados psíquicos.

*La historia que estos últimos nos han contado es sin duda más fascinante que la ofrecida por arqueólogos y exploradores. Con fragmentos reunidos por unos y otros, la investigadora norteamericana Shirley Andrews intentó esa reconstrucción en su obra *Atlantis, Insights from a Lost Civilization* (Llewellyn, 1997). En esta visión, la Atlántida se despliega ante nuestros ojos como un mundo muy parecido al nuestro en algunos aspectos.*

Hallazgos inexplicables

Pese a sus errores, los psíquicos informan con frecuencia sobre sucesos a los que no tienen acceso los historiadores, ya que se apoyan en vías de información que no están limitadas por el tiempo ni por el espacio. Por otra parte, el material «canalizado» encaja con algunas de las fuentes tradicionales relativas a la civilización atlante. Aunque ellos lo nieguen, ¿basaron sus relatos en las fuentes escritas conocidas? ¿Acaso se influyeron unos a otros a través de la percepción extrasensorial, como ha sugerido el investigador psíquico Alan Vaughan?

*Si bien no puede atribuirse enteramente el mérito del gran interés popular en la Atlántida -pues Ignatius Donnelly causó más sensación con su obra *Atlantis* (1882), podría afirmarse que los escritos de Helena Petrovna Blavatsky (1831-1891) sobre el mundo atlante, supuestamente obtenidos a partir del estudio de las tradiciones ocultistas orientales y mediante comunicaciones con otros planos, influyeron poderosamente a toda la cohorte de videntes posteriores.*

Algunas de sus propuestas resultaban absurdas y descabelladas en su época, pero un siglo después han recobrado vigor. Por ejemplo, la de que seres inteligentes anteriores al hombre coexistieron con los dinosaurios parece cada vez más plausible a la vista de los inexplicables hallazgos de huellas y fósiles humanoides, correspondientes a aquella época, en diversas zonas del planeta.

Por ejemplo, el doctor C. N. Dougherty descubrió en 1971 en el Valle de los Gigantes (Texas) numerosas huellas de saurios de diversas especies, junto a otras de pies humanos de gran tamaño, en el mismo estrato geológico. Éste y otros descubrimientos semejantes parecerían dar la razón a Blavatsky, a los Vedas y a otras muchas antiguas tradiciones.

El «mapa» de la antigüedad de la Tierra y el esquema de la evolución humana mediante diversas «razas raíz», divididas en subrazas, trazados por esta ocultista, resultan más que discutibles. Pero, a medida que van aflorando fósiles humanos, cada vez de mayor antigüedad, parecen ir confirmándose algunos de sus datos. Es preciso señalar, no obstante, que las «razas raíces» de Blavatsky no se corresponden con nuestro concepto habitual de raza, ni siquiera con el de humanidad, ya que la primera sólo habría existido en el plano astral.

La segunda o «hiperbórea» se acercaba más a los hombres actuales, pero estaba muy vinculada con el plano etéreo; y habitaba el norte de Asia y parte del Ártico. En tercer lugar estaban los habitantes de Lemuria (AÑO / CERO, 43), desaparecida en el Pacífico. La humanidad actual sería la quinta raza, mientras que la cuarta correspondería a los atlantes: eran bastante altos, estaban divididos en dos性os y su avanzada civilización habría dado origen a las conocidas por nosotros. Sin embargo, al igual que Lemuria, su sociedad fue destruida por diversos cataclismos. Según los teósofos, las razas sexta y séptima que nos seguirán serán de nuevo más etéreas.

Manuscritos tibetanos

¿Cómo obtuvo Blavatsky esta información? Según ella, lo hacía accediendo a los registros akáshicos mientras entraba en trance y consultaba antiguos manuscritos tibetanos, o bien recibía los dictados de sus guías espirituales, los Mahatmas

En su obra fundamental, La doctrina secreta, recogía extractos de uno de esos manuscritos, Las Estancias de Dzyan (Ed. Sirio), que Blavatsky afirmaba haber visto en un monasterio de los Himalayas. Un discípulo suyo, W. Scott-Elliott, también recopiló mucha información por esa vía. En su libro, Historia de la Atlántida (1896), ofrecía fechas concretas de los diversos cataclismos que la destruyeron y aseguraba que había ocupado la mayor parte del actual océano Atlántico. Su cronología geológica resultaba ser absolutamente inviable, pero algunas de sus propuestas merecen consideración.

Según él, la Atlántida se extendía desde la actual Groenlandia hasta la mitad de la actual Sudamérica y durante su larga existencia estuvo habitada por subrazas (así llamadas para distinguirlas de las siete razas raíces, a su vez divididas en siete). Los lemurianos habrían medido más de 3,5 metros de estatura y algunos de sus descendientes pervivirían en algunas zonas del planeta, como África y Australia. Según esta fuente, los atlantes evolucionaron a partir de los lemurianos. Entre sus subrazas se contaban los primeros sernitas y mongoles, pero la principal subraza regente de la Atlántida habría sido la tolteca, que conquistó el continente. Antes de la destrucción final, un grupo de iniciados toltecas emigró a América y Egipto.

John A. West demostró que la erosión sufrida por la Esfinge de Giza no se debía al viento del desierto, sino a la acción de la lluvia. Tal hallazgo suponía

datar la Esfinge en al menos 9.500 de antigüedad, en vez de 4.500 como se creía

Una obra de tal magnitud sólo pudo haberse construido con unos conocimientos arquitectónicos, astronómicos y matemáticos de una cultura muy anterior a la egipcia. Algo semejante podría decirse de la arquitectura de Tiahuanaco, construida supuestamente por los toltecas que emigraron a América. Pero la cuestión de las razas atlantes propuestas por los teósofos no termina aquí.

El ariosofista Jörg Lanz von Liebenfels (1874-1954), uno de los que mayor influencia parece haber ejercido en la primitiva ideología del nacional-socialismo alemán, compartía las creencias de los teósofos sobre Lemuria y la Atlántida, pero fue más allá que ellos en relación con las razas y subrazas atlantes.

Von Liebenfels comenzó comparando favorablemente la antropogénesis ocultista de Blavatsky con los hallazgos de la paleontología contemporánea. No tardó en afirmar que había descubierto la fuente de todo el mal en el mundo y el significado auténtico de las Escrituras, incluidas las ocultistas, como Las Estancias de Dzyan. El resto vino por añadidura. Según él, la octava estancia se refería a cómo los primeros lemurianos -andróginos- se dividieron en dos sexos y trajeron el castigo divino al engendrar monstruos con otras especies, atractivas pero inferiores: «Tomaron animales hembras muy bellos, pero descendientes de otros que no tenían ni alma ni inteligencia. Engendraron monstruos, demonios malvados». Según Von Liebenfels, la cuarta raza raíz atlante se había dividido en diversas subespecies puras y bestiales, correspondiéndose éstas con los primeros antropoides y los monos antropomórficos: «El error fatal de los descendientes de los antropoides (hombres-dioses), la quinta raza raíz de los arios -homo sapiens- habría sido mezclarse repetidamente con los descendientes de los monos (hombres-animales). En relación con esto último, el investigador Nicholas Goodrick-Clarke señala en Las raíces ocultas del nazismo que «la consecuencia fue la creación de varias razas mixtas, que -según el protonazi Liebenfels- amenazaban la autoridad sagrada de los arios en todo el mundo». Las raíces de la eugenesia nazi se encuentran aquí, e ideas similares han persistido entre aquellos visionarios de la Atlántida que se han atrevido a hablar de sexo. La canalizadora Ingrid Bennett lo ha hecho.

Gracias a la ayuda de sus guías y ayudantes espirituales -entre ellos Nube Blanca y Águila Blanca-, esta sanadora y médium holandesa, afincada en Nueva Zelanda desde niña, ha canalizado muchísima información sobre su pasada vida en la Atlántida como «Guardiana del Cristal». En sus informes ofrece datos sobre la vida íntima de los atlantes: «Las relaciones sexuales era muy activas y nos mantenían sanos. El sexo era tan importante como el comer y el dormir. Algunos tenían relaciones con animales o con seres mitad humanos mitad animales, como los centauros».

La perversión de las costumbres en la última etapa atlante no se limitó sólo a

la práctica del bestialismo, sino también a la de la magia. Ésta terminó por minar su sociedad, según asegura, entre otros muchos, Daphne Vigers en Atlantis Rising (1952): «Hace unos 10.000 años, los egoístas dirigentes de la Atlántida perdieron interés en el progreso científico y su respeto por el antiguo conocimiento desapareció. A medida que éstos dedicaban sus energías a peligrosas prácticas ocultas, la magia negra reemplazó gradualmente a la religión».

Diversos autores han afirmado que la causa del desastre final se debió precisamente a la práctica de la magia, pero otros lo han atribuido a su avanzada tecnología, la cual les habría permitido manejar poderosas energías cosmotelúricas que acabaron escapando a su control y provocaron un gran desequilibrio en la Naturaleza.

Según Scott-Elliot, la tercera raza atlante -los toltecas- eran gigantes. Medían 2,5 metros y vivían en la fabulosa Ciudad de las Puertas Doradas, una gran urbe circular con canales, la misma que el sacerdote egipcio Solón describió a Platón. Era muy similar a la Khorsabad amurallada del rey Sargón II, en Sumeria, que estaba enterrada bajo las arenas en tiempos del filósofo griego.

También se parecía a la capital de los aztecas en México y a la de los incas en Perú, que Platón desconocía. Era, según la descripción de este último, una ciudad circular con palacios, puertos y dársenas. Los recintos de tierra estaban amurallados y recubiertos de metales: el primero de bronce a modo de barniz, el segundo de estaño y la acrópolis de oricalco, un metal hoy desconocido que relumbraba como el fuego. Esta ciudad tenía también numerosos templos dedicados a diversas deidades, muchos jardines, piscinas al aire libre, gimnasios, cuarteles y un hipódromo gigantesco cuyo circuito, de un estadio de largo, discurría en círculos concéntricos. La parte de la Atlántida que daba al mar se describe como llena de acantilados, pero en la ciudad central había una campiña rodeada de montañas.

Este edificio ha sido descrito con bastante detalle por el visionario F. S. Oliver en su obra Caminante entre dos mundos (1952): tenía forma piramidal y en su interior había grandes cristales colgando del techo que creaban un efecto de luz especial. Una plataforma elevada de granito rojo ocupaba el centro del templo y poseía un gran bloque de cuarzo cuyos destellos no dañaban la vista, pero producían un fuego útil para las cremaciones y sacrificios.

Excepto por la citada ciudad, los atlantes no solían construir grandes urbes debido a su impacto medioambiental. Según expone Murry Hope en su obra Practical Atlantean Magic (1991), sus comunidades eran pequeñas y las casas construidas hace unos 12.000 años eran circulares. El psíquico Dale Walker, por su parte, indica que «construyeron grandes torres como faros cerca del mar... Templos de gran belleza llenaban la Tierra. En ellos, la combinación de luz, color, sonido, magnetismo y energías de pensamiento se canalizaban mediante cristales para hacer maravillas en el campo de la sanación». Este no es el único dato que aporta Walker sobre la forma en que los atlantes ejercían la medicina. Sus informes van mucho más allá: «Cuando era preciso, los sacerdotes sanadores conectaban con las mentes de los pacientes para

conseguir que las células del cuerpo se separaran, dejando al descubierto el órgano enfermo. Las células a su alrededor se soltaban y forzaban al órgano hacia la superficie del cuerpo, donde el sanador lo tomaba y lo introducía en una cámara de rejuvenecimiento. Las células rejuvenecían solas... No había dolor ni sangre ni traumas». Esta información no es la única capaz de despertar escepticismo respecto a lo que nos cuentan sobre la civilización atlante. Sin embargo, existen otras aportaciones mucho más interesantes, como la de Cayce, el vidente que nos ha dejado el mayor legado psíquico sobre la Atlántida.

«Rayos súper cósmicos»

Edgar Cayce no sólo propuso una interesante cronología en relación con los cataclismos atlantes, mucho más cercana a la posible realidad que la de Scott-Elbot, sino que informó ampliamente sobre el avance técnico de nuestros ancestros. Nos habló, por ejemplo, del «poder de los cristales» y de «rayos súper cósmicos». ¿Tecnología avanzada como la nuestra?

Si las catástrofes geológicas a las que se refería Cayce ya suponían un gran desafío para las nociones científicas de su época, mucho más lo era describir las fuentes energéticas que activaban los barcos, submarinos y aviones de la civilización atlante. Sin embargo, no pareció equivocarse demasiado. Los hombres con características anatómicas modernas ya estaban dispersos por el planeta hace unos 50.000 años, fecha próxima a la que indicó Cayce para la primera destrucción de la Atlántida (ver recuadro). Las demás en las que Cayce sitúa los cataclismos posteriores, concuerdan con las de los geólogos sobre las inversiones de los polos magnéticos, cambios climáticos, terremotos, períodos de actividad volcánica y extinciones, de forma que sus visiones -que anticiparon muchos de éstos y de otros descubrimientos científicos- no parecen puramente imaginarias. Sus relatos sobre la utilización de alta tecnología – especialmente referida a cristales- resultaban hace tiempo más difíciles de aceptar, sobre todo cuando se refiere a ellos como acumuladores de información y energía para su uso posterior, pero hoy ya no resultan tan absurdos.

En la misma línea de Cayce, el psíquico Dale Walker ha indicado que «los cristales se utilizaban para convertir la energía solar en electricidad... Su increíble poder y esplendor fue posible gracias a la ciencia de los cristales. El descubrimiento del uso de los cristales para controlar la increíble reacción energética entre materia y antimateria dio lugar a los vuelos espaciales».

Más detallado aún es el relato ofrecido por el psíquico Michael Gary Smith, según el cual éstos «disponían de pantallas mágicas en las que podían ver cuanto sucedía en cualquier punto de la Tierra. Asimismo poseían bolas de luz que se encendían y apagaban con un simple movimiento de la mano. Otro de los maravillosos inventos de esta civilización era un carro sin caballos que lanzaba un rayo de fuego, blanco por delante y rojo por detrás. Esta civilización creció hasta tal punto que disponían de barcos para llegar a casi cualquier

punto de la tierra. Tampoco hay que olvidar los mágicos pájaros de plata donde la gente viajaba a través del cielo, a velocidades altísimas. Y más aún, existen indicios de que en la Atlántida había naves espaciales capaces de abandonar la atmósfera terrestre y llegar a la Luna y a otros planetas. Otro campo de la ciencia de la antigua Atlántida era la posibilidad de crear seres humanos iguales a nosotros y el uso de máquinas mentales subatómicas». Una tecnología tan puntera tenía que ir inevitablemente acompañada de una medicina muy avanzada. Según él, tenían un pequeño instrumento que cabía en la palma de la mano del paciente y consistía en un cristal con una capucha de cobre en cada extremo: «El médico podía leer el color del aura o del campo biomagnético del paciente mediante este cristal y diagnosticar la dolencia», explica Smith.

Destinos paralelos

En este sentido, los informes de J. Z. Knight, convertida en canal del espíritu atlante Ramtha, son muy elocuentes: «Los atlantes sabían como transformar la luz en energía pura mediante láser. Incluso tenían naves espaciales que funcionaban con luz, una ciencia que obtuvieron gracias a la intercomunicación con entidades de otros sistemas estelares... En sus experimentos con la luz, perforaron la capa de nubes que entonces rodeaba a vuestro planeta, como la que hoy circunda a Venus. Al perforarla, se produjeron grandes diluvios, quedando Lemuria y el norte de la Atlántida bajo un gran océano de hielo».

Nuestros científicos trabajan hoy con energía nuclear, con partículas subatómicas y rayos láser. Hemos desarrollado máquinas a imagen de nuestro cerebro, desvelado los secretos de la genética y viajado a otros planetas... pero estamos destruyendo nuestro hábitat natural. Quizá la intención, inconsciente o no, de quienes nos hablan sobre la Atlántida y las causas que provocaron su destrucción, sea la de avisarnos del peligro de que a nuestra civilización le suceda lo mismo.

LA ATLÁNTIDA EN ITALIA:

Revista Año Cero. Noviembre 2001, por PABLO VILLARRUBIA

La Atlántida en Italia

Las enormes columnas se levantaban austera y solemnemente sobre el campo de ruinas. Formaban un enorme templo, casi una réplica de otro existente en Olimpia (Grecia) dedicado al dios Zeus. Sin embargo, no me encontraba en tierras griegas, sino en el sur de Italia, recorriendo la antigua Paestum de los romanos y, antes de éstos, la Poseidonia de los griegos, una gran urbe repleta de incógnitas históricas donde, quizás antes que los griegos y los romanos, vivieron los míticos atlantes...

Porque parece que el nombre de Poseidonia tenga algo que ver con la capital homónima del desaparecido continente como la denominaba el sabio Platón en las célebres Critias y Timeo. ¿Sería italiana dicha ciudad? En su obra, Platón describía una capital por sus murallas. En su interior se extendían grandes plazas de las que partían calles y canales de agua. En el centro de la urbe estaba el templo de Poseidón, revestido de oro y ornamentado en su interior con un gran número de estatuas de marfil y oro. Una escultura colosal e imponente representaba a Poseidón conduciendo seis caballos alados. La cabeza del dios alcanzaba el techo del templo y alrededor se hallaban varias tallas de las Nereidas montadas sobre delfines. Poseidón fue el dios griego del mar y se le llamaba también "el que sacude", pues se le atribuía el origen de los terremotos. En la mitología, Poseidón era hermano de Zeus y de Hades y se le representaba armado con un tridente y, a veces, con un delfín. Los romanos lo identificaron con Neptuno.

Según Platón, el fabuloso templo de la Atlántida ostentaba multitud de estatuas de oro en su exterior, representando reyes y reinas de los atlantes. El acceso al interior del recinto estaba limitado únicamente a los sacerdotes y a determinadas personas con permisos especiales; los intrusos eran castigados con la pena de muerte.

Cadena volcánica

La Poseidonia de Italia fue durante el siglo VII a.C. una colonia de Sibaris, la ciudad fortificada que se erguía a orillas del Mar Jonio, en Calabria, y de la cual procede la palabra "sibarita", que es sinónimo de "buen vivir". En Poseidonia se establecieron previamente los griegos de la isla de Rodas y aún antes vivió allí un pueblo de cuya existencia poco se sabe.

Situada a 80 kms. al sur de Nápoles, Poseidonia está rodeada por una cadena volcánica que incluye a los famosos Vesubio, Strómboli, Etna y Vulcano. Según algunos autores, como Herri Brown, la verdadera Atlántida pudo estar situada en el Mar Egeo, en una isla en el centro de este círculo volcánico. El descomunal estallido de una caldera volcánica habría hecho desaparecer el hipotético continente.

En su libro Civilizaciones desaparecidas, del mito a la realidad (Noguer, 1982), Daniel Prades plantea la posibilidad de que Paestum-Poseidonia fuera una colonia de los atlantes que lograron escapar de la destrucción de su isla, Thera, en el archipiélago de Santorín (mar Egeo), donde muchos arqueólogos ubican la mítica Atlántida. Cuenta una leyenda que Jasón y los Argonautas fundaron allí la ciudad de Poseidonia, cerca de la desembocadura del río Sele, al sur de Italia.

Los adoradores de Poseidón

Al dios del mar le rendían culto los habitantes de Poseidonia-Paestum en un enorme templo hecho con piedra caliza de origen marino recubierta con estuco.

Según los arqueólogos, fue erigido alrededor del 450 es decir, en la misma época que el Partenón de Atenas. Prueba de la extraordinaria solidez de la construcción son sus numerosos pivotes de bronce, soldados con plomo para asegurar mejor los bloques y evitar deslizamiento, en caso de terremoto.

La construcción es tan sólida que superó el terrible terremoto y la erupción volcánica del Vesubio del año 79 d.C., que destruyó las ciudades vecinas de Pompeya y Herculano. Los bloques de piedra caliza que hoy se ven en Paestum proceden de capas profundas del banco de arenisca sobre el que se levanta la ciudad. Esas piedras tienen la peculiaridad de endurecerse progresivamente en contacto con el aire, llegando a adquirir con el tiempo una gran resistencia.

Algunos de los grandes bloques de las columnas pesan entre 20 y 30 toneladas.

Ciertas hipótesis mantienen que los constructores, como no conocían los cabrestantes, construyeron plataformas para subir las piezas que forman los techos, arrastrándolos con ayuda de bueyes.

El célebre historiador griego Herodoto, que vivió cuando se estaba levantando el templo de Poseidón, describió potentes máquinas que podrían parecerse a las empleadas en la construcción de las pirámides. Dentro del templo se hallaron numerosas estatuillas o exvotos de terracota y ajuares que indican que allí también se rendía culto a la diosa Hera, la Juno de los romanos.

La ciudad de Síbaris

El templo está orientado de Oeste a este, con seis poderosas columnas frontales.

En su interior existía una cámara del tesoro y su salón principal, a ejemplo de los templos egipcios, sólo admitía la presencia de sacerdotes y vestales. Los sacrificios y las ceremonias religiosas tenían lugar fuera, frente a la fachada oriental del edificio. Sin embargo, a mi lo que más me impresionó al recorrer el vasto campo de ruinas de Poseidonia fueron sus murallas ciclópeas. ¿Serían idénticas a las que describía Platón como pertenecientes a la Atlántida?

Algunos bloques alcanzan más de 3 metros de longitud y pueden pesar más de 5 toneladas.

Su perímetro alcanza casi 5 kilómetros, con unos 15 metros de altura y un espesor que varía entre 5 y 7 metros. Están intercaladas por 24 torres redondas y cuadradas y en otros tiempos las rodeaba un profundo canal.

Según las estimaciones de los arqueólogos, se remontan al siglo V a.C. Mucho antes de que se asentaran allí griegos, romanos y cristianos, que llegaron a ocupar el mismo espacio en tiempos muy diferentes, existió una necrópolis prehistórica, construida hace cerca de 4.000 años. Fue descubierta casualmente en 1943 por tropas Americanas durante la construcción de un aeropuerto militar.

Estrabón, geógrafo griego del siglo 1 a.C., contaba que los griegos de Síbaris habían creado una ciudad fortificada en los alrededores del río Sele y habían extendido su influencia por los territorios cercanos. En el siglo VII a.C. se comparaba a esta urbe con Atenas; era famosa por su riqueza, lujo y placeres carnales, pero desapareció bajo las aguas y no se volvió a saber de ella hasta que arqueólogos de la Universidad de Pensilvania llevaron a cabo investigaciones en el golfo de Tarento y descubrieron estructuras enterradas a 6 metros de profundidad en un terreno pantanoso. Se cree que cuando se realicen tan complejas excavaciones se podrían encontrar templos y tesoros de valor incalculable. Según cuenta Solino, un escritor romano del siglo III d.C., sus habitantes fueron expulsados por los aqueos. Otros autores opinan que la ciudad fue invadida por las aguas. Los sibaritas fundaron varias colonias en la región sur de Italia y llamaron a su ciudad Poseidonia, en honor al dios que les protegía en sus recorridos marítimos.

Entre los colonos de Síbaris también estaban los de Trezene, ciudad griega que era la única donde se veneraba a una misteriosa diosa a la que denominaban Damia, uno de los nombres secretos de la Diosa Madre de las religiones místicas, unos cultos secretos que practicaban los habitantes de la antigua Grecia. A Damia se le atribuían poderes extraordinarios y en el santuario de Santa Venera, situado un poco más al sur de Poseidonia, se decía que tenían lugar curaciones milagrosas.

En el siglo V a.C. los lucanos, un pueblo itálico procedente de la cordillera de los Apeninos Medios, invadieron algunas regiones cercanas a Poseidonia. Su influencia se deja ver en el arte de los sibaritas, principalmente en los magníficos frescos que actualmente pueden ser contemplados en el Museo de Paestum.

Una raza misteriosa

Si examinamos algunas de las tumbas expuestas en este museo veremos que las sepulturas contenían vasijas de cerámica, armas de sílice o cobre y diversos restos pertenecientes a un pueblo de braquicéfalos (individuos con cráneo pequeño) y de estatura más alta que la mayoría de las poblaciones de la Italia prehistórica. ¿De dónde procedía esta raza? Ciertos arqueólogos la asocian con un contingente humano llegado desde algún lugar de Asia Menor hacia el 2400 a.C.

Los datos más interesantes que nos legaron están plasmados en el interior de las propias tumbas: preciosas pinturas realistas que muestran escenas del más allá, de su mundo mitológico y también de la vida cotidiana, al igual que ritos funerarios o incluso flirteos entre individuos del mismo sexo.

En la planta superior del Museo de Paestum pude contemplar algunas tumbas abiertas donde, a modo de paneles, se exponían unas pinturas que aún transpiraban frescor. Una mostraba una extraña entidad humana o semi humana, cuya cabeza era desproporcionadamente más grande que el cuerpo.

Según las guías del museo se trata de un ejemplo de arte lucano -pueblo que influyó sobre Poseidonia- y representa a Caronte, el enigmático barquero de la mitología griega que conducía a las almas al más allá, acompañado por el perro Cancerbero.

Curiosamente, en las antiguas culturas centroamericanas creían también en una especie de perro sagrado, guardián del mundo de los muertos. Bajo la misma pintura, situada en la pared interior de una de las tumbas, aparece la escena de una procesión que lleva a un carnero dispuesto para el sacrificio.

Según Platón, en la Atlántida -al igual que en Creta- se realizaba el sacrificio ritual de un toro, ceremonia que habría pervivido hasta nuestros días en las tradicionales corridas de toros.

Una de las piezas que más me llamó la atención fue un torso femenino, sin cabeza ni brazos, sobre el que estaban pintadas varias esvásticas, un símbolo que, lejos de ser exclusivo de los nazis, se encuentra entre los más antiguos de la humanidad y aparece incluso en el arte rupestre.

En Sitagroi III, una ciudad de la antigua Macedonia, se encontró un torso datado en el 4000 a.C. prácticamente igual al del museo. Por otra parte, en un sepulcro de Catal Húyük (Turquía) fue hallada una diosa de arcilla pintada que lleva marcados en los pechos unos símbolos semejantes a la letra V, tal vez elementos que tuvieron una misma significación mágica en pueblos muy diferentes entre sí.

La conexión Americana

Según la arqueóloga rumana Marija Gimbutas. la presencia en Europa y Anatolia durante todo el Neolítico (entre 5000 y 2500 a.C.) y el Calcolítico (período de transición entre el Neolítico y la Edad del Bronce) de galones, cruces y esvásticas en los pechos femeninos, bien por debajo de éstos o en los brazos, sugiere una identificación de la lluvia con la leche materna, una antiquísima y extendida creencia que asociaba a las divinidades femeninas con las aguas pluviales. Estaríamos hablando, en este caso, de estatuas propiciatorias, posiblemente destinadas a presidir ritos para solicitar las lluvias en época de sequía.

Otro detalle que no se me escapó durante la visita al museo fueron unas pequeñas máscaras de terracota con rostros risueños. Me vinieron a la mente las imágenes de las famosas "caritas sonrientes" de los antiguos habitantes del estado de Veracruz, en México, que se encuentran en el museo de Jalapa. Algunas pueden ser vistas en el madrileño Museo de América. ¿Habrá alguna conexión entre tierras tan lejanas?

En tiempos remotos, una bella isla próspera y poderosa dominaba un vasto imperio que se extendía hasta África y Europa. Sus habitantes estaban avezados en el arte de la guerra pero, castigados por la furia de los dioses, fueron tragados por las aguas del mar. Esto era, en síntesis, lo que contaba el sabio Platón sobre el fin de la Atlántida. La civilización que Platón describió era

muy semejante a la de los minoicos que vivieron en la isla de Creta. Poseían grandes conocimientos sobre metalurgia, ingeniería, construcciones de canales, túneles, puertos e incluso desarrollaron una especie de aire acondicionado para las casas e instalaciones sanitarias semejantes a las actuales. Los minoicos también habitaron una isla llamada Thera, situada en el archipiélago de las Santorini, en pleno mar Egeo, entre Grecia, Creta y Turquía.

Se trataba de una isla volcánica que estalló completamente hacia 1470 a.C. El cráter, de 1.500 metros de altura, emergió con tal violencia que la parte central de la isla se hundió más de 360 metros por debajo del nivel del mar. Lo poco que queda de ella es lo que hoy se conoce por isla Santorini. Bajo cenizas volcánicas con más de 30 metros de espesor se encontraron allí ruinas del Imperio Minoico. Varios investigadores han asociado el fin de la Atlántida con la isla de Thera Santorini, basándose en que tal vez Platón interpretó erróneamente los escritos de su antepasado, Solón, que recogió la historia del cataclismo entre los sacerdotes egipcios de Sais. Según éstos, una lectura equivocada pudo inducir al error de que el desastre ocurrió 9.000 años, en vez de 900, antes del nacimiento de Solón, época más cercana a la gran explosión volcánica en Thera. Pero Platón debería haber cometido otros errores para que aceptemos la hipótesis de que la Atlántida estuvo en alguna isla mediterránea. El vocablo griego que significa "más grande que" es muy semejante a la frase "a medio camino", por lo que la Atlántida podría haber estado entre Libia y Asia, en el Mar Egeo, en vez de ser "más grande que" Libia y Asia, como se ha interpretado. Las columnas de Hércules tampoco corresponderían al estrecho de Gibraltar, como se ha pensado generalmente, pues hay dos promontorios cerca de Creta que llevan el mismo nombre. Las cifras de 2 millones de kilómetros para la Atlántida de Platón se podrían reducir a 2.000 ó 20.000 kms., área perfectamente aceptable para una isla en el mar Egeo.

El templo de Hera (la Juno romana) es el más antiguo de los recintos sagrados griegos de Poseidonia y su construcción se remonta a la mitad del siglo VI a.C. Posee cincuenta columnas, todas perfectamente conservadas, y su arquitectura es semejante a la de otros templos encontrados en Creta, Dreros y Priniá. En el hipogeo, una construcción rectangular del siglo IV a.C., se encontraron ocho vasos de bronce, restos de tejidos y cuero y una vasija con pinturas que muestran la llegada de Hércules al Olimpo. Según el profesor Luciano Pennino, autor del libro Paestum y Velia (Salerno, 1996), el hipogeo podría ser un templete subterráneo dedicado a divinidades de la fecundidad, quizás a las ninfas, o una tumba simbólica, donde no se enterró en realidad a ningún cuerpo, consagrada al mítico fundador de Síbaris.

Los hijos de Atenea

El templo de otra divinidad, Atenea, fue edificado hacia finales del siglo VI a.C. En él se encontraron unos pozos llenos con las ofrendas de los fieles. Las más abundantes son las estatuillas en terracota que representan a esta diosa, patrona de la sabiduría y de las artes. Dicha construcción se encuentra en la parte más alta de la ciudad.

Aquí podemos, nuevamente, encontrar una asociación con la Atlántida. "El políglota y heterodoxo extremeño Benito Arias Montano, consultó, en tiempos de Felipe II, antiguos documentos hoy desaparecidos que daban fe de que Clitone, la mujer mortal que engendró del dios Poseidón varios hijos -entre ellos Atlas- que habrían dado origen a la raza atlante, podría ser la mismísima Minerva o Atenea a la que se rindió culto en Atenas y en Sais, en el delta del Nilo", me comenta Carmen Pérez de la Hiz, estudiosa de los secretos de Atlántida.

Durante la dominación romana, que comenzó en 273 a.C., la ciudad experimentó un renovado florecimiento de sus actividades económicas y culturales. Se levantaron nuevos y grandes edificios públicos como el anfiteatro, el foro y el gimnasio, que aún hoy se pueden apreciar. Con el tiempo, Paestum se redujo a una pequeña aldea alrededor del templo de Ceres, más tarde transformado en iglesia cristiana.

En el siglo IX d.C., los habitantes de la aldea, para salvarse de la malaria y de los saqueos de los piratas y de los sarracenos, se refugiaron en los montes. Así fue como Poseidonia, uno de los núcleos más importantes de los griegos, se sumió en el olvido.

En 1752, cuando el monarca español Carlos III (entonces rey de Nápoles) ordenó la construcción de una carretera hacia el sur de Italia (la actual estatal 18), se redescubrió la ciudad perdida de Poseidonia. Quizá, más abajo de todas estas ruinas, reposen otras, mucho más antiguas, aquellas que un día formaron las calles de la Poseidonia de los míticos atlantes.

Los Argonautas eran un grupo de héroes de la antigua Grecia entre los que se encontraban Hércules y Orfeo. Liderados por Jasón, embarcaron un día en el navío Argos para hacerse con el Vellocino de Oro que se encontraba en Cólquida, una región de la costa oriental del Mar Negro, al pie del Cáucaso. Dicho vellocino era, en realidad, la piel de un carnero sobre cuyo lomo habían huido del reino griego de Yolco dos pequeños príncipes, Frixo y Hele. Contaba la leyenda que su malvada madrastra había intentado que fueran sacrificados a los dioses para aplacar la hambruna que sufría el país. Su verdadera madre les envió el carnero salvador y, volando sobre éste, cruzaron el mar Ponto, entre Grecia y Cólquida.

A la mitad del trayecto, la pequeña Hele cayó al mar, que se llamó desde entonces Helesponto. Frixo llegó a Cólquida, guardó la piel del carnero en un bosque sagrado y desposó a la hija del rey. La fundación de Poseidonia-Paestum pudo ser consecuencia de una larga historia que empezó en Yolco cuando Pelias, un hijo de Poseidón, entonces anciano, usurcó el trono de su hermanastro Jasón, el heredero legítimo, quien ocultó a su hijo Diomedes, el futuro Jasón, en un monte donde fue educado por el centauro Quirón. Poco después, el oráculo advirtió a Pelias que moriría a manos de un hombre que usaba una sola sandalia.

Pasados varios años, Pelias participaba en un solemne sacrificio a Poseidón en una playa y conoció a un joven que llevaba sólo una sandalia. La otra la había perdido en el río Anauro por culpa del ardid de la diosa Hera quien, disfrazada de anciana, rogaba a los viajeros que la transportaran al otro lado del río. El único que se apiadó de ella fue Jasón, que la cruzó sobre sus hombros y perdió una sandalia en la travesía. Cuando Pelias, el traidor, descubrió que el joven era su sobrino y reclamaba su derecho dinástico, hizo un trato con él: le devolvería el trono a cambio de que trajera de vuelta el Vello de Oro. Jasón aceptó el reto y convocó a 55 hombres valerosos, los Argonautas. Después de mil aventuras, la expedición culminó con éxito. Esta hazaña mitológica llevó a unos arqueólogos georgianos, en 1978, a explorar el territorio cercano a Cólquida, en la costa del mar Negro. Allí encontraron numerosos objetos de oro y descubrieron que los antiguos habitantes de la zona tenían la costumbre de recoger este metal precioso de los ríos con ayuda de pieles de oveja que sumergían en el agua. A la larga, las pieles se recubrían de polvo de oro, lo que pudo originar la leyenda del famoso Vello.

LA ATLÁNTIDA, CONTINENTE PERDIDO

MAXIMO BRUNE

Es imposible leer la mente de un hombre de un hombre que murió hace 2300 años... Si se pudiera hacer así. O si por lo menos, se inventara una máquina de tiempo que situara a los personajes del pasado en el mundo actual quizás supiéramos exactamente lo que sucedió en el misterioso continente perdido de la Atlántida.

La única fuente de información con que contamos en la actualidad son los escritos de este hombre desaparecido hace dos y medio milenios... Platón. Platón más conocido por Platón en el mundo de habla castellana o española vivió en la centuria comprendida entre el año 427 a. C. al año 347 a. C. La Atlántida fue mencionada en dos de sus obras principales. Mas que obras las mismas pudieran considerarse como "diálogos" lenguaje a discutir entre dos personas porque hay que tener en cuenta de que Platón vivió en la época de la filosofía y en ese tiempo casi todas las ideas Se exponían a pública discusión creando las diversas escuelas del pensamiento humano.

Tamios y Kritias... éstas son las obras que hacen referencia a la Atlántida. Son las únicas fuentes de referencia Sobre Atlántida. Absolutamente las únicas.

Cualquier libro o artículo escrito pasada la época de Platón no deja de ser sólo una variante informativa de aquellas obras del escritor.

Platón jamás estableció en sus obras que él tuviera directo contacto con la Atlántida. En la época en que el filósofo escribió sobre este continente Sus referencias Se basaban en las memorias de un, hombre muerto ciento cincuenta años antes de que él naciera. Este hombre se llamaba Solón y trabajaba para el Gobierno de Atenas viajando extensivamente. Por lo tanto nos quedan sólo dos caminos a escoger en lo referente a la Atlántida. O bien

Platón conoció de verdad las obras con los escritos de Solón y se basó en ellos para escribir sobre el tema o bien simplemente inventó el personaje para consolidar su teoría filosófica del "Estado Ideal".

Aristóteles, el pupilo y estudiante más aventajado de Platón estaba convencido de que la Atlántida había sido inventada por su maestro para fines de tipo filosófico y que no existió en la realidad. Los siglos posteriores marcaron una casi total apatía referente a la Atlántida. Plinio el Viejo, filósofo romano, siguió la teoría de Aristóteles acusando al fallecido Platón como "inventor de la fábula sobre Atlantis". Los filósofos, historiadores y estudiosos se sucedían por generaciones y el tema quedaba suspendido en estado de inanimación gravitacional.

Tras de un intervalo de mil quinientos años, un sorpresivo número de científicos, historiadores y arqueólogos comenzaron a manifestar un repentino interés por el continente supuestamente desaparecido al otro lado del océano.

El historiador español Francisco López de Gomara (1510-1560) fue el primero en decir que la Atlántida debía terminar en la América. Sir Francis Bacon (1561-1626) dijo exactamente igual y el educador alemán Janua Joannes Bickerod dijo que "el Nuevo Mundo descubierto por los españoles no tenía nada de nuevo..." en el año 1663.

Estos ecos sobre la Atlántida no se habían apagado dos siglos y medio después en la época de Alexander Von Humboldt. El primer hombre que parece haber aceptado la leyenda como una positiva y real idea histórica fue el padre jesuita Athanasius Kircher (1601-1680). Este jesuita fue un verdadero investigador de los temas más variados. Aseguró que "había descifrado jeroglíficos referentes a la Atlántida". Según su versión la Atlántida era un pequeño continente en el océano Atlántico. Era mas bien una isla que un continente. Y sus dimensiones geográficas la ubicaban entre América y África.

Una inmensa isla en la cual una serie de montañas centrales se desmenuzaban hacia las llanuras en las aguas de diversos ríos que recorrían todo el terreno como los hilos de una telaraña.

Pero, antes de seguir con este artículo veamos lo que realmente Plato dijo sobre la Atlántida en su obra Tamios. Como especificamos al principio, esta obra es un diálogo. Dropides, un amigo personal de Solón (según Platón) viajó a Egipto durante los años 590 A.C. y 580. Fue a la ciudad de Sais y tuvo largas conversaciones con los sacerdotes en ella. Los sacerdotes le informaron que tanto Sais como Atenas fueron fundadas, la primera hacia ocho mil años y la segunda nueve mil. Que en aquella época de la fundación había una isla tras de las famosas Columnas de Hércules "era mayor que Libia y Asia juntas".

Esta Sentencia necesita de dos enmiendas. Porque hay que tener en cuenta que lo que ellos llamaban Asia no era mas que el Asia Menor. Y la segunda se refiere a una palabra usada por Platón en griego que lo mismo podía significar "grande en extensión" que "grande en poderío". Esta palabra era meizon. Lo más probable es que significara grande en poderío ya que de acuerdo con el

relato los habitantes de la Atlántida planeaban una invasión para subyugar la porción del Mediterráneo que daba a ellos. Parece que la invasión se llevó a efecto y que solo al final de una cruenta lucha los atenienses lograron la victoria rechazando al enemigo.

Los sacerdotes afirmaron que "poco después de la fracasada invasión comenzaron a ocurrir maremotos, terremotos, inundaciones y la isla de Atlantis desapareció para siempre en el mar".

No hay otra referencia la Atlántida en el Timaios. Y si no fuera por otros diálogos en sucesivas obras poco interés hubiese despertado el relato de los sacerdotes acerca de la invasión y la desaparición de Atlántida. Pero fue la obra Kritias la que excitó la imaginación de todo el mundo. En la Atlántida (según Kritias) vivía un pueblo abundante. Poseidón se enamoró perdidamente de una de las muchachas de la isla. Vivió con ella en una pequeña montaña y concibió con la misma cinco pares de gemelos todos ellos varones. Sigue la leyenda diciendo que Poseidón rodeó su montaña con varios cursos circulares de agua para evitar que los hombres llegaran hasta sus dominios y que los viajeros se mantuvieran apartados.

Esta es la primera referencia a los famosos canales circulares de la Atlántida. Canales que transportaban el agua de los ríos por medios artificiales hacia toda la tierra de la isla. Los sucesivos reyes de Atlántida magnificaron la obra y la aumentaron mediante construcciones artísticas creando una verdadera red de irrigación a la vez que un mayor número de compuertas permitía darles paso a los barcos de los comerciantes. Los diferentes círculos separados unos de los otros por el agua de los canales a su vez se unían mediante puentes que se dividían en tres partes para permitir el cruce.

El centro de la isla estaba constituido por la montaña en la cual vivía Poseidón en su palacio. Esta isla estaba separada del resto por un canal circular. Después seguía una zona también circular de tierra conocida como la "Bahía Interior" a su vez separada de la Bahía Exterior por otro círculo de aguas dulces. Un canal central rectilíneo unía a todos los puntos de tierra con el mar abierto. La parte externa de la última porción de tierras habitables estaba rodeada de una inmensa muralla circular que protegía a todo el conjunto de las miradas o curiosidad de los que llegaran allí por casualidad.

La idea general, bajo un punto de vista arquitectónico, es casi inconcebible.

Hoy en día serían necesarios incontables años de trabajo y los más modernos métodos de construcción para lograr algo similar a la Atlantis arquitectónica. El área total, la ciudad central, los campos circulares y los canales interiores ocuparían (según la descripción de Platón) un área cercana a las ochenta mil millas cuadradas. Todo esto en un perfecto esquema mediante el cual el canal central sería el encargado de regular las mareas altas y bajas de las aguas a fin de mantener un constante flujo de irrigación para las cosechas.

¿Increíble verdad? ¿Pero... de dónde pudo sacar Platón ideas tan lejanas a la época en lo que le tocó vivir? Los arquitectos que leen la descripción de Platón se quedan asombrados por la distribución y exactitud de sus planos mentales.

¿Extraterrestres...? Existe una marcada diferencia entre las escasas referencias a la Atlántida hechas en el Timaios el cual viene a ser un incompleto recital acerca de invasiones y catástrofes que destruyeron una Atlántida nebulosa e irreal y la Atlántida descrita en el Kritias.

El Kritias habla de pormenores inconcebibles. No solamente bajo el punto de vista de la construcción arquitectónica sino también sobre datos particulares de la ciudad en sí y sus aldeanos. Paredes de diversos materiales y colores, clases de metal usados en el reforzamiento de sus casas... etc...

Los buscadores de la Atlántida, que aceptan la descripción de Platón palabra por palabra se encuentran ante un dilema... la verdadera ubicación del Continente Perdido.

Ciertamente una isla que venía a tener cuatro veces el tamaño de Tejas no puede desaparecer completamente sin dejar el más mínimo rastro. Muchos fueron los lugares en los cuales se ubicó la Atlántida, Entre ellos Suecia, el Cáucaso, Sur América, Ceilán y la parte oeste de África. Pero en ninguno de estos lugares logró encontrarse la menor prueba de una existencia humana inteligente que databa de diez mil años ¿Podía haber algo equivocado en las cifras de Platón? Más de un estudioso ha querido encontrar la diferencia en la relación que existe entre años solares y períodos de la Luna. Los egipcios evocaban el término de "lunas" como de 30 días, lo cual quiere decir que el período establecido por Platón como de 9,000 años quedaría reducido a 742 años actuales... lo cual ya es más creíble. Las palabras egipcias han sido trasladadas, a su vez de otro lenguaje. No se sabe cuál. Lo que quiere decir que a su vez, en la translación al griego puede que el símbolo egipcio de 100 significara 1,000 o viceversa. En este caso la invasión hubiese tenido efecto en los alrededores de 1500 años antes de Cristo. También las medidas de los canales pasarían de 1000 estadios a 100 disminuyendo en gran cantidad el tamaño de la desaparecida Atlántida.

Una interesante teoría sobre esto proviene del Profesor griego Anghelos Galanapnulos que es de origen griego y cree en la versión de Platón al pie de la letra. En los 36 grados al Norte y los 25 grados al Este del Mar Egeo se encuentran un pequeño grupito de islas colectivas que reciben el nombre de Santorini, consiste en dos grandes islas Thera y Therasia y unas cuantas pequeñas llamadas Aprosini, Palaia Kameni, Nea Dameni y Mikra Kameni. La palabra Kameni (correspondiente a las tres) significa fuego o ardiente. Todas ellas son de origen volcánico. En 1886 hubo una poderosa erupción en estas islas que fue estudiada cuidadosamente por un científico francés de nombre Fouque y que sirvió de base para que la Universidad de Viena trazara un esquema de las erupciones ocurridas en la zona por siglos.

Hubo una erupción en el año 198 a. C. mediante la cual la isla de Palaia Kameni surgió sobre las aguas embravecidas. Otra erupción en el 726 d. C. Alargó esta isla. En 1573 Mikra Kameni se formó de idéntica forma. En 1650 otra erupción produjo algunos cambios en las islas menores. Pero en 1707 se produjo una ciclópea erupción que duró nada menos que cinco años y de la

cual surgió Nea Kimena. En 1666 un apéndice de Nea Kirneni también surgió de los abismos oceánicos.

Por lo que se deduce, en el 250 d. C. el grupo Santorini estaba compuesto solamente de Thera y Therasia, pero en la actualidad las pequeñas islas proliferan en derredor de las dos mayores. Para el profesor Galanopoulos Thera y Therasia no eran más que los rasgos superiores de la desaparecida Atlántida. Las esporádicas erupciones que dieron pie al resto del archipiélago demostraban que su teoría (por lo menos en la parte geológica) tenía fundamento ya que la tabla enseñaba una larga cadena de movimientos volcánicos en la región.

Si habían surgido islas a partir del 250 ¿Por qué no pensar que también habían desaparecido? Thera y Therasia están cubiertas de una espesísima capa de cenizas volcánicas petrificadas. Capa que quizás está esperando los suficientes recursos científicos para mostrar que en sus entrañas se encuentran los restos del Continente Perdido.

Los negociantes griegos tienen en gran estima las cenizas volcánicas petrificadas para las construcciones. Algunos de ellos adquirieron parte de este material de las islas. Cuando comenzaron a excavar se encontraron que bajo las mismas había innumerables edificios antiguos, utensilios de cocina, objetos de uso personal... todo de piedra y nada de metales. Ni una sola inscripción para atestiguar la procedencia de los objetos ¿La Atlántida que volvía a la luz?

No hay manera de comprobarlo. Sólo futuras excavaciones y quizás alguna inscripción den la clave. Es conveniente hacer notar, que, más o menos en la época en que se supone que desapareció la Atlántida tragada por el mar, la cultura de Creta estaba en el cenit de su esplendor. Los navíos cretenses extendían materialmente su poderío en el mundo entero. Los cretenses hacían un culto del Minotauro y su civilización era fantástica para la época en que vivían.

Los más complicados edificios, construcciones y edificaciones quedaron a la mitad repentinamente... de allí la cultura cretense decayó hasta convertirse en la simple cultura artesanal de la historia moderna y medieval ¿Cómo sucedió esto?

Tal parece que los genios de la piedra cretense interrumpieron sus labores a mediados del día y desaparecieron corriendo ¿Por qué? Nada se sabe. Se sugiere constantemente una invasión de alguna raza extranjera. Pero esto es bien poco probable. Para invadir la Creta de Horilero era necesaria una larga batalla con resultados muy nebulosos ya que Su flota era invencible. Todo demuestra que la cultura cretense "desapareció repentinamente" sin explicación ¿Quizás la explosión de la Atlántida?

Creta queda muy cerca del archipiélago Santorini. Una explosión ciclópea de origen volcánico que destruyera a la Atlántida, en su remanente podía destruir perfectamente a Creta. Las inmensas olas, los maremotos y las nubes de

cenizas incendiadas podían poner fin no solamente a una cultura, sino a dos al mismo tiempo.

¿La Atlántida marcó la destrucción de la cultura en Creta? Los estudios lo apuntan en esta dirección. Para terminar con la teoría; el profesor Galanopoulos hace constar una similaridad increíble. Dicho profesor coloca una mano con las dimensiones de la Atlántida original; sobre el archipiélago de las Santorini.

Las dimensiones coinciden casi a la perfección. Lo que se consideraba en la Atlántida como la montaña interior en la cual habitaba el rey y que estaba rodeada por la "Bahía Interior" quedaba circunscrita directamente en la zona de las dos islas mayores. Las Santorini conocidas como Thera y Therasia. Los estudios a realizarse en el futuro dirán la última palabra. Lo cierto es que en las entrañas de estas dos islas se encuentran edificios de piedras imponentes, utensilios para la vida humana... y ni una sola inscripción sobre la Atlántida.

Hace años el sumergible Aluminaut, designado especialmente para la exploración, se encontraba explorando los bancos de las Bahamas muy cerca de Bimini. Para su estupefacción los marineros descubrieron una carretera sumergida que caminaba en línea recta por el fondo del mar por más de quince millas y al final de la misma una serie de construcciones monolíticas con todo el aspecto de edificios.

El Dr. J. Manson Valentine tuvo conocimiento de este hallazgo y contrató a los buzos Profesionales Jacques Mayol, Harold Climo y Robert Angove para explorar el área en cuestión. Sus descubrimientos fueron sensacionales ya que clamaban haber encontrado una verdadera ciudad sumergida.

¿Era la Atlántida en las Bahamas? Nadie lo sabe.

El continente perdido de la Atlántida parece burlarse de nosotros desde las profundidades de los mares y la historia. Sigue siendo hoy tan misteriosa como el día, hace 2500 años, que un filósofo la describió en dos de sus más famosas obras.

LA ATLÁNTIDA, EL DILUVIO Y OTRAS CUESTIONES:

por CARLOS A. BENEDETTO

LA GEOLOGIA Y LOS MITOS:

La Tierra viene sufriendo períodos fríos (glaciares), y cálidos (interglaciares) desde hace varios cientos de miles de años. Los últimos glaciares se derritieron hace aproximadamente 12.000 años. Es decir, que hoy estamos en un período interglacial. Es muy probable que en unos miles de años más. el planeta (o gran parte de él) vuelva a estar cubierto por capas de hielo de centenares de metros de espesor.

Los glaciares eran hielo formado por nieves (es decir, lluvia), que se acumulaba durante los períodos fríos, y que no llegaba a derretirse, pues las desviaciones del eje terrestre provocaban no sólo una fuerte disminución de las temperaturas medias sino también el acortamiento de los veranos.

Esas lluvias provenían de la evaporación del agua del mar. Quiere decir que en las épocas frías la superficie del mar se reducía, pues el agua estaba en tierra firme, en forma de hielo.

Con el calor interglacial el hielo se derretía y el mar volvía a tener el caudal original. Y muchos sitios que en época fría eran tierra firme (donde incluso vivió el hombre) están hoy bajo las aguas.

Se sabe de culturas prehistóricas que yacen bajo el mar. Hasta ahora se presume que ninguna de ellas fue lo suficientemente desarrollada como para hacernos pensar que se trataba de "civilizaciones". En Arqueología e Historia está consagrada la idea de que el proceso de formación de las grandes culturas de la Humanidad se inició hace no más de 7.000 años, aproximadamente.

Y aquí empiezan las dudas. Pensamos en el Diluvio, un mito que lo hallamos en todas las culturas del mundo, desde tiempos inmemoriales. ¿Una fantasía pura? ¿Un simbolismo religioso? ¿Una manera de explicar con un mito la rotura de la bolsa de las aguas durante el parto, según alguna escuela psicoanalítico? Hay muchas explicaciones y podríamos decir que todas tienen algo de validez.

Por nuestra parte, nos sumamos a quienes tienden a ver en los mitos una fantasía con componentes extraídos necesariamente de la realidad concreta. Las fantasías puras no existen. Existe la capacidad del hombre para hacer infinitas combinaciones de los datos de la realidad; pero esos datos no son inventos.

Entonces, si hubo un mito del Diluvio o inundaciones que cubrieron la Tierra (o lo que la Tierra era para quienes relataron esas leyendas) y, junto a ella, a culturas enteras, es porque algo de cierto debe haber. La Arqueología sabe que hay zonas del planeta antes habitadas por el hombre, 'hoy cubiertas por las aguas. Entonces el relato del Diluvio ya no es tan mitico.

¿EXISTIO LA ATLÁNTIDA?

Tal vez el tema sea demasiado trillado, pero el enigma sigue en pie. Aún hay quienes creen que hace varios miles de años existió, en el Atlántico Norte, una Isla-continente con una poderosa civilización, que un día se hundió en el mar, en un lugar que podría ser el actual Mar de los Sargazos.

Platón cuenta, en sus diálogos Timeo y Critias, que en el año 11.500 a.C. la Atlántida se hundió en el mar, más allá de las columnas de Hércules" (estrecho de Gibraltar). También describe el poderío de la civilización que habría vivido allí, logrando expandirse militarmente hasta Italia. Algunos recuerdan el

alfabeto de los etruscos (la no menos misteriosa civilización prerromana), aún indescifrado, y piensan que puede tener relación con los atlantes.

Al otro lado del océano, en América, los aztecas e incas conservaban mitos según los cuales habían sido "civilizados" por agentes que provenían del Este.

Los aztecas, por ejemplo decían ser "gente que viene de Aztlán". Recordemos que al norte del África existe una cadena montañosa llamada Atlas; que Atlas, en la mitología griega, es quien sostiene el mundo sobre sus hombros. El dios azteca Quetzalcóatl es representado muchas veces de la misma manera; y ¿no, nos indica nada la terminación ATL del nombre de esta divinidad? ¿Y la denominación que Platón le da a la isla-continentе desaparecida? ¿Simples coincidencias lingüísticas? Es probable que sí, pero quedarnos con esta explicación sería autolimitamos.

El Misterio de la Atlántida, que hace 500 años, cuando los portugueses llegaron a las islas Canarias, se encontraron con los últimos sobrevivientes "cro-magnones" (luego exterminados por los europeos), que creían ser los únicos seres vivos del mundo, luego de la "catástrofe". Ese pueblo, a pesar de vivir en una isla, no se animaba a salir al mar, pues le temían, pero, entonces. ¿Cómo habían llegado allí?; vivían en la Edad de Piedra, adoraban al Sol (igual qué incas y egipcios antiguos), momificaban a los muertos (como en Perú y Egipto) y escribían. Eran los guanches.

¿Cuál fue esa catástrofe? Porque, al hablar de "catástrofe" nos referimos a algo repentino, brusco. Y antes habíamos señalado lluvias o inundaciones, pero ello en un proceso lento, no, "catastrófico". ¿Qué pudo haber sucedido?

La Geología nos dice que el peso de los glaciares provoca un hundimiento de la Tierra, y que su derretimiento, al dejar de ejercer peso, 'permite un levantamiento del nivel del suelo. Pero también sube el nivel del agua, ya que el mar recupera su antiguo caudal; y a todos estos procesos se los conoce como "movimientos eustáticos o isostáticos". que son lentos. Pero, ¿debemos descartar la posibilidad de que se haya producido, alguna vez, un movimiento brusco de levantamiento de una zona y hundimiento de otra tal vez con la intervención de otros factores, además del derretimiento glacial?

La fecha del derretimiento del último glaciar coincide con la fecha de la "catástrofe" que relata: Platón, Y con las fechas de la hipótesis que señalan que Tiahuanaco, en Perú, se levantó bruscamente de su nivel. Antes habría sido un puerto marítimo, hoy está a centenares de metros sobre el nivel del mar. ¿Delirios? ¿Fantasías?

Hay quienes sostienen que la Atlántida existió, que fue el centro universal de difusión de la cultura, un paraíso terrenal, una tierra con hombres progresistas, emprendedores, que habían llegado a dominar el mundo, e incluso que mantenían contactos con civilizaciones extraterrestres.

Otros, más cautos, dicen que fue una cultura humana del mismo nivel que otras culturas prehistóricas que están bajo las aguas, pero algo más desarrollada. y que mantuvo contactos a ambos lados del Océano.

El tema sigue siendo investigado seriamente. Recientemente fue descubierta por sonar, a 900 metros de profundidad, en la zona de las Bermudas, una pirámide de 150 metros de altura, en la misma latitud geográfica que la de Kheops, en Egipto. El hallazgo interesó a Charles Berlitz, quien sostiene que podría llegar a probar la existencia Y desaparición de una civilización antigua muy avanzada, fuera o no la Atlántida. Berlitz encaraba, para mediados de julio de 1977 una expedición submarina al lugar.

*La importancia de esto radica en que, si se prueba que realmente existió una civilización atlántica hace 14.000 años, ello obligaría a reformar todas las escalas cronológicas hoy aceptadas por los estudiosos
El hombre no dejará nunca de intentar ver más allá de, sus límites.*

NOTA DEL COPISTA : EN EFECTO SE HAN DESCUBIERTO MURALLAS SUMERGIDAS EN EL FONDO DE BIHIMI EN BAHAMAS, CUMPLIENDOSE ASÍ LAS PROFECIAS DE EDGAR CAYCE SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DE LA ATLÁNTIDA, HAY UN PAR DE LADRILLOS BIEN PULIDOS POR MANOS HUMANAS DESCUBIERTOS EN FONDO MARINO, O VARIAS ANFORAS (JARRONES) CON SUGESTIVOS Y EXTRAÑOS GRABADOS, PERO IGUALMENTE EL PROBLEMA DE INVESTIGAR LA ATLÁNTIDA NO ES LA ALTA DE PRUEBAS, ESO SOBRA, SINO QUE EL OBSTACULO PRINCIPAL ES LA NEGACION DE LOS CIENTIFICOS, QUE SE NIEGAN A ADMITIR QUE HAYA EXISTIDO Y COMO DICEN NO HAY PEOR CIEGO QUE EL QUE NO QUIERE VER, IGUAL VOLVEREMOS SOBRE EL TEMA EN OTRAS NOTAS.

- EXTRAIDA DE SUPLEMENTO CUARTA DIMENSION

PLATON Y LA ATLÁNTIDA:

Temas:

- 1- Introducción
- 2- ¿En dónde estuvo y existió pues la Atlántida?
- 3- Platón y la Atlántida

La leyenda de la Atlántida es Universal y todos los pueblos del mundo aceptan como un hecho la existencia hace milenios y milenios, de este maravilloso continente, cuya cultura dejaron escrita en vagos relatos Homero y los grandes escritores e historiadores de la antigüedad.

El Océano Atlántico se conecta con la Atlántida, porque se dice y asegura que allí existió este enorme continente hundido para siempre; Atl, que significa

agua en lengua náhuatl, se identifica con ese nombre fabuloso Atl-Atlántida y se cree que de allí vino su voz.

Sin embargo, nadie hasta ahora ha podido ubicar con certeza el lugar del mar o de la tierra en donde estuvo La Atlántida, que aseguran fue un país de maravillas, de gran cultura y adelantos científicos.

Se dice que la raza atlante desapareció para siempre tragada en forma inmisericorde por las aguas, en medio de un cataclismo espantoso, tan tremendo y destructor como el mismo diluvio y sin embargo, relatos y leyendas aventuradas hacen suponer que algunas de las razas y pueblos que llegaron a Mesoamérica - especialmente la maya -, fueron originarios del continente perdido.

Esta aseveración se presta a discusiones y agrias polémicas puesto que asegura que los teotihuacanos fueron también atlantes y que los olmecas y que los mixtecos y que muchos otros habitantes de América, antes de la conquista, llegaron de La Atlántida.

El obstáculo principal para aceptar esta teoría, la presenta el lenguaje, pues la lengua hablada por mayas, toltecas, mixtecos, zapotecas, totonacas, teotihuacanos y olmecas eran y siguen siendo distintas y sus culturas también, aunque se han encontrado ciertas semejanzas tanto en sus cuestiones políticas como religiosas. Pero es que tanto el antropólogo, como el arqueólogo, como el investigador, piensan en La Atlántida como un solo continente, con una misma cultura y un mismo idioma, unas mismas costumbres y una sola religión y no hay una cosa más equivocada, puesto que La Atlántida fue un continente inmenso que se sumergió en las aguas pero en el cual estaban asentadas varias naciones que hablaban distintas lenguas y tenían varias costumbres y culturas.

Pueden ser entonces descendientes o supervivientes de aquellos atlantes, los pueblos que arribaron a Mesoamérica trayendo sus pasmosas culturas que aún hoy asombran a los más eruditos y los llenan de interrogantes con respecto a cómo pudieron hacer esto y como lograr a aquellos prodigios de edificios, de tallado escultórico, de transporte de pesadísimos monolitos y de material de construcción. Cómo llegaron al conocimiento de la astronomía y la aritmética, el calendario, las artes y la orfebrería.

*Aceptado esto, debe echarse por tierra la idea de que los cultos y maravillosos pobladores de Mesoamérica, no fueron producto de la evolución, que no saltaron de las chozas o de las tribus nómadas a un asentamiento cultural asombroso, pues tal cosa no se logra en unos miles de años.
¿En dónde estuvo y existió pues la Atlántida?*

Cuentan los más viejos que los viejos, que allá en los tiempos remotos, cuando el mundo y el mar tenían otra forma floreció, por el lado Poniente o sea el Mar Pacífico, una formidable cultura que se localizaba en el Continente de Lemuria. Los lemures fueron tipos que habían llegado a una casi perfección en leyes, artes, cultura, religión, sociedad, etc.

Por el lado del Oriente o el pavoroso Mar Atlántico, estaba el inmenso continente de La Atlántida, en donde también se había alcanzado un alto grado de madurez cultural, artística, política y de organización social y religiosa. Se trabajaban los metales preciosos y las piedras finas.

Entonces ocurrió el más formidable cataclismo de que se tenga memoria. Se levantaron los mares, se revolvieron las montañas, se hundieron los continentes y surgieron otras tierras y en medio de ese caos espantoso, algunos lograron sobrevivir, escapar entre los océanos tormentosos a bordo de bajeles abordados a última hora y con gran premura.

Como es lógico suponer, los lemures arribaron a las costas de lo que hoy es América, en sus costas del Océano Pacífico, que desde entonces yace quieto y azul. Llevaron sus costumbres y cultura y se asentaron en tierras que fueron de Incas, en la Isla de Pascua, a lo largo de las costas que les brindaron asilo y protección, lugar para un nuevo asentamiento.

Por el Golfo de México que es hoy, arribaron varios grupos de La Atlántida, hombres miembros de pueblos de la misma tierra pero de distintas naciones y esos pueblos se llamaron olmecas, procedentes de Olman, tierra del hule, los mayas, los totonacas, los mixtecas o zapotecas. De allí ciertas diferencias étnicas y de lengua y de costumbres, de cultura. Los teotihuacanos se adentraron hasta el altiplano, por temor a un nuevo cataclismo que pudiera barrer las costas, buscando la seguridad de una altura que los mantuviera al margen de un nuevo desastre.

Tal dicen los más viejos que los viejos, que no dejaron crónicas escritas ni talladas de este suceso, porque todos estos pueblos lo sabían y conocían. No hay detalles de éste arribo de gentes procedentes de La Atlántida y todos son atlantes como hoy pudieran ser europeos los alemanes, franceses, ingleses, italianos, etc., que no son idénticos ni en lenguas, ni en costumbres, ni en sangre.

De allí la divergencia también de las dos culturas correspondientes a las costas Americanas, la peruana, la inca, los viricochas, los gigantes del Machu Pichu, la cultura del valle de Nazca, los colosales monolitos y construcciones de Tiahuanaco, en fin.

Dicen los más viejos que los viejos que todo esto sucedió mucho antes de que los chichimecas, los otomíes y esas tribus nómadas se unieran en un plan belicoso y destructor, para apoderarse de los grandes centros culturales y religiosos y destruir esas asombrosas civilizaciones de las que por fortuna aún nos quedan vestigios sorprendentes.

Esta puede ser la explicación de las grandes incógnitas de los calendarios, de los numerales, de las cuestiones astronómicas de cómo pudieron trasladar enormes piedras, bloques, monolitos y construir altos edificios, haciendo uso de su gran conocimiento de la hidráulica, de la física, de la mecánica y de todos esos elementos que les facilitaron esas obras titánicas.

Todo esto cuentan los viejos más viejos que los viejos y aseguran que lo contaban los olmecas, única raza de la cual no se conservan escritos, de la que se desconoce su lenguaje y sus caracteres ideográficos, porque decían con gran razón, que todos los pueblos sabían su origen, su tragedia y nadie olvidaba el gran cataclismo que los arrojó a estas playas.

Eran tiempos en que el mar no estaba en donde está y la tierra tenía diversas formas, unas formas distintas a las actuales. Esta es la leyenda que se va deformando y olvidando al paso de los siglos...

PLATON Y LA ATLÁNTIDA

¿Ha existido esta isla misteriosa de la que Platón nos ha dejado la enigmática descripción? Cuestión difícil de resolver, en vista de la pobreza de medios con que cuenta la ciencia para penetrar el secreto de las regiones abisales. Sin embargo, ciertas comprobaciones parecen dar la razón a los partidarios de la realidad de la Atlántida. En efecto, unos sondeos efectuados en el océano Atlántico han permitido remontar a la superficie fragmentos de lava cuya estructura prueba de manera irrefutable que ha cristalizado en el aire. Parece, pues, que los volcanes eyectores de esa lava se elevaban en otro tiempo en tierras aún no sumergidas. Se ha creído descubrir también un argumento propio para justificar el aserto de los sacerdotes egipcios y la narración de Platón, en la particularidad de que la flora de América central se muestra semejante a la de Portugal: las mismas especies vegetales, transmitidas por el suelo, indicarían una relación continental estrecha entre el viejo y el nuevo mundo. En cuanto a nosotros, nada vemos de imposible en que la Atlántida haya podido ocupar un lugar importante entre las regiones habitadas, ni que la civilización se haya desarrollado allí hasta alcanzar ese elevado grado que Dios parece haber fijado como tope del progreso humano. «No irás más lejos».

Límite más allá del cual los síntomas de decadencia se manifiestan, la caída se acentúa hasta que la ruina se precipita por la súbita irrupción de un flagelo imprevisto.

La fe en la veracidad de las obras de Platón entraña la creencia en la realidad de los cataclismos periódicos, de los que el diluvio mosaico, como hemos dicho, constituye el símbolo escrito y el prototipo sagrado. A los negadores de la confidencia que los sacerdotes de Egipto hicieron a Solón, tan sólo les pediremos tengan a bien explicarnos qué se propone revelar el maestro de Aristóteles con esta ficción de carácter siniestro. Pensamos, en efecto, que está fuera de dudas que Platón se ha convertido en el propagador de verdades muy antiguas y que, en consecuencia, sus libros encierran todo un conjunto, un cuerpo de conocimientos ocultos. Su número geométrico y su caverna tienen su significado; ¿por qué el mito de la Atlántida no habría de tener el suyo?

La Atlántida tuvo que correr la suerte común, y la catástrofe que la sumergió proviene, evidentemente, de una causa idéntica a la que anegó, cuarenta y ocho siglos más tarde, bajo un profundo manto de agua a Egipto, el Sahara y las regiones del África septentrional. Pero más favorecido que la tierra de los

atlantes, Egipto se benefició de un levantamiento del fondo submarino y volvió a la luz tras cierto tiempo de inmersión. Argelia y Túnez, con su chotts o lagos de las regiones meseteñas, desecados y tapizados con una espesa capa de sal, y el Sahara y Egipto, con su suelo constituido en su mayor parte por arena marina, demuestran que las olas invadieron y recubrieron vastas extensiones del continente Africano. Las columnas de los templos faraónicos presentan huellas innegables de inmersión; en las salas hipóstilas, las losas aún existentes que forman los techos, han sido levantadas y desplazadas por obra del movimiento oscilatorio de las olas; la desaparición del revestimiento exterior de las pirámides y, en general, la de las junturas de piedras (colosos de Memnón, que en otro tiempo cantaban); las huellas evidentes de corrosión por las aguas que se advierten en la esfinge de Gizeh, así como en muchas otras obras de la estatuaria egipcia, no tienen otro origen que el señalado. Es probable, por otra parte, que la casta sacerdotal no ignorase la suerte que le estaba reservada a su patria. Acaso sea ésta la razón por la que los hipogeos reales estaban profundamente excavados en la roca, y sus accesos, herméticamente sellados. Tal vez pudiera, incluso, reconocerse el efecto de esta creencia en un diluvio futuro en la obligada travesía que el alma del difunto debía realizar tras su muerte corporal, y que justificaba la presencia, entre tantos otros símbolos, de esas barquitas aparejadas, flotillas a escala reducida que forman parte del mobiliario fúnebre de las momias dinásticas.

Sea como fuere, el texto de Ezequiel, que anuncia la desaparición de Egipto, es formal y no puede prestarse a equívoco alguno:

«Al apagar tu luz velaré los cielos y oscureceré las estrellas. Cubriré de nubes el sol, y la Luna no resplandecerá; todos los astros que brillan en los cielos se vestirán de luto por ti, y se extenderán las tinieblas sobre la tierra, dice el Señor, Yavé. Llenaré de horror el corazón de muchos pueblos cuando lleve al cautiverio a los tuyos, a tierras que no conocen; dejaré por ti atónitos a muchos pueblos y sus reyes, que temerán por sí cuando comience a volar a su vista contra ti, ni espada, al tiempo de tu ruina... Cuando tornaré en desierto la tierra de Egipto y asolaré cuanto la llena. Cuando heriré a todos cuantos la habitan, que sabrán que yo soy Yavé.»

MISTERIOS ATLANTES, LÉMURES E HIPERBOREOS (POR A. LOPEZ):

ORÍGENES REMOTOS Y LEGENDARIOS DE LA ENSEÑANZA INICIÁTICA

La historia convencional tiene muchas dificultades en determinar las distintas fechas del auge, apogeo y declinación de las diversas civilizaciones en épocas pretéritas. Estas dificultades se ven aumentadas a medida que más se interna en el pasado.

Todo esto se debe a la imposibilidad, por el momento, de precisar fechas, ya que la tecnología, si bien ha avanzado a pasos agigantados, aún no puede resolver este dilema. Las técnicas para determinar las edades de ruinas o de distintos elementos encontrados por los estudiosos de la historia, tienen márgenes de error, los que crecen enormemente a medida que nos

remontamos a unos cuantos miles de años. Por otra parte, las técnicas más usadas, como son la del carbono 14, requieren restos orgánicos para poder determinar fechas, los que no necesariamente son contemporáneos con las ruinas o restos inorgánicos que los alojan.

Con todo esto las ciencias históricas y antropológicas han tenido bastantes problemas en esclarecer el pasado más remoto de la humanidad.

Agregándose a estos inconvenientes de tipo técnico, está la dificultad de precisar que cosas son míticas y que reales en los relatos y tradiciones que nos llegan desde la antigüedad. La humanidad es muy prolífica en la imaginación, y muchas veces enmascara hechos reales que han acontecido en algún momento, con ribetes de fantasía dados por su propia interpretación, o bien a fin de velar datos o enseñanzas no aptas para todo el mundo. Muchas veces siguiendo el rastro de lo que consideramos un mito podemos llegar a la realidad, tal es el caso del descubrimiento de Troya por Schliemann.

Algunos esoteristas y escuelas iniciáticas han desarrollado otro tipo de historia, paralela a la tradicional, la cual se remonta a tiempos más remotos que los aceptados por la historia ortodoxa. Vale la pena analizar brevemente estas posibilidades de origen de la cultura o la civilización, ya que seguramente debemos ir a este origen para encontrar a la vez el comienzo del desarrollo de las Escuelas de Iniciación como entidades organizadas. Cada vez se hace más insostenible la tesis de que la humanidad habría comenzado su vida civilizada en Súmer hace ocho o seis mil años, y necesariamente se comienza buscar en un pasado más remoto el comienzo de toda esta gran aventura del pensamiento y de la trascendencia.

Analizaremos la posibilidad de tres continentes perdidos, los cuales habrían alojado civilizaciones primordiales para la humanidad.

LA ATLÁNTIDA

Mucho se ha especulado sobre la posible ubicación que habría tenido esta legendaria tierra. Las coordenadas en donde se postula su pasada existencia van desde el continente Americano, hasta Creta, pasando por todo el Océano Atlántico y el mar Mediterráneo. Las teorías son muchas y variadísimas, sin embargo, todavía ninguna de ellas ha podido ser suficientemente comprobada. Como en todo orden de cosas existen hipótesis más factibles que otras, de acuerdo a la lógica histórica convencional. No obstante, la verdadera historia muchas veces escapa a esta lógica fabricada por el mismo ser humano.

La idea de un continente llamado Atlántida surge de los escritos de Platón, el famoso filósofo griego. La primera obra en donde menciona a este continente o reinado, es el Timeo, en donde, Critias el personaje principal del relato, describe como auténtica narración a los atlantes como pueblo de origen divino que habitan una tierra más allá de las Columnas de Hércules (Estrecho de Gibraltar). La isla en la cual habitaban era más grande que Libia y Asia juntas. El poder y autoridad que tenían los reyes atlantes se extendía hasta Egipto y

gran parte de Europa, hasta que, según el relato, intentaron conquistar al pueblo ateniense, esto fue el término de la conquista, puesto que estos últimos ganaron y además liberaron a todos los pueblos sojuzgados hasta las Columnas de Hércules. Pasó el tiempo y fuertes terremotos e inundaciones hicieron que la Atlántida desapareciera entre las olas.

La segunda obra en donde Platón cita a la Atlántida es el Critias. En él continúa el relato anterior extendiéndose en más detalle en cuanto a las características de este supuesto reino y continente. En esta obra se dice que la civilización atlante tuvo su origen en la unión del dios Neptuno y una mortal llamada Cleito, la cual vivía en una montaña que había en el centro de la isla. El dios fortificó el lugar, aislando a Cleito de todo lo que le rodeaba, por medio de dos anillos de agua y tres de tierra, fosos inundados y muros alternativamente, convirtiendo en un círculo el centro de la isla. El primer rey fue precisamente Atlas, de ahí que la isla y el mar tomaron el nombre de Atlántida. Se dice que la isla era muy rica y que sus habitantes edificaron templos, palacios, puertos y dársenas. Se habría construido un gran canal que desde el centro de la isla desembocaba en el mar. La Atlántida estaba dividida en varias provincias y cada una con su rey a la cabeza, y en cuanto al gobierno en general y las relaciones de los gobernantes entre sí, estos seguían las leyes de Neptuno, escrita en una columna de cobre aurífero erigida en el medio de la isla. Cada cierto tiempo se reunían aquí los gobernantes para ponerse de acuerdo referente a las cuestiones de gobierno. Todo esto bajo el marco de un festival el cual se centraba en un sangriento rito taurino. No obstante, la virtud y sapiencia de este pueblo fue degenerando, y los dioses al observar la perdición de un pueblo en la depravación, decidieron castigarlos, por lo que desataron fuertes cataclismos naturales y finalmente este nación tan adelantada desapareció en el mar.

Platón afirma que este relato de la Atlántida fue recuperado por Atenas desde Egipto por el sabio y estadista Solón. Poco después del año 600 a de C., Solón habría visitado Sais, capital del bajo Egipto y centro cultural del mundo civilizado en aquel entonces. Allí le fueron mostrados los famosos archivos del antiguo Egipto, que se remontaban a muchos miles de años, que actualmente han desaparecido también. Estos archivos relataban la existencia de la Atlántida. Según estos documentos los relatos mencionados habrían acaecido unos ocho milenios antes del momento en que los vio Solón, vale decir unos 9.000 años a. de C.

Los sacerdotes de Sais que custodiaban estos archivos pretendían ser descendientes directos de los antiguos atlantes. De esta forma en plena época de apogeo del imperio atlante, en Egipto se habrían constituido colonias, así como en otras partes del mundo. Producto de esto habrían dejado construcciones maravillosas y megalíticas, en Egipto, específicamente las pirámides, las que luego fueron ocupadas por los nativos para fines distintos a los que originalmente fueron erigidas. Muchos investigadores plantean que las pirámides poseen una antigüedad mucho mayor que las que la historia convencional les ha señalado. Los pueblos que desarrollaron el antiguo imperio egipcio las encontraron ya en las arenas del desierto, ocupándolas primero como templos de iniciación y luego, además, como templos fúnebres. La

arqueología basa sus hipótesis sobre la antigüedad en los restos orgánicos que dentro de ellas se han encontrado. Pero, ¿qué sucedería si dichos restos se hubieran depositado mucho después por una civilización que al llegar a esta tierra ya se encontró con estas grandes moles allí?

Muchas y variadas son las teorías con respecto cual habría sido la ubicación de la Atlántida. Mencionaremos solamente algunas de ellas, quizás si sean las más difundidas.

Antes que nada debemos hacer notar que este relato de Platón parece estar bastante cargado de elementos mitológicos, lo que dificulta a los estudiosos el poder definir que cosa es verdadera y que no, así como concretar las fechas.

Sin embargo podemos observar que existen algunas cosas en común entre este relato y la historia referida a otra gran civilización, potencia económica y política de la época de Platón, me refiero a la civilización minoica en la isla de Creta. De hecho una de las primeras teorías tentativas que apuntan a la ubicación de la perdida Atlántida, va en esta dirección. Ritos taurinos, fastuosos palacios, derrota a manos de los atenienses y gran cataclismo igual a la gran hecatombe que debe haber provocado la explosión o erupción del volcán Santorín de la isla de Thera. Al parecer esta gran catástrofe habría sido colosal en su magnitud semejante e incluso superiores a la de la isla Krakatoa en la segunda mitad del siglo pasado.

Otra hipótesis que está relacionada con la anterior indica que Platón al referirse a la Atlántida, señalaba a la pequeña isla Pharos frente al delta del Nilo, que en la edad de bronce contaba con un gran puerto. Esta isla pertenecía al ámbito de influencia política y económica de los cretenses y era un puerto de vital importancia para el tráfico hacia Oriente. Poseía una dársena interno y otro externo. Las inmensas obras portuarias hoy en día bajo las aguas, producto tal vez de un terremoto submarino.

Sin embargo, estas dos primeras teorías han sido ampliamente rechazadas por una gran cantidad de investigadores, porque si bien cumplen con algunas de las características del relato de Platón, así como otros antecedentes que se tienen de la Atlántida, no cumplen con elementos fundamentales, tales como tamaño y ubicación. El relato es bastante claro al respecto, menciona una tierra mucho mayor que las tierras mencionadas y una ubicación que está más allá del Estrecho de Gibraltar.

Otra posible ubicación de la Atlántida es aquella en la cual habría correspondido a la civilización de Tartessos, en la parte sur de España, hoy hundida bajo las aguas. Esta poco conocida civilización habría alcanzado un gran auge, justamente unos siglos antes de Cristo. Poco se sabe de ella, pero al parecer habría dominado el traslado marítimo a través del estrecho de Gibraltar, y por esta razón habría alcanzado una marcada influencia. Solamente se han encontrado restos de esta antigua civilización y menciones de ella en viejas crónicas o referencias. Sus emplazamientos principales al parecer se encontraban en las costas que dan al estrecho, tanto por la parte Africana, como por la península ibérica.

También se plantea la posibilidad de que habría correspondido la zona del antiguo lago de Tritonis, en la Libia occidental, formado tal vez a causa de frecuentes lluvias o del hundimiento de la franja costera. Posteriormente este gran lago se habría transformado en las que hoy son las marismas de Chott Melrhir en Argelia y de Chott el Djerid en Túnez.

No obstante, las teorías más aceptadas actualmente, y hacia donde más se dirigen las investigaciones y las miradas de todos, es la de pensar que la Atlántida habría estado en alguna parte del Atlántico, por algo este océano lleva su nombre.

Una larga cordillera se extiende entre Islandia y las islas Cabo Verde frente a las costas de África (Senegal). Y tomando en cuenta esto, estas islas serían los vestigios de altas cumbres de otra vez una gran masa de tierra que estuvo sobre las aguas. Esta teoría se ve reafirmada en el sentido que en el archipiélago canario se han encontrado tumbas de grandes dimensiones de civilizaciones desconocidas. Sin embargo, esta hipótesis choca en el sentido que según los geólogos, la cordillera a la que se hace mención ha estado sumergida por alrededor de sesenta millones de años. Los rastros de la cultura guanche, en las islas canarias más bien parecen corresponder a una migración del neolítico proveniente de las costas Africanas.

No obstante, son muchas las posibilidades que ofrece este gran océano para la ubicación de esta legendaria tierra. También se puede considerar la hipótesis que habría estado más cerca del continente Americano, específicamente en Bermudas y Bahamas. Algunos investigadores han planteado la posibilidad que haya habido por estas regiones una gran masa de tierra sobre las aguas.

De hecho las anguilas desovan en el Mar de los Sargazos, y a pesar de que no existe nada de tierra en varias decenas de kilómetros a la redonda, siempre año a año se dirigen allá para fines reproductivos, cuando por lógica deberían buscar un lugar cercano a riberas o costas. Algunos investigadores plantean que eso hacían, sin embargo, el hundimiento de la masa de tierra que antes existía allí les privó de las costas y el litoral. No obstante, la memoria adquirida de sus antecesores hace que nuevamente se dirijan a estas latitudes como si aún existiera tierra firme.

También acreditan esta última posibilidad los descubrimientos acaecidos en el año 1968, bajo las aguas del gran banco de las Bahamas, en el que se encontraron un gran número de bloques de piedra perfectamente unidas y formando lo que se ha dado en llamar: el Camino de Bimini. Recordemos también que algunos autores relacionan el famoso Triángulo de las Bermudas con los vestigios de la civilización atlante.

Finalmente es dable mencionar la posibilidad de que parte del continente Americano haya conformado la otra vez gloriosa Atlántida. Existen muchos vestigios arquitectónicos en nuestro continente que aún son desconocidos en cuanto a quienes los hicieron y las características de sus constructores. Quizás el caso más difundido es el de Tiahuanaco, junto al lago Titicaca. Es un gran

misterio quienes y cuando construyeron este magnífico conjunto arquitectónico. Los incas lo conocieron tal cual lo hicimos nosotros, es decir, en ruinas. Cabe mencionar que en estas alturas se han encontrado vestigios y fósiles marinos que nos indican que habría estado cercano al litoral marino en algún momento. De aquí que surge la osada teoría, pero tan posible como las otras, que una antiquísima civilización habría realizado todo este trabajo y que justamente es la de los atlantes. Se dice que los atlantes, como civilización, habrían alcanzado el control y dominio sobre la energía atómica y habrían podido volar. También, siguiendo los rumbos de pensamiento de esta última tesis, se podría pensar que las pistas de Nazca en Perú corresponden a aeropuertos atlantes.

Existen muchas más conjeturas respecto a esta cuestión, sin embargo, como no es el tema fundamental de esta publicación, es que he dado solamente una muestra de lo amplio y variado que puede ser la búsqueda de este legendario continente. Sin embargo, éste seguirá siendo legendario mientras no se encuentren pruebas concluyentes de que la Atlántida existió en algún momento de la historia, cosa que hasta el momento no se ha logrado. Aún así muchos esoteristas plantean como un hecho la existencia de la Atlántida en tiempos remotos, y en ella se habría desarrollado una supercivilización, de la cual somos sus herederos, y más específicamente todos los misterios de las escuelas de iniciación habrían tenido su origen en esta cultura. También es bastante difundida la idea de que la raza roja proviene de esta civilización, así como sus secretos y conocimientos.

Esotéricamente se plantea que las escuelas iniciáticas de la raza atlante habrían alcanzado gran desarrollo en la magia natural o transformación de la naturaleza, pero lamentablemente se corrompió en sus intenciones, se desviaron y hubieron de ser castigadas debido a la transgresión de la Leyes Universales. Sin embargo, las bases de la magia y su aplicación práctica, como ciencia esotérica, habrían sido el legado a las posteriores civilizaciones y específicamente a los estratos de conocimiento más elevados.

TIERRA DE MU O LEMURIA

Aún antes de la Atlántida, entre setenta y doce mil años antes de Cristo, habría existido otro continente llamado Lemuria o Tierra de Mu, cuya ubicación estaría dada por parte del actual océano Pacífico y parte de lo que es ahora Asia.

El pueblo de Mu, que habría colonizado al mundo entero, llamábese Uighur y su capital se situaba en Asia, específicamente en el desierto de Gobi, en donde en pleno siglo XX, un arqueólogo ruso, el profesor Koslov, escarbando en las ruinas de la ciudad de Kara Khota, encontró una tumba con un mural que representaba a una joven pareja de aristócratas, posiblemente reyes. Sus aspectos eran muy similares a los de los europeos modernos y ostentaban un escudo en cuyo centro se leía un signo en todo igual a la letra griega mu. La datación obtenida por el profesor Koslov, determinó para la tumba una antigüedad de 18.000 años.

Este antiguo continente en gran parte se habría hundido en el océano Pacífico, doce mil años a. de C., y los sobrevivientes se habrían dispersado por Birmania, India, México, Mesopotamia y Egipto, para luego sentar las bases de todas las grandes civilizaciones históricas; la Atlántida sólo habría desempeñado un papel de relevo en esta gigantesca aventura.

Los distintos archipiélagos, islas, arrecifes y corales de toda la parte de la polinesia, no serían más que vestigios de este continente ancestral. De esta forma se explicarían los restos de una civilización misteriosa que alguna vez pobló lo que es hoy en día la Isla de Pascua.

Cabe consignar que la creencia de un vasto continente austral estuvo firmemente arraigada, durante mucho tiempo, en el espíritu europeo. Esto se puede confirmar fácilmente consultando los mapas anteriores al siglo XVIII.

El origen moderno de la posibilidad de la existencia de esta tierra se debe al coronel James Churchward. A este personaje se le considera el pionero de todas las investigaciones relacionadas con Mu, nombre dado por él a la mítica tierra de que hablaban las leyendas.

El coronel Churchward nació en 1850 y murió en 1936. Fue oficial de ejército en la India, y en 1874, según cuenta en su autobiografía, conoció a un gran sacerdote hindú que le hizo descubrir, a través de ciertas tablillas antiguas, la existencia del continente de Mu. Después participó en una expedición al Tíbet, y un poco más tarde en otra empresa del mismo orden en Mongolia y Siberia.

Luego de pasar treinta años en el ejército de la India, siguió recorriendo el continente asiático, y viajó también por América Central y el Pacífico, antes de retirarse a los Estados Unidos, en donde murió a los ochenta y seis años.

El gran sacerdote con el cual entró en contacto en el año 1874, enseñó al joven oficial la lengua original de la humanidad, que sólo entendía el mismo y otros dos grandes iniciados, últimos representantes de una secta: los Naacals, cuyo origen sería contemporáneo al hundimiento de Mu.

El alfabeto de Mu, entregado por Churchward, y que habría visto en estas tablillas, tendría una similitud asombrosa e inquietante con los alfabetos mayas y egipcios antiguos.

En resumen este gigantesco continente habría sido, según esta historia, el originario de la humanidad.

HIPERBÓREA

Finalmente mencionaremos otra tierra legendaria, que se cita también en tradiciones antiquísimas relacionadas con los pueblos celtas, germanos, nórdicos y escandinavos. Me refiero a Hiperbórea, mítico y fantástico continente de cuyos habitantes desciende, si hemos de creer en su existencia, lo mejor y más granado de la humanidad.

Esta isla legendaria es mencionada por los griegos Heredoto y Diodoro y los romanos Plinio y Virgilio, quienes citando antiguas tradiciones cuentan que más allá de donde nace el viento norte o Bóreas, existió una isla maravillosa rodeada por altísimas montañas de hielo. Dicen que los habitantes de Hiperbórea eran seres de blancura de nácar, casi translúcidos, y en particular sus mujeres eran de una belleza e ingenio por encima de lo humano, además estaban premunidas con el don de la videncia.

La luz del sol al golpear sobre acantilados de hielo cristalino provocaba un efecto óptico de belleza y solemnidad majestuoso y hasta sobrenatural. Según Virgilio, los pocos navegantes que alguna vez alcanzaron hasta sus proximidades vieron aquella tierra bendita rodeada de un halo de luz indescriptible, tan irrealmente bella, que cayeron de rodillas cantando plegarias a los dioses. A pesar de estas nieves eternas que rodeaban la isla, el sol que reflejaba los ventisqueros calentaba la atmósfera y la tierra. Como si fueran espejos cóncavos los hielos concentraban el poder vivificador de los rayos solares. Así en Hiperbórea el clima era paradisiaco, semitropical y cada palmo de tierra era un vergel. El suelo de esta isla era tan excelente y notable por su fertilidad que habría producido dos cosechas al año.

El gobierno de esta isla y la guardia del templo estaban confiados a reyes llamados bóreades, descendientes y sucesores de Bóreas.

La capital de Hiperbórea, según las tradiciones, era Thule, que entre los antiguos re-presentaba el límite extremo septentrional del mundo conocido, de donde viene su nombre de Última Tule. No obstante, es interesante hacer ver que para las tradiciones celto gaélicas la capital era Avallon, en donde los grandes héroes, dioses y semidioses podían asistir cada cierto tiempo a rejuvenecer, como es el caso el rey Arturo que habría ido a esta tierra para resucitar y algún día retornar a Gran Bretaña y gobernarla.

Aquí sería el lugar donde nació Latona, lo que explica por que sus habitantes habrían venerado especialmente a Apolo. Según estas mismas tradiciones las relaciones con los griegos fueron particularmente buenas y de mutua reciprocidad. Los hiperbóreos hablaban en una lengua propia, se dice también que Apolo bajaba a visitar esta isla cada diecinueve años, lo que era llamado por los griegos el Gran Año, en donde los astros llegan a su punto de partida luego de una revolución completa.

Sin embargo, nadie habría podido llegar hasta el interior de este paraíso, pues se encontraba por completo aislado por escarpas infranqueables de hielo. En el momento en que los polos cambiaron de lugar, la maravillosa Hiperbórea, se hizo inhabitable quedando cubierta completamente por glaciares. De los hiperbóreos muy pocos salvaron la vida. Principalmente hubo supervivientes mujeres, que lograron huir por un pasaje secreto, un túnel, que llegaba hasta la actual Alemania. Se dice que se mezclaron con los humanos comunes, donde vástagos de gran belleza y dotados de poderes sobrenaturales como la precognición o adivinación del futuro, y una inteligencia brillante.

En las mitologías de las regiones nórdicas se identifica el hogar de los dioses (Asgaard o quizás el Walhalla) con estos lugares más septentrionales. De ellos

habría provenido toda su cultura, la ciencia y la religión. Y a estos lugares, equivalentes al paraíso, viajarían las almas de los muertos justos y valientes.

Algunos investigadores piensan que todos estos no son más que los recuerdos de una cultura madre y que pasaron a formar parte posteriormente de su mitología. Igual cosa habría sucedido con los recuerdos de los dioses. Algunos estudiosos e investigadores esotéricos plantean la teoría de que Hiperbórea existió antes de la Atlántida, y que justamente habría dado origen a este segundo continente después del holocausto que cambió los polos.

En cuanto al origen de esta civilización primigenia no se estipula nada en particular, aunque algunos plantean la hipótesis del espacio exterior.

Por último, es interesante observar que la ciencia ha descubierto que en las regiones polares, hace varias decenas de miles de años, existió un clima tropical, el cual cambio debido, posiblemente, a una desviación del eje terrestre.

Esotéricamente es aceptado por algunas tendencias iniciáticas que esta civilización habría dado origen a la actual raza blanca, y las facultades psíquicas habría sido la principal contribución a las Escuelas iniciáticas posteriores.

¿ATLÁNTIDA, ISLA ARTIFICIAL?

Unos pocos pasajes de Platón en el Critias y en el Timeo han conseguido estar en el ranking de los temas que más bibliografía ha suscitado a lo largo de la historia. C.W.Ceram cifraba su número en 25.000 obras distintas y, desde entonces, esa cifra no ha dejado de crecer y no entra en la suma total la infinidad de artículos que al mismo se han dedicado.

Autores han habido que se han dedicado a refutar los mencionados pasajes pero el afán de casi todos los investigadores se centran bien en intentar robar su realidad o bien en atacar las pruebas de los demás en ocasiones oponiendo otras de sus cosechas en una loca carrera por ser el primero en conseguir la prueba definitiva sobre la existencia de la Atlántida pues, como es obvio, es de ese continente perdido del que estoy hablando.

En sus obras, Platón, de forma sospechosa, afirma una y otra vez que la historia es verdadera, que Critias se la oyó a Solón y éste a los sacerdotes de Sais. El ateniense -tanto si es Platón como Critias- parece empeñado en dar aura de veracidad a lo que más parece una leyenda inventada para ilustrar tanto una política como los excesos a los cuales había conducido el imperialismo ateniense cuyas consecuencias habían pagado con la derrota en la Guerra del Peloponeso o bien, incluso, una premonición de lo que les aguardaba a los persas, pueblo que también había invadido, como los atlantes, Grecia y Egipto.

Tanto estas tres hipótesis como las más generalmente aceptadas de su veracidad (aceptada, claro está, en los medios ocultistas y esotéricos), pueden

ser auténticas pues una cosa sí es segura: de la Atlántida, como de Dios, sólo se podrá probar su existencia. Nadie podrá probar nunca lo contrario pues "delante de las columnas de Hércules" se extiende toda la inmensidad del Océano Atlántico y cualquier punto del mismo puede contener en su seno el origen de los atlantes.

¿Que se rastrea por medios aún desconocidos la totalidad del suelo oceánico y no se encuentra el menor rastro de ella? Siempre quedará el recurso a los inmensos cataclismos que terminaron con aquel pueblo así como a la sedimentación marina o a otros fenómenos geológicos y, descartados éstos, queda la posibilidad de situarla en el continente Americano pues, si bien es cierto que Platón dice que, más allá del continente perdido, había otro continente, podría referirse a las tierras asiáticas. ¿Y quién iba a encontrar Basileia debajo, por ejemplo, de Nueva York?

Por otra parte, no habrá investigador, por muy bien documentado que esté, que pueda terminar con el sueño humano de encontrar un El dorado particular aunque éste esté en el pasado y enterrado a varios cientos de metros bajo las aguas del mar. Su propia existencia pretérita demuestra que tal situación es posible entre los humanos y tal posibilidad es muy apreciada especialmente en momentos como los actuales en los cuales la nueva Santa Alianza entronizada por la ONU con sede central en New York se ha empeñado en destrozar todos los ideales que han movido hasta el presente a la Humanidad en favor de una pretendida mejora en el nivel de vida que vemos como, poco a poco, se va deteriorando al confundir calidad con cantidad. Ahora, hasta la cantidad va disminuyendo para la mayoría de la población.

Con los anteriores párrafos no quiero dar a entender que no haya existido tal civilización. Muy al contrario. Desde hace muchos años estoy convencido de su existencia. Hay suficientes testimonios arqueológicos como para desuchar cualquier tipo de dudas si bien la historiografía académica se obstina en no darles crédito aunque sea ella misma la que los haya sacado a la luz. Su postura podría resumirse gráficamente con un ejemplo: Supongamos que no nos quedaran testimonios escritos del mundo heleno. Supongamos también que, por medios indirectos, se llega a la conclusión que, como sucedió efectivamente, estaba dividida políticamente, la conclusión que sacarían de todo ello es que, aparte los lógicos contactos entre pueblos vecinos, aquella civilización no fue uniforme, extendida a todo el mundo heleno dado que no había un poder central. Por mi parte, de lo que no estoy nada seguro es de la existencia de Basileia. Pero vayamos por partes.

Platón nos habla de una gran isla "más allá" o "delante de las columnas de Hércules", según las traducciones, de más de quinientos kilómetros de ancho, es decir, casi la distancia que existe entre Salamanca y Huelva por carretera o más de la mitad de la que hay entre Finisterre y el Cabo de Creus.

Ciertamente, no estamos hablando de un gran continente como se ha venido diciendo pero sí, probablemente, de una de las islas más grandes del Atlántico y, por tanto, suficiente para mantener una alta cultura en el Neolítico o, como más bien pienso, en la Edad del Bronce. Esta probabilidad es más grande aún

si la comparamos con Creta, poco más que una minúscula isla en comparación con la Atlántida, y cuna de una de las grandes civilizaciones mediterráneas.

La ubicación de tan fantástica isla ha corrido los más variados signos, casi todos ellos movidos por el chovinismo o por las preferencias de cada autor y sus campos de estudio. Así, Schulten la identificó con Tartesos siendo indirectamente contestado por su compatriota Spanuth quien quiso colocarla frente a las costas alemanas por el simple hecho de que, según Platón, en la Atlántida existía ámbar pero el hecho de que el filósofo le atribuyese tal producto, nada quiere decir pues, por lo poco que podemos saber, aquel era un pueblo con un comercio muy desarrollado para la época y podían no ser sino intermediarios o bien Platón le atribuyese tal producto gratuitamente como hizo Moro en su Utopía con el oro. Cuando un escritor utópico quiere señalar una sociedad como el ideal al cual mirase, no sólo se preocupa porque sus habitantes tengan las más altas dotes intelectuales sino también sociales y económicas, es decir, tanto calidad como cantidad aunque esta cantidad sólo sirva para ponerles cadenas a los esclavos. Por otra parte, el panorama político-social que se nos presenta de aquella isla es bastante similar el que el mismo, por boca de Sócrates, pintara para su futura República y coincidentes, a grandes rasgos, con la Atenas de Solón. Y ésta es otra cuestión.

Según Spanuth, Solón estuvo en Sais pues "numerosas fuentes lo atestiguan" si bien se guarda muy bien de dar el nombre de una sola de esas fuentes, pero no voy a ponerlo en duda. Egipto era, por aquel entonces, un lugar de peregrinación casi obligado para los sabios de la época y varios filósofos presocráticos visitaron el país del Nilo entrando, probablemente, por Sais.

Hasta aquí no hay nada de particular por cuanto, además, las relaciones greco-egipcias fueron bastante buenas en líneas generales por lo menos desde la época de Creta. Lo que sí me parece extraño es que los sacerdotes de tal ciudad le enseñaran sus antiguos manuscritos. No debemos olvidar que el saber ha sido considerado siempre -quizá porque lo sea- una fuente de poder y difícilmente se ha conseguido su divulgación hasta la invención de la imprenta y, aún así, en ocasiones, muy mutilado o tergiversado o sólo apto para iniciados como bien lo demuestran el hecho de que no fuese publicada en España en castellano hasta el siglo pasado con el correspondiente nihil obstat y el imprimatur o, más recientemente, los informes sobre OVNIS desclasificados por el Ejército del Aire (por cierto, que no entiendo por qué se debieron clasificar como "Alto secreto" o la clasificación que quisieran darle, simples avistamientos del planeta Venus o de globos meteorológicos, pero esta es otra cuestión que, de ser cierta la versión oficial pondría a las claras el ansia de secretismo tanto de nuestro ejército como el de cualquier otro país así como el despilfarro de medios para asunto tan nimio) y, en aquel entonces, era algo sagrado incluso para los propios griegos como lo demuestran las escuelas casi místicas y religiosas de Tales, Pitágoras y Heráclito entre otros.

Sólo se divulga aquel saber que, según las autoridades académicas, políticas o militares de cada momento "no puede perjudicar al pueblo" -¿Perjudica el saber?-; el resto se guarda celosamente bajo la etiqueta de "sagrado", "top secret" o "salvaguardia de la seguridad nacional" obviando los derechos de los

contribuyentes -en los tiempos antiguos se les denominaba, sin ningún tipo de eufemismos, súbditos, ilotas o siervos-. No obstante, siempre ha habido filtraciones y puede que los sacerdotes de Sais creyesen que su secreto estaría salvaguardado con Solón. Este pudo pensar lo mismo y hasta el mismo Critates y su círculo de amigos pero, al llegar hasta el de "anchas espaldas", ya no era tal. Es lo que suele suceder con todos los secretos: cuando comienza la rueda de las revelaciones confidenciales, éstas no cesan hasta que son del dominio público si bien, en ocasiones, llegan de una forma tergiversada a los últimos receptores. Cada cual se encarga de adornar el "secreto" a su aire.

Algo similar pudo ocurrirle también al tema de la Atlántida. Cuando llegó hasta Platón, había pasado por muchas bocas y el propio escritor era muy dado a fantasear o a adoptar los temas a sus ideas políticas.

En el capítulo anterior, hemos visto como Platón señalaba la ubicación de la Atlántida "más allá" de las Columnas de Hércules.

Ahora bien, al llegar a este punto, se nos plantea un nuevo problema: nosotros sabemos qué son las Columnas de Hércules, excepto algunos empecinados que se obstinan en colocarlas en el Egeo o el Mar Negro o el punto que a ellos les interesa, pero ¿cómo podían saberlo los egipcios? ¿Es que ellos tenían la misma denominación para el Estrecho de Gibraltar?

Probablemente, no. Entonces, ¿cómo pudo saber Solón que se referían precisamente a ese punto geográfico? ¿Por mapas? ¿Existía ya el original por el cual se basó Piri Reis para cartografiar su famoso mapa mundi? ¿Cuales eran los conocimientos geográficos de Solón y de los mismos egipcios?

No se debe olvidar que, en la época de la visita de Solón, Sais era tanto la capital de Egipto como el lugar de entrada al país del Nilo para quienes lo visitasen. Tendría también, casi con toda seguridad una colonia griega más o menos numerosa pero, aún así, siguen siendo demasiadas preguntas sin respuesta las que hay que dar por buenas debido a la insistencia del propio Platón en haber confirmado las fuentes y es lógico pensar que, si Solón identificó el punto dado por los sacerdotes seitas como las Columnas de Hércules, éstas eran el Estrecho de Gibraltar y no cualquier otro punto del globo eligiendo, como han hecho ciertos investigadores, entre los muchos posibles que, mejor o peor se adaptan a las descripciones de Critias, aquel que mejor convenga a las teorías de cada cual. Hay que ser serios en este aspecto y, si se toma por fidedigna la tradición narrada por nuestro filósofo, hay que intentar seguirla lo más fielmente posible.

Y, por cierto (como escribí en el número anterior de esta revista), "delante de las Columnas de Hércules" significa cualquier punto del Atlántico si bien, debido a la climatología de la cual parecían gozar los atlantes, este punto debe limitarse a las zonas templadas del mismo pero no tan al norte como quería Spanuth ni tan al sur como quienes han propuesto las Canarias. Yo optaría por un punto intermedio entre ambos si bien pienso que las características climatológicas fueron más bien un invento de Platón así como otros aspectos

de la vida de aquella sociedad lo cual podría ampliar considerablemente el radio en el cual buscar tal lugar.

Ahora bien, ¿pudo desaparecer, casi de la noche a la mañana una isla de tan considerable tamaño?

Los estudiosos que se han dedicado a este tema suelen señalar los muchos casos que ha habido en la historia reciente tanto de apariciones como de desapariciones de islas. Islandia, por ejemplo, se ha formado a base de erupciones volcánicas y, en sus alrededores, ha aparecido otra en la década de los sesenta pero de reducidas dimensiones si bien ha crecido considerablemente sin embargo, en la actualidad, apenas tiene unos pocos kilómetros de punta a punta.

En el siglo pasado, la erupción del Krakatoa casi hizo desaparecer la isla homónima.

Santorín y Tera, en el Egeo, han sufrido fuertes pérdidas de territorio debido a los seísmos. También la erosión y la sedimentación han tenido efectos similares aunque a menor escala en cortos períodos de tiempo, lo mismo que sucede con la deriva continental según la tectónica de placas.

Lo que desconozco totalmente es el hundimiento de un semicontinente o incluso islas de algunos centenares de kilómetros cuadrados cuanto más una que debía medir más de cien mil kilómetros, más o menos como Islandia. Me parece demasiada extensión para desaparecer en unas pocas horas. Lo que sí es probable es que, debido a fenómenos naturales, desapareciese el centro político de lo que algunos autores denominan Confederación Atlante. Esto, unido a las guerras en las cuales parecía estar comprometido aquel Imperio (por otra parte, son unas guerras que me recuerdan demasiado a las que sostuvo la Atenas colonialista ligeramente anterior a Platón), impidió que pudiera ser reconstruido y así surgieron una serie de pueblos que, a la postre, son los que han traído la civilización occidental si bien dudo mucho que ellos pensasen que pudiera parecerse a la actual.

Efectivamente, estoy entre quienes no hacen caso de la cronología establecida por Platón pues los griegos, a pesar de Tucídides o Polibio, no eran muy amantes de las cifras exactas a la hora de establecer la historia. Para ellos, lo mismo eran 900 que 9.000 (por otra parte, no debemos olvidar el valor que tuvo el número 9 en todo el mundo antiguo sobre todo por contener tres veces la trinidad) y Platón sólo quería significar con ello que los sucesos por él narrados habían sucedido mucho tiempo atrás aunque no pierdo de vista la posibilidad de que esa fuera la cifra dada por los sacerdotes seitas a Solón.

Autores hay que han querido identificar la fecha del Critias con el final de las glaciaciones y el comienzo del Neolítico, pero parten de un error no sei si consciente o inconsciente al confundir las siglas A.C. y B.P.

Los prehistoriadores, cuando se refieren al Paleolítico, tienen la costumbre de utilizar las segundas que, como es sabido, significan "antes del presente", es

decir, del momento actual y que generalmente se suele redondear hasta el 2000 por cuanto unas decenas de años no significan nada al hablar de decenas o, incluso, de centenares de milenios. En cambio, nada más empezar el Neolítico y sin ningún tipo de transición, utilizan las primeras, "antes de Cristo" (así, un manual puede terminar un capítulo diciendo que el Paleolítico terminó hace diez mil años y comenzar el siguiente en el 8000 a.C., originando con ello la lógica confusión en quién no esté sobreaviso. Ciento que existe el Mesolítico pero tal período parece intemporal, no tiene un marco cronológico definido y suele variar notablemente entre unas zonas y otras), si bien hay quien sigue hablando B.P. y, en este último caso, el Neolítico si empieza hace 10000 años aproximadamente pero sólo 8000 a.C.

Según Platón, los sacerdotes de Sais le dicen a Solón que la Atlántida fue tragada por las aguas unos 9000 años antes de él, lo cual nos da una cifra aproximada que rondaría el 9560 a.C., en pleno Magdaleniense y casi contemporáneos a las últimas pinturas rupestres del arte franco-cantábrico.

Yo, más bien, he preferido optar por alguna fecha cercana al 1500 a.C. quizá por propia comodidad vez, se podrían resolver muchos misterios historiográficos. Pero recuérdese bien que tal fecha es la de la destrucción, no de la civilización. ¿Y cuales son esos problemas historiográficos que rebajarían a la décima parte la cifra de años dada por Solón - o los sacerdotes o, incluso siendo inventada por el propio Platón- a su sobrino o al hijo del sobrino?

Primero he de señalar que ni griegos ni egipcios tenían nuestro actual concepto del tiempo histórico sobre todo cuando se trata de remontarse a los tiempos antiguos. No se llevaban anales ni ningún tipo de crónica con la exactitud que, al parecer, por la misma época llevaban ya los romanos de quienes hemos heredado su espíritu histórico por lo que para ellos todo se limitaba a señalar que tal acontecimiento se produjo en tiempos de cual faraón o entre tal y cual olimpiada y el 1500 a.C., para los griegos era anterior en dos o tres siglos a los acontecimientos narrados en la Iliada y alrededor de ocho respecto a la primera Olimpiada. Demasiado para ellos.

Por otra parte, los egipcios, quienes sí llevaban al día la lista de los reyes así respectivos reinados, he de señalar, segundo, que es posible que los papiros consultados no mencionasen faraón alguno o, lo que resulta más factible, que a Solón nada le dijera tal soberano que bien pudiera ser Ramses III o, incluso su antecesor Ramses II quién formó parte de la Dinastía XIX -Ramses III fue el primer gobernante de la XX) si bien me inclino por el tercero de los ramésidas dado que a él le tocó luchar con y derrotar a los Pueblos del Mar probable origen del mito de lamas, las listas faraónicas no deberían ser fácilmente inteligibles hasta la época de Manetón quién reconstruyó la famosa lista que lleva su nombre pero ya en la época ptolomeica, es decir, cuando gobernaban Egipto los sucesores de Alejandro Magno. Y ya se saben los problemas que tal lista ha suscitado hasta el punto que el primer faraón, según los autores, puede haber reinado entre el 5200 y el 2700 a.C. Dos mil quinientos años de diferencia que dependen única y exclusivamente de los que son quienes quitan y ponen reyes a la lista o los hacen coincidir en el tiempo para ahorrarse el

trabajo de llevar las fechas a un tiempo anterior al nacimiento de Adán según el Génesis.

Como iba diciendo, los siglos que bordean el 1500 a.C. son de una gran movilidad en todo el mundo antiguo, parece como si toda una gran revolución se hubiese puesto en marcha, como si algo sumamente importante hubiera obligado a emigrar a muchos pueblos y así aparecen en el Mediterráneo los tartesios, etruscos, filisteos, dorios, Pueblos del Mar... y algunos otros que ahora no recuerdo.

En la misma época, desde Arabia salen los casitas, los hebreos parten de Ur y, poco antes, los hicsos habían invadido Egipto. Desde el este de Europa los pueblos por el resto del continente y Asia hasta la India, destruyendo, entre otras, las culturas del valle del Indo y la aquea, mientras los hititas forman un imperio que rivalizará con Egipto y Babilonia.

Se me podrá argüir que migraciones de pueblos han existido en todas las épocas históricas pero no conozco otro momento, durante los seis mil años de historia escrita en que se haya producido, en medio milenio, con tanta intensidad y, aparentemente, sin un motivo claro como las que, al parecer, dieron fin al Imperio Romano, las germánicas y hunas de los siglos II a V de nuestra era. Según algunos historiadores, estas tuvieron lugar gracias a un empeoramiento del clima generalizado que obligó a muchos pueblos a buscar su sustento en zonas menos rigurosas climáticamente hablando. En cambio, nadie ha sido capaz, según mis noticias, de explicar los motivos de estas masivas migraciones veinte siglos antes.

Lo que resulta curioso es que, debido a la excesiva compartmentación de los estudios historiográficos, nunca he leído que a algún historiador se le haya ocurrido relacionarlas entre sí. Al parecer, los movimientos mediterráneos nada tenían que ver con los indoeuropeos y, éstos a su vez, eran independientes de los que se estaban produciendo en el oriente Próximo (incluso se podría añadir que, por la misma época, aparecen en China el bronce y la dinastía Shang mientras en Mesoamérica dan sus primeros balbuceos los Olmecas, predecesores de los Mayas, pero prefiero dejar este tema aparte). Sólo un advenedizo, es decir, una persona sin estudios académicos específicos se ha atrevido a hacerlo: Jurgen Spanuth a quien se debe admirar por el notable trabajo realizado en su investigación sobre la Atlántida aunque como sucede en mi caso, no se esté de acuerdo con sus conclusiones ya que, basándome en sus mismas citas y apoyándome en las precisiones geográficas de Jorge Alonso para el sur peninsular, podría llegar a la conclusión que la Atlántida no era sino Tartesos, algo que estoy lejos de afirmar, aunque también de negar, pero es evidente que no estaba en Jutlandia donde es posible que vivieran los hiperbóreos pueblo del que ni siquiera soy capaz de pronunciarme sobre su existencia, pero también parece cierto que no deben confundirse con los atlantes excepto, quizás, como antecesores dado que las noticias que tenemos sobre esos hombres del norte nos lo presentan como un pueblo sumamente espiritual, nada dados a las ambiciones guerreras.

En cambio, lo que sí sabemos sobre los atlantes es que eran grandes navegantes y grandes navegantes eran también tartesios, etruscos y los Pueblos del Mar, es decir, los grupos que entraron en el Mediterráneo mientras tanto indoeuropeos como semitas parecían carecer de esta cualidad aunque en su seno nacieran las florecientes flotas de griegos y fenicios respectivamente pero, al parecer, fue un hecho bastante posterior a su entrada en la historia.

Estas son algunas de las pruebas que se han podido reconstruir a posteriori de la existencia del pueblo atlante y, aunque sabemos poco de los Pueblos del Mar (hay quien los identifica con los filisteos de quienes aún sabemos menos debido a las tergiversaciones de la Biblia aunque, quizás sí sabemos de su existencia se lo debemos precisamente al Libro de los Libros), tanto éstos como etruscos y tartesios parecen tener un sustrato cultural común y hay que tener en cuenta que, en la Península Ibérica, hasta la llegada del Románico, son más evidentes las influencias del Próximo Oriente que los europeos siguiendo caminos que aún restan por explorar a la moderna historiografía y que quizás queden sin esbozar al menos mientras dure el actual chovinismo europeizante que nos invade desde los últimos tiempos del Cid, cuando Alfonso VII claudicó ante Cluny y el Papado.

Hasta ahora hemos hablado de indicios, de pruebas indirectas de la existencia de un pueblo atlante o, más bien de una cultura o confederación: los monumentos megalíticos.

Quizás se pregunten como encajar estos toscos monumentos en una civilización que se supone tan esplendorosa. Creo que la respuesta es bastante sencilla.

Tenemos la costumbre de equiparar evolución a adelantos técnicos. Parecería que toda la civilización fuese encaminada hacia la electrónica y, sobre todo, a la bomba nuclear cuando esa es una tendencia de los últimos siglos. Cierto que Platón, al describir aquella sociedad, nos hace confundirnos al hablar él de una sociedad ideal de la cual, probablemente, supiese menos de lo que sabemos nosotros. Es muy probable que él sólo tuviese unas pocas referencias sobre la Atlántida, quizás solamente la de las batallas que le pareciese maravilloso a un pueblo que había logrado someter Grecia y Egipto viniendo de más allá de las columnas de Hércules cuando los propios griegos no habían podido siquiera establecer colonias más allá de Sagunto.

También puede haber influido en esta visión el hecho de que, cuando nos imaginamos las ciudades de los tiempos clásicos, lo hacemos teniendo en la retina los fotogramas de las grandes superproducciones de Hollywood o bien las reconstrucciones ideales efectuadas en nuestro siglo, reconstrucciones que solo suelen afectar a grandes templos o palacios pero, si tenemos en cuenta las descripciones de la Atenas de Pericles descubrimos que era una ciudad sucia, maloliente y propensa a la transmisiones como la peste que terminó con la vida del propio Pericles. Lo mismo podía decirse del resto de las ciudades antiguas (siempre hay que exceptuar las maravillosas Harappa, Mohenjo-Daro y todas las que formaron las civilizaciones del Valle del Indo) a pesar que Roma y otras urbes de su imperio tuvieran cloacas.

Por otra parte, el común de las casas no era como el que nos enseñaban en el bachillerato con su atrium, compluvium, triclinum y demás estancias y patios.

Esa era la casa de la nobleza señorial y de las grandes fortunas. El pueblo llano se aglomeraba, como en la actualidad, en casas de vecindad sin disponer siquiera de nuestras actuales y escasísimas zonas verdes.

No quiero decir que los atlantes vivieran en las mismas condiciones. Por las noticias que nos han llegado de ellos, parecía ser una civilización bastante refinada para su tiempo pero lo que a nosotros nos parece tosco, no sabemos que podía parecerles a sus constructores y, sobre todo, a los pueblos de su entorno que, para desgracia nuestra, no nos han dejado sus impresiones escritas al menos en un lenguaje comprensible.

Se ha dicho que la función de los grandes monumentos megalíticos era el de servir de sepultura especialmente dólmenes y cromlechs dado que debajo de algunos de ellos han sido encontradas tumbas. La estrecha visión de los prehistoriadores les impide hacer las necesarias comparaciones.

Si tuvieran un poco más presente las distintas épocas de la Historia, verían que también las iglesias románicas, góticas y posteriores, contienen, con frecuencia, sepulturas pero a ninguno de sus estudiosos se le ocurre decir que son panteones ni tan siquiera aquellos edificios que fueron construidos con tal intención por cuanto, aparte este carácter, revisten una serie de significaciones que poco tienen que ver con el culto a los muertos.

Para mí, los monumentos megalíticos citados -excluyo a los menhires por cuanto se me escapa la función que pudieran tener fuera de señalar las líneas magnéticas de la tierra, si bien puede que no fueran levantados con otra función excepto, quizás la de potenciarlas- no son sino templos de la divinidad que fueron erigidos intentando imitar las antiguas cuevas paleolíticas tal y como más tarde han hecho otros pueblos al adecuar las viejas casas ya en desuso a moradas de los dioses, así los griegos y el antiguo mégaron transformado en el primitivo templo que daría más tarde lugar a los que conocemos actualmente como típicos de ese pueblo. No debemos olvidar que los triglifos de los templos dóricos querían simular las antiguas vigas de madera que salían al exterior.

Por otra parte, los romanos tenían en el templo de la diosa Vesta -de tanta importancia para el buen funcionamiento de la República que sirvió como custodio de los documentos públicos, especialmente los testamentos, como si de una notaría se tratase- una copia de sus primitivas casas.

Si, a pesar de lo expuesto más arriba, aún hay quién duda de mi teoría, he de señalar que, según pienso demostrar en otros artículos, el mundo medieval no es otra cosa que una continuación del mundo prerromano (para aquellos denominados siglos oscuros, la época clásica no pasó de ser un paréntesis. De ahí que recibieran tal denominación en el Renacimiento, el tiempo del primer neoclasicismo conocido) muy en especial el Románico donde, no lo olvidemos,

los templos solían ser erigidos en el emplazamiento de antiguos lugares sagrados como la actual catedral de Chartres elevada sobre un monumento megalítico. Algo similar ocurrió en el Gótico pero, a pesar de lo que dijera Fulcanelli, creo que esa es una etapa de declive o, al menos, de transición a una nueva etapa en la cual se comienza a recuperar el mundo clásico gracias a las traducciones de la Escuela de Toledo, a Santo Tomás de Aquino y a la emigración de los sabios griegos ante la amenaza que para Bizancio suponían los turcos. Además, como es bien sabido, la traza actual de la catedral de Chartres es gótica pero está emplazada en el solar de un templo anterior, probablemente prerrománico.

La conclusión que puede extraerse de este largo párrafo es que la auténtica transmisión del saber de la Edad del Bronce, tuvo lugar entre Carlomagno, si no antes, y Felipe Augusto o entre Alfonso III el Casto y Alfonso IX, por poner dos reyes castellanos.

Además, ¿por qué iban a tomarse tantas molestias para construir una simple tumba por muy importante que fuera el difunto? La "Revista de Arqueología", creo recordar que del mes de octubre de 1993, reproduce una serie de fotografías durante la reconstrucción de una taula en Mallorca. Pues bien, para colocar la piedra superior, fue necesario el concurso de dos potentes grúas: ¿pueden imaginarse lo que sería necesario para levantar Stonehenge? Aparte que, en esa construcción que yo recuerde, no se ha encontrado tumba alguna que justifique las generalizaciones de los prehistoriadores. Y no es la única construcción de este tipo con tal ausencia.

Es inevitable, llegados a este punto, mencionar la Gran Pirámide que, supuestamente, requirió un esfuerzo, comparativamente, de similares proporciones para construir una supuesta tumba. Pero "El horizonte de Jufu", por lo que puede saberse, jamás albergó ningún cadáver y, caso de haberlo hecho como quieran algunos debido a la existencia del sepulcro vacío en la denominada Cámara del Rey, hubiese sido el de un dios. Es decir, formaba tanto ella, como el resto de pirámides y sepulturas faraónicas, parte de un complejo templario en el cual se rendía culto al faraón fallecido.

Hay que tener en cuenta, por otra parte, que la construcción de casi cualquier monumento megalítico, hubiese necesitado la concurrencia de varias aldeas diferentes según el concepto que de aquel tiempo tiene la historiografía actual lo cual hace aún más complicada la intervención de que tales construcciones fueron levantadas únicamente como monumentos funerarios...

Es mucho lo que hay que hablar sobre las ideas de la historiografía actual al respecto de las antiguas poblaciones prerromanas pero ahora no es el momento.

Sigo sin comprender cómo los prehistoriadores aún no han comprendido que la extensión de los monumentos megalíticos indica algo más que una influencia cultural de un pueblo desconocido. Influencias culturales ha habido muchas a lo largo de la Historia, pero hasta los estilos más universales -me refiero, obviamente, a la misma "universalización" que, los manuales clásicos, es decir, Europa occidental-, como el llamado Gótico Internacional, tiene

particularidades regionales que diferencian una obra castellana de otra normanda o una catalana de otra inglesa. Con los monumentos megalíticos, especialmente los orientados hacia el Atlántico, apenas si existen otras diferencias que la de las piedras empleadas y las lógicas del paso de los siglos pues tales construcciones se edificaron a lo largo de milenio y medio si no más y, por tanto, existen ciertas diferencias hasta llegar al gran Stonehenge, al parecer, cima, o canto del cisne según algunos, de este arte.

Lo que sí está claro es que los monumentos megalíticos se extienden a lo largo de toda la costa atlántica sin apenas penetrar en el interior del continente excepto por las cuencas de los ríos y, a partir de un momento determinado imposible de datar excepto por métodos indirectos cuando no existe algún documento fehaciente que lo indique y ya he dicho en otros artículos que los enterramientos hallados en parte de ellos pueden pertenecer a una época posterior, es decir, hayan sido reutilizados como símbolos mágicos por una civilización posterior que hubiera olvidado el significado primitivo de los mismos, atraviesan las Columnas de Hércules para adentrarse en el Mediterráneo, eso sí, adoptando nuevas formas tales como las Taulas o los toloí. En la vieja Micenas, si bien con losas más pequeñas, sirven para construir la llamada Tumba de los Atridas.

Porque yo no me imagino los dólmenes y cromlechs tal y como los vemos hoy en su estado primitivo. Es como pensar que las actuales ruinas del Partenón es aquel Partenón que mandara construir Pericles en el siglo V a.C. Lo que hoy vemos de ese edificio, como de todos los de la antigüedad occidental no son sino las columnas y el techo faltando, en realidad, el cuerpo. Es decir, sólo nos queda el esqueleto, cuando nos queda.

Los megalitos que aún sobreviven no son sino ese mismo esqueleto, esas columnas sobre las cuales los atlantes intentaron imitar las cuevas paleolíticas a su vez símbolos de tiempos antiquísimos y no burda magia simpática como se han empeñado en hacernos creer. No debemos olvidar que en las paredes interiores de tales monumentos suele encontrarse decoración inscrita como en cualquier templo que se precie, incluidas las mezquitas, una decoración que no tendría mucho sentido en una simple sepultura donde la magnificencia de su eterno poseedor se manifiesta hacia el exterior, la parte que cualquiera puede ver pero no hacia el interior, la parte que corresponde a los dioses en todas las religiones hasta el punto que en muchas de ellas estaba vedado el paso a los feligreses como el Sancta Sanctorum del Templo de Jerusalén donde solo entraba el sumo sacerdote una vez al año.

Los monumentos megalíticos eran, pues, la representación de montañas en cuyas laderas se abrían las cuevas y, para imitarlas más adecuadamente, casi con toda probabilidad, estaban recubiertos de tierra simulando una pirámide -las pirámides se empiezan a construir más o menos hacia el 3.000 a.C. aproximadamente, la misma época que se suele señalar para los megalitos si bien yo me inclino por una fecha ligeramente superior para éstos que servirían de modelo a aquellas- como sucede en los lugares donde las circunstancias han impedido la colocación de grandes piedras como en el ya citado Tesoro o Tumba de los Atridas y en los Millares (Almería) o en el Matarrubilla (Sevilla)

-por cierto, todos ellos con una planta muy similar recordando la misma que se dio en Stonehenge y siendo los hispanos, por lo que puede saberse, muy anteriores en el tiempo a los micénicos. En aquel entonces, la luz procedía de Occidente a pesar de lo que pensaran los egipcios al respecto y, con ellos, tantos historiadores posteriores- todos ellos fabricados a costa de un corredor de acceso que terminaba en una sala, si bien la micénica tenía una "cámara sepulcral" adosada. Ya sabemos de la fascinación que han sentido todos los pueblos antiguos por las montañas debido a que parecían tocar el cielo, por ello, lo más lógico es que, al construir sus templos, intentarán imitarlas en lo posible y de ahí, a la postre, nacerían los campanarios católicos y los minaretes musulmanes siempre, como los habitantes de Babel, intentando tocar el cielo, imagen poética que se utiliza muy a menudo a la hora de describir tales monumentos.

Sin embargo, y volviendo al relato de Platón, comprobamos como no se encuentran edificaciones que toquen el cielo en el norte de África anteriores a la llegada del Islam, excepto que mi memoria me falle siendo así que, según el filósofo, los atlantes dominaron Europa y Egipto. Puede que los habitantes vecinos del Atlas se resistieran a su dominación por cuanto en el país del Nilo volvemos a tener de nuevo colinas artificiales (entre ellas la más famosa de todas y, por tanto, la que más literatura ha generado debido a su genial construcción: Keops; y también en Mesopotamia así como en América y Zimbabwe siempre anteriores -con la posible excepción en las situadas en los dos últimos lugares- al 1200 a.C. si bien, al parecer, su existencia se prolongó en Mesopotamia y en Mesoamérica.

En todas ellas vemos particularismos locales, tal y como se puede apreciar en la actualidad entre los distintos estilos artísticos pero también distintas funciones. Si, presumiblemente, las egipcias servían de tumbas, cosa que, por otra parte no está nada claro como ya he mencionado en números anteriores, las mesopotámicas y mesoamericanas eran utilizadas tanto como soporte de templos como pedestales astronómicos. No obstante, entre los mayas tenemos el Templo de las Inscripciones elevado sobre una tumba de un personaje desconocido y en cuya tapa está el famoso "astronauta" que recientemente ha sido estudiado por el doctor Jiménez del Oso llegando a la conclusión que no es tal astronauta (3). También se cree que, bajo una de las pirámides de Teotihuacan, no recuerdo ahora cual, se halla otra tumba.

Una vez llegado a este punto -tras una serie de artículos-, se impone una pregunta: ¿Estamos ante una civilización mundial?

Mi respuesta es rotunda: Sí. No quiero con ello sentar cátedra ni mucho menos ser dogmático. Es ésta la opinión a la cual he llegado tras varios años de estudios y reflexiones pero que, en ningún caso, pretende ser una verdad revelada ni un dogma científico, solamente una conclusión personal que puede hacerse extensible a quienes tengan mis mismas ideas y, aún así, debo hacer un matiz, pues creo haberme precipitado en la respuesta.

Ese "sí, estamos ante una civilización mundial", se refiere, obviamente al mundo señalado en este artículo pues, al parecer, en la India y en el Extremo

Oriente, con ramificaciones hacia Oceanía y Sudamérica hubo, simultáneamente, otra civilización que, según las leyendas, terminó hacia la misma época debido igualmente a cataclismos de carácter apocalíptico -de todas formas mis dudas sobre Mu y Lemuria son muchas más profundas que respecto a la Atlántida, si bien se puede decir al respecto lo mismo. Puede que el continente no existiera pero sí Harappa, Mohenjo-Daro y tantos otros lugares extraños aún a la arqueología oficial- y que algunos autores han querido ver enfrentada a la atlántica cuyo más fiel reflejo serían los poemas védicos. Mis especulaciones no llegan a tanto y en ese enfrentamiento veo más las contradicciones de nuestro tiempo hasta no hace mucho dividido en dos bloques antagónicos que auténticas luchas armadas. Puede que, de ser coetáneas, hubiera contactos entre ellas y, si les concedemos todos los adelantos técnicos que le regalan con tanta facilidad algunos autores, serían seguros pero no se puede seguir más adelante. El significado de los poemas hindúes se nos escapa por completo.

En cuanto a "mi" civilización atlántica he de decir que no he llegado a tal conclusión solamente por la existencia de las colinas artificiales -he olvidado señalar los mounds estadounidenses- sino por otras muchas coincidencias que se salen del marco de este trabajo entre las cuales cabría mencionar las mitologías de ambos lados del Atlántico, las similitudes entre obras de arte separadas entre sí varios miles de kilómetros y, en ocasiones, de años lo cual supondría que el sustrato cultural común es mucho más fuerte del que nadie había pensado hasta el momento...

Sí, me reafirmo, existió la civilización atlántida pero ¿existió a su vez, la Atlántida, es decir, el continente tan grande como Libia y Asia Menor? ¿Y fue esta isla hundida por cataclismos? Creo que Platón, en su relato, mezcló muchos elementos diversos: una sociedad casi perfecta desde su punto de vista que bien podía ser reflejo de sus propias opiniones políticas -o del mismo Solón. No olvidemos que éste fue uno de los principales legisladores atenienses-; el hundimiento de alguna isla del Egeo que bien podía referirse al cataclismo sufrido por Santorim o cualquier otra catástrofe de tiempos pasados que dejara profunda huella en el inconsciente colectivo; y la existencia de una civilización común que tuvo su lugar de origen y, probablemente su mayor apogeo en las costas atlánticas hacia el III milenio a.C. y que, por circunstancias desconocidas para nosotros desapareció 1500 ó 2000 años después.

Y no nos extrañemos que hayan quedado tan pocos restos. Si desapareciera nuestra propia civilización por un elevamiento significativo del nivel de los mares o por una guerra atómica o por cualquier otra circunstancia, dentro de tres o cuatro mil años no quedaría nada de Nueva York, Londres o Tokio. Sic transit gloria mundi.

NOTAS

1. SPANUTH, JÜRGEN. *La Atlántida (en busca de un continente perdido)*. Ediciones Orbis, Barcelona, 1985.

2. ALONSO, JORGE. *Tartesos (Tres mil años de enigma)*. Editorial Genil, Granada, 2^a edición, 1986.
3. JIMENEZ DEL OSO, F. *La otra cara del "astronauta" de Palenque. Espacio y Tiempo, nº 37, mar-94.*

CIENCIA ATLANTE POR PHYLOS:

"AXTE INCAL, AXTUCE MUN"

CIENCIA ATLANTE

Considerando las leyes naturales, los filósofos de Poseida habían llegado a la conclusión o hipótesis de que el universo material no era un entidad compleja sino básicamente simple. La gloriosa verdad, muy clara para ellos decía: "Incal malixetho," (que quiere decir: "Incal (Dios) es inmanente en la Naturaleza"). A esto ellos añadieron: "Axté Incal, axtuce mun" ("Conocer a Dios es conocer todos los mundos sin excepción"). Después de siglos de experimentación, registro de fenómenos y deducciones, estos estudiantes (analizando y sintetizando) habían llegado a la conclusión final de que el universo... hacer hincapié aquí en su maravilloso conocimiento astronómico fue, con todos sus variados fenómenos, creado y continuaba operando por dos principios de fuerza primordial. Brevemente dicho, estos hechos básicos eran que la materia y la energía dinámica (los que eran incal manifestado exteriormente), estaban relacionados con todo lo demás. Este concepto mantenía que solo existía Una Substancia y solo había Una Energía, la primera era Incal en manifestación y la otra Su Vida en acción en Su Cuerpo. Esta Substancia Única asumía muchas formas bajo la acción de variantes grados de fuerza dinámica. Como este era el principio básico de todo lo natural y lo psíquico pero no de fenómenos espirituales -permite aquí un postulado con el que no pocos de mis amigos están cuando menos parcialmente (o tal vez completamente) familiarizados.*

Empezando con la energía dinámica manifestada en la simple vibración, la posición Poseidana se puede describir como sigue: Una tasa baja de vibración se puede sentir; cuando aumenta se puede escuchar.

Por ejemplo, primero sentimos la pulsación de las cuerdas de un arpa, y luego si la tasa de vibración aumenta podemos escuchar su sonido. Pero substancias de otras clases, que pueden aguantar mayores impulsos vibratorios, se manifiestan bajo una acción más intensa después del sonido, sigue el calor y luego la luz. Ahora, la luz varía en color. El primer color producido es rojo y de ahí, por una energía vibratorio que aumenta, sigue el naranja, amarillo, verde, azul, índigo, violeta -cada banda relacionada estrictamente con el aumento del numero de vibraciones. Cuando se aumenta la vibración al color violeta, este se convierte en un blanco puro, más vibración da gris; luego mas vibración extingue la luz, remplazándola con electricidad, y así hasta llegar a un voltaje más y más grande; hasta que por fin se alcanza el reino de fuerza vital o

psíquica. Esto se puede considerar verdaderamente como salir de esas manifestaciones de la naturaleza hasta llegar a Incal o Dios, o el Creador, que son externas, es como ir de lo interno a lo externo. Un breve estudio demostrar que las leyes del mundo físico llevan un curso hacia adentro, hasta llegar a su fuente espiritual; que no son mas que una prolongación la una de la otra.

Pero antes de entrar al reino de la vibración, cuyo portero es el sonido, encontramos que la Substancia Única vibra en grados dinámicos diferentes, pero detenidos y que de ahí salen todas las diversas formas materiales, en pocas palabras, lit diferencia entre cualquier substancia, como oro y plata, hierro y plomo, azúcar y arena no es material, sino solamente de grado dinámico (de vibración) ¿Te aburro, amigo mío? Te pido que me permitas decir algo más porque es importante. En este efecto dinámico, el grado no es una limitación indeterminada, porque si la tasa vibratorio cambiara de matiz mas alto o mas bajo en cualquier material especial que esta bajo observación, la variación será diferente en apariencia y en su naturaleza química; así que para crear entidades substanciales se deben impartir definitivas y enormes vibraciones por segundo, y la resultante substancia (porque la luz es substancia) es, digamos, luz roja, pero si es un octavo mayor será naranja, y así mas o menos, entonces el resultado debe ser inevitablemente un naranja rojizo, o amarillento, respectivamente. Así, parece que ciertos grados definitivos existen tan claramente como un poste miliar y que aquellos grados mayores son absolutos. En otras palabras, la Substancia Única no se conserva fácilmente entre estas mayores definiciones como sobre ellas, un hecho que explica la tendencia de materias compuestas o intermedias a descomponerse, convirtiéndose en elementos definitivos o simples. Los compuestos químicos no son tan estables como los elementos químicos primarios. La moderna "teoría de la onda" de que el sonido, el calor la luz y correlativos son solo formas de fuerza, es solo parcialmente correcta; son esto, pero también son algo mas.*

Son efectos de la Substancia Única por grados específicos de la Energía Única, y con la excepción de que la tasa de este efecto es mucho mayor en el caso de la electricidad que en el del plomo u oro, no hay diferencia entre estas dos cosas que aparentan ser completamente diferentes. Esta es la energía que los Rosacruces llaman "Fuego", que da entrada a ese misterioso reino de la naturaleza penetrado solo por el adepto taumaturgo o mago.

Llama a estos estudiantes, a cuya voluntad la naturaleza obedece, por cualquier nombre que deseas, solo ten en mente que el Mago verdadero nunca habla de si o de sus obras y no es conocido por sus compañeros por lo que realmente es, a menos que un accidente revele el secreto. A este grupo pertenecía el, a cuya orden los vientos y las olas se detenían en la tempestuosa Galilea. Pero el no hablo de Si mismo. De esa sublime hermandad hablare dentro de poco. No se necesita mejor prueba de que las varias manifestaciones son solo variedades de la fuerza odica, el "Fuego" Rosacruciano -que esta: Resiste una corriente eléctrica, así reduciéndola o desviándola de una fuerza opuesta, y tienes luz; obstruye esta luz (arco) con un obstáculo combustible y el resultado es una llama. Así que espero que descubras lo que pronto será conocido al mundo de la ciencia: que la luz, toda

luz, del sol o de cualquier fuente, puede crear sonido. De este descubrimiento dependen algunas de las más sorprendentes invenciones que tu era se pueda imaginar en sus más maravillosas visiones. Pero el descubrimiento principal en esta fabulosa cadena, la primera de la serie, será la más importante de todas y así se ha presagiado. Y esto será garantizado, porque el hecho de que va a ser un descubrimiento reencarnado no disminuirá su importancia para la humanidad, ni la reputación de su redescubridor. En pocas palabras, las verdades del Reino de nuestro Padre son eternas; siempre lo han sido, siempre lo serán y solo los descubridores mismos serán nuevos. El hecho en si no es nuevo, ni siquiera para el mundo; solo es nuevo para esta era. Poseida sabía que la luz produce sonido cuando se resiste correctamente. Sabía que el magnetismo causa electricidad de la misma manera y por la misma razón. Así, la piedra imán exhibe magnetismo; si se revuelve en el campo de un dinamo, cortando así la corriente y se apila sobre si mismo, por decirlo así, el resultado es electricidad. Así que cuando se resiste esto la luz aparece y luego viene el calor; si una vez más se resiste adecuadamente el resultado es sonido, la próxima energía aparece como moción pulsante. Pero estos variados procesos pueden hacer "corto circuito" y todos los fenómenos intermedios se cortan.

¿Te he aburrido con este discurso? Si es así - y sospecho que así es- la recompensa ya viene.

Los Poseidanos encontraron que en el reino mas allí del magnetismo había todavía mas fuerzas de pulsación, superior y mas intensas; fuerzas operadas por la mente. Y la Mente viene de nuestro Padre, así como la fuerza creadora de todas las cosas habidas y por haber. Si la perpetua "vis a tergo" de la creación divina se detuviera por un instante, en ese instante el Universo dejaría de existir. ¿Ves ahora la belleza sublime del postulado Atlante mencionado hace poco?, que dice: "Incal malixetho. Axté Incal, axtuce mun." Porque de Sus alturas, marcando el descenso con "cascadas de fuerza", así como un río forma declives en su lecho por medio de cataratas, viene este poder supremo; viene de muy lejos, oh! de muy lejos, siguiendo su curso hacia las cascadas del magnetismo, electricidad, luz, calor, sonido, moción -y muy lejos donde el lecho de esta corriente Divina casi se nivele, exhibe esas pequeñas ondas de diferenciación material que tu llamas elementos químicos, insistiendo en que hay sesenta y tres cuando solo hay Uno. De este conocimiento vinieron todos los maravillosos triunfos de esa antigua era y uno por uno están emergiendo hoy después de su largo olvido, hasta que mañana despertarán en las masas y serán vueltos a descubrir por tres, cuatro y luego por pelotones, compañías y legiones, hasta que todos los tesoros de Poseida se encuentren otra vez en tierra, aire y mar. Oh! brillante mañana, afortunado serás cuando abras los ojos y contemplas sus maravillas.

Aun así, aunque afortunado, encontrarás que ser bueno templar todas las cosas con el espíritu y no dejar que la marcha de los descubrimientos físicos obstaculicen el avance del alma. Oh! Que triste sería el día en que el hombre se acercara al arcano tesoro de su Padre con el ciego ojo físico; porque "de que serviría que todo el mundo se ganara y se perdiera el alma.

Habiendo así adquirido discernimiento sobre un nuevo reino, si es nuevo para ti, déjame preguntarte y contéstame lo siguiente:

*¿Como explicas estos dos grandes fenómenos: el calor y la luz?
No es fácil de explicar! el frío y la oscuridad no son meramente la ausencia de calor y luz.*

Habiendo dado una explicación básica, ahora voy a demostrar una nueva filosofía:

He dicho que los Atlantes reconocían que la Naturaleza en su totalidad era la Deidad exteriorizada. Su filosofía afirmaba que la fuerza se movía, no en líneas rectas sino en círculos; es decir, que siempre retornaba al mismo lugar. Si el dinamismo que está operando en el universo actúa en progresiones circulares, entonces un aumento de vibración infinito posible para la Substancia Única sería un concepto insostenible. Debe haber un punto en el círculo donde los extremos se encuentran y recorren el camino otra vez, y esto lo encontramos entre la catodicidad y el magnetismo. Así como la vibración trajo la substancia al reino de la luz, también debe sacarla. Esto es lo que hace. La lleva a lo que los Poseidazos llamaban "Navaz, el Lado de la Noche de la Naturaleza", donde la dualidad se manifiesta, el frío oponiéndose al calor, la oscuridad a la luz, y donde la polaridad positiva se opone a la negativa, todas las cosas son antípodas. El frío es tanto una entidad substancial como el calor, y la oscuridad como la luz. Hay un prisma de siete colores en cada rayo de luz blanca; también hay un prisma séptuplo de entidades negras en la más negra penumbra- la noche está tan preñada como el día.

El investigador Poseidano, pues, llegó a reconocer las maravillosas fuerzas de la naturaleza las que podía manejar para el uso de la humanidad. El secreto se había descubierto; el descubrimiento era esa atracción de gravitación, la ley del peso, se había puesto contra la "repulsión de la levitación"; que la primera pertenecía al Lado Luminoso de la Naturaleza y el segundo a Navaz, el Lado de la Noche; que la vibración gobernaba la oscuridad y el frío. Así Poseida, como el antiguo Job, conocía el sendero que llevaba hacia la morada de la oscuridad y a los tesoros del granizo (frío). A través de esta sabiduría, fue posible para la Atlántida ajustar el peso (positividad) a la falta de peso (negatividad) tan equitativamente que no se manifestaba una "lucha". Este logro fue muy significativo. Significaba navegación aérea sin alas o abultados tanques de gasolina, porque usaban la ventaja de la repulsión por medio de la levitación opuesta en fuerza igual a la atracción de la gravitación. Que la vibración de la Substancia Única gobernaba y era parte de todos los reinos fue un descubrimiento que resolvió el problema de la conducción de imágenes de luz, fotos de formas, así como de sonido y calor, exactamente como el teléfono que conoces tan bien conduce imágenes de sonido, solo que en Poseida no se requería de alambres u otro material conductor, a ninguna distancia, ya sea teléfonos o telefotos, ni siquiera en la conducción de calor.

Desviándome un poco, los actos que aparentan ser de magia de los adeptos de lo oculto, desde el Hombre de Nazaret hasta el más insignificante Yogui, se deben al uso de estas y otras fuerzas superiores del Lado de la Noche.

Y ahora, dejadme terminar este capítulo diciendo que cuando la ciencia moderna haya aceptado el conocimiento Poseidonico aquí descrito, la naturaleza física ya no poseer ningún nicho escondido, ningún lugar recóndito para el investigador científico.

Ni la tierra, ni el aire, ni la profundidad de los mares ni el espacio interestelar guardarán secretos de ese hombre que se acerque por el lado de Dios, como lo hizo Poseida. No digo que Atlántida lo sabía todo; sabía más que lo que hoy día se ha descubierto, pero no todo. Sin embargo, la búsqueda comenzada por ellos puede ser continuada por ti, por América, mi pueblo; tu fuiste parte de la Atlántida. De cualquiera de ellos puedo cantar: "Mi pueblo, de ti..."

'NOTA - Como al impulsarse hacia afuera lo Creado se separa del Creador, mira hacia atrás a su origen y nota sus marcas de progresión, es decir, la realización multiplicada de su continua separación de su Fuente.

Entre mayor es esta separación, mayor el campo (Materia) donde estos puntos aparecen, porque el elemento divino en lo Creado ha notado mas puntos, o en otras palabras, mas cosas, mas objetos materiales que se encuentran entre este y su fuente. Solo cuando miramos en retrospecto a estas cosas que hemos presentido, estas formas de pensamiento de Dios, percibimos la materia; porque cuando deseamos reunirnos con él, la materia desaparece dando lugar al Espíritu.

NOTA - Se dice que la luz roja ocurre a 395.000.000.000.000 vibraciones de ese "eter" que Phylos llama la ultima forma de materia inferior, donde está termina y la mente comienza. Y la vibración de luz visible más alta es 90.000.000.000.000. Esto es lo que dice la ciencia; pero Phylos dice:

"La Substancia Única tiene un alcance mucho mayor que el morado donde la luz generalmente deja de ser visible, mientras que la primera continua vibrando visiblemente, como una cuerda de arpa sincronizada que responde a la nota baja C, por ejemplo, si se toca en otra arpa, también responderá a cualquier C en t (xio el registro, ya sea bajo, mediano o alto, así responde la Substancia Única a 831.000.000.000.000 a, una vez mas, la próxima octava de vibración y luego a la próxima donde se hace visible como la fatal Luz Perenne, llamada en Atla "Maxin" y luego por el Tchin como la "Vis Mortuus."

NOTA DEL COPISTA: he extraído este capítulo del libro "HABITANTE DE 2 PLANETAS O LA DIVISION DEL CAMINO" ESCRITO POR F. OLIVER, ES UN LIBRO IMPERDIBLE DE CASI 500 PAGINAS, QUE DESCRIBE LA REENCARNACION DEL AUTOR EN LA ATLÁNTIDA Y SUS SUCESIVAS EXISTENCIAS QUE LE SON REVELADAS POR UN MAESTRO MÍSTICO QUE LE APARECE A PRINCIPIOS DEL SIGLO 20;

EL LIBRO ES FASCINANTE Y SE QUE ALGUNOS LES INTERESARA, PERO NO TIENEN DINERO PARA COMPRARLO O NO PUEDEN CONSEGUIRLO, ASI QUE POR ESO EXTRACTO ESTA PARTE QUE HABLA DE LA CIENCIA ATLANTE DE SU TEOLOGIA Y FISICA Y NO PODIA FALTAR EN ESTE GRUPO PUES ES EXCEPCIONAL;

NAZISMO Y ATLÁNTIDA:

(PARTE DE UN POLEMICO Y VALIOSO LIBRO)

CAPÍTULO I. EL CONTINENTE PERDIDO

Introducción

La Atlántida, el continente perdido

El hombre de Cromagnon

Los guanches (Canarias)

La Atlántida en la Península Ibérica

Los dioses blancos en América

La pérdida de la integridad racial y el hundimiento de la Atlántida

Recuerdos de la Atlántida polar

Introducción

Un joven alemán, Otto Rahn (1), publicó en la década de los treinta del siglo XX, dos libros que no pasarían desapercibidos para los dirigentes del Tercer Reich alemán. Es el primero de estos libros el que le abre al joven entusiasta del catarismo (corriente herética que se desarrolló en el mediodía francés en los siglos XII y XIII y que fue perseguida y aniquilada por la iglesia de Roma), el reconocimiento del gobierno alemán nacional socialista y su ingreso en la SS-Ahnenerbe con grado de coronel. En este libro, Rahn viene a señalar que los cátaros fueron guardianes del Gral, cuando se desencadenó, en el S XIII, la que él llama "Cruzada contra el Grial", y que precisamente da título a este su primer libro. El Gral, según esto, es un tesoro que viene desde el mítico reino de la Atlántida-Hiperbórea, un tesoro sagrado y en el cual está escrito en un lenguaje enrevesado el secreto y el conocimiento de los hombres dioses de los que nos hablan los relatos antiguos. Los cátaros guardaban este tesoro de la humanidad aria y de él extraían luz y conocimiento, pero la Iglesia de Roma codiciaba este objeto y este fue, según Rahn, el secreto motivo de la Cruzada católica contra los cátaros. En este su primer libro, "Cruzada contra el Grial", Rahn establece una relación directa entre los relatos medievales del Grial, especialmente el del libro "Parzival", de Wolfram von Eschenbach, con la historia de los cátaros y de la Occitania o mediodía francés de principios del

siglo XIII, llegando a la conclusión de que era de los cátaros de quienes en realidad estaba hablando Wolfram en su libro cuando hablaba de los custodios del Grial y de Montsegur (fortaleza situada sobre un "pog" o montaña, en el sur de Francia, próxima a la frontera española), como el Montsavatch o castillo del Grial. Así, Rhan identifica a diversos personajes históricos que vivieron ciertamente en el sur de Francia en aquella época, así como lugares geográficos concretos, con los personajes y lugares que en el relato de Wolfram aparecen imaginarios y con nombres fantasiosos y todos ellos directamente relacionados con el misterio del Grial. Siguiendo esta deducción es lógico pensar que ciertamente el Grial o el Gral, estuviera custodiado en Montsegur, que este fuera el castillo del Grial cuando se desencadenó la sangrienta cruzada contra los cátaros. Pero dice la leyenda que los ejércitos del papa de Roma, no hallaron nunca el Grial al rendirse finalmente la fortaleza de Montsegur tras meses de asedio, pues la noche anterior, cuatro perfectos cátaros consiguieron eludir el cerco y poner a salvo el Grial en una cueva de las montañas del Sabarthez, en el Pirineo. Rhan quien dedica los mejores años de su vida a buscar este Grial por las cuevas y montañas pirenaicas de la región, no conseguirá dar con él, aunque sí abrirá el camino para que sus camaradas, pocos años más tarde puedan reencontrarlo y descifrar, esta vez sí, el secreto y el conocimiento de aquellos hombres dioses de que nos hablan los relatos antiguos.

Tal vez una sola palabra resume lo que en estos capítulos explicamos: "Gral", que viene a significar lo mismo que Grial, sólo que Gral es su acepción más antigua y pre cristiana. Este objeto, "piedra caída del Paraíso", es el recuerdo, la "memoria de la sangre", según dijo Rhan, que acompaña a la humanidad a lo largo de su marcha por el mundo, siempre llamándonos hacia esa superación heroica de nosotros mismos. Este camino, la vía del héroe, es el modo de vencer las limitaciones y las debilidades que tantas veces nos encadenan a la materia de este mundo y a los instintos meramente animales, impidiéndonos reconocer la verdadera naturaleza de las cosas y de nosotros mismos. Pero además de este espíritu que se transfiere entre los que le son adeptos, el Gral, dicen que es un objeto físico y material que proviene de la desaparecida civilización atlante-hiperbórea y que muchos han buscado.

2- La Atlántida, el continente perdido

El mito del continente perdido, de la tierra de los hombres dioses, se entronca con la teoría de los ciclos de la Humanidad, de la que nos habla Platón y recogida posteriormente por toda la tradición esotérica hasta nuestros días. "Durante la edad de oro —escribe Hesíodo—los dioses vestidos de aire marchaban entre los hombres".

Los sacerdotes del antiguo Egipto habían conservado, y sus libros sagrados dan fe de ello, el recuerdo de un vasto continente que se habría extendido antaño en medio del océano Atlántico, dentro de un espacio delimitado al oeste por las islas Azores, y al este por la fractura geológica del estrecho de Gibraltar.

Platón que pretende estar en posesión de esta tradición de Solón, relata en estos términos la historia del continente desaparecido:

"El Atlántico era entonces navegable y había frente al estrecho que vosotros llamáis Columnas de Hércules (hoy día, el estrecho de Gibraltar), una isla mayor que Libia y Asia. Desde esta isla se podía pasar fácilmente a otras islas, y de éstas al continente que circunda el mar interior. Pues lo que está de ese lado del estrecho se parece a un puerto que tiene una entrada angosta, pero, en realidad, hay allí un verdadero mar, y la tierra que le rodea es un verdadero continente... En esta isla, Atlántida, reinaban monarcas de un grande y maravilloso poder; tenían bajo su dominio la isla entera, al igual que muchas otras islas y algunas partes del continente. Además, de este lado del estrecho reinaban también sobre Libia hasta Egipto, y sobre Europa hasta Tirrenia."

Este extracto del Timeo o la naturaleza sería incompleto si no se mencionara igualmente el Critias o de la Atlántida, que nos describe ampliamente una ciudad del continente en gradas, con su red de canales, sus enormes templos y su sistema de gobierno dirigido por los reyes-sacerdotes mediante leyes dictadas por dioses, en primer término de los cuales está Poseidón o Neptuno, rey de los mares, armado de su tridente. Según Platón, la isla de Poseidonia, último fragmento de la Atlántida, fue engullida 9000 años antes de la época del sabio Solón.

El geógrafo Estrabón, así como Procio, confirman las afirmaciones de Platón. ¿Cómo habría tenido Solón conocimiento de la tradición de la Atlántida? Una sola respuesta parece coherente: los sacerdotes egipcios, que afirmaban poseer la información de los propios atlantes, la habían transmitido a los viajeros griegos que visitaban con frecuencia su país.

Curiosamente, recientes investigaciones científicas confirman la hipótesis, muy verosímil, de la existencia de un continente sumergido en este lugar hace miles de años.

Ya un naturalista del siglo XIX llamado Germain, estudiando cuidadosamente la fauna y la flora de las islas de Cabo Verde y de las Canarias, y basándose en rigurosos datos científicos, había notado la analogía existente entre la flora fósil de estas islas y la de todos los otros archipiélagos diseminados entre las costas de Florida y las de Mauritania (lo que representa una extensión sumamente vasta). Informamos de los hechos tal cual, no poseyendo conocimiento de trabajos ulteriores; cuando menos, parecen significativos. Más convincentes son las tesis emitidas por los etnólogos modernos, entre los cuales conviene citar la señora Weissen-Szumlanska, cuyos notables trabajos han sido reunidos en un libro muy convincente, aunque su hipótesis básica sea muy atrevida: Orígenes atlánticos de los antiguos egipcios. La obra apareció con un prefacio del doctor Martiny, profesor de la Escuela de Antropología, lo que permite afirmar que se trata de un trabajo serio.

El autor, en contacto con adeptos de la escuela esotérica actual, no duda en afirmar, parece no sin razón, los orígenes atlánticos no solamente de los antiguos egipcios, sino también de toda la gran raza blanca de los Homo Sapiens, nuestros antepasados, de los cuales se han encontrado numerosos esqueletos en el archipiélago de las Azores. La señora Weissen-Szumlanska sostiene que se podría investigar los orígenes del Egipto faraónico remontando todo el curso de la civilización occidental hasta la prehistoria y los hombres fósiles de la Dordoña, primera aparición de los Homo Sapiens que nos es conocida. El declive del Egipto dinástico se explicaría por la invasión de elementos asiáticos y semíticos.

Recogiendo los textos de los antiguos griegos, el autor se pregunta: Solón, Heródoto, Platón, Estrabón, Diodoro, todos los cuales evocan la Atlántida, ¿habrían mentido cuando situaban el continente desaparecido "en el otro extremo de Libia, allá donde el Sol se pone"? Sin embargo, los egipcios, que contaron a los griegos la historia de la Atlántida, sitúan claramente a Punt, la tierra de los Grandes antepasados, en la extremidad de Libia. Esta tierra misteriosa era para ellos objeto de particular veneración, mientras que, por otra parte, no demostraban más que desprecio frente a otras naciones. Min y Athor, entre los dioses egipcios, están considerados como oriundos de la Tierra Divina, es decir, de la Atlántida o país de Punt.

3- El hombre de Cro-Magnon. Los Egipcios.

¿A qué familia podemos vincular la raza de los "portadores" de la civilización egipcia? Todas las observaciones tenderían a demostrar que se trataba de hombres del tipo Cro-Magnon. Este tipo, predominante dentro de la aristocracia, habría desaparecido de las esferas dirigentes de Egipto en los alrededores de la XVIII dinastía, al acabar mezclándose con los inmigrantes semitas y negroides.

Sir Wallis Budge, en los años treinta, basándose en la observación de numerosos cuerpos no momificados pero bien conservados por las arenas del desierto afirmaba que "los egipcios predinásticos pertenecían a una raza blanca o de piel clara con cabello claro; eran en muchos aspectos parecidos a los antiguos libios".

Esta misma raza puede apreciarse también en muchas recuperadas de las tumbas no expoliadas y en representaciones de los faraones y miembros de su séquito, plasmadas en los templos y monumentos funerarios del Egipto Dinástico. En siglos pasados, estos rasgos llamarían la atención de los egiptólogos, sorprendidos por hallarlos en una región Africana.

El padre de la egiptología, Sir Flinders Petrie, fue uno de los primeros en señalarlo en 1901: "La fisiognomía manifiesta una conexión decisiva y pronunciada entre el Egipto prehistórico y la antigua Libia, y por su parte la antropología apoya los numerosos testimonios arqueológicos que denotan una conexión cercana entre Egipto y Libia. Hoy día resulta raro que los libios antiguos fueran blancos y rubios, pero los escritores latinos de la antigüedad ya lo habían reseñado, al igual que Escílax, navegante y geógrafo griego del siglo VI. Por su parte, el escritor griego Plutarco se había referido al pueblo de Seth, regente de Egipto durante la Primera Dinastía (3.100 a.C.), como formado por hombres pelirrojos, al igual que los libios. A principios del siglo XX, el historiador egipcio Maspero indicó que "este rey del Alto Egipto estaba asociado con el desierto de Libia y los libios. De hecho, se le identificaba con el dios libio Ash". El idioma egipcio es muy parecido al libio.

Años antes el antropólogo A. Pietrement se había referido en un ensayo publicado en 1883 a las enseñanzas que las antiguas pinturas egipcias aportaban a los naturalistas, etnógrafos e historiadores. En dichas pinturas los libios eran hombres y mujeres blancos con pelo rubio, ojos azules y rasgos faciales nórdicos. El antropólogo Carleton Coon, de la Universidad de Harvard, avanzó en 1939 interesantes hipótesis basándose en los testimonios arqueológicos. En su obra "Las razas de Europa", hacía referencia a un testimonio: "La reina Hetep-Heres II de la IV Dinastía, hija de Keops, aparece

en los bajorrelieves de su tumba con el pelo de color rubio, mechas horizontales pelirrojas y la piel blanca". La citada hija de Keops no era la única pelirrojiza de la familia. También su esposa y su cuñada lo eran, al igual que muchos otros miembros de la clase regente. La esposa de otro faraón, Kefren, era pelirroja con ojos azules, según se observa en las representaciones, al igual que en la tumba de la esposa de Faraón Zoser, (2800 a.C.) de la III Dinastía, que también era rubia pelirroja.

Por las observaciones de Coon sobre los libios es más que probable que todos ellos tuvieran antecedentes en este antiguo pueblo: "Hace 3.000 años, durante el Paleolítico Superior un grupo de Cromagnon –los llamados hombres de Afalou– vivieron en el norte de África y los libios descienden de ellos. Muchos de ellos fueron pelirrojos dado que este rasgo todavía persiste en la zona... En la actualidad, los rasgos de este tipo humano se encuentran sobre todo en Noruega, Irlanda y el Rif marroquí. Los modernos bereberes descienden de los antiguos libios". No se trataba de una mera hipótesis. Coon se hallaba en lo cierto. Las investigaciones de Cavalli Sforza y otros genetistas de la Universidad Princetown confirmaron mediante pruebas de ADN efectuadas en los años noventa que los bereberes están más próximos a los británicos que a cualquier otro grupo racial Africano o europeo. También existen otros datos confirmatorios relativos al tamaño y forma de los cráneos de Cromagnon encontrados en Afalou bou Rummel (Argelia), que son iguales a los encontrados en Dinamarca y Suecia. Coon también habló de una "raza de constructores de megalitos" que se situaba entre la nórdica y la de Cromagnon, que tras haber construido templos astronómicos como el de Stonehenge o pirámides subterráneas como Silbury Hill en Inglaterra, al igual que en numerosos alineamientos en la Bretaña francesa como los de Carnac (nótese la semejanza lingüística con Karnac egipcio) y muchas otras construcciones principalmente por el Occidente de Europa, llevó consigo su saber al Mediterráneo, norte de África, Libia y Egipto.

A mediados del siglo XX, el antropólogo Raymond A. Dart realizó una serie de trabajos sobre cráneos egipcios fósiles que, al parecer, poseían rasgos exclusivamente nórdicos. Asimismo rastreó cuatro grandes invasiones nórdicas en Egipto (la anterior fue previa a las conocidas dinastías) y afirmó que "el tipo faraónico egipcio era de procedencia nórdica como lo prueba la cabeza del faraón Ramsés II, cuyo cráneo era elíptico pelágico, es decir, nórdico". Faltaba un análisis del pelo de este faraón, pero en 1993, los antropólogos G. Elliot, B. Smith y W.R. Dawson lo analizaron con microscopio y confirmaron que era nórdico, igual que su cráneo. También efectuaron medidas antropológicas en 25 grupos de esqueletos distintos de todo el mundo y concluyeron que los faraones constructores de pirámides descendían de esta "mítica raza megalítica" de la que habla Coon: "En conjunto, muestran lazos con el neolítico europeo, el norte de África, la Europa moderna y más remotamente, la India... El grupo de esqueletos que más se aproxima a los antiguos egipcios es el del neolítico francés". Precisamente, los constructores de los mencionados megalitos prehistóricos.

No sólo eran rubios o pelirrojos muchos faraones. Son numerosos los restos arqueológicos y paleoantropológicos que reflejan la existencia de egipcios rubios, pelirrojos, de ojos claros y de raza blanca en el antiguo Egipto. Seguidamente destacamos algunos de ellos reseñados en diferentes fuentes

antropológicas (B. Smith y W. R. Dawson) o arqueológicas (Sir Wallis Budge y Sir Flinders Petrie):

- Una momia pelirroja, bigote y barba roja cerca de las pirámides de Saqqara.
- Momias pelirrojas en las cavernas de Aboufaida
- Una momia rubia en Kawamil, junto con otras muchas de cabello castaño.
- Momias de pelo castaño encontradas en Silsileh.
- La momia de la reina Tiy tenía pelo ondulado y castaño.
- Cabezas pelirrojas en una escena rural en la tumba del noble Meketre (alrededor del año 2000 a.C.).
- En la tumba de Menna, al oeste de Tebas (XVIII Dinastía), se ven en una escena pintada en una pared a jóvenes rubias y a un hombre rubio supervisando a unos trabajadores de piel oscura cosechando grano.
- Estela funeraria del sacerdote pelirrojo Remi.
- Talismanes con un ojo azul llamado el ojo de Horus.
- Egipcios pelirrojos con ojos azules en pinturas de la III Dinastía.
- Una pintura en la tumba de Meresankh III en Gizeh (alrededor del 2.485 a.C.) muestra personajes pelirrojos de piel blanca.
- Una pintura de la tumba de Iteti en Saqqara muestra un hombre rubio de aspecto nórdico.
- Pinturas de gente pelirroja con ojos azules en la tumba de Bagt, en Beni Hassan.

Pero es que existen además, muchos otros restos arqueológicos que representan a individuos de raza blanca en el antiguo Egipto. Así, el museo egipcio de El Cairo alberga miles de tesoros y entre ellos, las estatuas de Rahotep y Nofret tienen rasgos blancos y los ojos de color azul. En la misma sala en la que se conservan estas dos esculturas podemos ver otras representaciones del mismo período que lucen ojos azules o grises. Es el caso del famoso escriba Morgan, o de la estatua de madera de Seikh el Beled. El Museo del Louvre en París conserva entre sus tesoros la estatua del famoso escriba sentado (2500 a.C.), descubierta también por el francés Mariette en el Serapeum de Sakkara en la década de los 50 del siglo XIX. Todos ellos tienen las mismas características. Como ya hemos dicho, la presencia de estos rasgos de raza blanca, se dan básicamente en las primeras dinastías. En su libro "La Serpiente Celeste", John Anthony West, apunta que los llamados "venerables del norte", que aparecen en algunos textos religiosos egipcios, no fueron seres de leyenda sino que existieron en realidad. Estos hombres, de raza blanca y ojos claros, debieron de ser una suerte de emigrantes que provenientes de Europa, que como hemos visto anteriormente fueron a parar a Egipto antes de las primeras dinastías.

4- Los Guanches.

Hay que indicar, paralelamente, la presencia en las islas Canarias, en la misma época, de un tipo humano idéntico. De este modo se puede pretender que los archipiélagos de las Azores y de las Canarias, restos de la Atlántida hundida, serían el hogar de la raza civilizadora de Egipto.

A continuación, y siguiendo esta atractiva teoría, los nilopas originarios a lo largo del tiempo, acabarían mezclándose, cruzándose con inmigrantes semitas y negroides, hasta ser absorbidos en el tipo Africano-árabe-semítico.

Los guanches, que constituyen el sustrato de la población de las islas Canarias, serían descendientes directos de los atlantes. Su elevada talla, observada en todas las momias (dos metros de promedio), su considerable capacidad craneana (1900 cm³), la más grande que se ha conocido, el índice cefálico (77,77 en los hombres), indican una ascendencia muy pura. Al ser examinadas estas momias, algunas de ellas tenían los cabellos dispuestos en mechones dorados, largos y rizados.

En la época neolítica, el tipo originario fue alterado por la aportación de sangre semita, que no fue, sin embargo lo suficientemente importante como para hacer desaparecer los caracteres esenciales de esta raza vigorosa.

La fecha de la catástrofe que produjo la inmersión casi total del continente de la Atlántida podría situarse hacia el fin del Paleolítico Superior, aproximadamente 9500 años antes de Cristo. Este cataclismo arrastró a las profundidades abismales a la mayor parte de la población, sus riquezas y su ciudad solar, adorada y llorada por todas las tradiciones egipcias y cantada por Platón, según los relatos atribuidos a uno de los Siete Sabios de Grecia".

5- La Atlántida en la Península Ibérica.

Otros sabios, antes de la señora Weissen-Szumlanska, habían ya sometido hipótesis parecidas, lo que no dejará de confortar la opinión de los partidarios de la existencia del continente desaparecido. Así, el profesor Richard Henning y su colega Adolf Schulten declararon que "el relato de Platón sobre la Atlántida estaba basado en hechos positivos".

Durante cincuenta años de su vida, el profesor Schulten efectuó investigaciones históricas y arqueológicas en la Península Ibérica, ya que era en este lugar donde entendía que debía situarse la extremidad de la gran isla engullida. Schulten, quien creía que la Península Ibérica era un resto del continente sumergido, identificaba al reino de Tartesos con la Atlántida. Los orígenes de Tartesos son oscuros y se remontarían a la cultura megalítica. El reino de Tartesos es mencionado de un modo vago en las fuentes clásicas y durante mucho tiempo llegó a dudarse de la historicidad de este reino, pero hoy parece no haber dudas de su existencia. Su extensión geográfica abarcaba el sur de España y Portugal, desde Alicante, en el E., hasta la desembocadura del Tajo (la actual Lisboa), en el Oeste. Schulten no encontró la Atlántida, pero sí una ciudad ibérica desaparecida: Numancia, descrita en su tiempo por Cornelio Escipión (133 a. de C.). Las excavaciones se prosiguieron desde 1905 hasta 1908. De la misma manera, el gran sabio alemán situaba la principal ciudad de la Atlántida, Tartesos, en la actual Andalucía, en la zona de la desembocadura del río Guadalquivir. En la antigüedad, esta ciudad tenía la reputación de ser fabulosamente rica. La campiña que la rodea fue descrita por Posidonio, que hace de ella una pintura muy detallada: ricos cultivos, una población increíblemente numerosa y activa serían la característica de este país, rico también en metales de todas clases, oro, plata, cobre y estaño. Si se concede crédito a Rufus Fistus Avenius, quien reeditó hacia el año 400 a. de C. un tratado de Geografía Antigua, Tartesos habría poseído, hacia el año 500 antes de C., cuando sería destruido por los cartagineses, la civilización más evolucionada del antiguo Occidente. ¿Se trataría de un resto que habría escapado a la destrucción de la Atlántida? ¿Una colonia atlante tal vez? Sería arriesgada una afirmación categórica. Quizás las excavaciones realizadas cerca de Sevilla, en el famoso lecho de la desembocadura del Guadalquivir,

resucitarán la ciudad desaparecida que el alemán Schulten considera la ciudad legendaria de los reyes atlantes...

En España tenemos a personalidades como mosén Jacinto Verdaguer, quien narró la catástrofe divina, ejecutada por Hércules, que se desató ante la degeneración de los atlantes hispanos. Amante de los mitos griegos y los saberes paganos, Verdaguer estaba al tanto de las teorías que hacia la fecha de publicación de su poema (1877) surgieron sobre la existencia del continente perdido. Según su texto, la existencia de la Atlántida originó –tras su hundimiento – las islas griegas y las Canarias. Aunque difícilmente se pueda dar a su poema La Atlántida una interpretación exclusivamente esotérica o científica, Verdaguer, cuya vida de iluminado posee tintes ocultos, conocía lo que las excavaciones en las costas mediterráneas estaban descubriendo respecto a Tartesos, cultura que ha sido relacionada o, en su caso, identificada, tal y como decíamos más arriba, con la Atlántida. A quien no le pasó por alto esta relación fue a Mario Roso de Luna, quien dedicó al problema su Tomo VI de la Biblioteca de las Maravillas (1924). Según este teósofo y astrónomo, La Atlántida de Verdaguer fue inspirada por la mística teosófica de H. P. Blavatsky. Con el añadido lógico de un matiz nacionalista que hace de España –y especialmente de Canarias y del Sur – uno de los principales legados atlantes y foco de la grandeza del continente desaparecido. También el poeta y teósofo Fernando Villalón explica en su poema místico La Toriada, lo siguiente: "¡Toros de Atlante fatuos y cerriles!". Y es que para el poeta del 27, Tartesos fue, como también para Roso, "el último foco de la civilización atlante". Aunque son siempre las Canarias el centro de atención de las teorías hispano-atlantes, el investigador Louis Charpentier dice en "El misterio Vasco" que guanches, vascos y caledonios tienen una misma raíz atlante: todos descienden de los pobladores originales de una desaparecida placa continental situada al oeste de Europa. Ya mucho antes, el escritor vasco-francés Joseph-Augustín Chaho, aseguraba que los vascos procedían de un continente sumergido.

Según algunos investigadores y arqueólogos como Georgeos Díaz, en España podemos encontrar lo que serían restos muy significativos de ese pasado atlante. Estos arqueólogos afirman que diversas edificaciones antiguas de España no tendrían el origen que la historia oficial pretende, y señalan, como edificaciones especialmente destacadas: el Acueducto de Segovia, el Arco de Medinaceli (Soria), los Toros de Guisando (Ávila), las murallas de Carmona y restos de edificaciones en diversas partes, como en las costas de Cádiz. Tanto en el Acueducto de Segovia como en el Arco de Medinaceli, las junturas de las piedras de estos monumentos, han llegado a ensamblarse de tal forma con el paso del tiempo que permiten datar su antigüedad en varios miles de años antes de la llegada de los romanos a España, pese a que la ciencia oficial insista en atribuir a estos su autoría. En estos edificios, los diferentes bloques de roca que los componen han llegado a ensamblarse totalmente, perdiéndose la línea original o juntura, debido al efecto natural de la meteorización y la diagénesis, esto es, el conjunto de cambios físicos y químicos y biológicos mediante los cuales los sedimentos se transforman en rocas sedimentarias con el paso del tiempo. Para que una roca eruptiva como el granito se compacte y cristalice de forma natural tendría que transcurrir mucho más tiempo que los 2000 años que les atribuyen. Según estos expertos, el tiempo necesario para provocar este fenómeno sería aproximadamente de 11.000 años, curiosamente

cuando la Atlántida desapareció. Según las tradiciones históricas medievales, Híspalis, uno de los hijos de Hércules, fue el constructor del acueducto de Segovia. Por otra parte, el único argumento a favor de su autoría romana es el parecido estilístico con otros acueductos, lo que no sirve para invalidar la posibilidad de que los romanos, en realidad, copiaran los modelos de acueductos, que fueron levantados apenas 200 años después de la llegada del Imperio a la Península. De hecho, los arqueólogos apenas han encontrado unos pocos objetos de origen romano para poder demostrar que los romanos pasaron por allí, esto es, Segovia no era tan importante como para que fuera levantado un acueducto de obra tan perfecta y de tales dimensiones. Si realmente los romanos hubieran levantado en un lugar apenas poblado tal acueducto, eso habría roto con toda la lógica que marca la historia conocida de ellos. Y es que, además, Platón nos habla en el Critias de "los acueductos sobre los puentes canalizados", refiriéndose a las construcciones de los atlantes siglos antes de que los romanos, supuestos inventores de aquel revolucionario medio de canalización, erigieran los suyos. Tanto en el Acueducto de Segovia, como en las murallas de Carmona y en el Arco de Medinaceli, se han hallado inscripciones compuestas por letras tartésicas o atlantes.

La ciencia oficial ha establecido su dogma histórico, según el cual la historia y la civilización se inicia en un punto de la historia que ellos mismos señalan, según su interés, y no podría admitir jamás que hubiera existido una civilización anterior y ya olvidada en el tiempo, capaz de erigir edificaciones tan monumentales como el Acueducto de Segovia u otros tantos. Sencillamente, le han atribuido una autoría que se acomoda a su teoría de la historia.

6- Los Dioses Blancos de América.

Toda América está llena de leyendas referentes a "dioses blancos" y civilizadores. El profesor Jacques de Mahieu ha dedicado su vida a estudiar la presencia de hombres blancos en América, encontrando una enorme cantidad de material rúnico vikingo o que él atribuía a los vikingos. Pero no fueron sólo vikingos quienes llegaron hasta América. De Mahieu emprendió una aventura tan grande cuando se encontró con las fotografías de momias blancas y rubias de los Incas en el Instituto Etnológico de Lima. No pasaría mucho tiempo sin embargo, antes de que las puertas se cerraran, no pudiendo continuar con esa línea de la investigación. Nuevamente la Historia oficial ocultaba datos que puedan contradecir su teoría de la historia. En "El Gran Viaje del Dios Sol" De Mahieu reproduce una fotografía de la momia de un Inca rubio, de Paracas, Perú, de tipo ario-nórdico. Como ya hemos dicho, las leyendas de "dioses blancos", están presentes en todo el continente y tienen una base real, esto es, se refieren a acontecimientos que sucedieron en realidad. Muchos de esos blancos serían tragados por las selvas, al caer los imperios o perder el contacto con los lugares de origen. Así, tenemos a los indios blancos guayakis, mezclados hoy con los guaraníes, los caiguas, los guarayos de Santa Cruz en Bolivia, los chachapoyas, los coumechingones de Argentina...

A principios del siglo XVI, antes de que los españoles llegaran a Perú, en el templo de Coricancha, se erguía una estatua de Viracocha. Según el texto contemporáneo, la "Relación anonyma de las costumbres antiquos de los naturales del Piru", esta estatua asumió la forma de una representación de mármol del dios, que descrita "con respecto al cabello, color de la tez,

facciones, vestimenta y sandalias, era tal como los pintores representan al apóstol san Bartolomé" Otros relatos sobre Viracocha aseguraban que se parecía a santo Tomás. Varios manuscritos eclesiásticos ilustrados representan a ambos santos como individuos blancos, delgados y barbudos, de mediana edad, calzados con sandalias y ataviados con largas y vaporosas túnicas. Como veremos, los documentos históricos confirman que éste era el aspecto que representaba Viracocha, según descripción de quienes le veneraban. Quienquiera que fuera, por tanto, no podía ser un indio americano, pues éstos son gentes de piel relativamente oscura y escaso vello facial. La poblada barba de Viracocha y su pálida tez indicaban que se trataba de un individuo de raza blanca.

En el siglo XVI, los incas coincidían con esa opinión. De hecho, sus leyendas y creencias religiosas hicieron que estuvieran tan convencidos del tipo físico de Viracocha que en un principio confundieron los españoles blancos y barbudos que desembarcaron en sus costas con Viracocha y sus semidioses, pues su regreso había sido profetizado hacía mucho tiempo y el propio Viracocha, según todas las leyendas, prometió volver. Esta feliz casualidad proporcionó a los conquistadores de Pizarro la ventaja estratégica y psicológica que necesitaban para dominar a las fuerzas incas, numéricamente superiores, en las batallas decisivas.

En todas las antiguas leyendas de los pueblos de los Andes aparece un individuo barbudo, de piel blanca, envuelto en halo de misterio. Aunque sea conocido por distintos nombres en diversos lugares, se trata siempre de la misma figura: Viracocha, Espuma del Mar, maestro de la ciencia y la magia, el cual esgrimía terribles armas mortíferas y llegó en los tiempos del caos para restaurar la paz y la civilización en el mundo. La misma historia es compartida con numerosas variantes por todos los pueblos de la región andina. Comienza con una vívida descripción de una pavorosa época en que la Tierra padeció una gran inundación que la sumió en las tinieblas debido a la desaparición del sol. La sociedad fue víctima del caos, y las gentes sufrieran indecibles desgracias. Entonces "apareció de forma inesperada un hombre blanco, que procedía del sur, de gran estatura y talante autoritario. Este hombre poseía tal poder que transformó las colinas en valles y con éstos formó grandes colinas, haciendo que los ríos fluyeran de la piedra viva...". Existen muchas leyendas referentes a Viracocha y entre ellas una afirma que era un "hombre blanco de gran estatura, cuyo aire y personalidad suscitaban gran respeto y veneración". En otra es descrito como un hombre blanco de augusta apariencia, con ojos azules y barba, que llevaba la cabeza descubierta y vestía una "cusma", un jubón o camisa sin mangas que le alcanzaba las rodillas. Otra leyenda, la cual parece referirse a una etapa posterior de su vida, afirma que Viracocha era "un sabio consejero en asuntos de estado" y lo describe como "un anciano barbudo de cabello largo que vestía una larga túnica".

Por encima de todo, Viracocha es recordado en las leyendas como un maestro que apareciera cuando los hombres vivían sumidos en el desorden y muchos andaban desnudos como salvajes y sus únicas moradas eran las cuevas que abandonaban únicamente para ir a los campos y buscar algo que comer.

Viracocha llevó los conocimientos de la medicina, la metalurgia, el cultivo de los campos, el apareo de los animales, el arte de la escritura, así como sólidos conocimientos y principios de ingeniería y arquitectura.

El conocimiento era reservado a una aristocracia. La escritura, por ejemplo, fue conocida y utilizada únicamente por los "viracochas", esto es, la aristocracia de las antiguas civilizaciones andinas americanas, formada por descendientes atlantes de raza blanca. Una vez que los viracochas desaparecieron, los indios que quedaron, no conocían la escritura. Lo mismo sucedería especialmente con la ingeniería y la arquitectura y la construcción de monumentos megalíticos.

En los tiempos de Viracocha fueron levantados los edificios megalíticos de la zona de Cuzco-Machupichu, especialmente en esta zona los que tienen la mampostería dispuesta en forma de rompecabezas y formados por piedras muchas de ellas de varias toneladas, imposibles de mover por indios desprovistos de cualquier maquinaria y que incluso desconocían el uso de la rueda o la polea. Algunos de los gigantescos bloques de piedra de la fortaleza de Sacsayhuamán, individualmente, suelen alcanzar un peso equivalente al de 500 automóviles de tamaño familiar. Todas las pruebas indican que estas descomunales fortificaciones, como Machu Picchu, no fueron construidas por los incas, sino por manos desconocidas muchos miles de años antes.

Las ruinas de Tiahuanaco, junto al lago Titicaca, en Bolivia, están situadas a 3.825 metros de altitud sobre el nivel del mar, en una tierra de páramos andinos. ¿Por qué erigieron tan monumentales edificios y una ciudadela tan importante en un lugar tan inhóspito? El conjunto arqueológico cubre alrededor de 420 hectáreas, en el corazón de un valle estrecho en forma de herradura que se extiende suavemente hacia el lago. Bajo las ruinas de Tiahuanaco, se encuentran enterradas cinco ciudades superpuestas. La ciencia moderna no es capaz de lograr la comprensión de una civilización tan desconocida para la mentalidad actual. Antiguamente, el conocimiento no estaba separado de las artes, la religión o la filosofía; en el pasado se cultivaba el conocimiento integral. La ciencia de Tiahuanaco fue grabada en símbolos sobre sus monolitos y otros restos arqueológicos y fueron manejados y utilizados por los amautas, sacerdotes científicos. ¿Cómo lograron trasladar las rocas de hasta 200 toneladas, que hoy, atónitos, podemos contemplar entre las ruinas mudas? Entre todos los imponentes restos de esta ciudad mágica, destaca una estructura gigantesca cuya antigüedad está demostrada en miles de años antes de los que la ciencia oficial le pretende atribuir. La Puerta del Sol de Tiahuanaco, está tallada de un solo bloque de andesita sólida y pesa más de diez toneladas. En el friso de esta puerta, coronando la puerta, está representado Viracocha, blandiendo dos cetros con cabezas de cóndor. Está adornado con una especie de máscara en la que se aprecian dos pumas.

También en Tiahuanaco, existe un ídolo cuyo perfil es el de una figura barbuda. Se halla en el Templo Subterráneo de Tiahuanaco y se cree que representa al mismo Viracocha, el héroe civilizador de la mitología andina. También hallamos en este lugar una estela en la que están grabadas unas cabezas barbudas. En resumen, los tipos físicos que aparecen representados en la estela y en el pilar de Viracocha no son los actuales indígenas de esta región sudamericana, quienes por otra parte desconocían los mecanismos más simples, como la polea o la rueda.

Hallamos en Tiahuanaco, características de la construcción de edificaciones que coinciden con las utilizadas en el Egipto antiguo, como las muescas en la piedra que indican que estos bloques de piedra fueron unidos por unas abrazaderas metálicas en forma de T. Curiosamente esta técnica de

mampostería se cree que no fuera empleada en ninguna otra zona de Sudamérica. Y sin embargo, fue empleada en el antiguo Egipto, lo que nos apunta a que tanto el primer Egipto como Tiahuanaco compartían tecnología y, en fin, siendo lugares tan distantes en el espacio, pertenecían a una misma civilización.

En la 'Puerta del Sol', según diversos estudiosos, hallaríamos las claves psicológicas y alquímicas para la transformación del ser humano en un superhombre, en un hombre-sol o en un ángel. Guillermo Lange Loma, afirma que "en la iconografía de esta puerta y en muchos otros grabados de Tiahuanaco, se muestran de forma clara y objetiva las representaciones sagradas más arcaicas de la humanidad: el báculo del poder, la corona de los reyes y el cáliz ceremonial. También son destacables la prominencia sobre la cabeza, los ojos alados, el rostro solar antropomórfico, la serpiente felina, el caduceo de Mercurio, los hombres-felino, los hombres-ave y también los hombres alados u hombres-ángel. Todas estas formas estudiadas y analizadas a la luz de la antigua sabiduría universal, han sido identificadas, como símbolos de autorrealización del hombre. Éste sería la crisálida del ángel, ser resultante del propio esfuerzo autoconsciente del ser humano". Y Guillermo Lange continúa diciendo que, "el puma está íntimamente vinculado con el fuego y la columna vertebral, esta última representada por la vara segmentada o bastón que sostienen las representaciones antropomórficas de la Puerta del Sol. La serpiente con cabeza de felino (puma) es un símbolo de la kundalini o fuego sagrado que asciende desde la base de la columna vertebral hasta la coronilla del iniciado. El ser humano sólo alcanza su plena realización con la manifestación del fuego sagrado que desde el coxis debe ascender por la columna hasta la cabeza, llegando más allá". Esta es la iniciación que se daba en Tiahuanaco, para que finalmente y tras todo un proceso de esfuerzo y de iniciación, "únicamente así el iniciado tiahuanacota era digno de coronarse como rey de sí mismo y de la naturaleza; sólo de esta forma podía cruzar la Puerta del Sol".

Si miramos hacia el oeste de Tiahuanaco, a 3.700 Km de las costas chilenas, ya en pleno océano Pacífico, se encuentra la enigmática isla de Pascua. La isla es un pequeño trozo de tierra en medio del océano a miles de kilómetros de la costa más cercana. Su extensión, de apenas 162 Km², es cuatro veces más pequeña que la isla mediterránea de Ibiza. La isla de Pascua es un reditorio arqueológico, cuyas tradiciones se refieren a dioses provenientes de las estrellas. Se desconoce cómo se pudieron construir los centenares de esculturas –denominadas "moais"– esculpidas en basalto volcánico. Ninguna de ellas mide menos de 10 metros ni pesa menos de 50 toneladas, sin embargo, esto no fue un obstáculo para que sus autores las consiguieran transportar varios kilómetros hasta la costa, erigiéndolas sobre espectaculares plataformas de piedra (abu).

La historia de la isla se divide (según los datos que aparecen en unas tablillas que contienen jeroglíficos anteriores a la existencia de los moais) en tres períodos que acabarían con diversos enfrentamientos y guerras entre los Orejas Largas (de rasgos indoeuropeos) y los Orejas Cortas (de piel oscura y cabello negro). Cuando el almirante holandés Jacob Roggeveen descubre Pascua en 1772, estaba superpoblada por estas dos razas que aún permanecían bien diferenciadas a pesar de darse ya un proceso de decadencia y mestizaje. Las leyendas hablan de los Orejas Largas, como de

una raza proveniente del cielo y de los Orejas Cortas, como provenientes de otras islas del Pacífico. El investigador británico James Churchward, tras haber descifrado el contenido de diversas tablillas, concluye que éstas informan de la existencia de una civilización desaparecida en el Pacífico hace unos 12.000 años, (desaparecida coincidiendo en el tiempo con la también desaparecida Atlántida) y que sería el continente de Mu. Los instructores y fundadores de esta civilización provendrían del cielo y construyeron gigantescos templos, monumentos y ciudades en piedra. Utilizaban la fuerza antigravitacional para hacer levitar las pesadas piedras. En algunas de las leyendas y tradiciones de las culturas posteriores al cataclismo que sucediera hace 12.000 años, existen leyendas y tradiciones con referencias a técnicas antigravitacionales que permitirían la levitación de grandes objetos, o incluso seres humanos, empleando "secretos sonidos mágicos".

Más al norte, y volviendo al continente, hallamos a Quetzalcóatl, la divinidad principal del antiguo panteón mejicano, el cual era descrito en unos términos que nos resultarán familiares. Por ejemplo, uno de los mitos precolombinos recogidos en Méjico por el cronista español del siglo XVI Juan de Torquemada, afirmaba que Quetzalcóatl era un "hombre rubio de compleción robusta y una larga barba". Algunos se referían a él como "el hombre blanco"; un hombre corpulento, de frente ancha, con los ojos enormes, el pelo largo y "la barga espesa y redonda". Otros lo describían como: "una persona misteriosa... un hombre blanco de cuerpo robusto, la frente ancha, ojos grandes y una larga barba. Vestía una larga túnica blanca que le llegaba a los pies. Condenaba los sacrificios, excepto las ofrendas de frutas y flores, y era conocido como el dios de la paz..." Según una tradición centroamericana, "llegó allende los mares a bordo de un barco que se movía sin remos y era un hombre blanco, alto y con barba...". Quetzalcóatl, en Centroamérica, tiene unas características similares a las de Viracocha en Sudamérica. Entre los mayas, era conocido como Kukulkán, que significa "serpiente emplumada".

Existían otras divinidades, en concreto entre los mayas, cuyas identidades eran muy semejantes a las de Quetzalcóatl. Una de ellas era Votan, promotor de la civilización, al que también se describía como un individuo de tez pálida, barbudo y vestido con una larga túnica. Como vemos, su nombre coincide con el germánico Odín o Wotan y su símbolo principal, al igual que el de Quetzalcóatl, era una serpiente. En términos generales, existe un trasfondo de datos históricos en los mitos mayas y mejicanos. Lo que las tradiciones indican es que el barbado extranjero de raza blanca llamado Quetzalcóatl (o Kukulkán, o lo que sea) no era un solo individuo, sino que probablemente se trataba de varias personas que procedían del mismo lugar y pertenecían a un mismo tipo racial no indio, sino blanco.

Ciertos mitos que se incluyen en antiguos textos religiosos mayas conocidos como los Libros de Chilam Balam, por ejemplo, afirman que "los primeros habitantes de Yucatán fueron los del pueblo de la serpiente. Estas gentes llegaron del este en unas embarcaciones acompañando a su líder Itzamana, la serpiente del Este, un sanador capaz de curar mediante la imposición de manos y resucitar los muertos". Son los "compañeros de Quetzalcóatl" y venían de una isla en medio del Atlántico a la que llamaban Thule. Entre tanto, Juan de Torquemada, relató esta específica tradición, anterior a la conquista, referente a los extranjeros de imponente presencia que habían llegado a Méjico con Quetzalcoatl: "Eran unos individuos de gran empaque, bien

vestidos, con unas largas túnicas de lino negro que iban abiertas por delante, sin capas, escotadas y con unas mangas que no alcanzaban los codos... Estos seguidores de Quetzalcóatl eran hombres de gran sabiduría y excelentes artistas en toda clase de oficios y trabajos".

Como su "gemelo", Viracocha, pero en este caso en Méjico, Quetzalcoatl había llevado las artes y ciencias necesarias para crear una vida civilizada, inaugurando así una época dorada. Introdujo la escritura, el calendario, la arquitectura, la agricultura, la medicina, la magia, las matemáticas, la metalurgia, la astronomía y manifestaba "haber medido la Tierra".

Lo mismo que en Sudamérica, en Centroamérica hallamos también estatuas y representaciones de individuos barbudos y de raza blanca. En diversos estratos arqueológicos de los olmecas, como en los restos arqueológicos de La Venta y Monte Albán (Méjico), hallamos estos rasgos caucásicos o europeos, barbudos. En la plataforma piramidal de Tula (Méjico) se hallan los conocidos como "Atlantes de Tula". Son unos ídolos o estatuas con un aire solemne e imponente. El escultor los ha dotado de unos rostros duros e implacables y unos ojos hundidos que no transmiten emoción. En sus manos portan unos artilugios que parecen haber sido en la realidad de metal. Este objeto que sostienen las estatuas en la mano derecha, que parece asomar a través de una funda o un protector de manos, presenta la forma de un rombo con el borde inferior curvado; el instrumento de la mano izquierda podría ser un tipo de arma. Unas leyendas afirman que los dioses del Méjico antiguo se habían armado con xiuhcoatl, "serpientes de fuego". Al parecer, estos emitían unos rayos abrasadores que eran capaces de traspasar y despedazar un cuerpo humano.

Dice la leyenda que Quetzalcoatl marchó de Méjico cuando Tezcatilpoca, un dios malévolos y cuyo culto exigía sacrificios humanos, acabó venciendo en una especie de lucha cósmica entre las fuerzas de la luz y la oscuridad. A partir de entonces, bajo la influencia del culto de Tezcatilpoca, los sacrificios humanos empezaron a practicarse de nuevo en Centroamérica. Se dice que Quetzalcóatl partió en una balsa que estaba confeccionada de serpientes. Según la leyenda, "quemó sus casas, construidas con plata y conchas, enterró su tesoro y zarpó hacia el mar oriental precedido por sus ayudantes, quienes se habían transformado en aves de brillante colorido". Allí, antes de partir, prometió a sus seguidores que regresaría un día para derrocar el culto de Tezcatilpoca e instaurar una nueva era en la que se acabarían los sacrificios humanos.

Las civilizaciones que se desarrollaron en América, nos hablan de unos dioses civilizadores que un día, tras un cataclismo o un diluvio, llegaron por mar... Estos dioses, eran racialmente de rasgos caucásicos o europeos y levantaron las antiguas civilizaciones americanas, convirtiéndose en su aristocracia civilizadora. No obstante, las leyendas nos hablan de que, en un momento dado, los "dioses blancos" marchan de las civilizaciones que crearan, y el mestizaje acabaría pervirtiendo y derrumbando esas civilizaciones en el caos y el bestialismo. Las aristocracias de los imperios precolombinos y los indios guardaban memoria de ellos en sus mitologías y en diversas representaciones que hoy día existen documentadas y cuando los españoles llegaron a América, los indios les confundieron con esos "dioses". Y no sólo en las civilizaciones y los imperios de América existe la "leyenda de los dioses blancos", sino que

esta se puede hallar por todo el continente, hasta en el interior de las selvas amazónicas o en las praderas y los hielos del norte y del sur.

Otto Rahn (1), en su libro "La Corte de Lucifer", nos habla del "Nuevo Mundo que fue descubierto por segunda vez por Cristóbal Colón", y dice que "el nombre de pila (de Cristóbal Colón) significa "portador de Cristo". Por lo que Colón ha llevado la doctrina de Cristo que Jesús sacó de la casa de David a través del océano. Sobre las huellas de Colón, Hernán Cortés navegó sobre el mar océano y conquistó el imperio azteca de Méjico para España. Escribió un informe al emperador. Allí se dice que Moctezuma, rey de los aztecas, se sometió al emperador, porque él lo consideraba como el señor de "aquel luminoso superior", del que sus propios ancestros provenían. (Aquí está haciendo referencia a los antepasados raciales atlantes-blancos de la aristocracia azteca). Moctezuma incluso aceptó que Hernán Cortés quitara todos los "ídolos". Sólo cuando él, el rey, fue hecho prisionero y gravemente herido por los invasores sedientos de oro, rechazó todo tipo de tratamiento a sus heridas, desdeñó llegar a ser Cristo, quiso morir y murió. Había pagado un terrible error. Cortés era un enviado del Papa y del emperador católico, pero no del "sabio dios", al que él y los suyos por tanto tiempo habían esperado. Del norte debía llegar el dios de la Patria Primitiva Tulla o Tulán, que había sido una "Tierra del Sol", pero donde "el hielo había empezado a dominar y ningún sol más había". Debía provenir de Thule. En lugar de la llegada de la Corte de Lucifer –cito de "Redentor blanco" de Gerhart Hauptmann –: el engendro, que al rostro de nuestra Madre Tierra deshonra desvergonzadamente con la inmundicia de su horror..."

7- La pérdida de la integridad racial de los atlantes y el hundimiento de la Atlántida.

Una vez llegados a este punto, surge una pregunta: ¿Cómo y por qué, si es que llegó a existir, fue aniquilada la suntuosa civilización de los atlantes?

Platón ve la causa de su caída en el desarrollo de un deseo de poder y de una perversidad moral que habría arrastrado a los atlantes al vértigo de un orgullo demencial. Parece, más bien, que guarda relación con una ley cíclica que rige toda civilización y que impone a ésta una decadencia ineluctable después de haber alcanzado cierto grado de perfección.

A propósito de esta caída, he aquí una cita sacada de Critias (también de Platón):

"Durante muchas generaciones, mientras la naturaleza del dios era suficientemente fuerte, obedecían las leyes y estaban bien dispuestas hacia lo divino emparentado con ellos. Poseían pensamientos verdaderos y grandes en todo sentido, ya que aplicaban la suavidad junto con la prudencia a los avatares que siempre ocurren y unos a otros, por lo que, excepto la virtud, despreciaban todo lo demás, tenían en poco las circunstancias presentes y soportaban con facilidad, como una molestia, el peso del oro y de las otras posesiones. No se equivocaban, embriagados por la vida licenciosa, ni perdían el dominio de sí a causa de la riqueza, sino que, sobrios, reconocían con claridad que todas estas cosas crecen de la amistad unida a la virtud común,

pero que con la persecución y la honra de los bienes exteriores, éstos decaen y se destruye la virtud con ellos. Sobre la base de tal razonamiento y mientras permanecía la naturaleza divina, prosperaron todos sus bienes que describimos antes. Mas cuando se agotó en ellos la parte divina porque se había mezclado muchas veces con muchos mortales y predominó el carácter humano, ya no pudieron soportar las circunstancias que los rodeaban y se pervirtieron; y al que los podía observar les parecían desvergonzados, ya que habían destruido lo más bello de entre lo más valioso, y los que no pudieron observar la vida verdadera respecto de la felicidad, creían entonces que eran los más perfectos y felices, porque estaban llenos de injusta soberbia y poder.

El dios de dioses Zeus, que reina por medio de leyes, puesto que puede ver tales cosas, se dio cuenta de que una buena estirpe estaba dispuesta de manera indigna y decidió aplicarles un castigo para que se hicieran más ordenados y alcanzaran la prudencia. Reunió a todos los dioses en su mansión más importante, la que, instalada en el centro del universo, tiene vista a todo lo que participa de la generación, y tras reunirlos dijo..."

Las organizaciones nacionalistas alemanas, imbuidas de esoterismo, interpretaron los escritos de Platón llegando a la conclusión de que el fin de la Atlántida se debió a una mezcla racial, a la corrupción de la sangre ocurrida al mezclarse la raza pura de los atlantes blancos con las "razas demoníacas".

A partir de aquí se comprende el interés que los ocultistas (cuya organización extendía sus ramificaciones por el mundo entero) manifestaron por el mito de la Atlántida, porque establecía una continuidad histórica de la raza blanca desde los orígenes.

No obstante, es preciso añadir que los grupos racistas alemanes del siglo XIX y, sobre todo, las sectas nacidas de la Primera Guerra Mundial no eran las únicas en apelar a la tradición de la Atlántida; los teósofos, guiados por la célebre medium señora Blavatsky, pretendían también conocer el lejano pasado de los Grandes Antepasados. La señora Blavatsky no dudó en afirmar que ella había conseguido leer, página por página, el manuscrito secreto que relataba la historia del fabuloso continente, el cual se hallaría en la biblioteca del Vaticano (conservándose otro ejemplar en un monasterio del Tíbet).

En tales círculos de pensamiento, sobre todo, por parte del fundador de la Antroposofía, Rudolf Steiner, se atribuye a los atlantes el dominio de las técnicas más modernas y superiores a las de nuestra ciencia actual, armas de vanguardia, vehículos motorizados, cohetes e incluso ingenios espaciales y máquinas que permitían desplazarse en el tiempo, tanto hacia el pasado como hacia el futuro. El absoluto control que poseían sobre las fuerzas de la naturaleza al transformarse en "fuerza negra" les habría arrastrado a un cataclismo inconcebible, resultado tal vez de su dominio "demoníaco" de la energía nuclear.

8- Recuerdos de la Atlántida polar.

Multitud de estudiosos han llegado a concebir cada uno la Atlántida a su propio modo. El sabio austriaco Hörbiger no dudó, por lo que a él se refiere, en sostener la naturaleza gigantesca de los hombres de este continente: las

ruinas ciclópeas de Tiahuanacu, en el altiplano andino, las edificaciones más antiguas de Egipto o las terrazas de Baalbek en el Líbano, entre otras muchos restos, serían la obra de semejantes superhombres. Los edificios colosales hallados cerca del lago Titicaca, a 4000 metros de altitud, plantean un enigma a los arqueólogos y a los sabios. Hiperbórea, el continente mítico habría existido antaño en el emplazamiento de Groenlandia e Islandia. Diversas teorías afirman, aunque no esté demostrado, que un movimiento bascular de la Tierra sobre su eje podría haber convertido estas tierras altamente civilizadas en el país glacial que es en la actualidad. Poblado de "gigantes de una altura de varios metros", Hiperbórea habría sido un país todavía más evolucionado que la Atlántida, civilizado por seres extraterrestres.

Ya griegos y latinos señalan la existencia de Hiperbórea y de su capital Thule, como asimismo lo atestiguan las obras de Heródoto ("isla de hielo situada en el Gran Norte, donde vivieron hombres transparentes"), de Plinio "el Viejo", de Diodoro de Sicilia y de Virgilio. En Medea, Séneca hace esta predicción:

"En los siglos futuros una hora vendrá en la que se descubrirá un gran secreto hundido en el océano: se encontrará la poderosa isla. Tetis revelará nuevamente la región y Thule, a partir de entonces, no será ya el país de la extremidad de la tierra".

Los celtas, los vikingos, los germanos han conservado el recuerdo de Thule como el de un verdadero Edén, análogo al País del Otro Mundo, de la Gesta del Graal... "Más allá de los mares y de las islas afortunadas, más allá de las espesas nieblas que defienden su acceso", en esta isla "donde los hiperbóreos están en posesión de todos los secretos del mundo". Más que todos los otros, sin duda, los germanos se apoyan en la leyenda de Thule. Sobre ella basaron, hasta bien entrado el siglo XX, su culto pagano y sus ocultas aspiraciones políticas. Este mito no se ha debilitado jamás. Inspiró el Fausto de Goethe y el Parsifal de Ricardo Wagner. La balada del rey de Thule, escrita por Goethe, y que Gérard Nerval tradujo en verso francés, tiene un sentido esotérico que no escapa a los tradicionalistas.

La leyenda de Thule se relaciona, por tanto, con esta Hiperbórea, que habría existido en el Gran Norte, en algún lugar entre el Labrador e Islandia, o tal vez más al norte aún. Una enorme isla de Hielo rodeada de "altas montañas transparentes como el diamante", Hiperbórea no habría sido, sin embargo, glacial: "en el interior del país reinaba (2) un dulce calor en el que se aclimataba perfectamente una vegetación verdeante. Las mujeres eran de una belleza indescriptible. Las que habían nacido en quinto lugar en cada familia poseían extraordinarios dones de clarividencia". El hombre de Hiperbórea, descendiente de "Inteligencias del Espacio", es descrito en el "Libro de Enoch" (cap. CVI-CVII): "Su carne era blanca como la nieve y roja como la flor de la rosa; sus cabellos eran blancos como la lana; y sus ojos eran hermosos". En la capital de Hiperbórea, Thule, vivían "los sabios, los cardenales y los doce miembros de la Suprema Iniciación..."

Entonces, sin lugar a dudas, los dioses moraban entre los hombres y compartían con ellos la copa de oro de la ambrosía, brebaje sagrado que proporciona la eterna juventud. Encontramos aquí las viejas leyendas

germanas y escandinavas (3) que rememoran la epopeya de los hombres-dioses y la creación del mundo, cuyo mito se vuelve a encontrar en el núcleo de todas las grandes religiones.

NOTAS

Coronel SS, miembro de la Ahnenerbe, estudiioso del catarismo que escribió dos libros: "Cruzada contra el Grial" y "La corte de Lucifer", referentes a la epopeya cátara.

Esta descripción del clima y de la vegetación polar nada tiene de inverosímil.

La Geología parece confirmar la leyenda de este paraíso ártico. Roger Vercel ha descrito con conmovedora precisión lo que habría podido ser esta región en remotísimos tiempos: "Por aquel entonces, existían vastas frondosidades de árboles gigantes en Groenlandia y el Spitzberg. Bajo un sol de fuego, la profunda vegetación de los trópicos se llenaba de savia en los lugares en que hoy en día vegetan líquenes cortos. Los helechos arborescentes se entremezclaban a las colas de caballo gigantes, a las palmeras del período terciario, a las lianas de la jungla ártica. Resplandecía el verano; las nubes, cargadas de fecundidad, vertían cálidas lluvias, y en la inmensidad del bosque polar vivían animales de gran volumen, el mamut velludo, el rinoceronte bicornio, el gran ciervo, cuyas astas alcanzaban cuatro metros, el león de las cavernas... ". Comunicación póstuma a la Sociedad francesa de Filosofía, página 26.

De esta luxuriante vegetación, la hulla de Spitzberg y de la isla del Oso, son su vestigio... "En aquella época el polo de frío estaba, sin duda, cerca de París o de algún lugar de Europa Oriental... Y el Paraíso Terrestre se extendía al extremo norte de las Islas Boreales, en esta zona tan bien defendida por los bancos de hielo que hasta ahora no se ha podido determinar con precisión los límites de la tierra y del agua (Al asalto de los polos, Colección Marabout, páginas 7-8).

La Islandia de los vikingos y de las sagas ha podido muy bien guardar el vago recuerdo de una civilización floreciente que se habría desarrollado en una época fabulosa. Lo cual explicaría también el extraordinario desarrollo de las ciencias ocultas, y particularmente de la alquimia, entre los monjes islandeses de la Edad Media.

**JASON Y LA ATLÁNTIDA AMAZONICA:
JASON Y LA ATLÁNTIDA AMAZONICA...
CLARIDAD SOBRE... (PARTE V):**

**LA ATLÁNTIDA: PODEROSO IMPERIO QUE HABITO EL AMAZONAS.
(Huella en el Agua): Planteamientos inéditos de Alfonso Robledo Anzola.**

Nota: se trata de un artículo para el magazine dominical del periódico EL ESPECTADOR, de Mariela Guerrero Serrano.

Contenido:

Preámbulo.

Hipótesis del viaje de Jasón.

¿Cuál fue la verdadera ruta de Jasón y los Argonautas?

Temas de reflexión.

Anexo: Reflejos inferiores de los devas superiores.

Visión del Agua: El canto de los peces Menepijiwi Pijaliaisianö.

La tablita NAACAL: El futuro de la civilización.

Preámbulo.

Alfonso Robledo Anzola es un arquitecto bogotano, nacido en 1938. Durante 17 años ha sido profesor en la Universidad Nacional. Sobre su libro inédito La historia bien temperada, cuya investigación le llevó ocho años de trabajo, incluimos esta reflexión de la periodista Mariela Guerrero.

Un colombiano, Alfonso Robleda Anzola, estudiioso de los griegos por muchos años, está convencido de haber unido los hilos de la historia para demostrar que el poderoso imperio de la Atlántida existió y sus habitantes vivieron en el continente americano (N.E: se destaca el hecho de que también hubo extensiones de ese imperio en otras partes del planeta, incluso islas derivadas de tal continente cuando ya había desaparecido en buena parte, quedando como vestigios aislados. Una justificación a la anterior afirmación es la del tibetano D.K. en "El Destino de las Naciones", página 37 donde dice: "Los Estados Unidos de América fueron el centro de la Antigua Atlántida, de allí que hayan heredado una antigua forma religiosa y síquica, que existió y poseyó una potente vitalidad en esa parte del mundo, durante muchos siglos."). Mencionado por Platón, el mundo Atlante, sobresalió por su alto grado de cultura, desarrollo arquitectónico y por ser grandes navegantes; tuvo su máximo esplendor hace más de 3.500 años e influyó decisivamente en la cultura occidental, en especial la de la costa norte de África y del Mediterráneo. Los atlantes o hijos de Poseidón desaparecieron tras un cataclismo y la historia les perdió su rastro. ¿Fue una leyenda o una realidad? Tal parece que la respuesta a tan anhelado secreto sobre el continente perdido estaría bajo el suelo de la selva húmeda y tropical de nuestra gran Amazonía.

Hipótesis del viaje de Jasón.

Según Alfonso Robledo Anzola, hoy, gracias a Apolonio de Rodas, bibliotecario de Alejandría, los hilos de la historia pueden volver a ser reconstruidos.

Contemporáneo de Calímaco, gramático de Alejandría, sostiene con él una fuerte discusión referente a la interpretación que hace sobre el viaje de Jasón y los Argonautas en la búsqueda del vellocino de oro. Calímaco reprocha a Apolonio por revelar abiertamente lo que la voluntad de Zeus y los olímpicos manifiestamente habían sellado para siempre: la ruta Atlante, secreto de los dioses.

Esto lleva a Apolonio a retirarse por dos años a Rodas, recogiendo y revisando su primera versión de la historia para narrar una nueva que es la que

conocemos. La enfocó hacia el oriente del Mediterráneo, hacia el Mar Negro, lo cual es un viaje sin sentido y con unos absurdos geográficos imposibles de explicar. ¿Qué ocurre en esa segunda edición? Él lanzó una nube sobre la geografía del viaje de manera que todo se vuelve un poco vago. Al comienzo los nombres son bastante precisos. Pueden seguirse en el mapa. A medida que se alejan de Grecia todo parece disolverse como en la leyenda; comienzan a aparecer unos nombres de pueblos y sitios que ningún geógrafo había conocido ni registrado. Ni Heródoto, ni los historiadores, ni los poetas, ni nadie. Por primera vez aparecen en ese relato.

Foto 34. Mapas informativos sobre el tema.

¿Cuál fue la verdadera ruta de Jasón y los Argonautas?

Los expertos occidentales siempre han explicado la argonáutica como un viaje al Mar Negro en cuyo confín sitúan la legendaria Colcos o Cólquide (N.E: incluso, el mismo Robert Temple en su "Misterio de Sirio", en el mapa de la página 182 reafirma tal hecho, siendo ignorante de lo planteado por el tibetano D.K. sobre el Templo ancestral de IBEZ en más o menos el centro de Suramérica. En el "Tratado sobre Magia Blanca", página 279, A.A.B. y D.K. dicen: "El trabajo realizado por los adeptos de Ibez y los misterios de su templo, aún persisten y lo están llevando a cabo los maestros y adeptos encarnados físicamente en todas partes del mundo. Enseñan el significado de la psiquis, el ego o alma, y de la unidad humana, para que el hombre pueda en realidad ser lo que es, un Dios que camina sobre la tierra, cuya naturaleza inferior [física, astral y mental] está completamente controlada por el alma o aspecto amor, no sólo teóricamente sino de hecho y en verdad. Cuando esto suceda, el cuerpo físico ya no ejercerá atracción para el hombre real, la naturaleza emotiva y el cuerpo de deseos ya no lo desviarán, tampoco la mente excluirá lo verdadero y espiritual, sino que ese Dios utilizará los tres cuerpos como vehículos para servir a la raza. Entonces el reino humano será trascendido y el hombre pasará al reino espiritual, donde recibirá otras lecciones, así como la humanidad infantil, cuando salió del reino animal, fue entrenada por los instructores de Ibez y se le enseñó sus funciones y trabajo."), país donde los Argonautas se dirigieron en busca del vellocino de oro. A medida que los viajeros se alejan de la madre Grecia la geografía se hace difusa. Los topónimos, incluida la Cólquide, nunca habían podido localizarse en los mapas. Los nombres de los pueblos y sus características tampoco concuerdan. Según Alfonso Robledo "donde la explicación tradicional se hace insostenible, es en la ruta de regreso. En efecto, los valientes expedicionarios deciden no regresar por la única ruta posible de entonces y ahora, la misma que supuestamente siguieron en el viaje de ida, la del Bósforo y el Hesponto, sino que remontando el Istro –hoy Danubio, atravesaron los Alpes Dináricos y descendieron por un torrente de montaña al Adriático; llegaron a Corfú y regresaron de allí rumbo al norte para entrar por el Po, atravesar los Alpes (¡todo con el barco a cuestas!), descender por el Rhin hasta el Báltico, regresar hasta sus cabeceras, trasladarse a la cuenca del Ródano, descender por este hasta su desembocadura y allí por el canal de Córcega y el estrecho de Mesina atravesar hasta Cefalonia, donde perdieron el rumbo, si es que habían tenido alguno, y fueron arrastrados hasta el golfo oriental de la Sirte y encallaron en

las dunas. Por último se hicieron de nuevo a la mar, pasaron por Creta y finalmente regresaron a Págatas, hacia el puerto de donde habían partido."

Cuando Apolonio se ve forzado a ocultar la verdad, lo que hace es darle la vuelta al viaje dejando una serie de pistas regadas por todo el libro para que pudieran ser interpretadas por un buen observador. (N.E: hacemos esta aclaración ya que de tiempo atrás se ha venido especulando o haciendo comentarios sobre Cristóbal Colón como conocedor de la redondez de la Tierra, quizá dentro de la tradición de la Academia Platónica en las herencias de Proclo, dentro del marco mediterráneo de los navegantes idealistas quienes como Colón tenían a la geografía como parte de los misterios.).

¿Qué ocultaba Apolonio entre líneas en su relato? Si seguimos la teoría de Robledo, y nos dirigimos con los Argonautas hacia América y no hacia el Mar Negro, ¿qué posibilidades reales existen de coincidir con Apolonio? Veamos.

Al iniciar su viaje los Argonautas navegaron sobre la mar escalofriante hasta Samotracia a pedirle a los cabiros que les dieran la ruta. Dice Apolonio "de ellos no iré con la palabra más allá sino para enviar mi saludo a la famosa isla y a sus divinidades habitantes, mantenedoras de los misterios de los que no nos es lícito cantar". Dos veces en el libro dice eso. Aquí y al final cuando van a iniciar el regreso. Como quien dice, nos lo prohibieron hacer. En la primera edición él debió contar cómo era la ruta. Luego viene un punto crucial, que ha de dar un viraje al viaje de 180 grados, en sentido literal... "Ya no iremos más al oriente sino que viraremos definitivamente hacia el occidente y haremos la travesía clásica, la que por milenios llevaron a cabo los atlantes y sus subordinados comerciales cretenses y fenicios", dice Robledo.

Heródoto, 200 años antes que Apolonio, narra la historia de Jasón brevemente y cuenta que tan pronto salieron y cruzaron el Cabo Malia, lo cogió el Euroaquilón, que era el terror de los navegantes de la antigüedad, arrastrándolos a los pantanos de la Sirte. Estos pantanos todavía existen en África, en lo que hoy conocemos como el Golfo de Gabes. El relato inicial tenía la aventura de África al principio como dice Heródoto y así debió ser la primera edición con la versión hacia el Mar Negro, por lo que se hizo necesario trasladar ese episodio al final de la narración.

Rescatados por Tritón de tan terrible lugar –los pantanos de la Sirte, viven algunas aventuras y por fin llegan a lo que los expertos identifican como el Bósforo pero que nosotros sabemos que es Gibraltar o las Columnas de Hércules. "Allí, una ola comparable a inaccesible montaña se alza cual si fuera a caer sobre ellos siempre erguida por encima de las nubes y se diría que no hay medio de escapar a un sinnúmero temible cual nube encima de la nave no obstante que se aplaca si se cuenta con un habilidoso piloto. De tal suerte justamente estos pasaron por la ciencia de Tifis, ilejos, más llenos de espanto". (Este fenómeno no se conoce en el Bósforo pero es frecuente en Gibraltar).

El viento y el oleaje que encuentran los Argonautas al cruzar el canal son típicos de los que con frecuencia allí se presentan en esa época del año, lo

mismo que el calor que se siente copiosamente tan pronto entran en el Caribe. Si estuvieran entrando en el Mar Negro a fines de otoño se haría el clima progresivamente más frío.

"Tras una travesía tranquila, llegan los héroes a la isla de Fineo, el vidente, a quien liberan de las arpías".

Enriehette identifica estos personajes mitológicos con el hoatzin o pava hedionda, que vive en Colombia en bosques cálidos a la orilla de los grandes ríos. La isla Fineo es muy probablemente Maiahuan o la gran Inagua, en las Bahamas, situadas al frente del Canal del Viento, es decir, la entrada al Caribe, entre Cuba y Haití. Describe el poeta a continuación la llegada a la tierra de enfrente. ... "el fértil país de las gentes mariandinas (un nombre también sugestivo), teniendo a la vista la boca del río Sangario (que no son otra cosa que los campos irrigados de los zenúes y la desembocadura del río Magdalena), pasan enseguida frente al lago Antemósida (el lago de Maracaibo) y llegan al fondeadero del cabo Aqueronte (península de Paria) de escarpadas orillas". Dice Apolonio: "hacia el interior, hacia el llano (hacia el interior queda el llano) desciende un hondo valle donde está la caverna de Hades bajo la techumbre del bosque y de las peñas, de la cual un hálito de helados sopla sin pausa desde sus profundidades espantosas". Ahí están las fuentes del Aqueronte, un río que sale de entre las montañas con un soplo helado donde se oyen los "gritos desgarradores de los muertos". Es la cueva de Caripe que Humboldt visitara y que describió con casi idénticas palabras. Los gritos desgarradores de los muertos no son otra cosa que los graznidos de los guácharos, aves que la habitan y emiten sonidos semejantes a alguien que estuvieran estrangulando; estos sonidos fueron tomados como las voces de los antepasados sometidos a suplicios infernales.

Llegados al Orinoco, al que ingresan por el caño Manamo y salen por Arahua o con el fin de evitar el peligroso paso de la Boca de la Sierpe, muere Idmón, el piloto, atacado por un pecarí en los cañaverales del pantanoso delta. Aquí son famosos los habitantes precolombinos por la caza del pecarí. Siguieron costeando las Guayanas, doblaron el cabo de las Amazonas, y llegaron a la boca del río Termódonte (río caliente). "Allí, tomaron tierra porque el mar justamente se encrespa a su paso y no hay río alguno comparable a este ni que sobre la tierra arroje tanta corriente, dice Apolonio".

En el Termódonte no pudieron entrar porque les había advertido Fineo que estaba en poder de las Amazonas quienes tenían aquí sus tres ciudades (recuérdese que cuando el padre Carvajal navegó con Orellana y los españoles, los indígenas les hablaron de ellas. Por eso le pusieron al río el nombre de río de las Amazonas). Siguieron recorriendo la costa y al llegar al "último extremo del océano" entraron por el estuario del Plata. Remontan hasta el Chaco. Llegan al país de la Cólquide en donde viven la aventura de la conquista del vellocino de oro. Se supone que el país de la Cólquide quedaba en el Asia Menor. Hasta ahora esto nunca había sido cuestionado. Pero si uno busca en un Atlas los topónimos iniciados con el radical de cólq (en español), o colch (en inglés), encuentra que hay unos 12 sitios, todos ubicados a unos 300 kms. a la redonda del Titicaca: Colca, Colquiri, Colcabamba, Colchagua,

Colcampata, Colcha, Colquepata, Colquemarca, río Colca, etc. Según el diccionario quechua, colca significa plata, Cólquide es el país de la plata y en este sitio queda el cerro del Potosí que es el cerro de la plata por excelencia. En el año 1700 la ciudad de Potosí fue una de las más importantes de América, la más grande porque era la fuente de toda la plata extraída por el imperio español. Desembarcaron, esperaron a que oscureciera, "que las estrellas de la Osa Mayor se pusieran". Ni en el mar Negro, ni en Grecia, ni en ninguna parte del Hemisferio Norte la Osa Mayor se pone. Toda la noche está visible todo el año.

En cambio en el Hemisferio Sur nunca se la ve. Solamente hay una franja muy angosta de La Tierra en donde sucede ese fenómeno, entre los 17 y los 20 grados de latitud y es exactamente la franja que pasa por Perú, Bolivia y Brasil.

Luego viene tal vez la parte más impresionante de la descripción de Apolonio, la mención de una serie de pueblos que los historiadores nunca han reconocido ni los geógrafos tampoco, pero que coinciden con numerosas tribus indígenas aún existentes en el mapa de América. Habla de los cálipes y están los galibi; de los béquiros y están los bacairi; de los tibarenos y hay los terena; los mosinacos por los mosetene; los sapieres por los záparos; los bebrices por berbice. Robert Graves, en Los mitos griegos habla de sólimos, aliados de las Amazonas. El río Amazonas aguas arriba de Manaos se denomina hoy en día Solimoes. Parece como si todos estos pueblos los nombrara para dar el dato del lugar donde esté ubicado con exactitud el relato.

Después de conquistar el vellocino de oro (que simbólicamente tiene la misma contextura, color y valor que la vicuña en el altiplano andino) los Argonautas deciden volver pero el rey de la Cólquide se apresura a cerrarles el paso. Al sentirse acorralados uno de ellos se acuerda que el vidente Fineas les había dicho cómo debían hacer el recorrido de regreso tomando "aquella otra ruta navegable que existía aún antes de que estuviera la luna en el cielo y cuando los habitantes de Egipto eran todavía niños", es decir, hacía muchísimo tiempo. ¿Cuál era esa otra ruta? Pues como el Chaco estaba inundado, se podía pasar de la cuenca del río de La Plata a la del Amazonas, bajarse por el río Maporé, afluente del Madera y por este, salir al Amazonas y remontar el río Negro.

Al iniciar la navegación, dice Apolonio, los argonautas iban a gran velocidad "gracias a la fuerza de los remos y al curso en descenso del gran río". Si estuvieran entrando al Danubio, como suponen los "expertos", la fuerza del río iría en contra de los remeros.

Luego dicen que iban, no por el Mar Negro sino, por "la mar de negra profundidad", otra pista dejada por Apolonio. Este es el río Negro que sale por el canal del Casiquiare al Orinoco. Después de ir por toda esta planicie durante días y semanas, de pronto vieron a su derecha el monte Ancuro, que es el Pico de la Neblina, la primera elevación que se ve cuando se viene navegando por el río Negro y tiene 3.200 mts. de altura; es la montaña más alta de Suramérica diferente de la Cordillera de los Andes y es de toda la meseta de la Huaiana, la última punta avanzada hacia la Amazonía. De manera que se ve suelta y

aislada en medio de la selva, un hito en el paisaje imposible de pasar desapercibido.

Pasan por la Peña de Caulíaco (Piedra o Peña del Cocuy), a cuyo pie el río "escinde sus aguas hacia uno y otro océano", es decir la divisoria de aguas de los únicos ríos que están unidos en sus cabeceras: el Orinoco y el Amazonas.

Por allí salieron de nuevo al Caribe, siguen por las islas Brígidas (Antillas interiormente), costeándolas, porque todas las salidas al mar estaban controladas por los colcos; navegan hacia el extremo occidente donde está el país de los muertos. Siempre en la mitología griega los muertos están en el extremo occidente y lo más occidente que pueden ir por el Caribe es el Golfo de México. Una vez metidos en el Caribe no se puede salir por ningún otro sitio, por ser época de brisa muy fuerte. ¿Qué hay que hacer? Salir por el estrecho de la Florida y pasar por el banco de las Bahamas para enrumbarse de nuevo hacia Europa, como milenios más tarde habrían de hacer los galeones españoles cargados con las riquezas arrancadas a las entrañas del continente.

En esta etapa del viaje viene la aventura de Escila y Caribdis, otro hecho altamente significativo por constituir un hito en la ruta, pero que por la limitación del espacio quedarían para narrarse en otro capítulo en el cual se profundice sobre la ubicación de la hundida Atlántida, las aventuras de Odiseo y las leyendas indígenas americanas que también coinciden con los relatos de los griegos, para no dejar duda de la aproximación al esclarecimiento de algo que hasta el momento nadie había podido unir en una sola historia.

Comparadas las dos rutas y las dos interpretaciones posibles del viaje de Jasón y los Argonautas, nos queda la inquietud de que la teoría expuesta por Alfonso Robledo, ampliamente sustentada en su libro próximo a aparecer, puede ser el inicio de la unificación de una serie de datos sueltos existentes, aún no aclarados que vienen siendo planteados desde distintos enfoques de la ciencia los cuales podrían llevar a descifrar uno de los más grandes enigmas provenientes de la antigüedad, en la que han estado empeñados por conocer y demostrar desde el mismo Platón, miles de científicos y estudiosos de la historia.

TEMA DE REFLEXION:

En el inicio del "Tratado sobre Fuego Cósmico" de Alice A. Bailey y el tibetano D.K., éste dice que en el sistema solar, el sol Central es el receptor directo y distribuidor de la radiación cósmica. Dicho Sol Central contiene dentro de su periferia un centro de receptividad y una materia radiante.

En nuestro planeta también hay un órgano receptor similar en su cuerpo etérico. Se relaciona con la ubicación de los dos polos, Norte y Sur, siendo el centro alrededor del cual gira el globo terráqueo y el origen de la leyenda de que existe -dentro de la esfera de influencia polar, una fértil Tierra central. La Tierra mítica de extraordinaria fertilidad, de abundante vegetación y de exuberante crecimiento vegetal, animal y humano, lógicamente se halla en el

lugar donde se recibe prana. Constituye el esotérico Jardín del Edén, la Tierra de la perfección física.

La radiación de la superficie -una vez distribuida, se manifiesta como Prana planetario.

En el hombre, el órgano de recepción es el bazo, en la conjunción de dos centros etéricos (uno para el prana solar y el otro para el prana planetario).

Él tibetano Djwal-Khul, como la gran mayoría de los tibetanos, sabe del "mundo interior" o de la "oquedad de la Tierra" que comprende "misterios". En cierta pequeña aldea transhimaláyica (por el desierto de Gobi), casi un villorrio, en un muy sencillo templo a la apariencia externa, donde oficia y vive cierto lama, hay grutas que llevan una biblioteca que contiene los anales de civilizaciones anteriores de épocas remotas. Se supone que allí está EL ANTIGUO COMENTARIO escrito en la lengua sacerdotal ancestral de todos los iniciados (conocida incluso por los sabios sacerdotes indígenas Mayas e Incas de la época de su apogeo cultural y religioso), el Senzar. De este libro surge el otro libro: "Las Estanzas de Dzyan", base de La Doctrina Secreta.

Referenciamos el libro "LA TIERRA ES HUECA. Arquitectura de la Tierra y demás Orbes Sidéreos" de la editorial Kier, por Eduardo Elías. Esta sencilla y entendible obra de recopilación general tiene brevísimos resúmenes de diversos ángulos sobre el tema. El autor presenta en su parte final lo pertinente al pensamiento esotérico con relación a los Orbes Huecos, pensamiento que es tan antiguo como el mundo. El, también presenta testimonios que se han ido filtrando continuamente en los últimos años.

"En otro libro más reciente del inglés MacLellan, "El mundo perdido de Agharti", aparecen interesantes relatos del Dr. R. Bernard, acerca de testimonios de varios brasileños, quienes afirmaban la existencia de este mundo interno, una especie de Jardín del Edén, iluminado singularmente, donde la gente vive alimentándose de frutas en forma casi exclusiva. Gozan de excelente salud... Veamos en síntesis, dos de tal tipo de relatos:

El primero nos narra que vino un hombre hacia el Grupo de Investigación que dirige el Dr. Bernard en Santa Catarina y dijo que había entrado en una ciudad subterránea, a cierta distancia de Paraguaná, en el sur de Brasil.

"Estaba iluminada y rodeada por todo tipo de frutales enormes, algunos de cuyos frutos son conocidos por nosotros y otros no". Dijo que entró en un vehículo subterráneo que funcionaba con un "extraño poder", el que bajó haciendo espirales hasta el gran espacio interior del Mundo, en donde "contempló el sol Central". Había unos seres altos semejantes a dioses, tal su belleza.

Posteriormente viajó por un túnel, hasta otra ciudad subterránea, a cientos de kilómetros de distancia. La entrada tenía por delante una cascada de agua caliente. Se encontraba cerca de las cataratas del Iguazú, en la frontera con Paraguay.

El segundo relato, por otro brasileño, refiere que "bajó por un túnel iluminado y bien recortado, durante tres días, veinte horas al día, hasta que llegó a un inmenso e iluminado espacio, bajo el cual había edificios rodeados por huertos con frutas".

"La gente que allí vivía parecía tener entre quince y veinte años, aunque le confesaron que algunos tenían varios siglos de edad".

El Doctor Bernard concluye señalando que aunque no tiene cómo comprobar tales relatos, en general coinciden en que:

*Las ciudades subterráneas están iluminadas.
Se hallan intercomunicadas por una red de túneles; y
Están habitadas por una súper raza.*

Para terminar, citaremos que en el vecino Perú, existen también tradiciones de numerosos y extraños túneles, llamados "chinkanas" en Cusco, que intercomunicarían todo su extenso territorio (es, después de Brasil y la Argentina, el país más extenso de Sudamérica) incluso enlazándolo con los cinco países con que limita. Así el autor Eric Norman en su libro "This Hollow Earth", escribe que los que creen en la Teoría de la Tierra Hueca (y el autor es uno de ellos) afirman que los incas llevaron a un gran número de su pueblo y la mayor parte de sus tesoros a un túnel gigantesco que conducía al Mundo Interior, en su afán por salvarlos de los españoles.

Al respecto se cita lo narrado de que si sus connacionales no hubieran mostrado tanta crueldad apurándose en condenar a muerte a Atahualpa, último gobernante inca, "no sé cuantos barcos hubieran hecho falta para llevar los tesoros a la vieja España; tesoros que ahora están perdidos en el Interior de la Tierra, y así permanecerán, pues quienes los trasladaron ya han muerto". (Ps. 277 a 280).

En la página 330 del libro antes mencionado, Héctor Portal –M. S. T. dice que Eduardo Elías (autor del libro) es actualmente (Lima, 1986) profesor principal de la Universidad Nacional Federico Villareal en Lima y autor de varias ponencias, sustentadas en seminarios y congresos tanto nacionales como internacionales y miembros del Instituto Peruano de Estudios Antárticos. Dice que Eduardo se halla actualmente preparando su sexta obra, que versará sobre Latinoamérica y su relación con la madre patria.

En su tercer viaje a España, peregrina hacia Montserrat en las afueras de Barcelona, con el fin de pedir inspiración para su nueva obra enterándose que Cristobal Colón la recibió en aquel mismo lugar, cinco siglos antes.

*Anexo: Reflejos inferiores de los Devas superiores:
la "mai-d'agua" y los "Hombres-pez".*

En el libro "El bejuco del alma" de Richard Evans S. y Robert F. Raffauf, en la página 201 se lee:

"La leyenda de la mai-d'agua ("Madre de las aguas") es tosca: esta maga fantástica frecuenta los ríos y los lóbregos igarapés (canales). Ella acecha a las parejas jóvenes y les trae mala suerte... ella entona sus cantos mágicos. El indígena que trata de ver la Madre de las aguas es atacado por el delirio. Apenas ha posado los ojos en su belleza, pierde los sentidos y es arrojado en viajes de gozo... y si se deja llevar de esta manera y la busca en las riberas del río, el hada abre sus bellos brazos y lo hace morir de amor en el lecho del río.

Peligros sobrenaturales en los cursos de agua. San Felipe, río Negro Vaupés.

Los canales y riachuelos oscuros y perezosos, donde la vegetación prácticamente se enseñorea, parecen ser regiones donde el indígena cree que espíritus y demonios peligrosos practican sus atroces travesuras. Estas localidades son sitios que ofrecen maravillosas posibilidades de recolección para los botánicos. Nuestros asistentes indígenas nos acompañaron, sin embargo, y se sintieron seguros puesto que en el grupo iban tres o cuatro personas y porque los botánicos no eran indígenas. Pero el miedo a los canales de aguas lentas, cubiertos de vegetación colgante, es muy fuerte, especialmente hacia las horas del crepúsculo.

Visones del Agua: El canto de los peces Menepijiwi Pijaliwaisianö.

Cada año en la época de rivazón, los peces por grupos bullosos y alegres bajan los caños y los ríos para ir hasta el mar, el río grande, a celebrar a la madre de ellos, a la reina Bakatsolowa.

A ella la nombran también sirena, por su naturaleza doble: y es humana, fue raptada en elemento de su primera menstruación por los peces que la entregaron a la gran serpiente mítica Tsawaliwali. Luego, casada con la serpiente, perteneció definitivamente al mundo de los ainawi, habitantes del agua. Vive allá donde el Orinoco desemboca al río Vichada. Tiene hijos hermosos de dientes multicolores y nunca morirá. Ella es pez, ella es mujer, ella es ainawi.

Una vez, en los días de subienda en que los peces celebran la fiesta anual, un hombre bajó también acompañado por los perros de agua, y vio y escuchó todo: los peces ponían sus huevos en el cabello de la mujer-pez formando un velo grande. Ella estaba sentada en su trono, mientras los peces se frotaban la barriga. Así, hacían el amor, se emborrachaban y cantaban. Así el hombre aprendió el canto y luego lo enseñó a la otra gente.

Desde esa época se canta el "rezo del pescado" en la ceremonia de la muchacha en pubertad y a los niños pequeños para que luego puedan comer carne. El rezo dura toda la noche, hora en que los animales se reúnen. El chamán canta y canta, nombrando uno por uno todos los peces, sin olvidar a ninguno, empezando por el más pequeño, hasta los de agua profunda. El rezo reúne a los peces para encerrar los ainawi, seres hostiles, y taparles la salida recogiendo a las rayas y tortugas; pero no se puede nombrar ninguna trampa de pescar, si no la muchacha quedaría estéril. El canto nombría a los animales

del agua, luego a los de la tierra, a las aves para que sean livianas y ágiles. Todos pueden tener ainawi. Entonces se les pide que se alejen, que no hagan daño.

Los ainawi son seres peligrosos con los cuales hay que tratar con inteligencia: ellos raptan y enferman a la gente. El chamán sabe manejar esta relación con ellos y recordar las reglas que de hecho todos conocen: Cuando nace un niño, los padres tienen que seguir la dieta de pescado y quedarse en la casa para no correr el riesgo de cruzar la huella de un güio o algún lugar donde estén los ainawi, mucho menos cazar, pescar o cortar.

El bebé con ombligo abierto, la sangre de la menstruación y el pescado recién sacado del agua son "crudos" (Asia). No han pasado por el rezo, son del mundo de los ainawi. Por eso se daña la pesca si una mujer está con menstruación, pero también riéndose o hablando, ella les hace señas a los peces, los revive y les hace perder el efecto al barbasco y la puntería a los pescadores. Los pescadores con barbasco, así como el chamán, deben evitar relaciones sexuales la noche anterior a la pesca.

En la frontera de la identidad sikuani está el ainawi, que con facilidad seduce y compromete a las mujeres, que está presente en cada una de las especies comestibles y vive como los blancos en pueblos grandes con calles llenas de luces y de música.

Los sikuani casi no tienen libros en su lengua, fuera de la Biblia, muchas veces tirada medio muerta en el piso –me acuerda de una, picoteada por el gallo, y de algunas cartillas escolares sencillas. Estos "paquetes de hojas" son simbólicos del poder de los blancos, de un saber que manejan misioneros y funcionarios del gobierno, pero también los investigadores, igualmente nietos de los colonizadores. Pero ahora hay un libro que recoge sus historias, con ilustraciones hechas en los mismos caseríos, y alguna reflexión propia del pensamiento sikuani sobre el universo, los hombres y los ainawi. Como escribe Bautista en su introducción: "Lo escrito queda por mucho tiempo" y eso, en el proceso intercultural, es un punto importante para la defensa de la lengua y de los valores. El libro es bilingüe, cada página ha sido el fruto del trabajo conjugado de varias personas (además de los autores, también Anamaría Ospina contribuyó de manera decisiva en muchos aspectos). Toda traducción es traición, mucho más cuando pensamientos y estructuras lingüísticas están tan lejos. Aprendamos de ellos a escuchar el canto de los peces. Tania Roelens. Magazin Dominical, del libro "El canto de los peces. Menepijiwi Pijaliwaisianu". Libro bilingüe castellano-sikuani de Juan Bautista Mariño, Rosalba Jiménez y Tania Roelens. Bogotá 1994, 276 páginas.

*La tablita NAACAL: El futuro de la civilización.
(Por Zizi Ghenea).*

"Ellos no son la materia prima de la humanidad; no es de esa fase que nosotros hemos surgido. Estos seres desdichados son la última involución de una raza que cayó a este triste nivel". (Von Humboldt, refiriéndose a las tribus de indios vistas a lo largo del Amazonas y el Orinoco. N.E: lógicamente, es de

reconocer que también hubo pequeños núcleos que dejan ver lo que pudo haber sido su naturaleza bondadosa humana y religiosa espiritual, como se leerá más adelante).

En general y hasta hace poco, prevalecía la tesis de que el hombre empezó por ser bestia, luego un ser salvaje, elevándose gradualmente espiritualmente, y civilizándose.

Hoy se está abriendo paso la teoría de que lo salvaje es la conclusión de una civilización extinguida, y que de ningún modo la civilización nació de lo salvaje (N.E: pasó por una etapa parecida a lo salvaje pero no se trataba de un mico que provenía del oposum, sino del "hombre" como una idea "grande y específica" aunque tuvo su etapa primitiva, sin provenir de los "micos")...

Las pruebas de que hubo varios ciclos en la historia de la humanidad se están acumulando, pero su evolución es para nosotros aún un enigma. Equipos de geógrafos, arqueólogos e historiadores, trabajan sin cesar en indagaciones, análisis, y en ese difícil y peligroso arte de "atar cabos"; aparte de las dificultades inherentes a la tarea asumida, tienen que enfrentar las ideas preconcebidas y las teorías ya instauradas, consideradas inamovibles e incambiables.

Hará como veinte años que todo ello empezó a concretarse y a tomar forma coherente. Las carcajadas que al principio acogieron la idea de que existieron civilizaciones avanzadas anteriores a las ya conocidas, tuvieron que ceder paso a la reflexión, y en muchos casos a la certeza de que así se desenvolvió la verdadera historia de los hombres.

Se piensa que cataclismos, evoluciones geológicas o el uso indebido de los extraordinarios descubrimientos que poseían acabaron con aquellas civilizaciones.

Pequeños núcleos de sobrevivientes pueden haberse refugiado en la cima de los montes y en cavernas, perdiendo poco a poco sus condiciones espirituales; las penurias y el hambre los habría reducido al estado salvaje e inclusive, en ciertos casos, el canibalismo.

Otros núcleos en cambio, más afortunados, han podido quizá conservar en sus neuronas y cromosomas, antiguos conocimientos almacenados en el subconsciente como en una especie de biblioteca oculta. En contadas ocasiones, estos conocimientos afloran como rayos de luz, permitiendo redescubrir técnicas perdidas y aparentemente olvidadas. Esta antigua teoría, tan valedera como cualquier otra, pertenece a Robert Charroux, y ha sido expuesta en uno de sus trabajos. Según él, aquel que supiera hacer funcionar a voluntad esta memoria cromosomática, se convertiría automáticamente en un súper-hombre.

Un sinfín de vestigios hablan de aquellas civilizaciones perdidas, de mundos otrora, arrasados por cataclismos, sumergidos bajo los océanos, destruidos. Islas que en realidad son picos de cerros de antiguos continentes

desaparecidos, semejanzas culturales que hablan de traslados de población hoy inconcebibles, razas cuyo origen constituye un misterio, conocimientos difíciles de explicar, etc., son pruebas contundentes de la existencia de civilizaciones anteriores.

Resulta difícil resumir en un corto artículo todas las razones, estudios y conclusiones que son hoy asidero para tal afirmación. Equipos de arqueólogos, criptólogos, oceanógrafos y sabios de toda clase están recorriendo el mundo para descubrir más y más huellas del pasado de la humanidad. Estudiosos solitarios también, muchos de los cuales poseen conocimientos esotéricos que son esencial ayuda en su labor. Todo ese esfuerzo está ya dando frutos, y no tardará el día en el cual nuevos manuales de historia y geografía enseñarán a las futuras generaciones cómo era el mundo y los hombres en aquellos tiempos considerados hasta ahora carentes de vida o de civilización.

Mirando hacia nuestra parte del mundo, las Américas, nos hacíamos preguntas huérfanas de respuestas. Por lo menos en parte, trataremos de poner hoy en claro ciertos misterios y verdades de nuestro hemisferio. Basándonos en la labor de varios estudios anteriores, luego en los descubrimientos del arqueólogo William Niven en el Yucarán, y por fin en las importantísimas tablitas existentes en el Tíbet, tablitas que relatan una parte de la historia de la humanidad e inclusive contiene mapas que corroboran las evidencias descubiertas por Niven, -podemos trazar "grosso modo" un probable esquema de lo que fue nuestro mundo otrora.

Especial importancia tienen las tablitas sagradas del Tíbet. Con la ayuda de un gran sacerdote Rishi, el infatigable estudioso James Churchward logró hace muchos años descifrarlas. Más tarde vio el gran esfuerzo de su vida recompensado por el extraordinario hecho de descubrir que eran parte de la misma colección de piedras grabadas encontradas en México por Niven (documentos Uighur). Las tablitas Naacal, guardadas en un templo del Tíbet (India), llevaban los mismos símbolos y caracteres Naga de la Lemuria: llevadas a Birmania y de allí a la India, atestiguan su gran antigüedad por el mero hecho de que los Naacales se habían ido de la Birmania hace más de 15.000 años.

Estudiando las tablitas de la India y las de México, llegó Churchward a la evidencia de que nuestro hemisferio era así: la desaparecida Atlántida estaba situada en el Océano Atlántico, mientras que el MU (o la Lemuria) se encontraba en el Pacífico, frente a nuestras costas. Fuertemente sacudidas por terremotos y luego sumergidas bajo las aguas, Lemuria primero, y Atlántida más tarde, tuvieron una suerte idéntica.

Foto 37. Mapa de la Tablita Naacal.

En cuanto a nuestro continente, tenía en su corazón el gran mar Amazónico, que dos anchos canales hacían comunicar con el Pacífico. Dos corrientes colonizadoras, la negoride y la cariana, partieron de la Lemuria a través del Mar Amazónico, hacia África, la Atlántida, el Mediterráneo y el Asia Menor.

Los mapas que publicamos, reproducciones de los de Churchward, hablan claramente de la faz que tenía nuestro hemisferio otrora; también explican el misterio de la presencia de ciertas razas en determinados lugares del globo.

Si bien todo ello resulta edificante, no deja de ser extraño, muy extraño...

- EXTRAIDO DE LOS TRABAJOS DE CESAR...DE "ARTE GLOBAL "

ATLÁNTIDA EN AMÉRICA Y LA BIBLIA:

**NOS LLENA DE ORGULLO PRESENTARTE ESTE TEXTO EXCLUSIVO,
COMPARTELO CON OTROS, SIN FINES DE LUCRO (F. RAMIREZ - GPO
TRABAJO ESOTERICO)**

LA ATLÁNTIDA

La leyenda de la Atlántida es Universal y todos los pueblos del mundo aceptan como un hecho la existencia hace milenios y milenios, de este maravilloso continente, cuya cultura dejaron escrita en vagos relatos Homero y los grandes escritores e historiadores de la antigüedad.

El Océano Atlántico se conecta con la Atlántida, porque se dice y asegura que allí existió este enorme continente hundido para siempre; Atl, que significa agua en lengua náhuatl, se identifica con ese nombre fabuloso Atl-, Atlántida y se cree que de allí vino su voz.

Sin embargo, nadie hasta ahora ha podido ubicar con certeza el lugar del mar o de la tierra en donde estuvo La Atlántida, que aseguran fue un país de maravillas, de gran cultura y adelantos científicos.

Se dice que la raza atlante desapareció para siempre tragada en forma inmisericorde por las aguas, en medio de un cataclismo espantoso, tan tremendo y destructor como el mismo diluvio y sin embargo, relatos y leyendas aventuradas hacen suponer que algunas de las razas y pueblos que llegaron a Mesoamérica - especialmente la maya -, fueron originarios del continente perdido.

Esta aseveración se presta a discusiones y agrias polémicas puesto que asegura que los teotihuacanos fueron también atlantes y que los olmecas y que los mixtecos y que muchos otros habitantes de América, antes de la conquista, llegaron de La Atlántida.

El obstáculo principal para aceptar esta teoría, la presenta el lenguaje, pues la lengua hablada por mayas, toltecas, mixtecos, zapotecas, totonacas, teotihuacanos y olmecas eran y siguen siendo distintas y sus culturas también, aunque se han encontrado ciertas semejanzas tanto en sus cuestiones políticas como religiosas. Pero es que tanto el antropólogo, como el arqueólogo, como el investigador, piensan en La Atlántida como un solo

continente, con una misma cultura y un mismo idioma, unas mismas costumbres y una sola religión y no hay una cosa más equivocada, puesto que La Atlántida fue un continente inmenso que se sumergió en las aguas pero en el cual estaban asentadas varias naciones que hablaban distintas lenguas y tenían varias costumbres y culturas.

Pueden ser entonces descendientes o supervivientes de aquellos atlantes, los pueblos que arribaron a Mesoamérica trayendo sus pasmosas culturas que aún hoy asombran a los más eruditos y los llenan de interrogantes con respecto a cómo pudieron hacer esto y como lograr a aquellos prodigios de edificios, de tallado escultórico, de transporte de pesadísimos monolitos y de material de construcción. Cómo llegaron al conocimiento de la astronomía y la aritmética, el calendario, las artes y la orfebrería.

Aceptado esto, debe echarse por tierra la idea de que los cultos y maravillosos pobladores de Mesoamérica, no fueron producto de la evolución, que no saltaron de las chozas o de las tribus nómadas a un asentamiento cultural asombroso, pues tal cosa no se logra en unos miles de años.

¿En dónde estuvo y existió pues la Atlántida?

Cuentan los más viejos que los viejos, que allá en los tiempos remotos, cuando el mundo y el mar tenían otra forma floreció, por el lado Poniente o sea el Mar Pacífico, una formidable cultura que se localizaba en el Continente de Lemuria.

Los lemures fueron tipos que habían llegado a una casi perfección en leyes, artes, cultura, religión, sociedad, etc.

Por el lado del Oriente o el pavoroso Mar Atlántico, estaba el inmenso continente de La Atlántida, en donde también se había alcanzado un alto grado de madurez cultural, artística, política y de organización social y religiosa. Se trabajaban los metales preciosos y las piedras finas.

Entonces ocurrió el más formidable cataclismo de que se tenga memoria. Se levantaron los mares, se revolvieron las montañas, se hundieron los continentes y surgieron otras tierras y en medio de ese caos espantoso, algunos lograron sobrevivir, escapar entre los océanos tormentosos a bordo de bajeles abordados a última hora y con gran premura.

Como es lógico suponer, los lemures arribaron a las costas de lo que hoy es América, en sus costas del Océano Pacífico, que desde entonces yace quieto y azul. Llevaron sus costumbres y cultura y se asentaron en tierras que fueron de Incas, en la Isla de Pascua, a lo largo de las costas que les brindaron asilo y protección, lugar para un nuevo asentamiento.

Por el Golfo de México que es hoy, arribaron varios grupos de La Atlántida, hombres miembros de pueblos de la misma tierra pero de distintas naciones y esos pueblos se llamaron olmecas, procedentes de Olman, tierra del hule, los mayas, los totonacas, los mixtecas o zapotecas. De allí ciertas diferencias étnicas y de lengua y de costumbres, de cultura. Los teotihuacanos se

adentraron hasta el altiplano, por temor a un nuevo cataclismo que pudiera barrer las costas, buscando la seguridad de una altura que los mantuviera al margen de un nuevo desastre.

Tal dicen los más viejos que los viejos, que no dejaron crónicas escritas ni talladas de este suceso, porque todos estos pueblos lo sabían y conocían. No hay detalles de éste arribo de gentes procedentes de La Atlántida y todos son atlantes como hoy pudieran ser europeos los alemanes, franceses, ingleses, italianos, etc., que no son idénticos ni en lenguas, ni en costumbres, ni en sangre.

De allí la divergencia también de las dos culturas correspondientes a las costas americanas, la peruana, la inca, los viricochas, los gigantes del Machu Pichu, la cultura del valle de Nazca, los colosales monolitos y construcciones de Tiahuanaco, en fin.

Dicen los más viejos que los viejos que todo esto sucedió mucho antes de que los chichimecas, los otomíes y esas tribus nómadas se unieran en un plan belicoso y destructor, para apoderarse de los grandes centros culturales y religiosos y destruir esas asombrosas civilizaciones de las que por fortuna aún nos quedan vestigios sorprendentes.

Esta puede ser la explicación de las grandes incógnitas de los calendarios, de los numerales, de las cuestiones astronómicas de cómo pudieron trasladar enormes piedras, bloques, monolitos y construir altos edificios, haciendo uso de su gran conocimiento de la hidráulica, de la física, de la mecánica y de todos esos elementos que les facilitaron esas obras titánicas.

Todo esto cuentan los viejos más viejos que los viejos y aseguran que lo contaban los olmecas, única raza de la cual no se conservan escritos, de la que se desconoce su lenguaje y sus caracteres ideográficos, porque decían con gran razón, que todos los pueblos sabían su origen, su tragedia y nadie olvidaba el gran cataclismo que los arrojó a estas playas.

Eran tiempos en que el mar no estaba en donde está y la tierra tenía diversas formas, unas formas distintas a las actuales. Esta es la leyenda que se va deformando y olvidando al paso de los siglos...

La Atlántida

¿Ha existido esta isla misteriosa de la que Platón nos ha dejado la enigmática descripción? Cuestión difícil de resolver, en vista de la pobreza de medios con que cuenta la ciencia para penetrar el secreto de las regiones abisales. Sin embargo, ciertas comprobaciones parecen dar la razón a los partidarios de la realidad de la Atlántida. En efecto, unos sondeos efectuados en el océano

Atlántico han permitido remontar a la superficie fragmentos de lava cuya estructura prueba de manera irrefutable que ha cristalizado en el aire. Parece, pues, que los volcanes eyectores de esa lava se elevaban en otro tiempo en tierras aún no sumergidas. Se ha creído descubrir también un argumento propio para justificar el aserto de los sacerdotes egipcios y la narración de Platón, en la particularidad de que la flora de América central se muestra semejante a la de Portugal: las mismas especies vegetales, transmitidas por el suelo, indicarían una relación continental estrecha entre el viejo y el nuevo mundo. En cuanto a nosotros, nada vemos de imposible en que la Atlántida haya podido ocupar un lugar importante entre las regiones habitadas, ni que la civilización se haya desarrollado allí hasta alcanzar ese elevado grado que Dios parece haber fijado como tope del progreso humano. «No irás más lejos». Límite más allá del cual los síntomas de decadencia se manifiestan, la caída se acentúa hasta que la ruina se precipita por la súbita irrupción de un flagelo imprevisto.

La fe en la veracidad de las obras de Platón entraña la creencia en la realidad de los cataclismos periódicos, de los que el diluvio mosaico, como hemos dicho, constituye el símbolo escrito y el prototipo sagrado. A los negadores de la confidencia que los sacerdotes de Egipto hicieron a Solón, tan sólo les pediremos tengan a bien explicarnos qué se propone revelar el maestro de Aristóteles con esta ficción de carácter siniestro. Pensamos, en efecto, que está fuera de dudas que Platón se ha convertido en el propagador de verdades muy antiguas y que, en consecuencia, sus libros encierran todo un conjunto, un cuerpo de conocimientos ocultos. Su número geométrico y su caverna tienen su significado; ¿por qué el mito de la Atlántida no habría de tener el suyo?

La Atlántida tuvo que correr la suerte común, y la catástrofe que la sumergió proviene, evidentemente, de una causa idéntica a la que anegó, cuarenta y ocho siglos más tarde, bajo un profundo manto de agua a Egipto, el Sahara y las regiones del África septentrional. Pero más favorecido que la tierra de los atlantes, Egipto se benefició de un levantamiento del fondo submarino y volvió a la luz tras cierto tiempo de inmersión. Argelia y Túnez, con su chotts o lagos de las regiones meseteñas, desecados y tapizados con una espesa capa de sal, y el Sahara y Egipto, con su suelo constituido en su mayor parte por arena marina, demuestran que las olas invadieron y recubrieron vastas extensiones del continente africano. Las columnas de los templos faraónicos presentan huellas innegables de inmersión; en las salas hipóstilas, las losas aún existentes que forman los techos, han sido levantadas y desplazadas por obra del movimiento oscilatorio de las olas; la desaparición del revestimiento exterior de las pirámides y, en general, la de las junturas de piedras (colosos de Memnón, que en otro tiempo cantaban); las huellas evidentes de corrosión por las aguas que se advierten en la esfinge de Gizeh, así como en muchas otras obras de la estatua egipcia, no tienen otro origen que el señalado. Es probable, por otra parte, que la casta sacerdotal no ignorase la suerte que le estaba reservada a su patria. Acaso sea ésta la razón por la que los hipogeos reales estaban profundamente excavados en la roca, y sus accesos, herméticamente sellados. Tal vez pudiera, incluso, reconocerse el efecto de esta creencia en un diluvio futuro en la obligada travesía que el alma del difunto debía realizar tras su muerte corporal, y que justificaba la presencia,

entre tantos otros símbolos, de esas barquitas aparejadas, flotillas a escala reducida que forman parte del mobiliario fúnebre de las momias dinásticas.

Sea como fuere, el texto de Ezequiel, que anuncia la desaparición de Egipto, es formal y no puede prestarse a equívoco alguno:

«Al apagar tu luz velaré los cielos y oscureceré las estrellas. Cubriré de nubes el sol, y la Luna no resplandecerá; todos los astros que brillan en los cielos se vestirán de luto por ti, y se extenderán las tinieblas sobre la tierra, dice el Señor, Yavé. Llenaré de horror el corazón de muchos pueblos cuando lleve al cautiverio a los tuyos, a tierras que no conocen; dejaré por ti atónitos a muchos pueblos y sus reyes, que temerán por sí cuando comience a volar a su vista contra ti, ni espada, al tiempo de tu ruina... Cuando tornaré en desierto la tierra de Egipto y asolaré cuanto la llena. Cuando heriré a todos cuantos la habitan, que sabrán que yo soy Yavé. »

1) XXXII *Lamentación sobre Egipto* (v. 7, 8, 9 y 15).

Fuente: Leyendas Mexicanas de antes y después de la Conquista Carlos Franco Sodja Edit. EDAMEX

ATLANTES SEGUN S. BOVISIO:

Los Atlantes "El Manantial de la Religiones"

1. *Los pueblos de la raza Atlante habían recibido directamente de sus Grandes Instructores las verdades de sus religiones. Estas verdades, fortalecidas por el poder psíquico de percepción propio de esa raza, eran de carácter completamente Divino.*
2. *Estas religiones lindaban con el mundo de la conciencia superior y no utilizaban símbolos naturales. Eran de un monoteísmo selecto.*
3. *Pero cuando esta raza empezó a decaer y degenerar, las prácticas religiosas fueron suplantadas por actos de poder psíquico y de magia negra.*
4. *Al diferenciarse los arios semitas de los atlantes, aún mantuvieron una lejana vislumbre de esas Divinas religiones, aunque completamente oculta bajo el peso de muchas centurias y de la razón, nueva prerrogativa de la naciente raza.*
5. *Los Atlantes, sumergidos en las profundidades del mar en las que se hundió su continente, llevaron consigo su Divina Religión.*
6. *Pero nuevos Iniciados y nuevas ideas madres hicieron su aparición y, en consecuencia, fue implantada una nueva religión, que acompañó a la nueva raza Aria y que fue base de todas sus religiones posteriores.*

7. Los Arios Semitas, después de la gran lucha sostenida con sus adversarios negros (si bien ellos también eran negros, aunque con distinta estructura física), se lanzaron a la conquista del nuevo continente que, cual tierra prometida, virgen, había emergido de las aguas para ellos.
8. Los primitivos hombres, en inmensas caravanas, guiados por sus Divinos Instructores, abandonaron las viejas costas para buscar tierras nuevas y emigraron hacia el centro de Asia y Europa.
9. Encontraron una tierra fértil, maravillosa pero terriblemente dura de conquistar. El clima ponzoñoso y ecuatorial a que estaban acostumbrados, era suplantado allí por uno áspero y frío.
10. La pereza cedía a la necesidad y, después de una mortandad espantosa los habitantes del nuevo continente aprendieron a luchar poco a poco con la naturaleza para buscarse el alimento y procurarse reparo.
11. La naturaleza era dura de vencer pero, al ser subyugada daba maravillosos resultados y revelaba sus secretos. Por eso los hombres primitivos la divinizaron, a ella y a sus fuerzas manifiestas.
12. Estos hombres ya no eran los Arios Semitas; ellos se habían transformado en una raza característica: Arios Puros.
13. Su tez se volvió blanca como la nieve que sobre ellos caía; sus ojos tomaron un tinte azulado y grisáceo como la neblina que constantemente los envolvía; y sus cabellos se colorearon de rojo y rubio.
14. La religión nueva que surge, basada en el culto de la naturaleza, es puramente humana y fálica y es el fundamento del politeísmo.
15. Más vino un día en que los Arios volvieron a la tierra de donde vinieron, encontraron a sus negros predecesores, los Arios Semitas, los cuales, con un rudimentario monoteísmo, conservaban la Religión Divina de los Atlantes, y los vencieron.
16. De estas dos corrientes, de una Religión Divina olvidada y de otra, natural y humana naciente, se formó el armazón de todas las religiones venideras.
17. Las religiones Arias, entonces, nacen del recuerdo de un estado divino perdido y del conocimiento de una fuerza natural puesta al alcance del hombre.
18. Las palabras de los primeros Divinos Instructores se funden, se cristalizan, con la experiencia material de los pueblos; el recuerdo de lo divino es materializado con una imagen, con el culto a los antepasados, y de este manantial en donde Dios y el Hombre se encuentran, en donde el círculo y la cruz se abrazan, brota el agua cristalina que inundará el mundo y los tiempos, que tendrá diversos nombres, que volverá a juntarse una día en el océano del hombre hecho Dios.

19. En todas las religiones Arias, predomine en ellas el monoteísmo o el politeísmo, siempre se encuentran estas mismas bases fundamentales; el culto al empezar es sencillo y claro como el amanecer; como en todo amanecer, la quietud humana se vuelca en la serenidad divina con cantos e himnos; estos son transmitidos de padres a hijos, de un pueblo a otro y, con el andar del tiempo, se transforman en textos sagrados e idiomas fundamentales.

20. La tradición transforma las sencillas elevaciones del alma en ceremonias y cultos, y los cultos reclaman las vestiduras, los signos y los misterios.

21. Todas las religiones Arias siguen las mismas rutas y el mismo sendero; son espirituales y puras al empezar; se hacen fuertes y potentes al seguir su marcha para llegar a su apogeo, cuando la mente y el espíritu de la religión se juntan, se unifican. Despues decrecen, se hacen intelectuales y sabias, dogmáticas y rígidas, frías y obscuras; y terminan en una organización sectarista, conservadora de las propias divinidades.

22. Tiene que ser así, irremediablemente; una mezcla de espíritu y materia no puede ser más que una lucha entre el espíritu y la materia. Cuando el espíritu domina, el materialismo es vencido; pero cuando la fuerza material se sobrepone al espíritu, éste se oculta tras espesos velos.

23. Tras las formas dogmáticas y prácticas de todas las religiones, está un principio Real y Divino.

24. Aquel que sabe encontrar ese principio Único, conoce a todas las religiones, participa de todas ellas y ha encontrado el secreto, el manantial uno y primero de las mismas.

Del libro "Religiones comparadas"

¿FUE THERA LA ATLÁNTIDA?

ORIGEN DE LA LEYENDA

El origen de la leyenda de la Atlántida se encuentra en la referencia que hace Platón en su obra Diálogos, y más concretamente en Timeo y Critias:

"....Si mi memoria me sirve bien y si puedo trazaros fielmente las antiguas narraciones de los sacerdotes egipcios que Solón trajo a estos lugares, estimaré que mi público encontrará que he sabido cumplir bien con mi deber.

Es preciso, pues, que ponga manos a la obra sin esperar más." Recordemos ante todo que han transcurrido más de nueve mil años desde la guerra, que se cuenta, se suscitó entre los pueblos que habitan a este lado de las columnas de Hércules y los de la otra parte. Es preciso que os exponga

esta guerra desde su principio hasta el fin. De una parte estaba esta ciudad que tenía el mando y sostuvo victoriósamente la guerra hasta su terminación.

Del otro lado estaban los reyes de la isla Atlántida; hemos dicho ya que esta isla era antes mayor que la Libia y el Asia, pero que sumergida hoy día por los temblores de la tierra en el fondo del mar, no es más que un légamo impenetrable que constituye un obstáculo a los navegantes y no permite atravesar aquella parte de los mares.

...Desde el principio se dijo que el suelo estaba muy elevado sobre el nivel del mar y los bordes de la isla cortados a pico;

....Los dioses se sortearon las diferentes comarcas de la tierra. A Neptuno le cupo en suerte la isla Atlántida, en una parte de la cual estableció a los hijos que había tenido con una mortal, Cleito, y de la que se enamoró Neptuno y se casó con ella. Neptuno fortificó la colina en que ella vivía, aislándola de todo lo que la rodeaba por medio de dos anillos de agua y tres de tierra, fosos inundados y muros, alternativamente, convirtiendo en un círculo en centro de la isla, de manera que todas las partes de la cintura aisladora se encontrasen a igual distancia del centro.

De Cleito tuvo cinco pares de hijos varones, a los que educó; dividió toda la isla Atlántida en diez partes, dando al mayor del primer par de hijos la morada de su madre con todos los campos que la rodeaban, los más vastos y ricos del país, y lo instituyó rey de todos sus hermanos, a los que igualmente hizo jefes, dando a cada uno para que los gobernara un gran número de hombres y una gran extensión de territorio. El mayor, el rey, de quien la isla y aquel mar tomaron el nombre de Atlántida, porque fue el primero que reinó, fue llamado Atlas.

....Gracias a su poderío fueron importados muchísimos productos del exterior; pero la isla producía la mayor parte de los que son necesarios para la vida, empezando por los metales sólidos o fundibles y hasta aquel del que solo conservamos el nombre, pero que es una realidad y que se extraía de mil sitios de la isla, el cobre aurífero, el metal más preciado entonces después del oro.

...La isla producía en abundancia todos los materiales que necesitan las artes, y alimentaba una gran cantidad de animales, en estado salvaje y en domesticidad.

...La isla además de todo esto producía todos los perfumes que embalsaman el ambiente en todas partes, procedentes de raíces, hierbas, plantas y jugos destilados por las flores y las frutas; también producía de estas últimas todas las que aprovechamos para nuestra alimentación.

...Durante muchas generaciones, mientras conservaron alguna cosa de la naturaleza del dios de donde habían procedido, obedecieron los habitantes de la Atlántida las leyes que habían recibido y honraron el principio divino que constituía su parentesco. Pensaban conforme a la verdad y muy generosamente, mostrándose llenos de moderación y sabiduría en todas las

circunstancias lo mismo que en sus recíprocas relaciones. Por eso miraban con desprecio todo lo que no era virtud, daban poca importancia a los bienes presentes y llevaban como una pesada carga natural el oro, las riquezas y las ventajas de la fortuna.

...Todo el tiempo que los habitantes de la Atlántida razonaron así y conservaron la naturaleza divina de la que habían participado, todo les salió a medida de sus deseos, como ya hemos dicho. Pero cuando la esencia divina se fue debilitando en ellos por su continua mezcla con la naturaleza mortal, cuando la humanidad se les impuso, entonces, impotentes para sobrellevar la prosperidad presente, degeneraron. Los que supieron ver comprendieron que se habían vuelto malos y que habían perdido el más preciado de los bienes; y aquellos que eran incapaces de ver lo que hace la vida feliz, juzgaron que habían llegado a la cumbre de la virtud y de la dicha en el tiempo que habían estado poseídos de la loca pasión de acrecentar sus riquezas y su poderío.

Entonces fue cuando viendo Zeus, el dios de los dioses que gobierna según las leyes de la justicia y cuyas miradas disciernen en todo el bien y el mal, la depravación de un pueblo antes tan generoso y deseando castigarlo para que volviera a la virtud y a la sabiduría, reunió a todos los dioses en la parte más brillante de las celestiales moradas en el centro del universo, desde donde se contempla todo lo que participa de la generación, y al verlos juntos les dijo....

Hasta aquí el fragmento conservado de Critias.

...Nuestros libros nos refieren como destruyó Atenas una formidable escuadra, que procedente del Océano Atlántico invadió insolentemente los mares de Europa y Asia conquistando territorios. Porque entonces se podía atravesar aquel Océano; en efecto, frente al estrecho que vosotros en vuestro lenguaje domináis las columnas de Hércules existía una isla. Esta isla era mayor que la Libia y el Asia reunidas; los navegantes pasaban de esta isla a otras y de estas al continente que tiene sus orillas en aquel mar verdaderamente digno de su nombre.

...Mas en los tiempos sucesivos, ocurrieron intensos terremotos e inundaciones, y en un solo día, en una noche fatal, todos los s guerreros que había en vuestro país fueron tragados por la tierra que se abrió, y la isla Atlántida desapareció entre las olas éste es el motivo de que todavía hoy día no pueda recorrerse, sin explorarse este mar, porque la navegación encuentra un obstáculo invencible en la cantidad de limo que la isla depositó al sumergirse.

Este es, en pocas palabras, el relato del anciano Critias, que lo había oído de Solón.

TEORIAS ACERCA DEL EMPLAZAMIENTO DE LA ATLÁNTIDA

Existe un sinfín de explicaciones acerca de la Atlántida: sobre su situación, sus habitantes y su final, ninguna lo suficientemente concluyente como para eliminar a las demás.

Sobre su situación: se la ha ubicado en las Antillas, América Central, América del Sur, Escandinavia, Irlanda, el Sahara, en el área de las Islas Canarias y/o en las Azores, suponiendo que dichas islas fueran las cimas más altas de la desaparecida Atlántida; frente al estrecho de Gibraltar y cuya teoría asimila a Tartessos a la Atlántida, en el triángulo de las Bermudas, bajo el mar Caspio y bajo el mar Egeo.

SITUACIÓN GEOGRÁFICA

AMÉRICA DEL SUR: los pueblos precolombinos desarrollaron una cultura que en opinión de los seguidores de este emplazamiento sería la continuación de la civilización atlante. El vocabulario azteca tiene muchas referencias a la palabra isla-continente y hacen notar la curiosa coincidencia tanto fonética como gráfica del vocablo Atl (agua) dándose tanto en Marruecos como en México, a ambos lados del Atlántico, la utilizan con el mismo significado. Las pistas de Nazca, las construcciones ciclópeas de Cuzco, las ruinas de Tihuanaco, la pirámide de la Akapana son muestras, a su entender, irrefutables de la existencia de una cultura superior que habitó en esos lugares hace unos 10.000 años y que no es otra que la cultura atlante.

EL SAHARA: La existencia de valle fósiles, indicios zoológicos, señales de utensilio pesado que revelan actividades agrícolas, dibujos de representación de pueblos cazadores y de pastores y pinturas rupestres revelan vida humana en el neolítico sahariano, pero sin solución de continuidad. Los atlantes moraron en el Sahara y cuando su cultura declinó, la desertización de la tierra hizo que nunca más fuera habitada.

LAS ISLAS CANARIAS: Esta hipótesis parte de la convicción de que las islas de Cabo Verde, Madeira, Azores y Canarias debieron de estar unidas en una sola masa continental o formando una especie de archipiélago bastante extenso. Los guanches podrían haber sido los únicos supervivientes del hundimiento de la Atlántida ya que guanche en su idioma original significa "hombre solitario" o bien "último hombre", lo cual podría interpretarse como superviviente y la alusión a un desastre es bastante clara. Existe también una curiosa coincidencia, los guanches utilizaban la savia del drago para momificar los cadáveres con una técnica idéntica a los egipcios, ambas culturas debieron ejercer una influencia mutua.

TARTESSOS: El hundimiento de una parte de la costa andaluza y la existencia de una cultura muy antigua en el sur de España avalan esta teoría junto al descubrimiento de unas piedras de factura humana situadas en la plataforma submarina y situada a unos setenta metros de profundidad a medio camino entre Lisboa y Madeira. La civilización tartésica y sus avanzados conocimientos es el legado de la cultura atlante.

EN MEDIO DEL OCÉANO ATLÁNTICO: Esta teoría sitúa la Atlántida al oeste de Portugal, alargándose por la Costa de Oro de África llegando hasta la Tierra de Fuego.

Esta porción de tierra se llamó ATI-LAND-NHI que significa en el idioma de los atlantes "Virgen Tierra del Mar". Con una extensión de 52.207.700 kilómetros cuadrados de superficie, supone un territorio mayor que Europa y América unidas. En el libro *La Atlántida, su existencia y desaparición* de Hermes Trimegisto, tenemos una descripción minuciosa de este continente, de sus pobladores, geología, fauna y flora...así como de su política, usos y costumbres y causas de su desaparición.

Otra suposición sitúa el continente sumergido también en mitad de océano Atlántico, pero con una distribución que abarcaría desde el este de Islandia hasta la península del Labrador, prolongándose por el sur hasta Brasil y la costa de Guinea.

Esta hipótesis considera al hombre actual la quinta raza, siendo la raza atlante la cuarta que habitó la Tierra hace un millón de años teniendo como subrazas a: 1^a Rmoahal, 2^a, Tlavatli, 3^a Tolteca, 4^a Turania primitiva, 5^a Semita originaria, 6^a Akadia y 7^a Mongolia. Basa sus datos en las evidencias siguientes:

El fondo del océano Atlántico está trazado en mapas similares a los de la tierra emergida, con montañas y valles y abundantes restos volcánicos.

La fauna y flora de los continentes que separa el Atlántico tiene algunas similitudes difíciles de explicar, por ejemplo el ganado vacuno de Europa procede de tipos salvajes de la familia del búfalo de América o la existencia de algunas especies de flora en África se hallan en gran proporción en la costa oriental americana siendo inexistentes en la costa del Pacífico.

Los tipos étnicos. Los antiguos egipcios se representaban como hombres rojos, con el mismo aspecto que hoy presentan algunas tribus de indios americanos.

Similitud en los rituales. Las tribus de México, de América Central y del Perú, tenían una ceremonia en la que se consumían unas pastas de harina muy similar a las tortas sagradas de Egipto y otras naciones orientales.

El arca o argha es un símbolo sagrado universal ya que se da tanto en la India, Caldea, Asiria y Egipto como en los pueblos celtas o en los indios mexicanos. Todas estas similitudes y "coincidencias" no son casuales, corresponden a un mismo tronco común y a un mismo continente: la Atlántida

EN EL MAR EGEO: Gibraltar estaba unido a África por un istmo ya que a consecuencia de la última glaciación las aguas descendieron y quedó en la superficie un puente natural entre los dos continentes. En un determinado momento, hace unos 20.000 años, comienza a decrecer la intensidad glacial y como resultado del retroceso de los hielos se eleva el nivel del Atlántico rebasando el istmo de Gibraltar. Una vez rota la barrera entre el Atlántico y el Mediterráneo las aguas de éste comenzaron a subir hasta cubrir el continente

de la Atlántida situado en el mar Egeo, como restos del continente sumergido nos quedan las islas Cícladas que eran cimas montañosas de la Atlántida.

CAUSAS DE LA DESAPARICION DE LA ATLÁNTIDA

Las hipótesis sobre la desaparición del continente de la Atlántida son, al igual que en el caso de su situación geográfica, múltiples y heterogéneas. A continuación expondremos algunas de las más frecuentes.

HUNDIMIENTO POR EXPLOSIONES VOLCÁNICAS

El hundimiento no se operó de una manera súbita, éste acontecimiento se consumó en aproximadamente medio siglo. Las continuas explosiones volcánicas –el continente estaba minado de volcanes- produjeron grandes y profundos agrietamientos para finalmente hundirse a causa de una conmoción sísmica.

POR CAUSAS ESTRATIGRÁFICAS

Fenómenos endógenos causaron movimientos en las capas profundas del continente y esto sumado con enormes maremotos arrasaron las costas que poco a poco fueron retrocediendo quedando unas pocas islas como testigos territoriales, esto ocurrió en un periodo de miles de años.

POR UNA EXPLOSIÓN NUCLEAR

Esta teoría, parte de la base de que los atlantes, con una civilización muy avanzada tecnológicamente, habrían sido capaces de alcanzar el secreto del átomo, siendo esto, el origen de su destrucción. Se apoyan en los textos del Mahabharata (libro escrito hace mas de 3.000 años) en los que se describen cuestiones como la ley de la gravedad, la naturaleza cinética de la energía, la relatividad del tiempo, etcétera. El texto dice: "Un solo proyectil, cargado con toda la potencia del Universo. Una columna incandescente de humo y llamas, tan brillante como diez mil soles, se alzó en todo su esplendor...era un arma desconocida, un rayo de hierro, un gigantesco mensajero de la muerte que redujo a cenizas a las razas de Vrishnis y Andakas...Los cadáveres estaban tan quemados que resultaban irreconocibles. Al cabo de pocas horas, todos los comestibles estaban infectados...Para escapar a este fuego, los soldados se lanzaron a los arroyos y trataron de lavar sus cuerpos y todo su equipo."

Se puede pensar que esta narración, de características similares a una catástrofe nuclear, de la destrucción de un pueblo es recuerdo del cataclismo ocurrido en la Atlántida.

EL DILUVIO UNIVERSAL

Casi todos los pueblos y razas del mundo han conservado a lo largo de los siglos la narración de un diluvio que asoló la tierra y que destruyó la flora y fauna salvándose una pareja de cada especie.

Las fechas geológicas entre el derretimiento de los hielos polares de la última glaciación y lo que nos cuenta Platón de la desaparición de la Atlántida son bastante, coincidentes. Grandes porciones de tierra, islas, llanuras, se sumergieron en el fondo de los océanos. La Atlántida desapareció a causa del Diluvio.

DIOSES GIGANTES EXTRATERRESTRES

El hombre desde sus orígenes ha necesitado creer en la existencia de seres superiores, capaces de ayudarle en sus angustias y en los sufrimientos propios de su naturaleza. Así en tablillas babilónicas podemos leer "vino luego el diluvio, y, después del diluvio, la realeza descendió de nuevo de los cielos".

Esta teoría tiene dos vertientes, por una parte los dioses que trajeron la civilización y el progreso a la tierra desaparecieron por causa de la caída de la "última de las lunas" y con su desaparición también se perdió la civilización atlante. La otra posibilidad es que estos seres del exterior castigaran a los hombres por sus vicios provocando fuertes seísmos que destruyeron la Atlántida.

LA ISLA DE THERA

La isla de Thera (hoy llamada Santorini), es una pequeña isla de origen volcánico situada en las Cícladas del sur. Originariamente su forma era redonda, pero tras la terrible explosión de su volcán, en plena edad del bronce, quedó fraccionada en una isla de forma de media luna, Thera, otra mucho más pequeña Therasia y el minúsculo archipiélago de Aspronisi. El conjunto marca el perímetro de la antigua isla.

La isla de Thera antes y después de la explosión

El arco volcánico del Egeo va desde la isla de Egina a las Cícladas meridionales y hasta Nísiros. Por las investigaciones realizadas en los últimos treinta años se sabe que la cuenca del Egeo está dominada por el enfrentamiento entre la placa eurásica al norte y la africana al sur. Del enfrentamiento directo de las dos placas surgen tanto las zonas montañosas de la Grecia continental como el producto de la acción volcánica que son la mayoría de sus islas.

Cuando se produce la explosión, la isla de Thera llevaba habitada al menos un milenio como lo demuestran los cementerios del bronce antiguo y medio. A principios del bronce reciente, la isla está densamente poblada tanto al norte, en la región de la, como en la zona sur y en lo que hoy constituye Therasia. La zona más rica es la de alrededor de Akrotiri, una cuenca muy próspera.

La explosión del volcán vino precedida de pequeñas deflagraciones que hicieron que su población la abandonase antes del estallido final y eso se ha comprobado ante la ausencia de cuerpos y la inexistencia de joyas y objetos de valor, claramente el abandono no fue precipitado ni en el último momento.

El volcán proyectó a gran altura toba y ceniza. La toba cae y cubre la isla de un manto que preserva los restos materiales de la ciudad de Akrotiri como si de un molde se tratara. Las cenizas forman por su parte, una enorme nube que se extiende sobre las Cícladas y la nube es arrastrada por el viento en dirección este y sureste. La densidad de esta nube debió de ser muy alta ya que sabemos que en Egipto se perdieron tres cosechas, pues los rayos del sol no conseguían atravesarla.

La fecha del cataclismo es causa de grandes debates. Basándose en la cronología cretense se fija en el 1500 a. C., pero dataciones del C14 la sitúan en años anteriores entre 1620 y 1520 a.C. La dendrología nos propone la fecha 1628-1626 a. C. Y las cenizas atrapadas en el hielo de Groenlandia hacia el 1645 a. C. En cualquier caso la fecha es muy anterior a Platón y a Solón, origen del mito de la Atlántida.

Los efectos de la erupción sobre el mundo egeo debieron ser considerables. La explosión del volcán de Krakatoa, ocurrida en 1883, en el estrecho de Sonda, entre Java y Sumatra provocó unas olas de 30 metros de altura y las cenizas llegaron hasta los 150 kilómetros. El volcán de Thera debió provocar una explosión más grande ya que el cráter es cuatro veces superior al de la isla de Krakatoa.

Excavaciones de Akrotiri

LA ATLÁNTIDA Y THERA

Según el relato de Platón la Atlántida era una isla situada en el océano, situada más allá de las columnas de Hércules. Esta denominación "Columnas de Hércules" es una denominación tardía, por ese nombre se conocían los antiguos y pequeños promontorios rocosos situados entre el Peloponeso y la Isla de Creta, por lo tanto Platón querría haber dicho: "en pleno mar Egeo" ya que Hércules (el héroe griego Herakles) es muy posterior a la fecha que cita Platón del hundimiento de la Atlántida. Por tanto estaríamos situando la Atlántida dentro del mar Egeo. Platón también nos habla de la dimensión del continente que sería "mayor que Libia y Asia juntas". Aquí tenemos que aclarar que para los egipcios Libia era todo el territorio desértico que se extendía al oeste del Nilo y que Asia, se consideraba a la parte occidental de la península anatólica cuyas costas baña el Egeo. Los griegos de la época de Platón no conocían Asia tal y como es en realidad, era aún un territorio y una cultura por explorar. Muy posteriormente y en época de Alejandro Magno, llegaron hasta el río Ganges.

Siguiendo el relato de Platón, la Atlántida estaba formada por una isla central, en la cual residía el rey y dos muros de tierra circulares que alternaban con tres cinturones de agua. Si miramos desde el acantilado de Akrotiri hacia Therasia, en el centro quedan los islotes de Aspronisi, lo que da una sensación de círculos alternativos de tierra y agua.

Poseían tierras fértiles y disfrutaban de paz y prosperidad y esto ha sido totalmente comprobado por las excavaciones arqueológicas que se siguen efectuando en Thera.

LA ATLÁNTIDA: UN SUEÑO

El mito de la Atlántida es una hermosa historia que contiene una parte, no sabemos cuanta, de realidad, quizá es una transposición poética de acontecimientos reales. Para los discípulos de Platón, exceptuando a Aristóteles, se trataba de un relato que reflejaba una verdad histórica, al igual que para los filósofos del Renacimiento. El gran arqueólogo de Akrotiri, Spyros Marinatos, considera que los egipcios habían oído hablar del hundimiento de Thera y sus sacerdotes pudieron más adelante transmitir algún recuerdo de ello a Solón. La ausencia de relatos de otros autores sobre el continente perdido, tanto en la cultura griega como en la egipcia o la mesopotámica es lo que ha llevado a dudar de la verosimilitud de Platón y han relegado a calidad de alegoría o relato pedagógico con fines moralistas esta obra.

Cuando en el mundo arqueológico apareció un visionario como Schliemann, muchos expertos y eruditos sonrieron ante la quimera de Troya ó Micenas, pero el comerciante alemán les demostró que a veces las fábulas, las fantasías existen en la realidad, pero es necesario creer en ellas y buscarlas. Puede ser que todavía no ha llegado el momento en el que alguien que crea profundamente en la Atlántida se disponga a buscarla y la encuentre, entonces Platón dejará de ser un narrador de fantasías para convertirse en un historiador único.

HALLADOS JARRONES ATLANTES REALES:

Los atlantes y las vírgenes negras

Para la mayoría de los investigadores de la realidad de la Atlántida, Canarias es la única porción de tierra que se salvó del terrible cataclismo. Muchos son los indicios que así parecen demostrarlo; entre los más recientes se hallan las estructuras piramidales de El Paso, Icoci y Güímar, muy similares a las de México, que se cree pueden ser huecas y estar surcadas por pasadizos. Y resulta además significativo que la piedra empleada para su construcción sea lava volcánica, de la que sólo los iniciados conocen sus poderes secretos.

Es en Güímar donde de manera muy especial las pirámides adquieren todo su relieve. Este enclave mágico está repleto de misterio y de secretas revelaciones, tras las que llegaron sin duda los templarios y muchos seguidores del rastro de la Atlántida. Un secreto cuyas claves pueden estar en la enigmática virgen negra de la Candelaria y en sus cuevas, en una de las cuales

- en 1910 - unos obreros que estaban abriendo una galería de agua encontraron unas escaleras por las que ascendieron unos hombres vestidos

con túnicas blancas. Los operarios, atemorizados, denunciaron el suceso a las autoridades.

Schllemann en Troya: pruebas de la Atlántida

Uno de los testimonios más importantes acerca de la existencia de la Atlántida se debe a Heinrich Schliemann, el célebre arqueólogo descubridor de Troya.

Por cierto, precisamente hasta ese momento, esa ciudad estaba considerada simplemente como un mito: en su existencia real no creía nadie.

Un nieto de Heinrich, Paul Schliemann, publicó un artículo que causó escándalo en los medios científicos e intelectuales de la época; y no era para menos. Su mismo título - "Cómo encontré la perdida Atlántida, fuente de toda civilización" - era ya suficiente para alborotar a los arqueólogos. Contaba el autor del mismo que días antes de morir su abuelo en Nápoles, en 1890, dejó un sobre lacrado con la siguiente inscripción: "Este sobre sólo podrá ser abierto por un miembro de mi familia que jure dedicar su vida a las investigaciones que están bosquejadas y contenidas en él. Y en una nota confidencial añadida al sobre lacrado agregaba: "Rómpase el recipiente con cabeza de lechuza.

Examíñese el contenido. Concierne a la Atlántida.

Háganse investigaciones en el este de las ruinas del templo de Sais y el cementerio del valle Chacuna"

El doctor Paul Schliemann efectuó en 1906 el juramento requerido y rompió los sellos, encontrando en el interior del sobre varias fotografías y documentos. En uno de ellos leyó: "He llegado a la conclusión de que la Atlántida no era mera mente un gran territorio entre América y las costas occidentales de África y Europa, sino también la cuna de nuestra civilización. En las compilaciones adjuntas se encontrarán las notas y explicaciones, las pruebas que de este asunto existen en mi mente"

Un mensaje en el jarrón con cabeza de lechuza

"Cuando en 1873 hice las excavaciones en Troya - relató Heinrich Schliemann en uno de sus escritos - y descubrí en la segunda ciudad el famoso "tesoro de Príamo", encontré en él un hermoso jarrón con cabeza de lechuza y de gran tamaño. Dentro se hallaban algunas piezas de alfarería, imágenes pequeñas de metal y objetos de hueso fosilizado. Algunos de estos objetos y el jarrón de bronce tenían grabada una frase en caracteres jeroglíficos fenicios, que decía:

"Del rey Cronos de La Atlántida

"El que esto lea - prosigue el escrito de Schliemann - podrá imaginar mi emoción. Era la primera evidencia material (le que existía el gran continente cuyas leyendas han perdurado por todo el mundo. Guardé en secreto este objeto, ansioso de hacerlo la base de investigaciones que creía serían de mayor importancia que el descubrimiento de cien Troyas. Pero debía terminar primero el trabajo que había emprendido, pues tenía la confianza de hallar

otros objetos que procedieran directamente del perdido continente. Fui recompensado por mi fe, como puede verse en el documento marcado con la letra B.

En 1883, encontré en el Louvre una colección de objetos desenterrados en Tiahuanaco; y entre ellos descubrí piezas de alfarería exactamente de la misma forma y material, y objetos de hueso fosilizado idénticos a los que yo había encontrado en el jarrón de bronce del Tesoro de Príamo.

"Está fuera del rango de las coincidencias

- continuamos el escrito de Schliemann - que dos artistas hicieran dos jarrones, y sólo menciono uno de los objetos exactamente iguales, del mismo tamaño y con las curiosas cabezas de lechuza colocadas en idéntica forma.

Los jarrones atlantes de Schliemann

"Conseguí algunos de estos objetos de Tiahuanaco y los sometí a análisis químicos microscópicos. Estos demostraron, concluyentemente, que los jarrones americanos, al igual que los troyanos, habían sido hechos con la misma arcilla peculiar; y supe más tarde que esta arcilla no existe ni en la antigua Fenicia ni en América. Analicé los objetos de metal, y éste no se parecía a ninguno de los que había visto. El análisis químico demostró que estaba hecho de platino, aluminio y cobre: una combinación que nunca se había encontrado en los restos de las antiguas ciudades. Los objetos no son fenicios, micénicos ni americanos. La conclusión es que llegaron a ambos lugares desde un centro común. La inscripción grabada en mis diálogos indicaba ese centro: ¡La Atlántida!"

"Una inscripción que desenterré cerca de la Puerta de los Leones, en Micenas, dice que Misor, de quien descendían los egipcios, era el hijo de Thot, y que Taavi era el hijo emigrado de un sacerdote de la Atlántida, quien habiéndose enamorado de la hija de Cronos, escapó y desembarcó en Egipto tras muchas aventuras, construyó el primer templo de Sais y enseñó la sabiduría de su tierra. Toda esta inscripción es muy importante y la he mantenido en secreto".

Al romper el doctor Paul Schliemann uno de los enigmáticos jarrones, encontró en su interior otra de las monedas de esa extraña aleación, en la cual estaban grabadas, en fenicio antiguo, las siguientes palabras: EMITIDO EN EL TEMPLO DE LAS PAREDES TRANSPARENTES".

La Atlántida y otros continentes sumergidos

Siguiendo las indicaciones de mi abuelo - resume Paul Schliemann sus investigaciones -, he trabajado durante seis años en Egipto, África y América, donde he comprobado la existencia de la Atlántida. He descubierto este gran continente y el hecho de que de él surgieron, sin duda, todas las civilizaciones de los tiempos prehistóricos".

Tal vez haya que tachar de pretencioso a Paul Schliemann. En cualquier caso, en este punto del relato las noticias sobre sus descubrimientos se pierden; y

con ellas, una vez más, las esperanzas de encontrar, por fin, la añorada Atlántida.

El Estado español buscó la Atlántida

Existe un curioso e interesantísimo documento, un libro titulado "Acción de España en África", avalado por el prestigio y seriedad del Estado Mayor, que reconoce extensas aportaciones geológicas acerca del continente perdido. Perteneció al Teniente General y Jefe del Estado Mayor, Sánchez de Ocaña.

Se trata de uno de los cuatro únicos ejemplares de que constó la edición, lo cual hace suponer que su contenido fue considerado prácticamente secreto, todos destinados exclusivamente a altos mandos del Ejército español. En sus páginas, basándose en concomitancias de la fauna, la flora y la geología entre España y Marruecos, se admite la existencia de la Atlántida. La hija de

Sánchez Ocaña nos ha permitido extraer de él algunos datos, muy reveladores, hasta ahora inéditos. El volumen, encuadrado con primor en piel de Rusia, fue impreso en 1935 en los talleres del Ministerio de la Guerra, y su realización corrió a cargo de la Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos.

Especialmente interesante es el capítulo primero, que trata de la Península y el norte de África en la Era Terciaria y de las comunicaciones entre el Mediterráneo y el Atlántico.

La deducción de los autores es que España formaba parte de un continente terciario unido a África por el istmo que hoy ocupa el estrecho de Gibraltar, encerrando una vasta cuenca, la del actual Mediterráneo, que, prolongándose hacia el noroeste, según muchos geólogos por territorios ahora sumergidos, llegaba a unirse con América del Norte. Avalan esta sorprendente conclusión las huellas que sobre la superficie de España y Marruecos dejaron dos importantes estrechos: el norbético, abierto en los tiempos eocenos por el actual valle del Guadalquivir, que establecía una comunicación entre ambos mares más amplia que la posterior de Gibraltar, y el sur Rifeño, por las cuencas de Sebú y sus afluentes, el Varga, el mayen y el Muluya inferior.

En el capítulo titulado "Hundimiento del istmo entre Europa y África: La cuestión de la Atlántida" se informa más ampliamente sobre el continente perdido, explicando que, unidas todavía las cadenas montañosas Bética y Rifeña, al fin del Plioceno de la Era Terciaria - según los geólogos, violentas conmociones sísmicas provocaron el hundimiento del istmo montañoso que las unía, separando los continentes y dejando abierta una nueva comunicación entre los dos mares. "Supónese - leemos en el libro - por muchos geólogos que a consecuencia del mismo cataclismo desapareció también una gran isla o continente conocido con el nombre de la Atlántida"

En el mismo capítulo se incluyen referencias más o menos veladas a la Atlántida, debidas a diversos autores antiguos, y se cita como "de cierto interés" al escritor griego Marulio, quien, hablando de las Siete Islas (Canarias),

afirma que sus habitantes conservan el recuerdo de otra mayor, la Atlántida, cuyo dominio se había extendido mucho por las tierras del océano Atlántico. Y citan también a Theopompo, contemporáneo de Platón, quien refiere que diez millones de hombres, habitantes de un inmenso continente situado más allá del Atlántico, vinieron a Europa y se extendieron por las comarcas que ocupan las razas célticas. Por último, se informa también en el mismo capítulo de "Acción de España en África" que, al parecer, ciertas leyendas haitianas y mexicanas recuerdan un cataclismo similar al hundimiento de la Atlántida.

Entre el Viejo y el Nuevo Mundo

Se menciona también en el informe redactado por el Estado Mayor del Ejército español que algunos datos de los incluidos en él no concuerdan con los que proporcionó Platón.

Y, centrando la atención de manera concreta en el Nuevo Mundo, se recoge el hecho de que doce caribes refirieron a los españoles, en los tiempos de la

Ocupación, que todas las Antillas habían formado en épocas remotas otro continente, pero que fueron súbitamente separadas por la acción de las aguas. El recuerdo de este cataclismo perduró entre los aborígenes de América Central y el Norte hasta Canadá.

Siguiendo con las relaciones establecidas entre las tierras a ambos lados del Atlántico, el informe relata cómo, en 1898, durante la exploración de la meseta de las Azores, intentando recoger un cable roto con unas grapas, éstas se enganchaban en rocas de puntas muy duras y se rompían o torcían. Entre las grapas se hallaban pequeñas esquirlas minerales que presentaban el aspecto de haberse roto) recientemente. Todas, según Termier, pertenecían al mismo tipo de roca, una lava vidriosa llamada "traquitas", de composición similar a los basaltos, pero cuyo estado vidrioso sólo puede producirse al aire libre. El mismo Termier deduce que, a unos 900 kilómetros de las Azores, la tierra que constituye el fondo del Atlántico fue convertida en lava cuando se encontraba todavía sumergida, derrumbándose hasta los 3.000 metros, donde hoy se encuentra.

Las rudas asperezas y aristas vivas de las rocas demuestran que el hundimiento fue muy rápido,

En caso Contrario, la erosión atmosférica y la corriente marina habrían nivelado las desigualdades de la superficie.

No es posible, por su extensión, insistir en los interesantísimos ciatos geológicos que recoge el valioso informe; pero resulta obligado reproducir textualmente la opinión del ilustre profesor Fernández Pacheco: "La presencia de conglomerados y depósitos cuaternarios que en las costas de Cádiz estudió Macpherson, y otros descubrimientos posteriores, hacen pensar en la posibilidad de en épocas recientes, ya humanas, puedan haberse realizado intensos fenómenos tectónicos en el litoral, con sumersión de antiguas tierras

emergidas. La vieja leyenda de la Atlántida se vuelve a presentar ante el espíritu con todo el obsesionante y misterioso enigma que la rodea.'

BERLITZ HABLA DE ATLÁNTIDA:

A continuación citamos una síntesis de la magistral obra de CHARLES BERLITZ, EL MISTERIO DE LA ATLÁNTIDA, con el ORIGEN, LEYENDA, TEORÍAS Y EL HALLAZGO DE LA ATLÁNTIDA...

* *La Atlántida: ¿leyenda o realidad?*

La Atlántida constituye la novela de misterio más grande del mundo. Su nombre mismo evoca un enigmático sentimiento de familiaridad y memorias perdidas, lo que es natural, puesto que nuestros antecesores han hecho conjeturas acerca de ella durante miles de años.

Si buscamos la palabra Atlántida en una enciclopedia, podemos leer que se trata de un continente perdido y "mítico" y, entre otras referencias, veremos que fue descrita por Platón en el siglo IV a.C., en dos de sus Diálogos, Tlmeo y Critias, en los que hace referencia a una visita de Solón a Egipto. Entonces se enteró de que los sacerdotes de Sais guardaban documentos escritos acerca de "una isla-continente situada más allá de las Columnas de Hércules (nombre que se daba en la Antigüedad a Gibraltar) llamada Atlántida y que era el corazón de un grande y maravilloso imperio" y que tenía una población muy numerosa, ciudades de techos dorados, poderosas flotas y ejércitos de conquista e invasión.

En su descripción de la Atlántida, Platón señala que "la isla era mayor que Libia y Asia juntas (al parecer con el nombre de Libia se designaba la parte de África entonces conocida) y podía pasarse a través de ella al continente opuesto, que bordeaba el verdadero océano..."

El filósofo griego describe la isla como un paraíso terrestre, mezcla de imponentes montañas, fértiles llanuras, ríos navegables, ricos depósitos de minerales y una numerosa y floreciente población. Este poderoso imperio "desapareció bajo el mar en un solo día, con su noche".

Según los cálculos de Platón, el hundimiento se produjo unos 9.000 años antes de su época; es decir, hace unos 11.500 años. Su alusión a este continente perdido -al que nos referiremos con más detalle en el capítulo 3 - fue, alternativamente, creída y puesta en duda a lo largo de los siglos. Parte de lo que Platón afirmaba tuvo su confirmación con el descubrimiento del "continente opuesto" en 1492. Conforme aumentan los conocimientos sobre la profundidad del océano se sitúan cada vez más lejos en el tiempo los límites de la prehistoria de la Humanidad, y es posible que otros puntos del relato de Platón sean reconocidos como igualmente ciertos.

Verdaderos o no, y cualesquiera que sean las connotaciones psicológicas, hay un gran flujo de la memoria de la raza que apunta hacia algún lugar del Atlántico, señalándolo como la cuna tribal o racial de un paraíso terrestre hacia el que fluyen las almas después de la muerte.

Si la Atlántida hubiese existido, las tribus y razas que han poblado el perímetro a ambos lados del Atlántico lo recordarían, o al menos habría alguna referencia de ella en la memoria tribal o en los documentos escritos. En este sentido debemos dejar constancia de una curiosa coincidencia de nombres. El galés y el inglés antiguo situaron en el océano occidental el emplazamiento de su paraíso terrenal, que llamaban Avalan. Los griegos de la antigüedad situaron la isla más allá de las Columnas de Hércules y la llamaron Atlántida. Los babilonios ubicaron su paraíso en el océano occidental y le dieron el nombre de Aralu, mientras los egipcios colocaron la morada de sus almas "en el extremo occidental, y en el centro del océano" y lo denominaron, entre otros, con los nombres de Aaru o Aalu y también Amena. Las tribus celtas de España y los vascos conservan las tradiciones de su tierra natal en el océano occidental, y los galos autóctonos de Francia, especialmente los que habitaban las regiones más occidentales, conservaban la tradición de que sus antepasados provenían de algún lugar en el medio del océano occidental, como consecuencia de una catástrofe que destruyó su tierra de origen. Los árabes creían que el pueblo de Ad vivió antes de la gran inundación y fue destruido por las aguas como castigo por sus pecados. Las antiguas tribus del Norte de África mantenían las tradiciones de un continente situado al Oeste, y existen noticias de tribus llamadas Atarantes y Atlantoi, así como un mar actualmente seco, Attala y, naturalmente, las montañas Atlas. Cruzando el Atlántico advertimos que en las Islas Canarias (que en teoría constituyen las cumbres montañosas de la Atlántida) existen una serie de antiguas cavernas llamadas Atalaya, cuyos habitantes conservaban, incluso en la época romana, el recuerdo del hundimiento de la isla-continente.

Tanto en América del Norte como en Sudamérica, nos encontramos con una serie de extraordinarias coincidencias. La mayor parte de las tribus indígenas conservan leyendas que dicen que su origen está en Oriente o que obtuvieron los adelantos de la civilización de unos superhombres llegados desde un continente oriental. El pueblo azteca conservó el nombre de su tierra de origen: Aztlán, y la palabra misma, azteca, es una derivación de Aztlán. En el idioma azteca (náhuatl), atl significa "agua" y la misma palabra tiene igual significado en el lenguaje beréber del norte de África. Quetzalcóatl, dios de los aztecas y de otros pueblos mexicanos, era según se dice un hombre blanco, que usaba barba y llegó al valle de México desde el océano, volviendo a Tlapallan una vez concluida su misión civilizadora. En su libro sagrado, los maya-quichés se refieren al país oriental donde en un tiempo habían vivido como si fuera un verdadero paraíso, "en el que blancos y negros vivieron en paz" hasta que el dios Hurakan (huracán) se enfureció e inundó la tierra. Cuando los conquistadores españoles exploraron Venezuela por primera vez encontraron un reducto denominado Atlán, que estaba poblado por indios blancos (o que a los españoles les parecieron blancos), cuyos antepasados eran sobrevivientes, según decían, de una tierra inundada.

Tal vez la más notable de todas estas coincidencias lingüísticas sea la que presenta el idioma inglés. El nombre mismo del océano en que nadamos, navegamos o sobrevolamos, Atlántico, podría ser un nexo de unión con la leyenda de las antiguas ciudades doradas que yacen en el fondo de las aguas.

Ciertamente, la palabra proviene de Atlas, el gigante de la leyenda griega que sostenía el cielo. Pero, ¿acaso no era la propia leyenda de Atlas una alegoría de poder, el poder del imperio atlántico quizás? En griego, Atlántida significa "hija de Atlas".

Las leyendas sobre una gran inundación y sobre la desaparición de una civilización avanzada son comunes a casi todas las razas, naciones y tribus que poseen documentos escritos o tradiciones orales. Se ha sugerido que la similitud entre nuestros escritos bíblicos acerca del Diluvio y los de Sumer, Asiria, Babilonia, Persia y otras antiguas naciones mediterráneas podrían tener su origen en los recuerdos de una gran inundación ocurrida en el Oriente Medio. Pero, ¿serviría esto también para explicar las leyendas de inundaciones que se conservan en Escandinavia, China, la India y en la gran mayoría de las tribus aborígenes del Nuevo Mundo, tanto en América del Norte como en Sudamérica?

Dichas leyendas, con sus reiteradas alusiones a sobrevivientes que levantaron una nueva civilización sobre las ruinas de la antigua, existen en todo el mundo y aparentemente se refieren a algo que realmente ocurrió. Sin duda, debe considerarse que si la tierra estuviese cubierta sólo por las aguas, éstas no habrían podido retroceder, ya que carecerían de un punto al cual dirigirse. De ahí que uno pueda presumir que la gran inundación, tal como la recordaron sus sobrevivientes, describía un fenómeno especial, acompañado de lluvias y perturbaciones climatológicas, durante las cuales a los sobrevivientes les pareció que el mundo entero había quedado bajo el agua. Son estos recuerdos, lo mismo que aquellos que hablan de un paraíso terrestre, habitualmente localizado en una isla hermosa y fértil en medio del Atlántico, los que unidos a las numerosas referencias de los autores clásicos a dicha isla, han fascinado a los hombres de todas las épocas y contribuyeron sin duda al descubrimiento y conquista de América.

Quienes rechazan la teoría atlántica argumentan que tendrían que existir más referencias a la Atlántida en la Antigüedad que aquellas de las que disponemos (y que vamos a examinar más adelante). Sin embargo, considerando el estado de los documentos antiguos y considerando la posibilidad de que se descubran otros, resulta asombroso que tengamos todo lo que tenemos. Sabemos con certeza que algunos de los documentos relacionados con la Atlántida se perdieron, porque varias de las referencias de que disponemos aluden a otros más completos, que se han extraviado. Aparte de la destrucción general de los manuscritos griegos y romanos que tuvo lugar durante las invasiones de los bárbaros, una parte importante de la literatura clásica fue sistemáticamente eliminada, algunas veces por los mismos pueblos que la heredaron. El papa san Gregorio Magno, por ejemplo, ordenó la destrucción de la literatura clásica, "por temor a que distraiga a los fieles de la contemplación del cielo". Amru, el conquistador musulmán de Alejandría, donde se hallaba la mayor biblioteca de la Antigüedad -más de un millón de volúmenes- utilizó los rollos de manuscritos de los clásicos como combustible para calentar los cuatro mil baños de la ciudad durante seis meses. Amru argumentó que si los libros antiguos contenían información ya existente en el Corán, eran superfluos, y si la que encerraban no estaba allí, no tenía valor alguno para los verdaderos creyentes.

Nadie sabe qué referencias a la Atlántida pueden haber ido a parar al agua caliente de los baños de los conquistadores árabes, ya que Alejandría era tanto un centro científico como literario. Los conquistadores españoles del Nuevo Mundo continuaron esta destrucción de antiguos documentos. El obispo Landa destruyó todos los escritos mayas que pudo encontrar en la península del Yucatán, con la excepción de unos seis que ahora se guardan en museos europeos.

Los mayas podrían haber proporcionado alguna información valiosa acerca del continente perdido, dado su origen y sus sorprendentes conocimientos científicos. Ello podría ocurrir todavía, si se descubriesen nuevos documentos.

Aun cuando los escritos antiguos se han perdido, no faltan las obras modernas sobre la Atlántida. Se han publicado alrededor de cinco mil libros y folletos en los principales idiomas del mundo, en su mayoría en los últimos 150 años. El número mismo de obras sobre este tema demuestra el atractivo que ejerce el misterio de la Atlántida sobre la imaginación del hombre. En una ocasión, un grupo de periodistas ingleses hicieron una votación para designar las noticias más importantes que podían imaginar, y situaron la reaparición de la Atlántida en cuarto lugar, varios puestos por delante de la segunda venida de Cristo.

Entre los miles de libros escritos en el pasado siglo y medio hay un pasaje en la obra de Ignatius Donnelly que merece ser citado como muestra típica de la firme creencia de muchos en la existencia de un continente atlántico, cuna de la civilización. Donnelly presentó al comienzo de su obra, publicada en 1882, trece proposiciones que todavía se distinguen por su fuerza, originalidad y sobre todo por su tono de absoluta certeza. Son las siguientes:

1. Que en una época existió, frente a la boca del Mediterráneo, en el océano Atlántico, una gran isla que era lo que quedaba de un continente conocido por los antiguos con el nombre de Atlántida.
2. Que la descripción que de dicha isla hizo Platón no es fábula, como se ha supuesto durante mucho tiempo, sino historia real.
3. Que la Atlántida fue el lugar en donde el hombre se elevó por vez primera de un estado de barbarie a la civilización.
4. Que con el discurrir del tiempo la isla se convirtió en una nación poderosa y muy poblada. La gran densidad demográfica impulsó a los viajes, lo que hizo posible que las costas del Golfo de México, de los ríos Missisipi y Amazonas, las del Pacífico en Sudamérica, las del Occidente de Europa y África, las del Báltico, el Mar Negro y el Caspio fueran pobladas por comunidades civilizadas.
5. Que fue el verdadero mundo antídiluviano y también el Jardín del Edén; los jardines de las Hespérides; los Campos Elíseos; los Jardines de Alcino; el Olimpo; el Asgar de las tradiciones de los pueblos antiguos; que, en fin, representa el recuerdo universal de una tierra grandiosa, donde la Humanidad primitiva residió durante mucho tiempo en paz y felicidad.

6. Que los dioses y diosas de los antiguos griegos, fenicios, hindúes y escandinavos eran sencillamente los reyes, reinas y héroes de la Atlántida y que los actos que les atribuye la mitología son rememoraciones confusas de hechos históricos verdaderos.
7. Que las mitologías de Egipto y Perú representan la religión original de la Atlántida; es decir, la adoración del Sol.
8. Que la colonia más antigua establecida por los atlantes estuvo probablemente en Egipto, cuya civilización reprodujo la de la gran isla.
9. Que los utensilios de la Edad del Bronce de Europa derivan de la Atlántida, y que los atlantes fueron también los primeros que trabajaron el hierro.
10. Que el alfabeto fenicio, padre de todos los europeos, proviene del que ya se utilizaba en la isla-continente.
11. Que la Atlántida fue el lugar de asentamiento original del gran tronco de las naciones arias o indoeuropeas, al igual que el de los pueblos semitas, y posiblemente también de las razas turanas.
12. Que la Atlántida sucumbió en medio de una terrible convulsión de la Naturaleza, en que la isla entera se hundió en el océano, con casi todos sus habitantes.
13. Que sólo algunas personas escaparon en barcos o balsas, llevando a las naciones de Oriente y Occidente las noticias sobre la horrible catástrofe, que han llegado hasta nuestra época bajo la forma de las leyendas de la Inundación y el Diluvio que existen en los distintos pueblos del viejo y el nuevo mundo.

El libro de Donnelly y los centenares de obras que le siguieron iniciaron tal vez un "movimiento" atlántico que ha sobrevivido, con variada intensidad, hasta nuestros días. Diversos escritores y estudiosos se han enfrascado en un nuevo examen de los libros antiguos que todavía se conservan y que tratan del tema, y han estudiado concienzudamente los mitos clásicos, las leyendas indígenas y los indicios relativos a esta cuestión que suelen hallarse en campos tan variados como los de la biología, la antropología, la geología, la botánica, la lingüística y la sismología. El material reunido es amplísimo y los resultados están sometidos a interpretación.

Las cinco primeras disciplinas que hemos citado proporcionan, según la interpretación, una gran cantidad de información que indica que hubo una época en que un istmo de tierra conectó el nuevo mundo con el viejo. Pudo ser primero un paso terrestre y luego un gran continente que en definitiva se quebró en una serie de islas separadas. Esto no sólo explicaría algunos extraños paralelismos en estas ciencias, sino incluso ciertos rasgos culturales y mitos comunes. En lo que respecta a la sismología, la Atlántida es una de las zonas menos estables de la corteza terrestre y está sujeta a trastornos a lo

largo de toda la plataforma submarina del Atlántico norte y medio, que se extiende por el fondo del mar desde el Norte del Brasil hasta Islandia. Dichos trastornos todavía pueden provocar alzamientos o depresiones de masas terrestres. Los recientes adelantos científicos, las nuevas técnicas arqueológicas para la precisión de las fechas históricas, las conclusiones revolucionarias acerca de la antigüedad del hombre civilizado, y sobre todo, el alcance y profundidad crecientes de la exploración submarina, han preparado el terreno para nuevos descubrimientos. En realidad, algunos podrían haber ocurrido ya, pero aún no son conocidos.

LOS DIALOGOS DE PLATON, TIMEO Y CRITIAS:

La primera referencia a la Atlántida aparece en el diálogo llamado Timeo:

CRITIAS.- *Escuchad pues Sócrates, una historia muy singular, pero absolutamente verídica, sobre lo que dijo cierta vez Solón, el más sabio de los siete sabios. Era, por de pronto, pariente de Orópides, mi bisabuelo, y muy amigo suyo, como dijo él mismo varias veces en sus versos. El contó a Critias, mi abuelo, según ese último en su vejez gustaba de recordar delante de mí, que una gran cantidad de hazañas grandes y maravillosas llevadas a cabo por esta ciudad habían caído en el olvido debido al paso del tiempo y de la muerte de los hombres. Y de estas hazañas había una que era la mayor de todas.*

Quizá será conveniente recordarla para rendiros gracias y, a la vez, para agasajar dignamente a la diosa en estos días de fiesta, tanto como si le cantáramos un himno de alabanza.

SÓCRATES.- *Eso está bien dicho. Pero ¿cuál es esta hazaña que Critias contó, no como una simple ficción, sino como un hecho realmente llevado a cabo por esta ciudad en tiempos antiguos, según lo refiere Solón?*

CRITIAS. -*...Es verdad, Amynandro; si Solón no hubiera hecho sus versos sólo como pasatiempo, si se hubiera aplicado a ello como otros y si hubiera concluido el relato que se había traído de Egipto, si no se hubiera visto forzado por las sediciones y las otras calamidades que a su vuelta encontró aquí a olvidar totalmente la poesía, según mi opinión ni Hesíodo, ni Hornero, ni otro poeta alguno hubiera jamás llegado a ser más célebre que él." "¿Y cuál era ese relato, Critias?", dyo Amynandro. "Trataba -respondió Critias- de la hazaña más grande y más merecedora de consideración de todas las que esta ciudad ha realizado nunca. Pero, debido al efecto del tiempo y a la muerte de los actores que en ella intervinieron, el relato no ha podido llegar hasta nosotros." "Vuelve a contárnoslo desde el comienzo -dijo Amynandro-; ¿qué era, cómo se realizó y de quién lo recibió Solón para contarla como verídico?"*

"Hay en Egipto -dijo Solón-, en el Delta, hacia cuyo extremo final el curso del río se divide, un cierto nomo llamado Saítico, cuya principal ciudad es Sais. De allí era el rey Amasis. Los naturales de esta ciudad creen que la fundó una diosa: en lengua egipcia su nombre es Neith, pero en griego, según ellos dicen, es Atenea. Esas gentes son muy amigas de los atenienses y afirman ser de

alguna manera parientes suyos. Solón contó que, una vez llegado a casa de ellos, adquirió entre éstos una gran consideración y que, habiendo interrogado un día a los sacerdotes más sabios en estas cuestiones acerca de las tradiciones antiguas, había descubierto que ni él mismo, ni otro griego alguno, había sabido de ello prácticamente nada. Y una vez, queriéndoles inducir a hablar de cosas antiguas, se puso él a contarles lo que aquí sabemos como más antiguo. Les habló de Foroneo, ese a quien se llama el primer hombre, de Níobe, del diluvio de Deucalión, de Pyrra y de los mitos que se cuentan acerca de su nacimiento, y de las genealogías de sus descendientes. Y se esforzó por calcular su fecha, recordando los años en que ocurrieron esos acontecimientos.

Pero uno de los sacerdotes, ya muy viejo, le dijo: "Solón, los griegos sois siempre niños: ¡Un griego nunca es viejo!" A lo que replicó Solón: "¿Cómo dices esto"? Y el sacerdote: "Vosotros sois todos jóvenes en lo que a vuestra alma respecta. Porque no guardáis en ella ninguna opinión antigua, procedente de una vieja tradición, ni tenéis ninguna ciencia encanecida por el tiempo. Y ésta es la razón de ello. Los hombres han sido destruidos y lo serán aún de muchas maneras. Por obra del fuego y del agua tuvieron lugar las más graves destrucciones. Pero también las ha habido menores, ocurridas de millares de formas diversas. Pues eso que también se cuenta entre vosotros de que, cierta vez, Faetón, hijo de Helios, habiendo uncido el carro de su padre, pero incapaz de dirigirlo por el camino que seguía su padre, incendió cuanto había sobre la Tierra y pereció él mismo, herido por un rayo, se cuenta en forma de leyenda.

La verdad es ésta: a veces en los cuerpos que dan vueltas al cielo, en torno a la Tierra, se produce una desviación o "paralaje". Y, con intervalos de tiempo muy espaciados, todo lo que hay sobre la Tierra muere por la superabundancia del fuego. Entonces todos los que habitan sobre las montañas, en los lugares elevados y en los que son secos, mueren, más que los que viven en lugares cercanos a los ríos y al mar. A nosotros, en cambio, el Nilo, nuestro salvador, igual que en otras circunstancias nos preserva también en esta calamidad, desbordándose. Por el contrario, otras veces, cuando los dioses purifican la Tierra por medio de las aguas y la inundan, sólo se salvan los boyeros y los pastores en las montañas, mientras que los habitantes de las ciudades que hay entre vosotros son arrastrados al mar por los ríos. En este país, en cambio, ni entonces, ni en otros casos descienden las aguas desde las alturas a las llanuras, sino que siempre manan naturalmente de debajo de tierra. Por este motivo, se dice, ocurre que se hayan conservado aquí las tradiciones más antiguas. Sin embargo, la verdad es que, en todos los lugares en que ni un frío excesivo ni un calor abrasador pueden hacer perecer la raza humana, siempre existe ésta, unas veces más numerosa, otras veces menos. Y por eso, si se ha realizado alguna cosa bella, grande o digna de nota en cualquier otro aspecto, bien sea entre vosotros, bien aquí mismo, bien en cualquier otro lugar de que hayamos oído hablar, todo se encuentra aquí por escrito en los templos desde la Antigüedad y se ha salvado así la memoria de ello. Pero, entre vosotros y entre las demás gentes, siempre que las cosas se hallan ya un poco organizadas en lo que toca a la recensión escrita y a todo lo demás que es necesario a los Estados, he aquí que nuevamente, a intervalos regulares, como si fuera una enfermedad, las olas del cielo se echan sobre vosotros y no

dejan sobrevivir de entre vosotros más que a gente sin cultura e ignorantes. Y así vosotros volvéis a ser nuevamente jóvenes, sin conocer nada de lo que ha ocurrido aquí, ni entre vosotros, ni en los tiempos antiguos. Pues estas genealogías que acabas de citar, ¡oh Solón!, o que al menos acabas de reseñar aludiendo a los acontecimientos que han tenido lugar entre vosotros, se diferencian muy poco de los cuentos de los niños. En principio, vosotros no recordáis más que un diluvio terrestre, siendo así que anteriormente ha habido ya muchos de éstos. Luego tampoco sabéis vosotros que la raza mejor y la más bella entre los humanos ha nacido en vuestro país, ni sabéis que vosotros y toda vuestra ciudad descendéis de esos hombres, por haberse conservado un reducido número de ellos como semilla. Lo ignoráis porque, durante numerosas generaciones, han muerto los supervivientes sin haber sido capaces de expresarse por escrito. Sí, Solón; hubo un tiempo, antes de la mayor de las destrucciones de las aguas, en que la ciudad que hoy en día es la de los atenienses era entre todas la mejor en la guerra y de manera especial la más civilizada en todos los aspectos. Se cuenta que en ella se llevaron a cabo las más bellas hazañas; allí hubo las más bellas realizaciones políticas de entre todas aquellas de que oímos hablar bajo el cielo."

Habiendo oído esto, Solón dijo que se quedaba sorprendido y, lleno de curiosidad, rogó a los sacerdotes le contaran exactamente y por orden toda la historia de sus conciudadanos de otros tiempos.

El sacerdote respondió: "No voy a emplear ninguna clase de reticencia, sino que en tu gracia, ¡oh Solón!, en la de vuestra ciudad y más aún en gracia de la diosa que ha protegido, educado e instruido vuestra ciudad y la nuestra, os la voy a contar. De nuestras dos ciudades es más antigua la vuestra en mil años, ya que ella recibió vuestra semilla de Gaia y Hefesto. Esta nuestra es más reciente. Ahora bien: desde que ese país se civilizó han transcurrido, según dicen nuestros escritos sagrados, ocho mil años. Así pues, os voy a descubrir las leyes de vuestros conciudadanos de hace nueve mil años, y de entre sus hechos meritorios os voy a contar el más bello que ellos llevaron a cabo. Para atender al exacto detalle de todo, lo recorreremos seguidamente otra vez, cuando tengamos tiempo disponible para ello, tomando los mismos textos.

Ahora bien, comparad en principio vuestras leyes a las de esta ciudad. Numerosas muestras de las que entonces existían entre vosotros las hallaréis aquí aún hoy en día... Numerosas y grandes fueron vuestras hazañas y las de vuestra ciudad: aquí están escritas y causan admiración. Pero, sobre todo, hay uno que aventaja a los otros en grandiosidad y heroísmo. En efecto, nuestros escritos cuentan de qué manera vuestra ciudad aniquiló, hace ya tiempo, un poder insolente que invadía a la vez toda Europa y toda Asia y se lanzaba sobre ellas al fondo del mar Atlántico.

"En aquel tiempo, en efecto, era posible atravesar este mar. Había una isla delante de este lugar que llamáis vosotros las Columnas de Hércules. Esta isla era mayor que la Libia y el Asia unidas. Y los viajeros de aquellos tiempos podían pasar de esta isla a las demás islas y desde estas islas podían ganar todo el continente, en la costa opuesta de este mar que merecía realmente su

nombre. Pues, en uno de los lados, dentro de este estrecho de que hablamos, parece que no había más que un puerto de boca muy cerrada y que, del otro lado, hacia afuera, existe un verdadero mar y la tierra que lo rodea, a la que se puede llamar realmente un continente, en el sentido propio del término. Ahora bien: en esta isla Atlántida, unos reyes habían formado un imperio grande y maravilloso. Este imperio era señor de la isla entera y también de otras muchas islas y partes del continente. Por lo demás, en la parte vecina a nosotros, poseía la Libia hasta el Egipto y la Europa hasta la Tirrenia. Ahora bien, esa potencia, concentrando una vez más todas sus fuerzas, intentó, en una sola expedición, sojuzgar vuestro país y el nuestro, y todos los que se hallan a esta parte de acá del estrecho. Fue entonces, ¡oh Solón! cuando la fuerza de vuestra ciudad hizo brillar a los ojos de todos, su heroísmo y su energía. Ella, en efecto, aventajó a todas las demás por su fortaleza de alma y por su espíritu militar.

Primero a la cabeza de todos los helenos, sola luego por necesidad, abandonada por los demás, al borde de los peligros máximos, venció a los invasores, se alzó con la victoria, preservó de la esclavitud a los que nunca habían sido esclavos, y sin rencores de ninguna clase, liberó a todos los demás pueblos y a nosotros mismos que habitamos el interior de las Columnas de Hércules. Pero, en el tiempo subsiguiente, hubo terribles temblores de tierra y cataclismos. Durante un día y una noche horribles, todo vuestro ejército fue tragado de golpe por la tierra, y asimismo la isla Atlántida se abismó en el mar y desapareció. He aquí por qué todavía hoy ese mar de allí es difícil e inexplicable, debido a sus fondos limosos y muy bajos que la isla, al hundirse, ha dejado."

He aquí algunos párrafos del segundo diálogo, relativo a la Atlántida y llamado

Critias o La Atlántida.

...Ante todo, recordemos lo esencial. Han transcurrido en total nueve mil años desde que estalló la guerra, según se dice, entre los pueblos que habitaban más allá de las Columnas de Hércules y los que habitaban al interior de las mismas. Esta guerra es lo que hemos de referir ahora desde su comienzo a su fin. De la parte de acá, como hemos dicho, esta ciudad era la que tenía la hegemonía y ella fue quien sostuvo la guerra desde su comienzo a su terminación. Por la otra parte, el mando de la guerra estaba en manos de los reyes de la Atlántida. Esta isla, como hemos ya dicho, era entonces mayor que la Libia y el Asia juntas. Hoy en día, sumergida ya por los temblores de tierra, no queda de ella más que un fondo limoso infranqueable, difícil obstáculo para los navegantes que hacen sus singladuras desde aquí hacia el gran mar. Los numerosos pueblos bárbaros, así como las poblaciones helenas existentes entonces, irán apareciendo sucesivamente a medida que se irá desarrollando el hilo de mi exposición y se los irá encontrando por su orden. Pero los atenienses de entonces y los enemigos a quienes ellos combatieron es menester que os los presente al comienzo ya y que os dé a conocer cuáles eran las fuerzas y la organización política de los unos y los otros. Y de entre

esos dos pueblos hemos de esforzarnos primero por hablar del de la parte de acá.

...Hubo diluvios numerosos y terribles en el transcurso de esos nueve mil años -tal es, en efecto, el intervalo de tiempo que separa la época contemporánea de aquellos tiempos-. En el transcurso de un período tan largo y en medio de esos accidentes, la tierra que se deslizaba desde los lugares elevados no dejaba, como en otras partes, sedimentos notables, sino que rodando siempre, acababa de desaparecer en el abismo. Y tal como podemos advertir en las pequeñas islas, nuestra tierra ha venido a ser, en comparación con la que fuera entonces, como el esqueleto de un cuerpo descarnado por la enfermedad.

...Los manuscritos mismos de Solón estaban en casa de mi abuelo; actualmente se hallan todavía en mi casa, y yo los he estudiado mucho en mi juventud.

...He aquí ahora cuál era aproximadamente el comienzo de este largo relato. Según se ha dicho ya anteriormente, al hablar de cómo los dioses habían recurrido a echar a suertes la tierra entre ellos, ellos dividieron toda la tierra en partes, mayores en unas partes, menores en otras. Y ellos instituyeron allí, en su propio honor, cultos y sacrificios. Según esto, Poseidón, habiendo recibido como heredad la isla Atlántida, instaló en cierto lugar de dicha isla los hijos que había engendrado él de una mujer mortal. Cerca del mar, pero a la altura del centro de toda la isla, había una llanura, la más bella según se dice de todas las llanuras y la más fértil. Y cercana a la llanura, distante de su centro como una cincuentena de estadios, había una montaña que tenía en todas sus partes una altura mediana. En esta montaña habitaba entonces un hombre de los que en aquel país habían nacido originariamente de la tierra. Se llamaba Evenor y vivía con una mujer, Leucippa. Tuvieron una hija única, Clito. La muchacha tenía ya la edad núbil cuando murieron sus padres. Poseidón la deseó y se unió a ella. Entonces el dios fortificó y aisló circularmente la altura en que ella vivía. Con este fin, hizo recintos de mar y de tierra, grandes y pequeños, unos en torno a los otros. Hizo dos de tierra, tres de mar y por así decir, los redondeó, comenzando por el centro de la isla, del que esos recintos distaban en todas partes una distancia igual. De esta manera resultaban infranqueables para los hombres, pues en aquel entonces no había aún navíos ni se conocía la navegación. El mismo Poseidón embelleció la isla central, cosa que no le costó nada, siendo como era dios. Hizo brotar de bajo tierra dos fuentes de agua, una caliente y otra fría, e hizo nacer sobre la tierra plantas nutritivas de toda clase en cantidad suficiente.

Allí engendró y educó él cinco generaciones de hijos varones y mellizos. Dividió toda la isla Atlántida en diez partes. Al primogénito de los dos más viejos le asignó la morada de su madre y la parcela de tierra de su contorno, que era la más extensa y la mejor. Lo estableció en calidad de rey sobre todos los demás. A éstos los hizo príncipes vasallos de aquél y a cada uno de ellos le dio autoridad sobre un gran número de hombres y sobre un extenso territorio. Les impuso nombres a todos; el más viejo, el rey, recibió el nombre que sirvió

para designar la isla entera y el mar llamado Atlántico, ya que el nombre del primer rey que reinó entonces fue Atlas.

Su hermano mellizo, nacido luego de él, obtuvo en heredad la parte extrema de la isla, por la parte de las Columnas de Hércules, frente a la región llamada hoy día Gadírica, según este lugar; se llamaba en griego Eumelos, y en la lengua del país, Gadiros. Y el nombre que se le dio se convirtió en el nombre del país.

Luego, de los que nacieron en la segunda generación, llamó a uno Amferes y al otro Evaímon. En la tercera generación el nombre del primogénito fue Mneseas, y el del segundo fue Autóctono. De los de la cuarta generación llamó Elasippo al primero y Mestor al segundo. Y en la quinta, el que nació primero recibió el nombre de Azaes, y el que nació luego el de Diaprepés. Todos estos príncipes y sus descendientes habitaron el país durante numerosas generaciones. Eran también señores de una gran multitud de otras islas en el mar, y además, como ya se ha dicho, reinaban también en las regiones interiores, de la parte de acá de las Columnas de Hércules, hasta Egipto y Tirrenia. De esta forma nació de Atlas una raza numerosa y cargada de honores. Siempre era rey el más viejo y él transmitía su realeza al primogénito de sus hijos. De esta forma conservaron el poder durante numerosas generaciones.

Habían adquirido riquezas en tal abundancia, que nunca sin duda antes de ellos ninguna casa real las poseyera semejantes y como ninguna las poseerá probablemente en el futuro. Ellos disponían de todo lo que podía proporcionar la misma ciudad y asimismo el resto del país. Pues si es verdad que les venían de fuera multitud de recursos a causa de su imperio, la mayor parte de los que son necesarios para la vida se los proporcionaba la isla misma. En primer lugar, todos los metales duros o maleables que se pueden extraer de las minas. Primero, aquel del que tan sólo conocemos el nombre, pero del que entonces existía, además del nombre, la sustancia misma, el oricalco. Era extraído de la tierra en diversos lugares de la isla; era, luego del oro, el más precioso de los metales que existían en aquel tiempo. Análogamente, todo lo que el bosque puede dar en materiales adecuados para el trabajo de carpinteros y ebanistas, la isla lo proveía con prodigalidad. Asimismo, ella nutría con abundancia todos los animales domésticos o salvajes. Incluso la especie misma de los elefantes se hallaba allí ampliamente representada. En efecto, no solamente abundaba el pasto para todas las demás especies, las que viven en los lagos, los pantanos y los ríos, las que pacen en las montañas y en las llanuras, sino que rebosaba alimentos para todas, incluso para el elefante, el mayor y el más voraz de los animales. Por lo demás, todas las esencias aromáticas que aún ahora nutre el suelo en cualquier lugar, raíces, brotes y maderas de los árboles, resinas que destilan de las flores o los frutos, las producía entonces la tierra y las hacía prosperar. Daba también los frutos cultivados y las semillas que han sido hechas para alimentarnos y de las que nosotros sacamos las harinas -sus diversas variedades las llamamos nosotros cereales-. Ella producía ese fruto leñoso que nos provee a la vez de bebidas, de alimentos y de perfumes, ese fruto escamoso y de difícil conservación, hecho para instruirnos y para entretenernos, el que nosotros ofrecemos, luego de la comida de la tarde, para disipar la pesadez del estómago y solazar al

invitado cansado. Sí, todos esos frutos, la isla, que estaba entonces iluminada por el sol, los daba vigorosos, soberbios, magníficos, en cantidades inagotables.

Así, pues, recogiendo en su suelo todas estas riquezas, los habitantes de la Atlántida construyeron los templos, los palacios de los reyes, los puertos, los arsenales, y embellecieron así todo el resto del país en el orden siguiente.

Sobre los brazos circulares de mar que rodeaban la antigua ciudad materna construyeron al comienzo puentes y abrieron así un camino hacia el exterior y hacia la morada real. Este palacio de los reyes lo habían levantado desde el comienzo en la misma morada del dios y sus antepasados. Cada soberano recibía el palacio de su antecesor y embellecía a su vez lo que éste había embellecido. Procuraba siempre sobrepasarle en la medida en que podía, hasta el punto de que quien veía el palacio quedaba sobrecogido de sorpresa ante la grandeza y la belleza de la obra.

Comenzando por el mar, hicieron un canal de tres plethros de ancho, cien de profundidad y cincuenta estadios de longitud, y lo hicieron llegar hasta el brazo de mar circular más exterior de todos. De esta manera dispusieron una entrada a los navíos venidos de alta mar, como si fuera un puerto. Practicaron en ella una bocana suficiente para que los mayores navíos pudieran también entrar en el canal. Luego, también en los recintos de tierra que separaban los círculos de agua abrieron pasadizos a la altura de los puentes, de tal tipo que sólo pudiera pasar de un círculo a otro un sólo trirreme, y techaron estos pasadizos, de manera que la navegación era subterránea, pues los parapetos de los círculos de tierra se elevaban suficientemente por encima del mar.

El mayor de los recintos de agua, aquel en que penetraba el mar, tenía tres estadios de ancho, y el recinto de tierra que le seguía tenía una anchura igual.

En el segundo círculo, la cinta de agua tenía dos estadios de ancho y la de tierra tenía aún una anchura igual a ésta. Pero la cinta de agua que rodeaba inmediatamente a la isla central no tenía más que un estadio de anchura. La isla, en la que se hallaba el palacio de los reyes, tenía un diámetro de cinco estadios. Ahora bien, la isla, los recintos y el puente -que tenía una anchura de un plethro- los rodearon totalmente con un muro circular de piedra. Pusieron torres y puertas sobre los puentes, en todos los lugares por donde pasaba el mar. Sacaron la piedra necesaria de debajo la periferia de la isla central y de debajo de los recintos, tanto al exterior como al interior. Había piedra blanca, negra y roja. Y al mismo tiempo que extraían la piedra, vaciaron dentro de la isla dos dársenas para navíos, con la misma roca como techumbre. Entre las construcciones, unas eran enteramente simples, en otras entremezclaron las diversas clases de piedra y variaron los colores para agradar a la vista, y les dieron así una apariencia naturalmente atractiva. El muro que rodeaba el recinto más exterior lo revistieron de cobre en todo su perímetro circular, como si hubiera sido untado con alguna pintura. Recubrieron de estaño fundido el recinto interior, y el que rodeaba a la misma Acrópolis lo cubrieron de oricalco, que tenía reflejos de fuego.

El palacio real, situado dentro de la Acrópolis, tenía la disposición siguiente. En medio de la Acrópolis se levantaba el templo consagrado en este mismo sitio a Clito y Poseidón. Estaba prohibido el acceso a él y estaba rodeado de una cerca de oro. Allí era donde Poseidón y Clito, al comienzo, habían concebido y dado a luz la raza de los diez jefes de las dinastías reales. Allí se acudía, cada año, desde las diez provincias del país, a ofrecer a cada uno de los dioses los sacrificios propios de la estación.

El santuario mismo de Poseidón tenía un estadio de longitud, tres plethros de ancho y una altura proporcionada. Su apariencia tenía algo de bárbaro. Ellos habían revestido de plata todo el exterior del santuario, excepto las aristas de la viga maestra: estas aristas eran de oro. En el interior estaba todo cubierto de marfil y adornado en todas partes de oro, plata y oricalco. Todo lo demás, los muros, las columnas y el pavimento, lo adornaron con oricalco. Colocaron allí estatuas de oro, el dios en pie sobre su carro enganchado a seis caballos alados, y era tan grande que la punta de su cabeza tocaba el techo. En círculo, en torno a él, cien Nereidas sobre delfines -ése era el número de las Nereidas, según se creía entonces-. También había en el interior gran número de estatuas ofrecidas por particulares. En torno al santuario, por la parte exterior, se levantaban, en oro, las efigies de todas las mujeres de los diez reyes y de todos los descendientes que habían engendrado, y asimismo otras numerosas estatuas votivas de reyes y particulares, originarias de la misma ciudad o de los países de fuera sobre los que ella extendía su soberanía. Por sus dimensiones y por su trabajo, el altar estaba a la altura de este esplendor, y el palacio real no desdecía de la grandeza del imperio y de la riqueza del ornato del santuario.

Por lo que respecta a las fuentes, la de agua fría y la de agua caliente, las dos de una abundancia generosa y maravillosamente adecuadas al uso por lo agradable y por las virtudes de sus aguas, las utilizaban, disponiendo en torno a ellas construcciones y plantaciones adecuadas a la naturaleza misma de las aguas. En todo su derredor instalaron estanques o piscinas, unos al aire libre y otros cubiertos, destinados éstos a los baños calientes en invierno; existían separadamente los baños reales y los de los particulares, otros para las mujeres, para los caballos y las demás bestias de carga, y cada uno poseía una decoración adecuada. El agua que procedía de aquí la condujeron al bosque sagrado de Poseidón. Este bosque, gracias a la calidad de la tierra, tenía árboles de todas las especies, de una belleza y una altura divinas. Desde ahí hicieron derivar el agua hacia los recintos de mar exteriores, por medio de canalizaciones instaladas siguiendo lo largo de los puentes. Por esta parte se habían edificado numerosos templos dedicados a muchos dioses, gran número de jardines y gran número de gimnasios para los hombres y de picaderos para los caballos. Estos últimos se habían construido aparte en las islas anulares, formadas por cada uno de los recintos. Además, hacia el centro de la isla mayor habían reservado un picadero para las carreras de caballos; tenía un estadio de ancho y suficiente longitud para permitir a los caballos que, en la carrera, recorrieran el circuito completo del recinto. En todo el perímetro, de un extremo al otro, había cuarteles para casi todo el efectivo de la guardia del príncipe. Los cuerpos de tropa más seguros estaban acuartelados en el recinto más pequeño, el más próximo a la Acrópolis. Y aún para los que se señalaban

entre todos por su fidelidad, se les habían dispuesto alojamientos en el interior mismo de la Acrópolis, cerca del palacio real. Los arsenales estaban llenos de trirremes y poseían todos los aparejos necesarios para armarlos; todo estaba estibado en un orden perfecto. Así estaba todo dispuesto en torno a la morada real.

Al atravesar los puertos exteriores, en número de tres, había una muralla circular que comenzaba en el mar y distaba constantemente cincuenta estadios del recinto más extenso. Esta muralla acababa por cerrarse sobre sí misma en la garganta del canal que se abría por el lado del mar. Estaba totalmente cubierta de casas en gran número y apretadas unas contra otras. El canal y el puerto principal rebosaban de barcos y mercaderes venidos de todas partes. La muchedumbre producía allí, de día y de noche, un continuo alboroto de voces, un tumulto incesante y diverso.

Sobre la ciudad y sobre la antigua morada de los reyes, lo que acabamos de contar es prácticamente todo lo que la tradición nos conserva. Vamos a intentar ahora recordar cuál era la disposición del resto del país y de qué manera estaba organizado. En primer lugar, todo el territorio estaba levantado según se dice, y se erguía junto al mar cortado a pico. Pero, en cambio, todo el terreno en torno a la ciudad era llano. Esta llanura rodeaba la ciudad y ella misma a su vez estaba cercada de montañas que se prolongaban hasta el mar. Era plana, de nivel uniforme, oblonga en su conjunto; medía, desde el mar que se hallaba abajo, tres mil estadios en los lados y dos mil en el centro. Esta región, en toda la isla, estaba orientada de cara al Sur, al abrigo de los vientos del Norte. Muy alabadas eran las montañas que la cercaban, las cuales en número, en grandeza y en belleza aventajaban a todas las que existen actualmente. En estas montañas había numerosas villas muy pobladas, ríos, lagos, praderas capaces de alimentar a gran número de animales salvajes o domésticos, bosques en tal cantidad y sustancias tan diversas que proporcionaban abundantemente materiales propios para todos los trabajos posibles.

Ahora bien, esta llanura, por acción conjunta y simultánea de la Naturaleza y de las obras que realizaran en ella muchos reyes, durante un período muy largo, había sido dispuesta de la manera siguiente. He dicho ya que tenía la forma de un cuadrilátero, de lados casi rectilíneos y alargados. En los puntos en que los lados se apartaban de la línea recta se había corregido esta irregularidad cavando el foso continuo que rodeaba a la llanura. En cuanto a la profundidad, anchura y desarrollo de este foso, resulta difícil de creer lo que se dice y que una obra hecha por manos de hombres haya podido tener, comparada con otros trabajos del mismo tipo, las dimensiones de aquélla. No obstante, hemos de repetir lo que hemos oído contar. El foso fue excavado a un plethro de profundidad: su anchura era en todas partes de un estadio, y puesto que había sido excavado en torno a toda la llanura, su longitud era de diez mil estadios.

Recibía las corrientes de agua que descendían de las montañas, daba la vuelta a la llanura, volvía por una y otra parte a la ciudad y allí iba a vaciarse al mar.

Desde la parte alta de este foso, unos canales rectilíneos, de una longitud aproximada de cien pies, cortados en la llanura, iban luego a unirse al foso, cerca ya del mar. Cada uno de ellos distaba de los otros cien estadios. Para el acarreo a la ciudad de la madera de las montañas y para transportar por barca los demás productos de la tierra, se habían excavado, a partir de esos canales, otras derivaciones navegables, en direcciones oblicuas entre sí y respecto de la ciudad. Hay que hacer notar que los habitantes cosechaban dos veces al año los productos de la tierra; en invierno utilizaban las aguas del cielo; en verano, las que daba la tierra dirigiendo sus corrientes fuera de los canales.

Respecto de los hombres de la llanura buenos para la guerra y sobre el número en que se tenían éstos, hay que decir esto: se había determinado que cada distrito proporcionaría un jefe de destacamento. El tamaño del distrito era de diez estadios por diez, y en total había seis miríadas de ellos. En cuanto a los habitantes de las montañas y del resto del país, sumaban, según se decía, un número inmenso, y todos, según los emplazamientos y los poblados, habían sido repartidos entre los distritos y puestos bajo el mando de sus jefes.

Estaba mandado que cada jefe de destacamento proporcionaría para la guerra una sexta parte de carros de combate, hasta reunir diez mil carros, dos caballos y sus caballeros, además de un tiro de dos caballos, sin carro, junto con un combatiente llevado, armado de un pequeño escudo, y el combatiente montado encargado de gobernar a los dos caballos, dos hoplitas, dos arqueros, dos honderos, tres infantes ligeros armados de ballestas, otros tres armados de dardos y, finalmente, cuatro marineros para formar en total la dotación de mil doscientos navíos. Esa era la organización militar de la ciudad real. En cuanto a las otras nueve provincias, cada una tenía su propia organización militar y sería necesario un tiempo demasiado largo para explicarlas.

En cuanto a la autoridad y los cargos públicos, se organizaron desde el comienzo de la siguiente manera. De los diez reyes, cada uno ejercía el poder en la parte que le tocaba por herencia, y dentro de su ciudad, gobernaba a los ciudadanos, hacía la mayoría de las leyes y podía castigar y condenar a muerte a quien quería. Pero la autoridad de unos reyes sobre los otros y sus mutuas relaciones estaban reguladas según los decretos de Poseidón. La tradición se los imponía, así como una inscripción grabada por los primeros reyes sobre una columna de oricalco, que se hallaba en el centro de la isla, en el templo de Poseidón.

Allí se reunían los reyes periódicamente, unas veces cada cinco años, otras veces cada seis, haciendo alternar regularmente los años pares y los años impares. En estas reuniones deliberaban sobre los negocios comunes y decidían si alguno de ellos había cometido alguna infracción de sus deberes y lo juzgaban. Cuando habían de aplicar la justicia, primero se juraban fidelidad mutua de la manera que sigue. Se soltaban toros en el recinto sagrado de Poseidón.

Los diez reyes, dejados a solas, luego de haber rogado al dios que les hiciera capturar la víctima que le habla de ser agradable, se ponían a cazar, sin armas

de hierro, solamente con venablos de madera y con cuerdas. Al toro que cogían lo llevaban a la columna y lo degollaban en su vértice, como estaba prescrito. Sobre la columna, además de las leyes, estaba grabado el texto de un juramento que profería los peores y más terribles anatemas contra el que lo violara. Así, pues, luego de haber realizado el sacrificio de conformidad con sus leyes y de haber consagrado todas las partes del toro, llenaban de sangre una crátera y rociaban con un cuajaron de esta sangre a cada uno de ellos. El resto lo echaban al fuego, luego de haber hecho purificaciones en torno a toda la columna. Inmediatamente, sacando sangre de la crátera con copas de oro, y derramándola en el fuego, juraban juzgar de conformidad con las leyes escritas en la columna, de castigar a quien las hubiera violado anteriormente, de no quebrantar en el futuro conscientemente ninguna de las fórmulas de la inscripción y de no mandar ni obedecer más que de acuerdo con las leyes de su padre. Todos tomaban este compromiso para sí y para toda su descendencia. Luego cada uno bebía la sangre y depositaba la copa, como un exvoto, en el santuario del dios. Después de lo cual cenaban y se entregaban a otras ocupaciones necesarias. Cuando llegaba la oscuridad y se había ya enfriado el fuego de los sacrificios, se vestían todos con unas túnicas muy bellas de azul oscuro y se sentaban en tierra, en las cenizas de su sacrificio sagrado. Entonces, por la noche, luego de haber apagado todas las luces en torno al santuario, juzgaban y eran juzgados, si alguno de entre ellos acusaba a otro de haber delinquido en algo. Hecha justicia, grababan las sentencias, al llegar el día, sobre una tablilla de oro, que ellos consagraban como recuerdo, lo mismo que sus ropas.

Por lo demás, había otras muchas leyes especiales sobre las atribuciones propias de cada uno de los reyes. Las más notables eran: no tomar las armas unos contra otros; socorrerse todos entre sí, si uno de ellos había intentado expulsar en una ciudad cualquiera una de las razas reales; deliberar en común como sus antepasados; cambiar sus consejos en cuestiones de guerra y otros negocios, orientándose mutuamente, dejando siempre la hegemonía de la raza de Atlas. Un rey no podía dar muerte a ninguno de los de su raza, si éste no era el parecer de más de la mitad de los diez reyes.

Ahora bien: el poder que existía entonces en aquel país, con su inmensa calidad y su grandeza, el dios lo dirigió contra nuestras regiones, por lo que se cuenta, y por alguna razón del tipo de la que vamos a dar aquí.

Durante numerosas generaciones y en la medida en que estuvo sobre ellos la naturaleza del dios dominándolo todo, los reyes atendieron a las leyes y permanecieron ligados al principio divino, con el que estaban emparentados.

Sus pensamientos eran verdaderos y grandes en todo, ellos hacían uso de la bondad y también del juicio y sensatez en los acontecimientos que se presentaban y eso unos respecto de otros. Por eso, despegados de todo aquello que no fuera la virtud, hacían ellos poco caso de sus bienes, llevaban como una carga el peso de su oro y de sus demás riquezas, sin dejarse embriagar por el exceso de su fortuna, no perdían el dominio de sí mismos y caminaban con rectitud. Con una clarividencia aguda y lúcida, veían ellos que todas esas ventajas se ven aumentadas con el mutuo afecto unido a la virtud y

que, por el contrario, el afán excesivo de estos bienes y la estima que se tiene de ellos hacen perder esos mismos bienes, y que la virtud muere asimismo con ellos. De acuerdo con estos razonamientos y gracias a la constante presencia entre ellos del principio divino, no dejaban de aumentar en provecho de ellos todos estos bienes que hemos ya enumerado. Pero cuando comenzó a disminuir en ellos ese principio divino, .como consecuencia del cruce repetido con numerosos elementos mortales, es decir, cuando comenzó a dominar en ellos el carácter humano, entonces, in capaces ya de soportar su prosperidad presente, cayeron en la indecencia. Se mostraron repugnantes a los hombres clarividentes, porque habían dejado perder los más bellos de entre los bienes más estimables. Por el contrario, para quien no es capaz de discernir bien qué clase de vida contribuye verdaderamente a la felicidad, fue entonces precisamente cuando parecieron ser realmente bellos y dichosos, poseídos como estaban de una avidez injusta y de un poder sin límites. Y el dios de los dioses, Zeus, que reina con las leyes y que, ciertamente, tenía poder para conocer todos estos hechos, comprendió qué disposiciones y actitudes despreciables tomaba esa raza, que había tenido un carácter primitivo tan excelente. Y quiso aplicar un castigo, para hacerles reflexionar y llevarlos a una mayor moderación. Con este fin, reunió él a todos los dioses en su mansión más noble y bella: ésta se halla situada en el centro del Universo y puede ver desde lo alto todo aquello que participa del devenir. Y habiéndolos reunido, les dijo...

No existen pruebas de que Platón terminara el segundo diálogo sobre la Atlántida ni de que escribiera un tercero, sobre el mismo tema, puesto que probablemente lo habría anunciado, y si lo escribió, se ha perdido. El poema Atlantikos, atribuido a Solón, ha desaparecido también, en el discurrir de los siglos.

La versión platónica recibió a pláceres y críticas desde el mismo momento en que la escribió. Algunos estudiosos sostienen que después de la visita de Solón, el propio Platón viajó a Egipto y corroboró personalmente la información, lo mismo que Krantor, uno de sus discípulos. Afirman también que todos ellos pudieron "ver la prueba". En todo caso, esta obra de Platón ha tenido considerable influencia en el pensamiento del hombre a lo largo de los siglos y la tiene todavía hoy. Algunos críticos de la teoría de la Atlántida han sugerido que la isla-continente es recordada gracias, únicamente, a las referencias de Platón. Sin embargo, considerando el creciente interés por el tema a lo largo de los siglos, ¿no puede ser que haya ocurrido exactamente lo contrario, al menos en la concepción popular?

Aristóteles (384-322 a.C), que fue discípulo de Platón, aparece como uno de los primeros escépticos frente a la teoría de la Atlántida, aunque él mismo escribió acerca de una gran isla situada en el Atlántico, que los cartagineses llamaban Antilia. Krantor (siglo IV a.C.), seguidor de Platón, escribió que él también había visto las columnas en las que se conservaba la historia de la Atlántida según la había relatado Platón. Otros escritores de la Antigüedad describieron un continente que existía en el Atlántico y al que algunas veces llamaron Poseidonis, por Poseidón, dios del mar y señor de la Atlántida.

Plutarco (46-120 d.C.) describió un continente llamado Saturnia y una isla llamada Olygia, que se hallaban a unos cinco días de navegación hacia el Occidente de Gran Bretaña. Hornero también menciona el nombre de Olygia como el de la isla donde habitaba la ninfa Calipso.

Marcelino (330-395 d.C.), un historiador romano que escribió que la intelectualidad de Alejandría consideraba la destrucción de la Atlántida como un hecho histórico, describió cierto tipo de terremotos "que, repentinamente, en medio de una violenta conmoción abrieron grandes bocas por las que desaparecieron ciertas partes de la tierra. Así ocurrió en el océano Atlántico, en la costa europea, donde una gran isla quedó sumergida..."

Proclo (410-485 d.C.), miembro de la escuela neo-platónica, afirmaba que no lejos del oeste de Europa, había algunas islas cuyos habitantes conservaban todavía el recuerdo de una gran isla que en una época los dominó y que luego fue tragada por el mar. Comentando la teoría de Platón escribió:

...Es evidente que una isla tan grande como aquélla existió, según lo dicho por algunos historiadores acerca del mar exterior. Según ellos, en dicho mar existían siete islas consagradas a Persépona y otras tres de gran tamaño, una de las cuales fue consagrada a Pluto, otra a Amón y otra a Poseidón. Esta última tenía una extensión de mil estadios. Dicen también que los habitantes de esta isla consagrada a Poseidón conservan la memoria de sus antecesores y de la isla atlántica que existió allí y que era realmente maravillosa y que había dominado durante siglos todas las islas del océano Atlántico. También fue consagrada a Poseidón...

En La Odisea, Hornero (siglo VIII a.C.) pone estas palabras en boca de la diosa Atenea: "Nuestro padre, hijo de Cronos, preclaro gobernante... mi corazón está destrozado por el sabio Odiseo, hombre desgraciado, que abandonó hace tanto tiempo a sus amigos y que vive tristemente en una isla situada en el centro mismo del mar. En esta isla boscosa habita una diosa, hija del habilidoso Atlas, que conoce la profundidad de cada mar y conserva los altos pilares que separan el cielo de la tierra..."

La referencia a Atlas y Orónos resulta especialmente interesante, en relación a la "isla situada en el centro mismo del mar". Hornero sigue hablando del barco de Odiseo que alcanzó "el límite del mundo. Allí se hallan los territorios y la ciudad de los Kimerioi, envuelta en brumas y nubes..."

En La Odisea, el poeta griego hace referencia a Esqueria, una isla situada muy lejos, en el océano, donde los feacios "viven aparte, muy lejos, sobre la inconmensurable profundidad y en medio de las olas -los más remotos entre los hombres... ". También describe la ciudad de Alanco, atribuyéndole una profusión de riqueza y magnificencia que recuerda la descripción platónica de la Atlántida. Aunque los nombres son distintos, esta poderosa isla de Esqueria es otro indicio del recuerdo de una isla-continente situada más allá de las Columnas de Hércules, en el océano occidental.

Puesto que, según Platón, su información básica acerca de la Atlántida provenía de fuentes egipcias, cabe imaginar que otros documentos, en forma de papiros, deberían hacer referencia también a la isla sumergida. En este sentido se han interpretado algunas alusiones que aparecen en documentos antiguos. Por ejemplo, cuando se habla del "reino de los dioses", miles de años antes de las primeras dinastías egipcias.

Además, el sacerdote e historiador Manetho nos ilustra sobre la época aproximada en que los egipcios cambiaron su calendario y coincide con el mismo período en que según Platón se habría producido el hundimiento de la Atlántida, hace 11.500 años. Se cree que en el museo de San Petersburgo existían, antes de la revolución rusa, otros documentos egipcios "perdidos".

Se dice que existía un documento particularmente misterioso en el que se relataba una expedición que había enviado un faraón de la segunda dinastía a investigar lo que había ocurrido con la Atlántida y a descubrir si quedaban restos de ella. Se afirmaba que había regresado al cabo de cinco años, sin haber cumplido su misión, cosa que resulta comprensible. Hay también documentos egipcios que hablan de invasiones de "pueblos del mar" que llegaron "desde los confines del mundo", ilustrados con pinturas murales monumentales que todavía pueden verse en Medinet-El Fayum.

Aunque la mayoría de los pergaminos egipcios debieron resultar quemados en la destrucción de la biblioteca de Alejandría, es posible que existan otros documentos escritos, enterrados en alguna tumba todavía no descubierta y que se mantengan en buen estado de conservación, gracias al clima seco que reina en Egipto.

El historiador griego Heródoto (siglo V a.C.) nos ha dejado referencias diversas respecto a un nombre similar al de Atlántida y a una ciudad misteriosa situada en el océano Atlántico que algunos han considerado como una colonia de la Atlántida o incluso como la Atlántida misma:

"Los primeros griegos que realizaron largos viajes -escribe Heródoto-, estaban familiarizados con Iberia (España) y con una ciudad llamada Tartesos, "... más allá de las Columnas de Hércules..." a la vuelta de la cual los primeros comerciantes "obtuvieron un beneficio mayor que el conseguido por griego alguno antes..." (Esto último tiene un tono curiosamente moderno, relacionando los milenios de la remota antigüedad con las flotas mercantes de Níarcos y Onassis.)

En otro pasaje de sus obras, Heródoto habla de una tribu llamada Atarantes y también de otra, los Atlantes, "... que toman su nombre de una montaña llamada Atlas, muy puntiaguda y redonda, tan soberbia, además, que, según se dice, la cumbre nunca puede verse, porque las nubes jamás la abandonan, ni en verano ni en invierno...".

Heródoto se sentía interesado tanto en la historia antigua como contemporánea y creía que el Atlántico había penetrado en la cuenca mediterránea como consecuencia de un terremoto que había hecho

desaparecer el istmo que era entonces el estrecho de Gibraltar. Luego de hallar fósiles de conchas marinas en las colinas de Egipto también especuló acerca de la posibilidad de que parte de la tierra que en otro tiempo había sido tierra firme hubiera acabado en el mar y, a la inversa, algunos territorios hubieran emergido de las profundidades oceánicas.

En Las Guerras del Peloponeso Tucídides (460-400 a.C.), refiriéndose a los terremotos escribió:

... En Orobriari, Eubea, al retirarse el mar de lo que era entonces la línea de la costa y levantarse formando una enorme ala, cubrió una parte de la ciudad y luego se retiró en algunos lugares. Pero en otros la inundación fue permanente y lo que antes era tierra hoy es mar. La gente que no pudo escapar a las tierras altas, pereció. En los alrededores de Atalante, una isla de la costa de Opuntian Locri, se produjo una inundación similar...

El historiador griego Timágenes, (siglo I a.C.) comentando acerca de los pobladores de la antigua Galia, pensaba que provenían de una tierra remota en el medio del océano.

Un manuscrito llamado Acerca del Mundo, atribuido a Aristóteles, nos da la siguiente evidencia de que entonces se creía en la existencia de otros continentes:

...Pero hay probablemente muchos otros continentes, que están separados del nuestro por el mar, el cual debemos cruzar para llegar hasta ellos. Algunos son grandes y otros más pequeños, pero todos nos resultan invisibles, salvo el nuestro. Porque todas las islas se relacionan con nuestro mar, de la misma forma en que el mundo habitado tiene relación con el Atlántico y muchos otros continentes con el océano todo, porque son islas rodeadas por el mar...

El siguiente escrito de Apolodoro (siglo II a.C.), en La Biblioteca contiene una desusada referencia a las Pléyades:

...Atlas y Pleyone, hija de Océano, tuvieron 7 hijas llamadas Pléyades, que nacieron en Arcadia: Alcione, Celena, Electra, Esterope, Taigeta y Maya..., y Poseidón tuvo relaciones sexuales con dos de ellas, primero con Celena, que engendró a Lykos, a quien Poseidón hizo vivir en las islas de Blest, y luego con

Alcione... Al referirse a las islas de Blest, en el Atlántico, Plutarco habla de brisas suaves, tenues rocíos y habitantes "que pueden gozar de todas las cosas sin perturbaciones ni trabajos". Las estaciones son "templadas" y las transiciones "tan moderadas" que se cree firmemente, incluso entre los bárbaros, que éste es el lugar de los bienaventurados y éstos son los Campos Elíseos celebrados por Hornero...

Diodoro Sículo (el siciliano, siglo I a.C.) describe con bastante detalle la guerra entre las Amazonas y un pueblo llamado atlantioi. En este caso, las Amazonas provenían de una isla de Occidente llamada Héspera, que sitúa en el pantano de Tritonis "cerca del océano que rodea la tierra" y de la montaña "llamada

Atlas por los griegos..." Dice además: "...Se cuenta también la historia de que el pantano Tritonis desapareció durante un terremoto, cuando algunas partes de él que se extendían hacia el océano quedaron divididas en dos..."

Diodoro cita además el mito de los atlantioi:

...El reino estaba dividido entre los hijos de Urano, entre los cuales Atlas y Cronos eran los más renombrados. Atlas recibió las regiones de la costa del océano y no sólo dio el nombre de atlantioi a sus pueblos, sino que llamó Atlas a la montaña más grande de la región. Se dice también que perfeccionó la ciencia de la astrología y fue el primero en dar a conocer a la Humanidad la doctrina de la esfera y fue por esta razón por la que se pensó que los cielos todos se apoyaban en las espaldas de Atlas...

Diodoro habla de las hijas de Atlas y Apolodoro y dice que "...yacieron con los más famosos héroes y dioses y se convirtieron así en los primeros antepasados de la mayor parte de la raza... Estas hijas se distingúan también por su castidad y después de su muerte merecieron honores inmortales entre los hombres, quienes les dieron un trono en los cielos y las llamaron Pléyades..."

Además ofrece una amable descripción de la isla atlántica:

...Porque frente a Libia, muy lejos, hay una isla de gran tamaño, y como se encuentra en el océano, está a una distancia de varios días de navegación de Libia, hacia Occidente. Su tierra es fértil, montañosa en gran parte y en otra no pequeña, llana y de gran belleza. A través de ella fluyen ríos navegables que son utilizados para la irrigación y encierra muchos lugares plantados con árboles de todas las variedades e innumerables jardines atravesados por arroyos de agua dulce; hay en ella también villas privadas muy costosas y en medio de los jardines, rodeadas de flores, se han construido casas de banquetes en las que los habitantes pasan el tiempo de verano... Hay también excelente caza, de toda clase de animales y bestias salvajes... Y hablando en términos generales, el clima de la isla es tan suave que produce en abundancia frutos de los árboles y otros propios de las distintas estaciones del año, de manera que parecería que la isla, debido a su felicidad excepcional, es residencia de dioses y no de hombres...

Teopompo (siglo IV a.C.) relata una conversación entre el rey Midas y un hombre llamado Sueños, en que se describe un gran continente poblado por tribus guerreras, una de las cuales había intentado conquistar el "mundo civilizado". (El valor comparativo de esta fuente disminuye un tanto por el hecho de que Silenos era un sátiro a quien el rey Midas capturó, emborrachándolo con vino griego.)

Tertuliano (160-240 d.C.) se refiere al hundimiento de la Atlántida al discutir los cambios ocurridos en la Tierra, "... que, incluso ahora, ...está sufriendo transformaciones locales, ...cuando entre sus islas no está ya Délos ... Samos es un montón de arena, ...cuando, en el Atlántico, se busca en vano la isla que era igual en tamaño a Libia o Asia, cuando ...el costado de Italia, cortado en

medio por el choque estremecedor de los mares Asiático y Tirreno, deja a Sicilia como sus reliquias..."

La referencia a la apertura de los estrechos de Sicilia es comentada también por Filón el Judío (20 a.C.-40 d.C.) quien escribe:

Considérese cuántos territorios del continente han sido cubiertos por las aguas, no sólo los que se hallaban cerca de la costa, sino también los que se encontraban en el interior, y piénsese en la gran porción que se ha convertido en mar y ahora es surcada por innumerables barcos. ¿Quién no conoce el más sagrado estrecho siciliano, que en épocas antiguas unía Sicilia al continente de Italia?

Luego cita tres ciudades griegas que yacen en el fondo del mar: Aigara, Boura y Helike (Helike es ahora buscada mediante modernos métodos arqueológicos cerca de la actual ciudad de Corinto) y concluye con una referencia a "la isla de Atlantes que, como decía Platón... fue lanzada al fondo del mar en un día y una noche, como consecuencia de un terremoto y una inundación extraordinarios".

Arnobio el africano (siglo III d.C.), un miembro de la primitiva comunidad cristiana, se queja de que ellos eran culpados de todo y pregunta:

¿Fuimos acaso nosotros culpables de que hace diez mil años escaparan una gran cantidad de hombres de la isla llamada Atlántida o Neptuno, como nos dice Platón, y arruinaron y eliminaron a innumerables tribus?

Aeliano (Claudius Aelianus, siglo III d.C.) un escritor clásico, hace una alusión muy desusada a la Atlántida en su obra La Naturaleza de los Animales. Al hablar de los "carneros del mar" (que al parecer eran focas) dice que

"...invernán en los alrededores del estrecho que separa Córcega de Cerdeña... el carnero macho tiene alrededor de la frente una cinta blanca. Se diría que se asemeja a la diadema de Lisímaco o Antígono o de algún otro rey macedonio.

Los habitantes de las costas del océano dicen que en épocas anteriores los reyes de la Atlántida, que descendían de Poseidón, utilizaban en sus cabezas, como signo de poder, la banda blanca de los carneros machos, y que sus esposas, las reinas, utilizaban como signo de poder las bandas blancas de los carneros hembras..."

Esta cita de Aeliano, que ha llegado hasta nosotros a través de los siglos, no como descripción de la Atlántida sino como una nota casual acerca de los adornos usados en la cabeza por los reyes de los atlantes, presta cierto crédito a la creencia, generalmente aceptada en la época clásica, de la existencia de la Atlántida en un período anterior.

Otro cristiano de la Antigüedad, Cosmas Indico pleustes (siglo VI d.C.) parece anticipar en varios siglos la pretensión de los rusos de que "nosotros lo inventamos primero" cuando dice que Platón "expresó puntos de vista similares a los nuestros, con ciertas modificaciones... Menciona las diez generaciones y

también la tierra sumergida en el océano. Y en una palabra, es evidente que todos tomaron sus ideas de Moisés y repitieron sus palabras como si fueran propias..."

Aparentemente, Cosmas pensaba en las referencias bíblicas a las generaciones anteriores a la gran inundación que destruyó el pueblo de la tierra debido a su maldad. Pero la referencia bíblica a una inundación es sólo una pequeña parte de una leyenda común a los pueblos de todo el mundo, con excepción de la Polinesia.

La Atlántida: un recuerdo persistente

La tradición de la gran inundación, tal como aparece en el Génesis, es común a los babilonios, persas, egipcios, a las ciudades-estado de Asia Menor, Grecia e Italia y a otras situadas en torno al Mediterráneo y al Mar Caspio, en el Golfo Pérsico e incluso en la India y China.

Resulta verosímil que los relatos sobre una gran inundación y sobre la supervivencia de seres elegidos por Dios o los dioses para continuar la civilización mediante la construcción de un barco de salvamento antes de la irrupción de las aguas se difundieran por Asia a lo largo de las grandes rutas caravanas. Más difícil resultaría, sin embargo, explicar la similitud entre las antiguas leyendas célticas y noruegas. Pero, ¿cómo explicar que los indios americanos del Nuevo Mundo tengan sus propias leyendas, completas y análogas, sobre la inundación, en las que se afirma frecuentemente que su salvación se debió a que llegaron a sus nuevas tierras navegando desde Oriente?

De ahí que, al estudiar estas leyendas, surge un hecho evidente y extraordinario: todas las razas parecen contar la misma historia. Es concebible que los pueblos mediterráneos hayan conservado una tradición acerca de un desastre común, pero ¿cómo habrían llegado los indios de los continentes americanos a conocerla y a poseer leyendas casi idénticas? Por ejemplo, según los antiguos documentos aztecas, escritos en jeroglíficos, el Noé de los cataclismos mexicanos fue Coxcox, también llamado Teocipactli, o Tezpi. El y su mujer se salvaron en un bote o balsa fabricado con madera de ciprés. Se han descubierto pinturas que narran el diluvio de Coxcox entre los aztecas, mixtecas, zapotecas, tlascalanos y otros pueblos. La tradición de estos últimos muestra coincidencias todavía más asombrosas con la historia que conocemos a través del Génesis y de fuentes caldeas. Cuenta cómo Tezpi y su mujer se embarcaron en un espacioso navío, junto a diversos animales y con un cargamento de granos cuya conservación era esencial para la supervivencia de la raza humana. Cuando el gran dios Tezcatlipoca dispuso el retiro de las aguas, Tezpi mandó un buitre volando desde la balsa y el ave, que se alimentó de los cadáveres con que estaba cubierta la tierra, no regresó. Tezpi envió a otros pájaros y el único que volvió fue el colibrí, que trajo una rama muy frondosa en su pico.

Viendo entonces que el campo comenzaba a cubrirse de vegetación, dejó su balsa en la montaña de Colhuacán.

El Popol Vuh es una crónica maya-quiché escrita en jeroglíficos mayas. El original fue quemado por los españoles en la época de la conquista, pero luego el texto fue transcrita de memoria al alfabeto latino. Esta leyenda maya dice:

"Luego las aguas fueron agitadas por voluntad del Corazón del Cielo (Hurakán) y una gran inundación se abatió sobre las cabezas de estas criaturas..."

Quedaron sumergidas, y desde el cielo cayó una sustancia espesa como resina... la faz de la Tierra se oscureció y se desencadenó una lluvia torrencial que siguió cayendo día y noche... Se escuchó un gran ruido sobre sus cabezas, un estruendo como producido por el fuego. Luego se vio a hombres que corrían y se empujaban, desesperados, querían trepar sobre sus casas y las casas caían a tierra dando tumbos, trataban de subir a las grutas (cavernas) y las grutas se cerraban ante ellos... Agua y fuego contribuyeron a la ruina universal, en la época del último gran cataclismo que precedió a la cuarta creación..."

Los primeros exploradores de América del Norte consiguieron transcribir la siguiente leyenda de las tribus indígenas que vivían en torno a los grandes lagos: "En épocas pasadas, el padre de las tribus indígenas vivía en dirección al sol naciente. Cuando le advirtieron en un sueño que iba a desencadenarse un diluvio sobre la tierra, construyó una balsa, en la que se salvó junto a su familia y todos los animales. Estuvo flotando de esta manera durante varios meses. Los animales, que en esa época podían hablar, se quejaban abiertamente y murmuraban contra él. Por fin apareció una nueva tierra, en la que desembarcó con todos los animales, que desde aquel momento perdieron el habla, como castigo por sus murmuraciones contra su salvador".

Uno de los mitos de los hopi describe una tierra en la que existían grandes ciudades y en la que florecían las artes. Pero, cuando las gentes se corrompieron y se volvieron belicosas, una gran inundación destruyó el mundo.

"La tierra fue batida por olas más altas que las montañas, los continentes se partieron y se hundieron bajo los mares".

La tradición de los iroqueses sostiene que el mundo fue destruido una vez por el agua y que solamente se salvaron una familia y dos animales de cada especie.

Los indios chibchas, de Colombia, conservan una leyenda según la cual el diluvio fue causado por el dios Chibchacun, a quien Bochica, el principal dios y maestro civilizador, castigó obligándole a llevar para siempre la tierra sobre las espaldas. Los chibchas dicen también que los terremotos se producen cuando Chibchacun pierde el equilibrio. (En la leyenda griega, Atlas soportaba sobre sus espaldas el peso del cielo y ocasionalmente también el del mundo.) En la leyenda chibcha sobre la inundación existe otra notable analogía con la leyenda griega. Con el fin de liberarse de las aguas que inundaron la tierra después del diluvio, Bochica abrió un agujero en la tierra, en Tequendama, algo semejante a lo que ocurrió con las aguas de la inundación de la leyenda griega, que desaparecieron por el orificio de Bambice.

Estas leyendas son en general tan similares a las nuestras, que resulta difícil pensar que eran habituales antes de la llegada del hombre blanco al Nuevo Mundo. Los invasores españoles del Perú descubrieron que la mayoría de los habitantes del imperio inca creían que había habido una gran inundación, en la que perecieron todos los hombres, con excepción de algunos a quienes el Creador salvó especialmente para repoblar el mundo.

Una leyenda inca acerca de uno de esos sobrevivientes señala que conoció la proximidad de la inundación al observar que sus rebaños de llamas miraban hacia el cielo fijamente y con gran tristeza. Avisado por estas señales, pudo trepar a una alta montaña, donde él y su familia se pusieron a salvo de las aguas. Otra leyenda inca afirma que la duración de las lluvias fue de sesenta días y sesenta noches, es decir, veinte más que los que se mencionan en la Biblia.

En la costa oriental de Sudamérica, los indios guaraníes conservan una leyenda que dice que, al comenzar las lluvias que habrían de cubrir la tierra, Tamenderé permaneció en el valle, en lugar de subir a la montaña con sus compañeros. Cuando se elevó el nivel de las aguas, trepó a una palmera y se dedicó a comer fruta mientras esperaba. Pero las aguas siguieron subiendo, la palmera fue arrancada de raíz y él y su familia navegaron sobre ella mientras la tierra, el bosque y finalmente las montañas desaparecían. Dios detuvo las aguas cuando tocaron el cielo y Tamenderé, que ahora había flotado hasta la cumbre de una montaña, descendió al escuchar el ruido de las alas de un pájaro celestial, señal de que las aguas se estaban retirando y comenzó a repoblar la tierra.

Los Noés del Mediterráneo, de Europa y del Oriente Medio nos son más conocidos, gracias a documentos escritos. Por ejemplo, Ut-Napshtim, de Babilonia; Baisbasbate, el sobreviviente de la inundación de que se habla en el Mahabarata, de la India; Yima, de la leyenda persa, y Deucalión, de la mitología griega, que repoblaron la tierra arrojando piedras que se convirtieron en hombres. Aparentemente, no hubo un solo Noé sino muchos, cada uno de los cuales, según la tradición, ignoraba la existencia de los otros.

En todos estos casos, la razón por la que se produjo el diluvio es casi siempre la misma: la Humanidad se tornó malvada y Dios decidió destruirla. Pero, al mismo tiempo, resolvió que una buena pareja o una familia volvieran a empezar.

Este recuerdo común acerca del gran diluvio sería sin duda compartido por los pueblos de ambos lados del Atlántico, si la Atlántida se hubiese hundido en la catástrofe descrita por Platón. No sólo habrían crecido las mareas en el mundo entero, sino que las tierras bajas habrían quedado sumergidas y las tormentas, tempestades, vientos desatados y terremotos habrían llevado a los observadores a creer que estaba llegando realmente el fin del mundo. Y el capítulo séptimo del Génesis ofrece un testimonio particularmente vivido del fenómeno conjunto del incremento del nivel del agua y las lluvias: "El mismo día se rompieron todas las fuentes de la gran profundidad y se abrieron las ventanas del cielo..."

Estas leyendas compartidas por tantos pueblos, acerca de una gran inundación podrían aludir al hundimiento de la Atlántida o al desbordamiento del Mediterráneo, o tal vez a ambos. Sin embargo, además de esas tradiciones comunes, debemos tener en cuenta la cuestión del nombre mismo, es decir, los nombres que se atribuyen al paraíso terrenal o al lugar de origen de la nación o tribu, que resultan especialmente asombrosos en las tradiciones de los indios de América del Norte y del Sur, como hemos visto en los casos de Aztlán y Atlán, Tollán y muy notables al otro lado del Atlántico. Allí encontramos la similitud de los nombres de las tierras perdidas, como Avalon, Lyonesse, Ys, Antilla, la isla atlántica de las siete ciudades y en el antiguo Mediterráneo, Atlántida, Atalanta, Atarant, Atlas, Auru, Aalu y otras que hemos detallado en el capítulo I. Todas estas leyendas se refieren a un territorio hundido bajo el mar.

Reviste gran importancia la consideración de que incluso algunas de esas razas conservan tradiciones en las que se afirma que son descendientes de los atlantes o al menos que sus antecesores se vieron culturalmente influídos por ellos. Esto es así especialmente en el caso de los vascos del Norte de España y de la Francia sudoccidental, cuyas lenguas no guardan relación con las demás lenguas europeas. Los bereberes todavía conservan tradiciones acerca de un continente situado en Occidente y su lenguaje tiene ciertas similitudes con el vasco.

En Brasil, Portugal y en parte de España, está muy extendida la creencia acerca de la existencia de la Atlántida, lo que resulta lógico cuando uno piensa que, si la isla-continente verdaderamente existió, la parte occidental de la Península Ibérica fue la zona de Europa más cercana a ella.

La Atlántida, de Jacinto Verdaguer, publicada en 1878, largo poema que se ha convertido en uno de los clásicos catalanes, es sólo una de las numerosas creaciones literarias de autores que se consideran directa o indirectamente descendientes del continente perdido.

Tiene cierto encanto, por ejemplo, leer en un periódico portugués de nuestros días que el Jefe del Estado ha hecho una visita a "os vestigios da Atlántida" (los vestigios de la Atlántida). Con ello se alude, naturalmente, a las islas Azores. En las Azores existen tradiciones acerca de la isla-continente, pero, sin duda, fueron transmitidas por los portugueses, que encontraron las Azores deshabitadas. Los habitantes de las islas Canarias eran una raza blanca primitiva, como señalaron los primeros exploradores españoles -que conocían la escritura- y que contaban con tradiciones que les señalaban como sobrevivientes de un imperio isleño anterior. Su supervivencia concluyó con su redescubrimiento, ya que fueron exterminados en una serie de guerras con los invasores españoles. A consecuencia de ello se ha perdido lo que podría haber sido un fascinante y tal vez único vínculo directo entre la Atlántida y nuestra época.

Los pueblos celtas del oeste de Francia, Irlanda y Gales guardan recuerdos de antiguos contactos con las gentes de las tierras del mar. En Bretaña existen

muy antiguas "avenidas" de menhires, colosales piedras verticales que descienden hasta el borde del Atlántico y continúan bajo el mar. Si bien ni siquiera los más entusiastas "atlantólogos" han sugerido que estos "caminos" submarinos pueden conducir a la Atlántida, lo más probable es que realmente llevasen a los campamentos galos cercanos a la costa y que ahora están sumergidos, ya que la costa francesa ha retrocedido considerablemente desde que fue colonizada. Sin embargo, en un sentido espiritual, podríamos tener razón al considerar que esos caminos llevan, efectivamente, a la Atlántida, ya que señalan una dirección que nos conduce a un lugar que existe en el recuerdo y llaman nuestra atención sobre los territorios perdidos bajo el mar.

Por los conocimientos de que disponemos ahora, los fenicios, a quienes algunos especialistas consideran sobrevivientes de la Atlántida, y sus descendientes los cartagineses fueron los únicos antiguos navegantes que se adentraron en el Atlántico, más allá de Gibraltar. Aquellos marinos tuvieron grandes dificultades para mantener en secreto sus provechosas rutas comerciales y para impedir que los romanos y otros posibles competidores "interfirieran" en su tráfico. Se sentían muy deseosos de perpetuar la referencia platónica a que el mar no era navegable y resultaba impenetrable en aquellos lugares "porque hay una gran cantidad de barro en la superficie, provocado por los residuos de la Isla..."

Según el poeta Avieno, el almirante cartaginés Himilco hizo la siguiente descripción de un viaje que llevó a cabo por el Atlántico en el año 500 a.C.:

Tan muerto es el perezoso viento de este tranquilo mar, que no hay brisa que impulse el barco... entre las olas hay muchas algas, que retienen el barco como si fuesen arbustos... el mar no es muy profundo y la superficie de la tierra está apenas cubierta por un poco de agua... los monstruos marinos se mueven continuamente hacia atrás y hacia adelante y hay algunos monstruos feroces, que nadan entre los navíos que se deslizan lentamente...

Otro de los documentos de la Antigüedad relacionado con la Atlántida es la Descripción de Grecia, de Pausanias, donde cita a Eufemio, el cariano (fenicio). Como podrá verse, el informe de Eufemio previene contra cualquier viaje por el Atlántico, pero especialmente hace la advertencia de que las mujeres no debían hacerlo de ninguna manera:

En un viaje a Italia fue desviado de su curso por los vientos y llevado mar adentro, más allá de las rutas de los pescadores. Afirmó que había muchas islas deshabitadas, mientras en otras vivían hombres salvajes... Las islas eran llamadas Satirides por los marineros y los habitantes eran pelirrojos y lucían colas que no eran mucho menores que las de los caballos. En cuanto avistaron a sus visitantes, corrieron hacia ellos sin lanzar un grito y atacaron a las mujeres del barco. Finalmente, los marineros, temerosos, lanzaron a la costa a una mujer extranjera. Los sátiros la ultrajaron, no sólo de la manera usual, sino también en la forma más horrorosa...

Otro asombroso incidente contribuyó a disuadir a los investigadores griegos del océano: después de conquistar Tiro, en Fenicia, Alejandro Magno envió una

flota al océano, para llevar a cabo la posible conquista de otras ciudades o colonias fenicias que pudieran hallarse más allá del Mediterráneo. La flota se adentró en el océano... y no se volvió a saber de ella.

Los cartagineses hicieron todo lo posible por mantener en secreto sus rutas comerciales del Atlántico, ante griegos y egipcios, pero especialmente ante los romanos. Cuando ya no bastaron las leyendas acerca de los monstruos para impedir la competencia, recurrieron a menudo a medidas más resolutivas. La historia nos relata incidentes en que los barcos cartagineses eran deliberadamente hundidos, para no revelar su destino, cuando los barcos romanos los seguían más allá de Gibraltar.

Entre las tierras que frecuentaron estos antiguos marinos en el Atlántico figuró, según informa Aristóteles, la isla de Antilla, que tenía un nombre similar al de Atlántida. Los cartagineses tenían tal afán de mantener el secreto sobre su existencia, que la sola mención de su nombre fue castigada con la pena de muerte. Se cree que conquistaron Tartessos, una rica y civilizada ciudad de la costa occidental de España, cerca de la desembocadura del Guadalquivir, que era tal vez la Tarshish mencionada en la Biblia por Ezequiel, quien dijo "Tarshish fue vuestro comerciante, en razón de la multitud de toda clase de riquezas; con plata, hierro, estaño y plomo que ofrecían en vuestras ferias..." En todo caso, Tartessos y su cultura desaparecieron en el siglo VI a.C. Si como se ha sugerido fue una colonia de la Atlántida, su destrucción significa la pérdida de otro posible vínculo con la isla sumergida y sus memorias, ya que, según se dice, conservaba documentos escritos de una antigüedad de seis mil años.

Los mitos acerca de los territorios e islas desaparecidas que cultivaron los pueblos que poblaban las costas del Atlántico oriental hacen referencia a lugares con nombres que suelen evocar recuerdos de la Atlántida, como es el caso de Avalon, Lyonesse, Antilla y otros muy distintos, como la isla de san Brandan y el Brasil. En otros casos se les describe simplemente como "la isla verde bajo las olas".

Hasta tal punto creyeron los irlandeses en la existencia de la isla de san Brandan, que enviaron media docena de expediciones a buscarla durante la Edad Media y se firmaron acuerdos por escrito determinando su división, una vez que hubiere sido hallada.

Antilla, que es el mismo nombre -si no la misma isla- que los cartagineses con tanto afán procuraron mantener en secreto, fue considerada por los pueblos hispánicos como el lugar de refugio durante la conquista de España por los árabes. Se cree que los refugiados que escapaban de ellos navegaron hacia Occidente, conducidos por un obispo, y llegaron sanos y salvos hasta Antilla, donde construyeron siete ciudades. En los antiguos mapas se la sitúa generalmente en el centro del Océano Atlántico.

Los esfuerzos de fenicios y cartagineses por cerrar el Atlántico a otros pueblos marineros dieron como resultado la perpetuación de la idea de que el Atlántico era un mar condenado. Sin embargo, la Humanidad nunca olvidó las Islas Afortunadas y otros territorios perdidos. En los mapas anteriores a Colón

aparecen una y otra vez, ya sea cerca de España o en el borde occidental del mundo: Atlántida, Antilla, las Hespérides y las "otras islas". Como dijo Platón, "y desde las islas se podría pasar hacia el continente opuesto, qué bordea el verdadero océano".

Mientras la Humanidad recuerda la Atlántida a través de las leyendas, algunos animales, pájaros y criaturas marinas parecen haber conservado también un recuerdo instintivo de la isla continente. El leming, un roedor noruego, se conduce de una manera muy curiosa. Cada vez que se produce un exceso en la población de estos animales y por consiguiente se produce un problema de escasez de alimentos, se reúnen en manadas y se precipitan a través del país, cruzando los ríos que encuentran en el camino, hasta que llegan al mar. Luego, penetran en el agua y nadan hacia Occidente, hasta que todos se ahogan. Las leyendas confirman lo que los atlantólogos sugerirían: que la manada de turones trata de nadar hacia un territorio que solía encontrarse hacia Occidente y donde podían encontrar comida cuando se les agotaban las provisiones locales.

En las bandadas de aves migratorias que procedentes de Europa, cruzan anualmente el océano en dirección a Sudamérica se ha observado un comportamiento aún más notable, motivado tal vez por un instinto conservado en la memoria. Al aproximarse a las Azores, las aves comienzan a volar en grandes círculos concéntricos, como si buscasen un territorio donde descansar.

Cuando no lo encuentran, prosiguen su camino. Más tarde, en el viaje de regreso repiten la maniobra.

No ha podido establecerse si los pájaros buscan tierra o comida. El aspecto más interesante de este hecho es que el hombre atribuye a las aves su propia convicción, lo que es sin duda una actitud muy imaginativa, digna de la época de la leyenda, cuando hombres y animales intercambiaban sus pensamientos mediante el habla.

Hay otra muestra de memoria animal que resulta aún más sorprendente, aunque no constituye una prueba definitiva. Es la relativa al ciclo vital de las anguilas europeas. Aunque resulte extraño, Aristóteles, tan escéptico frente al relato de Platón sobre la Atlántida, aparece envuelto en esta cuestión que a menudo se citaba como demostración de la existencia de la isla sumergida.

Aristóteles, interesado como estaba en todos los fenómenos naturales, fue el primer naturalista que se sabe que planteó el problema de la multiplicación de las anguilas. ¿Dónde se reproducen? Aparentemente, en algún lugar situado en el mar, ya que abandonan sus estanques, arroyos y ríos cada dos años y nadan a lo largo de los grandes ríos que desembocan en el mar. Esto era todo lo que se sabía acerca del lugar en que se reproducían las anguilas, desde que Aristóteles planteó la cuestión, hace más de dos mil años. No se pudo llegar a determinar el lugar hasta hace veinte años, y resultó ser el Mar de los Sargazos, una masa de agua llena de algas, situada en el Atlántico Norte, que rodea las Bermudas y que tiene una extensión equivalente aproximadamente a la mitad de los Estados Unidos.

La travesía de las anguilas, bajo la forma de un enorme cardumen migratorio, ha podido conocerse con exactitud gracias al vuelo de las gaviotas que lo siguen y a los tiburones que nadan junto a él y que se alimentan de anguilas a medida que la migración se hace mayor. El cardumen tarda más de cuatro meses en cruzar el Atlántico. Después de desovar en el Mar de los Sargazos, a una profundidad de más de 500 metros, las anguilas hembras mueren y las jóvenes emprenden el viaje de regreso a Europa, donde permanecen durante dos años, para luego volver a repetir el fenómeno.

Se ha sugerido que esta migración de las anguilas podría tener una explicación en el instinto de desove que las mueve a retornar a su hogar ancestral, que tal vez era la desembocadura de un gran río que fluía a través de la Atlántida hasta llegar al mar, como el Mississippi en su travesía por los Estados Unidos.

Dicho instinto podría compararse en cuanto a su dificultad con el del salmón de Alaska, que debe remontar los ríos contra la corriente, sorteando represas, ya que la anguila debe seguir el curso de un río que ya no existe y que alguna vez fluyó a través de un continente que se hundió hace miles de años.

Muchos han dicho que el Mar de los Sargazos constituía el emplazamiento de la Atlántida o el mar que se hallaba al Occidente de la isla sumergida. Un estudio del fondo de dicho mar podría demostrar válida una de las dos teorías, ya que una parte de los Sargazos cubre las enormes profundidades de las llanuras abisales de Hattaras y Nares, mientras otra se extiende sobre el promontorio de las Bermudas, con sus islas y montañas marinas.

Los fenicios y cartagineses contaban que ciertas algas marinas del Atlántico se desarrollaban de tal manera que entorpecían el uso de los remos de las galeras y retenían a los barcos. Si hacían referencia al actual Mar de los Sargazos, no hay duda que eran capaces de navegar durante largas distancias. Sin embargo, las algas de este mar no son lo bastante densas como para retener un barco y parece, pues, que los fenicios hubieran inventado semejante historia como otro recurso para disuadir a sus competidores.

Sea que las algas del Mar de los Sargazos constituyan restos de la vegetación sumergida de la Atlántida o no, lo cierto es que dicho mar en sí mismo, y sobre todo su ubicación, son temas fascinantes para la especulación.

Hacia el abismo del Océano

Si queremos determinar con certeza si la Atlántida existió alguna vez, ¿por qué no examinar hasta donde nos sea posible el fondo del océano, cerca del lugar donde se supone que se hundió la isla-continent?

Donnelly, que contribuyó no poco a que renaciera el interés popular por la Atlántida, desde 1880 hasta nuestros días, escribió un informe acerca de los sondeos marinos de su época, en el contexto de lo que le sugería su propio estudio sobre el problema de la Atlántida. Supo expresar sus puntos de vista con una fuerza y convicción que no dejaron lugar a dudas:

Supongamos que hallamos frente al Mediterráneo y en medio del Atlántico, en las proximidades de las Azores, los restos de una inmensa isla sumergida, de 1600 kilómetros de anchura y 3200 o 4800 de longitud ¿No significaría eso la confirmación de las afirmaciones de Platón de que más allá del estrecho donde se encuentran las Columnas de Hércules existía una isla mayor que Asia (Menor) y Libia juntas, llamadas Atlántida? Y supongamos que descubrimos que las Azores eran las cumbres de las montañas de esta isla sumergida, destrozadas y partidas por terribles convulsiones volcánicas, que alrededor de ellas y en dirección al mar encontrásemos grandes capas de lava y que toda la superficie de la tierra hundida estuviese cubierta por miles de kilómetros de restos volcánicos, ¿No nos veríamos entonces obligados a confesar que todos esos hechos eran pruebas muy consistentes de la veracidad de la afirmación de Platón de que "durante un día y una noche fatales acaecieron fortísimos terremotos e inundaciones que hicieron desaparecer aquel vigoroso pueblo? La Atlántida desapareció bajo el mar y luego el océano se hizo inaccesible, debido a la cantidad de lodo que quedó en lugar de la isla".

Todo esto ha sido demostrado en forma concluyente por las últimas investigaciones. Barcos de distintas nacionalidades han efectuado sondeos a gran profundidad: el Dolphin, de Estados Unidos, la Grazelle, una fragata alemana y los británicos Hydra, Porcupine y Challenger han trazado el mapa del fondo del Atlántico y el resultado ha sido la revelación de un gran promontorio, que se extiende desde un punto en la costa de las islas británicas hacia el Sur, hasta las costas de Sudamérica, hasta Cape Orange, luego hacia el Sudeste, hasta las playas de África y por fin hacia el Sudoeste, hasta Tristán de Acuña... La tierra sumergida... se eleva a unos tres mil metros desde las grandes profundidades atlánticas que la rodean, y en las Azores, en las Rocas de San Pablo, la Ascensión y Tristán de Acuña alcanza hasta la superficie del Océano...

He aquí, pues, la columna vertebral del antiguo continente que alguna vez ocupó la totalidad del océano Atlántico y desde cuyas orillas se construyeron Europa y América. Las zonas más profundas de este mar, que alcanzan unas 3500 brazas, son las áreas que se hundieron antes; a saber, las llanuras al Este y al Oeste de la cadena montañosa central; algunas de las más altas cimas de esta cordillera, como las Azores, San Pablo, La Ascensión, y Tristán de Acuña, están aún sobre el nivel del mar, mientras que la gran masa de la Atlántida yace a una profundidad de unos centenares de brazas de agua. En esta cadena de montañas vemos la senda que alguna vez existió entre el Nuevo y el Viejo Mundo, a través del cual se trasladaban de un continente a otro las plantas y los animales y que sirvió también para que los hombres negros se desplazaran desde África hacia América y los rojos (los indios) desde América hasta el África.

Tal como he señalado, la misma gran ley que provocó el descenso gradual del continente atlántico y levantó las tierras situadas a Oriente y Occidente de él, está vigente todavía: la costa de Groenlandia, que podría ser el extremo Norte del continente sumergido, está hundiéndose tan rápidamente que los viejos edificios construidos sobre las bajas islas rocosas están ahora sumergidos y

los habitantes han aprendido por experiencia propia que no deben volver a construir cerca del borde del agua. Puede advertirse la misma depresión a lo largo de la costa de Carolina del Sur y Georgia, mientras el norte de Europa y la costa atlántica de Sudamérica se están levantando rápidamente. En estas últimas se ha advertido el surgimiento de costas de 1.888 kilómetros de largo y de alturas que van desde los 30 hasta los 390 metros.

Cuando estas cordilleras se prolongaban desde América hasta Europa y África, impedían el flujo de las aguas tropicales del océano hacia el Norte y no existía la Corriente del Golfo. La tierra encerraba el océano, que bañaba las playas del Norte de Europa y era intensamente frío. El resultado fue el período de las glaciaciones. Cuando la barrera de la Atlántida se hundió lo suficientemente como para permitir la expansión natural de las aguas calientes de los trópicos hacia el Norte, el hielo y la nieve que cubrían Europa desaparecieron gradualmente; la Corriente del Golfo fluyó alrededor de la isla-continente y aún conserva el movimiento circular que adquirió originalmente debido a la presencia de la Atlántida.

Los oficiales del Challenger hallaron la totalidad de la superficie de la cordillera atlántica cubierta de residuos volcánicos, que eran los restos del barro que, según nos cuenta Platón, hicieron imposible atravesar el mar, después de la destrucción de la isla.

De esto no se desprende que las cordilleras que la conectaban con América y África se elevaran sobre el nivel del mar en la época en que la Atlántida quedó definitivamente sumergida. Es posible que se deslizaran gradualmente hacia el mar, o que se desplomaran debido a cataclismos semejantes a los que se describen en los libros centroamericanos. La Atlántida de Platón puede haberse reducido a la "Cordillera del Delfín" de nuestra época.

El barco norteamericano Gettysburg también ha realizado algunos descubrimientos notables en un área vecina... "El descubrimiento de un banco de sondeos localizado en los puntos N. 85° O., y a una distancia de 209 kilómetros del cabo San Vicente, anunciado recientemente por el comandante Gorringe, del Gettysburg, de los Estados Unidos, y que fue realizado en su última travesía del Atlántico, puede relacionarse con los sondeos previamente obtenidos en la misma región del Atlántico Norte.

"Dichas pruebas sugieren la probable existencia de una plataforma o cordillera submarina que conecta la isla de Madeira con la costa de Portugal y la probable conexión de la isla, en tiempos prehistóricos, con el extremo sur-occidental de Europa..."

Sir C. Wyville Thomson descubrió que los ejemplares de la fauna de la costa brasileña eran similares a los de la costa occidental de la Europa meridional.

Esto se explica por la existencia de cordilleras que unen Europa con Sudamérica.

Un miembro de la tripulación del Challenger opinó, poco después del término de la expedición, que la gran meseta submarina no es otra cosa que los restos de "la Atlántida perdida".

Cuando escribió estas líneas, Donnelly no conocía los últimos descubrimientos realizados en este campo. De haberlos conocido, su convicción habría sido aún mayor, si cabe.

Desde la época de Donnelly, el fondo del mar ha sido estudiado con mucha mayor precisión, gracias al sonar y a la investigación submarina. Durante este período se ha descubierto también alguna información muy curiosa acerca de la plataforma continental de ambos lados del Atlántico. Dicha plataforma es el territorio próximo a la costa que aún forma parte, geológicamente, del continente, antes de deslizarse hacia las profundidades del mar para luego reaparecer en lo que se llama la llanura abisal. Un examen de las profundidades de los zócalos continentales reveló que los lechos de los ríos que fluyen hacia el Atlántico prolongan su curso a lo largo de la plataforma y que algunas veces atraviesan por cañones, de la misma forma en que los ríos erosionan la roca y la tierra. Esto ocurre con los ríos de Francia, España, el Norte de África y Estados Unidos, que desembocan en el Atlántico Norte y prosiguen por el fondo del mar, a lo largo de valles sumergidos, hasta alcanzar una profundidad de 2500 metros. El fenómeno es particularmente notable en el caso del cañón del Hudson, que extiende el lecho de dicho río a través de barrancos submarinos y a lo largo de unos 300 kilómetros, hasta el borde del zócalo continental. Ello parecería indicar que estos cursos fluviales que ahora se hallan a miles de metros bajo el mar fueron excavados cuando aquella parte de la plataforma continental era tierra firme y que, o bien la tierra se ha hundido, o bien ha aumentado el nivel del agua, provocando esta inundación de los lechos de los ríos.

Al referirse a estos cañones fluviales submarinos, un boletín de la Sociedad Geológica de los Estados Unidos (1936) sugería que dichas "subidas y descensos mundiales del nivel del mar que equivalen a más de 2500 metros, deben haberse producido desde fines de la era terciaria..." En otras palabras, el período llamado plioceno, o sea, la era de la aparición del hombre.

La ruptura de un cable submarino ocurrida en 1898, cuando se estaba instalando el cable trasatlántico, a unos 800 kilómetros al norte de las Azores, acarreó otro hallazgo extraordinario. Mientras se realizaba la búsqueda del cable se descubrió que el fondo marino de la zona estaba compuesto de ásperas salientes, cúpulas y profundos valles que recordaban más a la tierra que el fondo del mar. Utilizando hierros con garfios se logró recoger muestras de rocas a una profundidad de 1700 brazas, que al ser examinadas resultaron ser taquilita, una lava basáltica vítreo que se enfriaba fuera del agua cuando está sometida a la presión atmosférica.

Según el geólogo francés Fierre Termier, que estudió del caso, si la lava se hubiese solidificado bajo el agua habría sido cristalina en lugar de vitrificada.

Aún más, Termier supuso que la lava se había sumergido poco después de su enfriamiento, como lo demostraba la relativa aspereza del material recogido. Más aún, puesto que la lava tarda en descomponerse unos quince mil años, el hecho de que las muestras submarinas no se hayan descompuesto aún, así como el aparente enfriamiento ocurrido sobre el agua, encajan perfectamente

con la teoría de la Atlántida, e incluso con la época en que según Platón, habría ocurrido la catástrofe.

Termier dice además que "...toda la zona al norte de las Azores, y tal vez la propia zona donde se emplazan las islas -de las que podrían quedar sólo ruinas visibles- quedó sumergida muy recientemente, quizá durante la época que los geólogos llaman el presente". También recomienda "...un dragado muy cuidadoso hacia el sur y el sudoeste de las islas".

La arena existente en los zócalos submarinos, frente a las Azores, algunas veces a miles de metros de profundidad, nos proporciona otra de las piezas perdidas del rompecabezas. Aparece en aguas poco profundas y ha sido formada por la acción de las olas sobre las rompientes.

¿Qué sabemos hoy acerca del fondo del Océano Atlántico, cuando tantos años han pasado y tantos descubrimientos se han hecho desde la época de Donnelly y Termier? Mucho más, gracias al sonar, a los cálculos de profundidad mediante el empleo de explosivos para realizar la triangulación y la investigación del fondo del mar. Las llanuras, mesetas, elevaciones, cañones, cordilleras, grietas profundas, conos y las misteriosas montañas marinas han sido descritas en mapas igual que las islas de la superficie, aun cuando puede ocurrir que una nueva isla volcánica surja ocasionalmente del fondo del mar para luego volver a hundirse antes de que ningún país llegue a declarar su soberanía sobre ella.

Contamos, por ejemplo, con una carta más exacta de la cordillera del Delfín, comúnmente llamada la cordillera del Atlántico Medio, que es una cadena montañosa gigante con forma de doble S, una sobre la otra y que se extiende desde Islandia hasta el extremo de Sudamérica. Esta cordillera o meseta con montañas submarinas, flanqueada por llanuras abisales, adquiere gran anchura en las secciones semicirculares de la S, entre España, el Norte de África y las Bermudas. Luego se estrecha frente a la punta de Brasil, al sur del Ecuador, donde es cruzada por la zona de la Fractura Romanche y luego vuelve a ensancharse entre el sur de Brasil y África. La característica más notable de la cordillera del Atlántico Medio es que sigue el contorno general de América del Norte y del Sur, como si fuese un débil reflejo de los continentes americanos en el fondo del océano.

Cuando se examinan las profundidades en torno a las islas Azores se advierte que aunque las islas mismas se alzan verticalmente desde el fondo, están situadas sobre una especie de doble meseta. La base de esta meseta está ubicada en una zona que va aproximadamente desde los 30 a los 50 grados de latitud Norte, y la parte más alta en un área que se extiende desde los 36 a los 42 grados Norte, con una anchura de 800 kilómetros. La profundidad, desde la llanura hasta la meseta inferior, varía entre 1000 y 500 brazas; es decir, si la profundidad abisal es, por ejemplo de 2400 brazas, la de la cordillera podría ser de 1800 brazas, a menos que la cumbre submarina de algún monte sumergido alcance 400 brazas o menos, o emerja a la superficie como una isla, que es lo que ocurre con las Azores. La segunda meseta indica una elevación aún más sorprendente, de 1420 a 400 brazas; de 1850 a 300 brazas y desde 1100 a 630 brazas. Es interesante anotar que algunos estudiosos de

la teoría de la Atlántida han pensado que el continente Atlántico se hundió por etapas y tal vez en tres inmersiones sucesivas. La formación de una meseta doble bajo las Azores parecería corroborar esta teoría.

Al sur de las Azores encontramos algunas importantes montañas submarinas, que no se hallan a muchas brazas de profundidad. Dos de ellas fueron designadas, con bastante propiedad, con los nombres de Platón (205 brazas) y Atlántida (145 brazas).

La ruptura del cable trasatlántico que causó tanto furor en los estudios sobre el continente de la Atlántida a comienzos de siglo se produjo a unos 800 kilómetros al norte de las Azores y al este del monte submarino Altair. Algunas investigaciones más recientes acerca de dicha cordillera han aportado nuevos temas para la especulación.

Los exámenes de partículas del fondo marino o "núcleos", tomadas en esta cordillera en 1957 permitieron extraer plantas de agua dulce que crecían sobre materiales de sedimentación a una profundidad de casi tres kilómetros y medio y el examen de las arenas de la fosa de la Romanche hizo pensar que se habían formado a la intemperie, en ciertas partes de la cordillera que en un momento determinado fueron proyectadas sobre la superficie.

A una distancia de 1600 kilómetros de esta meseta encontramos el promontorio submarino de Bermuda, que culmina en las islas Bermudas, situadas en la cima de inmensas montañas sumergidas.

Frente a la Florida, en la plataforma continental americana, algunos estudios hidrográficos realizados por el U.S. Geodetic Survey constataron depresiones de 120 metros de profundidad a lo largo de fondos marinos situados a 150 metros de profundidad y que "fueron presumiblemente lagos de agua dulce situados en zonas que luego se sumergieron".

Directamente al este de la meseta de las Azores encontramos la cordillera Azores-Gibraltar (con profundidades reducidas, de sólo cuarenta a ochenta brazas) y siguiendo hacia el Sur y conectadas a esta cadena montañosa a lo largo de la costa de África, a poca profundidad (también aproximadamente de cuarenta brazas), hallamos otra serie de cimas y montañas sumergidas que incluyen las islas Madeira y Canarias. Las islas de Cabo Verde, frente a Dakar, aparecen aisladas y sin cadenas que las conecten a otras.

Muchos de los hipotéticos "puentes de tierra firme" existentes entre el Viejo y el Nuevo Mundo aparecen como algo perfectamente posible cuando examinamos la información de que ahora disponemos acerca de la configuración del fondo del mar. Por ejemplo, la plataforma continental europea se conecta con Islandia por medio de cordilleras y luego se une con Groenlandia a través del promontorio de Groenlandia-Islandia. En el Atlántico Medio la cadena Azores-Gibraltar se une con la meseta de las Azores, y una parte de la cordillera mesoatlántica llega casi a las Bermudas, mientras otra cadena un poco menor se abre hacia las Antillas y hacia la parte más profunda del Atlántico: la fosa de Puerto Rico.

Otras cadenas de unión en el Atlántico Sur son: el puente que parte desde África a través de la Sierra Leona, la cordillera mesoatlántica que va desde las rocas de San Pedro y San Pablo hasta Brasil, la de Walvis, que sale de Sudáfrica y cruza la cordillera del Atlántico Medio hacia Brasil, atravesando las islas Trinidad y Martín Vaz o el promontorio de Río Grande o la meseta de Bromley.

Las grandes transformaciones ocurridas en el fondo del Atlántico, que fueron provocadas por perturbaciones volcánicas, permiten suponer la existencia de conexiones entre el Viejo y el Nuevo Mundo, en forma de puentes terrestres o islas que posteriormente quedaron sumergidas y que podrían haber sido usadas como puntos de apoyo (lo cual explicaría muchas curiosas similitudes en la vida animal y vegetal, como la presencia de elefantes prehistóricos, camellos y caballos en América).

La expedición organizada en 1969 por la Universidad de Duke, con el fin de estudiar el fondo del mar Caribe, ha realizado un importante descubrimiento relacionado con los continentes desaparecidos. Gracias a la realización de algunos dragados, sacaron a la superficie en cincuenta sitios distintos a lo largo de la cordillera Aves, un cordón montañoso submarino que va desde Venezuela a las islas Vírgenes, cierta cantidad de rocas graníticas. Estas piedras ácido-ígneas han sido catalogadas dentro del tipo "continental", que sólo se encuentra en los continentes o en los lugares donde han existido éstos.

El doctor Bruce Heezen, del observatorio geológico Lamont, dijo a este respecto lo siguiente: "Hasta ahora, los geólogos creían, en general, que las rocas graníticas ligeras, o ácido-ígneas, quedaban limitadas a los continentes, y que la corteza terrestre que se encuentra bajo el mar estaba compuesta de rocas basálticas más oscuras y pesadas... De esta forma, la presencia de rocas graníticas de color claro podría apoyar la vieja teoría de que antiguamente existió un continente en la zona del Caribe oriental y que estas rocas constituirían el núcleo de un continente perdido y sumergido".

El lecho del Atlántico es una de las regiones más inestables de la superficie terrestre. Se ha visto conmocionado por perturbaciones volcánicas a lo largo de los siglos y de hecho, sigue sufriéndolas aún. La falla volcánica se extiende desde Islandia, donde en 1788 pereció una quinta parte de la población a consecuencia de un terremoto a lo largo de toda la extensión de la cordillera Atlántica. En Islandia, en 1845, la erupción del volcán Hecla se prolongó durante un lapso de siete meses.

Islandia sufre aún en ocasiones una furiosa actividad volcánica. Una espectacular erupción submarina, que se prolongó desde noviembre de 1963 a junio de 1966 provocó la formación de una nueva isla, que lleva el nombre de Surtsey y se encuentra a 36 kilómetros de la costa sudoccidental de Islandia.

La lava solidificada se transformó en tierra y en la isla, que sigue creciendo, comenzó a aparecer vegetación permanente. Desde su emergencia, Surtsey se ha visto acompañada por otras dos islas. La misma Islandia, como ocurre en la descripción que de la Atlántida hiciera Platón, posee manantiales

calientes. Su altísima temperatura, que proviene de las fuerzas termales subterráneas, permite que sean utilizadas para el sistema de calefacción de la capital, Reykjavik.

Encontramos continuas referencias escritas respecto a movimientos sísmicos en Irlanda y más tarde hacia el Sur, en una misma línea en relación con las Azores, un violento terremoto sacudió Lisboa en 1775, causando la muerte de 60.000 personas en pocos minutos y provocando un descenso en el nivel del muelle principal, mientras los diques y el resto de los muelles se sumergían 180 metros bajo el mar. La actividad sismológica es un fenómeno constante en la región de las Azores, donde todavía existen cinco volcanes activos. En 1808, uno de ellos se alzó en San Jorge a una altura de varios miles de pies, y en 1811 emergió del mar una isla volcánica, creándose una gran superficie a la que se dio el nombre de Sambrina, durante su breve existencia en la superficie, y antes de que volviera a hundirse en el océano. Las islas Corvo y Flores, en el archipiélago de las Azores, que figuran en los mapas desde 1351, han cambiado constantemente su forma; y amplias secciones de Corvo han desaparecido en el mar.

En otro grupo de islas, las Canarias, cuyo gran volcán central, el Pico del Teide, entró en erupción en 1909, el índice de perturbaciones volcánicas es muy elevado. En 1692 un terrible terremoto hundió la mayor parte de Port Royal, arrastrando incluso a los piratas que estaban utilizando la ciudad como refugio, mercado y centro de rebelión. Este hundimiento en el mar de una ciudad pecadora mueve nuestros recuerdos hacia lo ocurrido en tiempos históricos en el mismo océano, donde, según la leyenda, la Atlántida se hundió "debido al disgusto divino".

En el Caribe y dentro de la zona volcánica atlántica, se produjo un terremoto aún mayor, en 1902, cuando el Mont Pelee, de la Martinica, estalló con tal fuerza que, según se dice, causó la muerte de todos los habitantes de Saint-Pierre, la ciudad vecina, salvo a uno (¿como la salvación de Noé?).

En 1931, la actividad volcánica produjo la aparición de dos nuevas islas en el grupo de las Fernando de Noronha, que Inglaterra se apresuró a reclamar, aun cuando su pretensión fue discutida por varias naciones del vecino continente sudamericano. Los británicos se ahorraron el tener que adoptar una decisión peligrosa gracias al nuevo hundimiento de las islas cuando aún se estaba discutiendo su propiedad.

En las islas cerca de Madeira, surgieron a la superficie en 1944 algunos pequeños promontorios, que eran las cimas de algunos volcanes que se elevaron desde el fondo del mar hasta la superficie o por sobre ella. El Atlántico ha sido una zona volcánica activa durante siglos, desde Islandia hasta las costas del Brasil. Según el doctor Maurice Ewing, del observatorio geográfico Lamont, 'sus grietas más profundas "forman el sitio de un cinturón sísmico oceánico". Parece lógico por ello que hace miles de años tuviera lugar una actividad volcánica aún mayor, sobre todo porque tal actividad se da todavía en las mismas regiones en que la leyenda ha situado el continente de la Atlántida.

Existe un consenso general de que la Tierra ha sufrido apariciones y desapariciones de terreno a lo largo de toda su superficie. Hay numerosas pruebas de que el Sahara fue alguna vez un mar y que el Mediterráneo, con sus cumbres y valles submarinos, fue antes tierra firme. Las herramientas de la Edad de Piedra y los dientes de mamut obtenidos del fondo del Mar del Norte indican que esa zona fue en otra época territorio costero. En las montañas Rocosas se han hallado fósiles de tiburones, en los Alpes, restos de peces y en las estribaciones de los montes Allegheny, conchas de ostra. La mayoría de los geólogos coincide en que alguna vez existió el continente de la Atlántida, pero no están de acuerdo si existió dentro de la Era del hombre.

Ha habido considerable especulación en torno a si la explicación de la leyenda de la Atlántida está en otros terremotos y en las olas de las mareas que ellos provocaron, como ocurrió en el caso de la inundación por el mar del antiguo valle mediterráneo, o la separación de Sicilia de Italia, la catástrofe que hundió a la isla de Tera en el Egeo, o los terremotos de Creta que ocurrieron en la Antigüedad. También se ha sugerido que la Atlántida estaba en el Norte, en los zócalos continentales de escasa profundidad del Mar del Norte, o incluso en el Sahara y en otros lugares.

K. Bilau, un científico alemán estudioso de la isla continente, que dedicó mucho tiempo al examen del fondo del mar y de los cañones submarinos, se muestra partidario de la tradición que sitúa la Atlántida en el Atlántico cuando expresa en lenguaje más poético sus sentimientos acerca de la ubicación del continente perdido:

La Atlántida reposa ahora en las profundidades de las aguas oceánicas y sólo son visibles sus más altas cimas, bajo la forma de las Azores. Sus manantiales fríos y calientes, descritos por los autores antiguos fluyen todavía, como hace muchos milenios. Los lagos de montaña se han transformado en lagos submarinos. Si seguimos exactamente las indicaciones de Platón y buscamos el lugar en que se hallaba Foseidón, entre las cimas semisumergidas de las Azores, la encontraremos hacia el sur de la isla Dollabarata. Allí, sobre un promontorio, en medio de un valle largo y comparativamente recto, bien protegida de los vientos, se alza la capital, centro de una cultura prehistórica desconocida. Entre nosotros y la ciudad de la Puerta Dorada existe una extensión de agua de tres kilómetros y medio de profundidad. Es curioso que los científicos hayan buscado la Atlántida por todas partes y que en cambio no hayan prestado la menor atención a este lugar, que después de todo, fue claramente señalado por Platón.

De cómo la Atlántida cambió la historia del Mundo

Considerando que se trata de un territorio que pudo o no haber existido, la Atlántida ha tenido una repercusión considerable, tanto en la historia como en la literatura. Cuando la cultura clásica volvió a difundirse en Occidente, después de la caída de Constantinopla, en 1453, tanto el relato de Platón como los demás documentos acerca de las islas que habían existido en el Atlántico volvieron a estimular la imaginación del hombre. Colón, que era un ávido lector

de relatos de viaje y que mantenía correspondencia con los cartógrafos, no era el único que pensaba que el mundo era redondo. Su verdadera circunferencia había sido calculada en Alejandría, en épocas antiguas, con un error de sólo ochocientos kilómetros. Sin embargo, aunque los estudiantes de la escuela alejandrina podían medir la Tierra, nunca, que se sepa, navegaron a su alrededor para demostrar que era redonda.

En la época de Colón existían numerosos mapas del "mundo", aunque la distinta información que proporcionaban y el hecho de que las líneas de navegación se trazaran de acuerdo con la distribución de las estrellas en el cielo nos lleva a pensar que la gran hazaña de Colón no consistió en haberse atrevido a enfrentar la posibilidad de encontrar los monstruos del mar, o en correr el riesgo de caerse desde el borde del mundo, sino en dejarse guiar por los mapas que tenía a su disposición.

Algunos de dichos mapas mostraban la Antillia, Antilla, Antilha o Antigua, posibles nombres alternativos de la Atlántida, o de las Fortunatas, las Hespérides y otras islas. El mapa de Toscanelli, que era, según se cree, el que llevaba Colón en su viaje al Nuevo Mundo, muestra Antillia. Años antes de que el descubridor hiciera su viaje, Toscanelli le escribió sugiriéndole Antillia como un lugar donde podría hacer escala en su viaje hacia las Indias. En su mapa, la China y las Indias aparecían en la costa occidental del Atlántico, mientras Antillia y otras islas constituyan las etapas intermedias.

Parece razonable pensar que Colón estudió, o llevaba con él en su viaje, el mapa de Becario, de 1435, y los posteriores de Branco (1436), Pereto (1455), Rosseli (1468) y Bennicasa (1482). También es probable que llevara material o sugerencias tomadas del mapa de Benheim (1492). En todos ellos aparecía Antillia, con sus diversas denominaciones, y generalmente la situaban en pleno Atlántico, en línea paralela a Portugal. En este aspecto cobra sentido lógico el nombre portugués: Antilha (ante ilha), que significa "la isla frente a", "antes de" u "opuesta a" y se refiere a la gran isla situada en medio del océano, la de las "siete ciudades". Ya sea que ésta fuese la verdadera razón de su nombre, o que se tratara simplemente de otra forma de escribir Atlántida, el hecho es el mismo: la gran isla de la que se habló a Colón y que figuraba en todos los mapas importantes, estaba situada en la posición que el consenso general atribuía a la Atlántida, y, pese a que se conocía la noticia de su hundimiento, todavía se le daba la forma descrita por Platón.

También se ha sugerido que influyó en Colón un extraño pasaje de una obra del autor romano clásico, Séneca, escrita muchos siglos antes. La cita, tomada del acto segundo de Medea, es la siguiente: "Llegará una época, en la última era del mundo, en que el océano aflojará las cadenas de lo que (ahora) contiene y la tierra aparecerá en toda su gloria. Tetis (el mar) dejará al descubierto nuevos continentes y Tule no será ya el fin del mundo..."

¿De dónde obtuvo Séneca la idea de los continentes sumergidos en el Océano? ¿De su imaginación, de Platón o de otras fuentes? ¿Cuán generalizada era esta creencia en la época clásica? Actualmente sólo

podemos hacer conjeturas, pero hay fuertes indicios de que Colón estuvo influido por los autores clásicos en sus propias especulaciones.

Una de las fuentes que nos lleva a creer en esta sugerencia es alguien que estaba personalmente relacionado con el Almirante y conocía sus ideas: su hijo Fernando, que escribió estas palabras en un ejemplar de Medea: "Esta profecía fue cumplida por mi padre, el Almirante Cristóbal Colón, en 1492". López de Gomara, autor de la Historia General de las Indias (1552) atribuye especialmente a Colón las hazañas de haber "leído Timeo y Critias, de Platón, donde obtuvo información acerca de la gran isla y de un territorio sumergido que era mayor que Asia y África".

Fernández de Oviedo afirmó incluso que los monarcas españoles poseían los derechos sobre las nuevas tierras americanas (Historia General y Natural de las Indias, 1525), ya que, según él, Héspero, un rey prehistórico español, era hermano de Atlas, gobernante del territorio opuesto de Marruecos, y Héspero también reinaba sobre las Hespérides, "las islas de Occidente":

...A cuarenta días de navegación, como todavía se encuentran, más o menos, en nuestra época... y como las halló Colón en su segundo viaje... deben por ello ser consideradas estas Indias tierras de España desde la época de Héspero... las cuales revirtieron a España (por medio de Colón)...

Fray Bartolomé de Las Casas, sacerdote y escritor contemporáneo, tenía sus razones personales para disentir de Fernández de Oviedo. Su propósito, muy laudable, era proteger a los indios del Nuevo Mundo, cuyo trato por parte de los conquistadores españoles estaba desembocando en un genocidio. Las Casas objetó ese derecho de dominio basado en las Hespérides o la Atlántida. Sin embargo, al comentar acerca de Colón, en su Historia de las Indias (1527), observó:

...Cristóbal Colón pudo naturalmente creer y esperar que aun cuando aquella gran isla (la Atlántida) estaba perdida y sumergida, quedarían otras, o por lo menos, quedaría tierra firme, que él podría encontrar, si la buscaba...

Otro de los autores de la época del descubrimiento del Nuevo Mundo, Pedro Sarmiento de Gamboa, escribió en 1572: las Indias de España eran continentes al igual que la isla Atlántica, y en consecuencia, la propia isla Atlántica, que estaba frente a Cádiz y se extendía sobre el mar que atravesamos para venir a las Indias, el mar que todos los cartógrafos llaman océano Atlántico, ya que la isla Atlántica estaba en él. Y así hoy navegamos sobre lo que antes fue tierra firme.

Cuando los invasores españoles de México supieron que los aztecas provenían de una tierra llamada Aztlán, llegaron a la convicción de que descendían de los atlantes y esto vino a reforzar el derecho de los españoles a la conquista, aunque nunca pensaron que necesitaban justificación para llevarla a cabo. La palabra "azteca" significa gentes de Az o Aztlán (los aztecas solían llamarse a sí mismos tenocha o nahua).

Si los invasores españoles del Nuevo Mundo se vieron influidos en algún sentido por el recuerdo de la Atlántida o de las Hespérides, la población india

de la zona central de Sudamérica estaba convencida, por otra razón, pero relacionada con la misma mística histórica o legendaria, de que los españoles eran sus dioses civilizadores o sus héroes, que habían regresado de las tierras orientales. Tanto fue así que se vio psicológicamente incapaz de oponerles resistencia, hasta que ya fue demasiado tarde.

Durante muchos años, los toltecas, mayas y aztecas y otros grupos mesoamericanos, así como los chibcha, aymará y quechua, de Sudamérica han conservado leyendas acerca de misteriosos hombres blancos extranjeros provenientes del Este, que les enseñaron las artes de la civilización y posteriormente partieron, diciendo que volverían de nuevo. Según la tradición, Quetzalcóatl, el barbado dios blanco de los aztecas, y sus predecesores, los toltecas, habían navegado de regreso a su propio país en el mar de Oriente -Tollán-Tlapalan- después de haber fundado la civilización tolteca. Dijo que algún día habría de volver para gobernar nuevamente aquella tierra. Este mismo Quetzalcóatl, "la serpiente emplumada", era adorado entre los mayas con el nombre de Kukulkán.

Cuando los españoles llegaron a México, Moctezuma (Montezuma), el emperador azteca, al igual que muchos de sus súbditos, creían que Quetzalcóatl, o al menos sus mensajeros, habían reaparecido repentinamente. Incluso llamaban a los españoles "teules" "los dioses", especialmente porque su llegada había sido anunciada por numerosos portentos y profecías. Debido a la más notable coincidencia, los españoles aparecieron en 1519, a finales de uno de los cincuenta y dos ciclos del calendario azteca. Uno de los aspectos de este ciclo era el relacionado con el reiterado nacimiento de Quetzalcóatl, lo que hizo pensar a los desconcertados aztecas que él o sus mensajeros habían vuelto en el aniversario de su nacimiento.

Papantzin, la hermana de Moctezuma, había tenido una visión de hombres blancos que llegaban desde el océano, que fue interpretada por Moctezuma y los sacerdotes aztecas como un presagio del prometido retorno de Quetzalcóatl. Moctezuma esperaba ya el regreso del dios cuando los españoles aparecieron frente a él. El emperador dio instrucciones a sus primeros enviados de que los recibieran con presentes "para darles la bienvenida al hogar", a México.

Los aztecas se sorprendieron luego, al advertir que los dioses que regresaban al hogar comían "alimentos terrenales" y que mostraban una preferencia muy poco divina por las doncellas locales, a las que querían vivas y no como víctimas sacrificadas en su honor. La población indígena de México que sobrevivió a la masacre española tendría que aprender muchas más cosas aún acerca de los "dioses" en el proceso de su conquista por dos continentes.

El bien organizado imperio de los incas, en el Perú, también conservaba una profecía que se atribuía al duodécimo inca. Según contó su hijo Huáscar a los españoles, su padre había dicho que durante el reinado del decimotercer inca vendrían hombres blancos desde "el sol, nuestro padre" para gobernar el Perú. (El decimotercer inca fue el hermano de Huáscar, Atahualpa, quien mientras

(era ahorcado por los españoles, tuvo tal vez un momento para comprender la profunda verdad que encerraba la profecía.)

En casi todos los lugares que conquistaron, los españoles se vieron ayudados por leyendas y creencias de los propios indios acerca de sus orígenes, el origen de su civilización y respecto al hecho de que los dioses volverían para reinar sobre sus tierras, procedentes del Este. En el estudio acerca de la Atlántida, las leyendas amerindias (o indoamericanas) respecto a un origen oriental son un tema constante a considerar, y que a menudo produce confusión.

Los antropólogos consideran, en general, que los indios procedían (como suelen creerlo ellos mismos) de Siberia y que pasaron al continente americano por el estrecho de Behring para descender luego hacia el Sur. Sus características raciales -pelo liso y negro, escaso vello en el rostro y el "punto mongólico" en los recién nacidos- parecen confirmar esta teoría. Entonces, ¿a qué se deben estas persistentes leyendas sobre su origen oriental y acerca de una civilización que procedía del Este, o la leyenda común sobre una gran inundación, que habitualmente están relacionadas con la destrucción o el hundimiento de una tierra situada en el Este?

Una posible explicación es que una parte de la población amerindia proceda del Este o que, por lo menos, de allí llegaron influencias culturales importantes.

Tal vez por esta razón, las tribus se enorgullecían de esta asociación cultural que constituía el equivalente prehistórico del orgullo de los norteamericanos actuales respecto a sus "antepasados que llegaron en el Mayflower". Se han advertido algunas trazas culturales entre los amerindios del Atlántico, o que poseen antecedentes atlánticos, como por ejemplo la momificación de los cadáveres atlánticos, algunas leyendas comunes y prácticas religiosas similares a las de Europa y del antiguo mundo mediterráneo: el uso de cruces, el bautismo, la absolución de los pecados y la confesión, el ayuno, la mortificación de sí mismo y la consagración de las vírgenes al culto. Estas similitudes de sus religiones hicieron que los españoles las considerasen trampas diabólicas. También se encuentran analogías arquitectónicas con Egipto -la construcción de pirámides y otras-, al igual que la escritura en forma de jeroglíficos. En los restos arqueológicos que se han conservado hasta ahora, estatuas y relieves, cuya época aún no ha sido definida con exactitud, representan a elementos no indios, blancos y negros, que a menudo están vestidos de una manera que recuerda el mundo mediterráneo. Por ejemplo, las enormes cabezas de piedra que se han hallado en Tres Zapotes, cerca de Veracruz, que muestran claros rasgos negros y otras estatuas más pequeñas, correspondientes a la cultura olmeca y las representaciones mayas de estatuas y cerámica halladas en La Venta, donde aparecen hombres blancos de barba, con nariz semítica, y que usan ropas, zapatos y en ocasiones yelmos que son completamente distintos a los de los mayas. Los sellos cilíndricos y los ataúdes de momias con anchas bases encontradas en Palenque, Yucatán, son también característicos de esta parte de México, más próxima al Atlántico y a la corriente ecuatorial Norte, que fluye hacia el Oeste.

Debemos observar también que los habitantes del Nuevo Mundo han estado aquí durante un largo período. La fecha de la aparición del hombre en América está siendo constantemente modificada en la historia y se sitúa actualmente entre 12.000 Y 30.000 años. Además, todas las características indígenas no corresponden a las de las razas del Norte de Asia, especialmente la nariz aguileña. Existen numerosos testimonios de los primeros conquistadores y exploradores españoles, que hablan de indios blancos y negros y de muchos matices intermedios en el color de su piel. También describen otaros amerindios de cabello castaño. De este último tipo se han hallado algunos ejemplares al examinar momias del Perú.

La afirmación de que todos los amerindios y su cultura provienen de Asia, constituye una simplificación excesiva. Un estudiioso del tema nos ha legado un comentario muy sugestivo acerca de este supuesto tráfico en una sola dirección. Afirma que las tribus indígenas no llevaban consigo animales domésticos asiáticos, en su aparente emigración desde Asia, ya que los españoles no encontraron ninguno cuando llegaron a América, con excepción de un perro, antecesor directo del chihuahua, que es originario de México. Al examinar los animales que existían en el continente americano en la época del descubrimiento surge la cuestión de si los indios emigrantes habrían transportado o arrastrado lobos, panteras, leopardos, ciervos, cocodrilos, monos y osos cuando atravesaron el estrecho o la que entonces era península de Behring. Si estos animales no aparecieron espontáneamente en el continente americano, ello significa, obviamente, que llegaron por sus medios, desde Europa o África, desplazándose sobre puentes terrestres, que actualmente se hallan sumergidos. Y si los animales pudieron hacerlo, ¿por qué no los indios?

La Atlántida estuvo a punto de tener de nuevo cierta influencia en la historia durante el siglo XIX, cuando Lord Gladstone, Primer ministro británico durante el reinado de la reina Victoria, trató de hacer aprobar una ley por el Parlamento en la que se destinarían fondos para la búsqueda de la Atlántida. El proyecto de ley fue derrotado por miembros del gobierno que aparentemente no compartían el entusiasmo de Lord Gladstone.

Aunque el tema de la isla-continente parece lejos de haber muerto, su influencia futura en la historia adoptará tal vez la forma de una nueva apreciación de nuestra historia y nuestros orígenes. Salvo que ocurriesen hipotéticos conflictos entre países, acerca de las tierras atlantes emergidas, en caso de que se cumpliera la predicción de Cayce. La prehistoria del hombre es llevada cada vez más atrás a lo largo de las brumas del tiempo.

La explicación atlántica

Si se considera como el "eslabón perdido" entre el Viejo y el Nuevo Mundo, la Atlántida (o los puentes terrestres atlánticos) constituye una explicación tan fácil para tantas cosas, que podría decirse, parafraseando a Voltaire, que de no haber existido habría sido necesario inventarla.

Desde el punto de vista cultural, nos permite comprender ciertos conocimientos existentes en épocas antiguas que resultan mucho más fácilmente explicables si suponemos la existencia de una civilización más antigua, que desarrolló originariamente una cultura y sabiduría que luego traspasó a unos herederos que en algunos casos resultaron menos hábiles para desarrollarlas! Como podemos apreciarlo en la Edad Media y en otros ejemplos más actuales, el progreso y la civilización no siempre avanzan de manera progresiva. En ocasiones parecen dudar, estancarse e incluso retroceder.

Ciertos aspectos específicos de la información que poseemos indican que en el mundo de la Antigüedad existía un conocimiento científico mayor de lo que suponíamos. Aparte del saber geográfico demostrado por los escritos clásicos en sus referencias a otros continentes, las alusiones a la astronomía, que suelen aparecer confusas o disfrazadas bajo la forma de leyendas, son expresión de una educación y una cultura que posteriormente se perdieron a lo largo de las civilizaciones, hasta que fueron redescubiertas por el mundo moderno.

Por ejemplo, ¿cómo podían los antiguos saber, sin ayuda de telescopios, que el planeta Urano cubría regularmente con su superficie a sus lunas durante su movimiento de rotación alrededor del Sol? El fenómeno se explicaba en forma mítica afirmando que el dios Urano comía y vomitaba alternadamente a sus hijos. Hasta épocas relativamente modernas no existió un telescopio lo bastante poderoso como para advertir este fenómeno. ¿De qué fuente obtuvo Dante Alighieri su "visión anticipada" de la Cruz del Sur, doscientos años antes de que el primer europeo la hubiese visto o hubiese sabido acerca de ella? En La Divina Comedia describió lo que apareció ante sus ojos después de abandonar el infierno en la montaña del purgatorio. Lo que sigue es una traducción libre: "...Me volví hacia la derecha, mirando hacia el otro polo, y vi cuatro estrellas, nunca antes contempladas excepto por los primeros pueblos. El cielo parecía centellear con sus rayos. ¡Oh, desolada región del Norte, incapaz de verlas..."! Aparte del misterio de la Cruz del Sur, ¿a qué primeros pueblos se refería Dante?

Cada cierto tiempo aparece algún artefacto perteneciente a una antigua cultura que suele hallarse tan fuera de lugar respecto a su época que casi resulta increíble. En la British Association for the Advancement of Science se puso en exhibición en 1853 una lente cristalina similar a las modernas lentes ópticas.

Era una verdadera curiosidad porque fue encontrada en una excavación hecha en Nínive, la capital de la antigua Asiria, y correspondía a una época anterior en mil novecientos años al advenimiento de la técnica moderna para el pulimento del cristal.

En Esmeralda, frente a la costa de Ecuador, entre los restos precolombinos extraídos del fondo del océano y considerados por los arqueólogos como objetos de una gran antigüedad, apareció una lente de obsidiana de unos cinco centímetros de diámetro, que funciona como un espejo y que reduce pero no distorsiona la reflexión. En las excavaciones de La Venta, correspondientes a la cultura olmeca en México, se han encontrado otros pequeños espejos

cóncavos de hematita, un mineral magnético de hierro que admite un elevado índice de pulimento. Se considera en la actualidad que la cultura olmeca es la más antigua de México. El examen demostró que estos espejos habían sido esmerilados mediante un proceso desconocido que los hacía más curvos cuanto más cercano al borde. Aunque no se sabe con certeza para qué se utilizaban, ciertos experimentos han demostrado que pueden ser utilizados para encender el fuego, reflejando el sol. En unas excavaciones en Libia, en el norte de África, se han encontrado unos utensilios que parecían ser lentes, y Arquímedes, el científico inventor siciliano de la Antigüedad, utilizó también instrumentos ópticos, según afirma Plutarco, "para que el ojo humano pudiera contemplar el tamaño del Sol".

Algunas veces no se sabe en qué consisten los hallazgos arqueológicos. El caso de la computadora marina de Grecia es un buen ejemplo. Fue hallada en el año 1900 en unas antiguas ruinas del fondo del Egeo, junto a una notable colección de estatuas; entre ellas la muy famosa de bronce, de Poseidón, que ahora se encuentra en el museo de Atenas junto a la computadora. Parecía una combinación de placas de bronce en las que aparecía una escritura irregular. Daban la impresión de que el mar hubiera soldado las placas con el transcurso del tiempo. Después de limpiarla y someterla a un estudio más completo se concluyó que era una calculadora, con un sistema de engranajes sincronizados que aparentemente servía como una especie de regla de cálculo para "captar" el sol, la luna y las estrellas, con fines de navegación. Este solo hallazgo ha provocado un cambio considerable en nuestra actitud hacia la navegación de la Antigüedad.

Otro caso es el mapa de Piri Reis, un plano del mundo que pertenecía a un capitán de marina turco del siglo XVI y que mostraba las costas de Sudamérica, África y partes de la Antártida, pese a que resulta inimaginable pensar cómo pudo ser incluido este continente helado. Más increíble resulta aún el hecho de que los estudios antárticos modernos confirman la exactitud del mapa.

El Piri Reis (Reis o Rais era el rango de capitán o patrón de un navío) habría sido diseñado a partir de los antiguos mapas griegos perdidos en la destrucción de la biblioteca de Alejandría. Si hubiese sido copiado de otros mapas más antiguos, ello significaría que durante la Edad Media se perdieron u olvidaron importantes conocimientos geográficos que estaban a disposición del mundo de la Antigüedad.

Desde el pasado nos llegan ciertos indicios misteriosos acerca del uso de otros "inventos" que hasta ahora no se creía que hubieran existido en épocas antiguas. El uso de explosivos es un buen ejemplo, ya que el descubrimiento de la pólvora y el fuego griego parecen perderse en las brumas de los tiempos.

Los chinos utilizaban explosivos como algo corriente, antes que la pólvora fuera conocida en Europa. Edgerton Sykes, la más importante autoridad británica en el tema de la Atlántida, cita a R. Dikshitar, de la Universidad de Madras, quien afirmaba que el uso de explosivos ya era conocido en la India en el año 5000 a. de C. El fuego griego de Bizancio que ayudó a los bizantinos a conservar su imperio durante el milenio posterior a la caída del Imperio

romano de Occidente, era un misterio ya entonces. Parece que lo lanzaban desde las galeras en vainas o proyectiles y al chocar contra otras galeras seguía ardiendo, aunque le echasen agua.

Es posible que los explosivos fueran utilizados en Europa en varias ocasiones, durante los ataques de Aníbal contra los romanos. En todo caso, si ése era el material empleado, lo mantuvieron secreto para que los romanos pensaran que se trataba de poderes sobrenaturales al servicio del enemigo. Los romanos contaban que las rocas eran destruidas por el fuego y por un tratamiento posterior con agua y vinagre. Más tarde, en la batalla de Tresimeno, la tierra tembló y grandes piedras cayeron sobre los romanos, que fueron derrotados por los cartagineses. Hay que observar que si se trató de un terremoto, los cartagineses no lo sufrieron y que, además, se aprovecharon de él inmediatamente.

Algunos años antes, en la India, las tropas de Alejandro Magno habían vivido una experiencia aterradora. Los defensores de una ciudad hindú les lanzaron "truenos y rayos" desde las murallas de la población que estaban atacando.

Se ha sugerido incluso que la caída de las murallas de Jericó fue ocasionada en realidad por los explosivos colocados en túneles excavados bajo ellas por los atacantes hebreos y no por el estruendo de sus trompetas.

En todo caso, éstas y otras referencias a algo que guarda un asombroso parecido a los explosivos aparecen una y otra vez en los documentos antiguos. Normalmente, esas armas secretas parecen haber sido utilizadas por culturas más antiguas-, que las heredaron de otras, sin que se sepa quiénes fueron los primeros en hacer uso de ellas.

Cuando se estudia la gran pirámide de Gizeh se tiene la impresión de que alguna raza superior de artesanos del pasado hubiese dejado un documento para épocas futuras, ya fuese con fines educativos o como prueba de sus conocimientos científicos.

Aparte de su tamaño no se había advertido nada extraordinario en la gran Pirámide, hasta la ocupación francesa, cuando los agrimensores de Napoleón comenzaron a trazar un mapa de Egipto. Como es natural, eligieron la gran pirámide como punto inicial de su triangulación, y al usarla como base notaron primero que, si seguían las líneas diagonales del cuadrado de la base, trazaban con toda exactitud el Delta del Nilo, y que el meridiano pasaba exactamente por el ápice de la pirámide, cortando el Delta en dos partes iguales. Era obvio que alguien había dispuesto que la pirámide estuviese en aquel lugar por una razón especial. Ulteriores estudios de las medidas del monumento demostraron que si el perímetro de su base es dividido por el doble de su altura se obtiene la cifra 3,1416, ó "TC". Su orientación es exacta, dentro de los 4 minutos 35 segundos. La pirámide tiene su centro en el paralelo 30, lo cual es de por sí desusado, puesto que separa la mayor parte de la superficie terrestre del planeta de la mayor porción cubierta por el océano. Desde el lado que da hacia el Norte sale una galería que lleva a la cámara real. Desde el final de esta galería, y a través de millones de toneladas de rocas

perfectamente dispuestas, se puede ver en línea recta la estrella polar, que en la época de la construcción de la pirámide pertenecía a la constelación del dragón. La altura de la gran pirámide multiplicada por un billón da la distancia de la Tierra al Sol.

Cada lado resultó igual, en codos, al número de días que tiene el año. Otros cálculos indican el peso de la Tierra y su radio polar, y el estudio de un receptáculo oblongo de granito rojo hallado en la cámara real sugiere todo un sistema de medidas de volúmenes y dimensiones.

Hay un aspecto misterioso en el origen de la civilización egipcia: aproximadamente en la época de la primera dinastía, alrededor del 3200 a.C., Egipto pasó repentinamente de una cultura neolítica a otra avanzada -casi de un día para el otro, en términos históricos- con herramientas de cobre muy eficaces, que les permitieron construir grandes templos y palacios y con las que desarrollaron una civilización avanzada y una escritura muy elaborada.

Aparentemente, no pasaron por una etapa intermedia. ¿Cómo alcanzaron los egipcios ese estadio cultural? Maneto, un historiador de la época de Ptolomeo, afirmaba que había sido obra de los dioses que gobernaron el país antes de Menes, el primer faraón.

Los Upanishads, antiquísimos libros religiosos de la India, contienen algunos pasajes que durante siglos parecieron oscuros y difíciles de interpretar. En cambio, si se consideran desde el punto de vista de la composición molecular de la materia, resultan bastante sencillos. Constituyen otro caso de conocimiento científico conservado gracias a libros sagrados. A la antigua India le debemos nuestro conocimiento del cero, o más bien nuestro uso del cero. Nos llegó desde allí a través de los árabes, que lo escribían como un punto.

Sin embargo, los mayas de México y Guatemala también lo conocieron y lo utilizaron con asombrosa exactitud en cálculos astronómicos y cronológicos.

En los calendarios del antiguo Egipto y de México se advierte una interesante coincidencia astronómica. Ambos calcularon -o tal vez recibieron la información de otra fuente- que el año está compuesto de 365 días y seis horas, basándose en una división de los meses que dejaba cinco días complementarios al final de cada año y una cantidad adicional en cada ciclo, que en el caso de los aztecas era de 52 años, y en el de los egipcios de 1460 años. Nuestra fecha equivalente al comienzo del año azteca y egipcio (iniciaban el suyo en el mes de Tot) era para ambos el 26 de febrero.

Sin embargo, junto a estos notables conocimientos, matemáticos y de otra naturaleza, nos encontramos con que los mayas y otros pueblos amerindios no conocían las posibilidades que ofrecía la rueda para el transporte. Se pensaba que ninguno de ellos había conocido el uso de la rueda, hasta que se encontraron ciertos juguetes mexicanos antiguos, con ruedas. Tal vez la conocieron en una época y luego la olvidaron. Era como si la cultura hubiese retrocedido. Cuando los conquistadores españoles llegaron a América, la civilización maya se hallaba en un período de decadencia, y también la gran

cultura tolteca de México se había eclipsado, lo mismo que la de los primeros constructores sudamericanos del Cuzco y Tiahuanaco.

Desde que se descubrieron las ruinas mayas pudo advertirse la sorprendente similitud entre la arquitectura maya y la del antiguo Egipto. Los mayas construyeron pirámides, columnas, obeliscos y estelas (pero no el verdadero arco), usaron jeroglíficos y bajorrelieves como elementos decorativos y describieron incidentes históricos en frisos de piedra. Aunque otras arquitecturas amerindias también recuerdan a la egipcia, con sus pirámides y construcciones masivas que se extienden por Centro y Sudamérica, la maya es a la vez la que más se adentra hacia el mar y la que más se asemeja a la de Egipto.

Al estudiar el origen de las culturas maya, olmeca y tolteca y el de las civilizaciones de otros pueblos precolombinos de América Central, advertimos que Sahagún, un cronista de la conquista española, consigna un curioso informe tomado de fuentes antiguas, en el sentido de que sus culturas se exportaron a México y América Central desde otro lugar. Y cita el siguiente párrafo de un documento indígena: "... vinieron atravesando las aguas y desembarcaron cerca (en Vera-cruz)... los ancianos sabios que tenían todos los escritos, los libros, las pinturas".

En su edición comentada del libro de Dorihelly, Edgerton Sykes ofrece una interesante explicación respecto a la costumbre maya de abandonar sus ciudades y construir otras nuevas. Si los mayas llegaron desde territorios situados al este de la América Central -dice- sin duda, vivieron en esas regiones que posteriormente quedaron sumergidas, lo cual les habría obligado a abandonarlas y a construir otras que finalmente también se hundieron. Este hábito de huir de los territorios inundados podría explicar la costumbre maya de abandonar una ciudad tras otra antes de que el mar les alcanzara.

Naturalmente, sigue en pie la teoría generalmente aceptada de que los mayas dejaban sus asentamientos después de haber agotado las tierras que los rodeaban y que habían cultivado tras desbrozar la selva. Sin embargo, frente a la costa mexicana y bajo las aguas del Caribe, existen ruinas mayas, y algunos especialistas piensan que las numerosas ruinas "nuevas" Crecientemente descubiertas en una prospección aérea corresponderían también a esa cultura o tendrían un origen aún más antiguo.

El aparente retroceso cultural, o más bien la ausencia de progreso desde un punto de partida muy avanzado, son también evidentes en el Imperio incaico.

En efecto, los pueblos que precedieron a los incas en Sudamérica dejaron construcciones que resultan inexplicables. Cuando examinamos los restos arquitectónicos de Perú y Bolivia nos resulta imposible comprender cómo fueron construidos. Los bloques de piedra del Cuzco son de dos tipos distintos: los que utilizaron los incas en sus templos y palacios y los que aparecen en las construcciones básicas, perfectamente escuadradas, de enormes proporciones y que encajan exactamente unos con otros. Estos habrían sido obra de los predecesores de los incas, de quienes sólo quedan algunas leyendas. ¿Cómo pudieron los pueblos primitivos cortar y transportar por terrenos montañosos

estas piedras ciclópeas, mayores que las de las pirámides egipcias? ¿Y cómo pudieron los predecesores de los incas encajar los bloques con tanta perfección, si su técnica era muy primitiva? ¿Y, si podían dar forma a los bloques de piedra, como obviamente lo hicieron, por qué no los cortaron en líneas rectas, en lugar de usar extraños ángulos para luego hacerlos coincidir como si se tratara de un enorme rompecabezas? Una posible respuesta a la última pregunta sería que intentaban dotar a los edificios de una mayor resistencia a los terremotos, ya que en la región andina se han producido terribles movimientos terrestres, en épocas relativamente recientes.

La ciudad de Tiahuanaco, a orillas del lago Titicaca, en Bolivia, constituye otra inexplicable ruina ciclópea. A su llegada, los primeros españoles la encontraron abandonada. Estaba construida con enormes bloques de piedra, algunos de los cuales pesan hasta doscientas toneladas, y estaban unidos por pernos de plata. Dichos pernos fueron sacados por los conquistadores españoles, lo que provocó que los edificios se desplomaran en los terremotos subsiguientes. Se han encontrado piedras de cien toneladas enterradas para servir de cimientos a las murallas que sostenían las construcciones y también se hallaron marcos de puertas de tres metros de altura y setenta centímetros de ancho, esculpidas en bloques de una sola pieza. Según las leyendas locales, la ciudad fue construida por los dioses, y se diría que los constructores eran superhombres, ya que estas enormes ruinas se hallan a 4000 metros de altura y en una zona árida, incapaz de proporcionar los alimentos necesarios para alimentar a la gran población indispensable para levantar construcciones tan inmensas.

Algunos arqueólogos sudamericanos creen que Tiahuanaco (nadie sabe cómo llamaban a la ciudad quienes la levantaron, ya que no existen documentos al respecto) fue construida en una época en que el suelo estaba a un nivel casi 3200 metros por debajo del actual. De hecho, en los alrededores existe un antiguo puerto abandonado. Esta teoría se basa en los cambios que ha experimentado la cordillera de los Andes y que vienen atestiguados por los depósitos de piedra caliza o líneas de demarcación del agua que han quedado en laderas y montañas. Además se apoya en el supuesto de que la región de los Andes y del lago Titicaca fue levantada, destruyendo y despoblando Tiahuanaco y otros centros de esta cultura prehistórica. Los restos de mastodontes, toxodones y perezosos gigantes encontrados en lugares cercanos sugieren esta variación en la altura. Esos animales no podrían haber vivido en la altura que dichos territorios tienen en la actualidad. Y tampoco la población necesaria para construir una ciudad como aquélla, habría podido subsistir en una zona tan árida y elevada. Entre las ruinas se han encontrado representaciones de estos animales en cerámicas, debidas a la mano de los habitantes de la región, posteriormente desaparecidos.

Los arqueólogos locales calculan que Tiahuanaco fue abandonada hace unos diez o doce mil años, pero todavía queda mucho trabajo por hacer hasta determinar una fecha más exacta. No obstante, dicho cálculo resulta muy verosímil, ya que en general coincide con el que los sacerdotes egipcios comunicaron a Platón como época del hundimiento de la Atlántida. Mientras una parte del mundo se hunde, otra se levanta, como si se produjeran grandes

pliegues o balanceos de la superficie de la Tierra. Se cree que en este "repliegue" también fue afectada la costa occidental sudamericana.

Durante el programa de investigación oceanográfica de Duke, realizado en 1966, las cámaras de gran profundidad fotografiaron columnas excavadas en la roca y situadas en una meseta submarina frente a la costa del Perú, a 2000 metros de profundidad. Las grabadoras de sonido detectaron otras variaciones insólitas y un fondo marino muy llano.

El doctor Maurice Ewing, del Observatorio Geológico Lamont, hizo la siguiente declaración, refiriéndose al sistema de fallas y cordones sísmicos del océano:

"...El efecto opuesto a la tensión es la compresión, que da como resultado el pliegue de la superficie terrestre. Los sistemas montañosos continentales, como las Montañas Rocosas y los Andes, tuvieron su origen probablemente en uno de esos pliegues".

Existen otros indicios acerca de las civilizaciones prehistóricas de Sudamérica que resultan desconcertantes, como por ejemplo los juguetes con ruedas correspondientes al antiguo México, y hay una tradición que afirma que los antiguos habitantes de la región peruana desarrollaron un sistema de escritura por jeroglíficos similar a las de las civilizaciones centroamericanas. Sin embargo, los incas lo prohibieron, tal vez por no ser productivo, e introdujeron su propio sistema de memorización, a base de cuerdas anudadas y coloreadas.

Estas cuerdas, que servían para llevar un registro de los tributos, los impuestos y el censo, es posible que constituyeran de por sí un sistema de escritura o computación.

Por otra parte, algunas de las construcciones antiguas son tan enormes que resultan casi inverosímiles. En Cholula, México, hay una colina que fue originalmente una pirámide y ahora está coronada por una iglesia. Se cree que fue construida como refugio, en prevención de futuras inundaciones, pero una confusión de idiomas provocó la dispersión de los constructores (una leyenda que resulta bastante familiar).

Comparación de un arco falso en tai ruinas de Palenque (Méjico) y Micenas (Grecia).

En las afueras de Quito, Ecuador, hay una montaña que tiene una forma tan regular que algunos observadores piensan qué se debe a la mano del hombre, es decir, que se trata de una pirámide gigantesca. De todos modos, la impresión general es que resulta demasiado grande como para haber sido hecha por el hombre. Las enormes pirámides toltecas y aztecas eran bases de templos levantados en la cumbre, y maravillaron a los españoles, que las llamaron "mansiones del cielo". En el mundo atlántico y en el Mediterráneo primitivo encontramos monumentos y construcciones de piedra de análogas proporciones masivas. Los misteriosos círculos monolíticos de Stonehenge, los dólmenes de Bretaña y Cornualles, los fuertes neolíticos de Irlanda, Aran y las

islas Canarias, las murallas ciclópeas del sur de España, la continuación del "cinturón de pirámides", que se inicia en América y atraviesa Etruria, el norte de África y Mesopotamia, los palacios de piedra, las tumbas, templos y conjuntos de cavernas de Cerdeña, Malta y las islas Baleares, y la existencia en la Grecia y Micerinia arcaicas de restos de una arquitectura ciclópea similar y de idénticos arcos a los utilizados en el Yucatán.

Algunas de estas estructuras megalíticas pudieron responder a una finalidad concreta por parte de sus constructores, pero a nosotros no nos resultan claros a primera vista. Los grandes círculos de piedra de Stonehenge, en Inglaterra, son interesantes, no sólo por el tamaño de las piedras y el problema de cómo fueron transportadas y colocadas, sino más aún por la forma racional en que fueron erigidas. El eje central de Stonehenge coincidía exactamente con la salida del sol en pleno verano. Otros hallazgos parecen confirmar el propósito de que fuera un enorme reloj astronómico, y sus correlatos exactos demuestran que sus constructores no sólo tenían conocimientos de astronomía sino también de trigonometría.

En Avebury encontramos otra serie de construcciones de piedra destinadas a servir de calendario y grandes dibujos planos que fueron trazados en la tierra pero que sólo resultan visibles desde arriba. Estos grabados son tan grandes que su diseño pétreo sólo puede ser advertido mediante la fotografía aérea. Cornualles, zona en la que están situados muchos misteriosos dólmenes, es una península, y es la porción de Inglaterra que más se adentra en el Atlántico, avanzando tal vez hacia el lugar, de donde llegaron los constructores originales para levantar los que parecen enormes "relojes planetarios" de piedra.

Al otro lado del Atlántico, en la región desértica que se encuentra a unos 200 kilómetros al sur de Lima, Perú, existe una sorprendente serie de formas geométricas que aparecen junto a inmensas figuras de pájaros, animales y personas dibujadas en la tierra.

Sus dimensiones son tan enormes que sólo pueden apreciarse desde el aire, y uno se pregunta cómo podían los artistas comprobar el trabajo que estaban realizando, sin disponer de algún medio que les permitiera observarlo con una perspectiva aérea.

Más insólito resulta aún el conjunto de líneas y franjas trapezoidales. Al igual que los dibujos, no fue advertido hasta 1939, cuando las observó desde un avión un profesor de historia que estudiaba las técnicas antiguas de regadío.

Se cree que estas figuras se deben a los nazcas, un pueblo indio anterior a los incas y posteriormente desaparecido. Una de las teorías respecto a ellas afirma que están en conexión con las relaciones entre las estrellas y las líneas del solsticio y el equinoccio de la era nazca. En otras palabras, que serían un enorme calendario astronómico que hace pensar en Stonehenge y Avebury.

Las leyendas locales las atribuyen a la diosa Orichana, que descendió a la Tierra en un "barco del cielo, tan brillante como el Sol". Podría sugerirse que la

diosa necesitaba un vehículo espacial para apreciar las figuras, o que tal vez los dibujos y rayas formaban parte de un sistema de aterrizaje.

En todo caso, es evidente que los descendientes de los nazcas o los habitantes indígenas actuales de las zonas donde se encuentran estos insólitos y tal vez "funcionales" monumentos han olvidado la finalidad con que fueron construidos.

Las largas hileras de menhires (enormes piedras dispuestas verticalmente) y los dólmenes (rocas dispuestas sobre un conjunto de bloques de piedra verticales), cuyo equilibrio es un misterio, podrían tener relación también con observaciones, tiempo o las estaciones. Pero uno de los dólmenes, llamado "la roca parlante", fue utilizado recientemente para que predijera el futuro y según parece, al preguntársele respondía "sí" o "no" mediante una inclinación de su enorme masa.

No podemos dejar de mencionar la incógnita cultural que constituyen las antiquísimas pinturas de las cavernas de Europa, en Lascaux, Altamira y otros lugares, lo mismo que las del Sahara, en África, que datan de la época en que esa región no era todavía un desierto. Dichas pinturas mágicas, que representan la cacería de animales, aparecen en diversas cuevas de España, Francia y África y generalmente se consideran obra del hombre de Cromagnon, correspondiente a una cultura preglacial que habría existido hace treinta mil años. Algunas de esas pinturas son elementales, pero otras resultan muy elaboradas en cuanto a estilo, composición y tratamiento del tema, de modo que parece que las cavernas en que se hallan hubiesen sido utilizadas por grupos prehistóricos muy diversos. Entre ellos había algunos que poseían una técnica artística muy estilizada y desarrollada, que debe haber tardado varios siglos en configurarse. Al examinarlas ahora, al cabo de más de treinta mil años, parecen extrañamente modernas, a diferencia de lo que ocurre con muchos de los períodos artísticos de los siglos intermedios. ¿Cómo y de dónde llegó repentinamente a Europa occidental y al norte de África esta raza de artistas tan desarrollados? ¿No podrían ser refugiados de una región sumergida en el océano Atlántico?

Podríamos decir que ésta es la "explicación atlántica" de la Prehistoria, basada en la presunta existencia de un antiguo continente atlántico, o especie de puente terrestre entre América y Europa. Esta supuesta conexión terrestre explicaría también los hallazgos de huesos de mamuts o elefantes, leones, tigres, camellos y caballos primitivos que se han encontrado en América.

Aunque ninguno de esos animales estaba allí cuando llegaron los españoles, sus restos han sido positivamente identificados. Bochica, el maestro que llevó la civilización a la nación chibcha de Colombia, habría llegado allí, según las leyendas, con su mujer y cabalgando a lomos de camellos.

El elefante, o quizás el mamut, es un motivo que aparece con frecuencia en el arte y la arquitectura amerindia. ¿Los vieron acaso los indios precolombinos, o simplemente los reconstruyeron después de examinar sus huesos? En todo caso, parecían conocer que los elefantes poseían una trompa. En Palenque,

Yucatán, se encontraron adornos con forma de cabeza de elefante y máscaras en bajorrelieve representando el enorme animal, y en Wisconsin existe aún un promontorio que luce claramente la figura de un paquidermo en sentido vertical.

Con razón se le conoce como el montículo del elefante. También se han descubierto pipas de esa forma en otro promontorio indio, en Iowa. En la América Central precolombina se hallaron pequeñas reproducciones de elefantes alados, fabricados en oro, que se usaban como adornos para el cuello colgando de una cadena. En relación con este último caso, un crítico italiano sostuvo que si los elefantes no tienen alas hoy, probablemente tampoco las tenían entonces. Pero entonces, ¿cómo se explican los caballos alados, como el Pegaso, que encontramos en nuestras propias artes y leyendas?

En su libro The Shadow of Atlantic, A. Braghine sugiere la existencia de otra relación entre elefantes y mamuts y las variaciones ocurridas en la superficie terrestre en la misma época del supuesto hundimiento de la Atlántida, y traza un paralelo entre los numerosos mamuts que se han hallado congelados en Siberia, de una antigüedad de unos doce mil años, y un campo entero de huesos de mastodonte que ha aparecido en Colombia, cerca de Bogotá. Braghine piensa que todos esos animales murieron a consecuencia de un súbito cambio climático. Algunos de los mamuts siberianos aparecieron de pie, congelados y con restos de comida sin digerir en sus estómagos. Pero este tipo de alimentos ya no existe en aquella región. Por otra parte, se ha sugerido que pudieran haberse ahogado en un mar de lodo que posteriormente se congeló. Braghine piensa que la repentina muerte de los mastodontes se debió a una súbita elevación del terreno en que pastaban, como lo indica la cantidad de huesos hallados en un solo lugar cerca de Bogotá. Se calcula que ambos fenómenos -la elevación de Sudamérica y la inundación de los pantanos siberianos- fueron acontecimientos contemporáneos aproximadamente al momento en que, según Platón, se habría producido el hundimiento de la Atlántida.

Se ha citado el caso de animales menores que también servirían de prueba para la teoría de que la tierra estaba unida allí donde hoy hay océanos. En Europa, el Norte de África y en las islas del Atlántico, aparece el mismo tipo de gusanos de tierra. Tanto en América como en Europa se puede encontrar un mismo crustáceo de agua dulce, y hay ciertas especies de escarabajos excavadores que sólo se desarrollan en América, África y el Mediterráneo. De las mariposas halladas en las islas Azores y Canarias, dos terceras partes son iguales a las de Europa y alrededor de una quinta parte a las de América. Hay un molusco, llamado oleacinida, que sólo existe en América Central, las Antillas, Portugal y en las Azores y Canarias. Dado que los moluscos están pegados a las rocas y salientes próximos a la costa y sólo se desplazan a otros lugares cuando encuentran determinadas temperaturas, tienen que haber existido algunos puentes terrestres que explicarían la presencia de estos moluscos, en puntos tan distantes unos de otros.

*En una caverna de la isla de Lanzarote, cerca de la Cueva de los Verdes, en las islas Canarias, existe un estanque de agua salada en el que habitan unos pequeños crustáceos llamados *munidopsis polymorpha* que son ciegos y que no existen en ningún otro lugar. Otras especies, similares a la anterior pero no ciegas, los *munidopsis tridentata*, viven en lo que podría ser la salida submarina de esta laguna atlántica, situada casi a una milla de distancia, en el océano. Los científicos que han estudiado este fenómeno piensan que los *munidopsis* ciegos quedaron atrapados en el estanque subterráneo hace miles de años y perdieron gradualmente la vista.*

Cuando el descubrimiento de las islas Azores, se encontraron allí conejos, lo que sugiere la existencia de algún tipo de conexión terrestre, a no ser que los cartagineses los hubiesen importado, cosa que parece improbable.

Volviendo a los animales de gran tamaño, la presencia de hombres, vacunos, ovejas y perros en las islas Canarias, en la época de su descubrimiento en el siglo XIV sería más fácil de explicar, ya que las islas se encuentran relativamente cerca de África. Sólo un punto oscuro: cuando fueron descubiertas, los habitantes de las islas Canarias no poseían embarcaciones, lo que no deja de extrañar tratándose de isleños.

Por otra parte, mar adentro frente a las Azores suelen verse focas, a pesar de que generalmente esos animales no suelen abandonar la costa. La hipótesis atlántica explicaría que, probablemente, las focas habrían seguido una línea costera que prácticamente unía el Viejo y el Nuevo Mundo, para luego quedar prisioneras, como otras especies, a causa de la catástrofe. A este respecto cabe recordar el informe de Aeliano acerca de los "carneros de mar", con cuyas pieles se confeccionaban las cintas que llevaban en torno a la cabeza los "gobernantes de la Atlántida".

¿Es posible que toda la fauna de las islas atlánticas -moluscos, crustáceos, mariposas, conejos, cabras, focas y personas- corresponda a sobrevivientes en cumbres montañosas de un continente sumergido?

Por último, hay que considerar la cuestión de la propia Edad de Bronce. El hombre comenzó a usar esta aleación de cobre y estaño muchos siglos antes de utilizar el hierro. Por otra parte, el uso del bronce era común en el norte de Europa y en Europa occidental, así como en el Mediterráneo, y tanto los incas del Perú como los aztecas de México lo conocían. Las culturas de la Edad de Bronce de España, Francia, Italia, África del Norte, e incluso Europa del Norte, nos están proporcionando constantemente pruebas de la existencia de una civilización mucho más avanzada de lo que antes se suponía.

Si bien, por lo que sabemos, los indios de América nunca utilizaron el bronce, en cambio produjeron ciertas amalgamas de cobre. Las minas cercanas al lago Superior presentan indicios de minería cuprífera que datan del año 6000 a.C.

Otros pueblos indios eran hábiles metalúrgicos, y los de México y América Central nos han legado hermosos y complejos utensilios y joyas fabricadas con metales preciosos. Los incas trajeron enormes cantidades de oro y plata de sus minas y no las utilizaron para acuñar moneda, sino para fabricar artículos

de gran belleza en los que se advierte un afán religioso de dar realce a la Casa imperial. Al oro le llamaban "Lágrimas del Sol" y a la plata "Lágrimas -de la Luna". Según los primeros testimonios de los conquistadores españoles, en los jardines del inca existían árboles de plata admirablemente labrados en los que se posaban pájaros de oro.

Aparentemente, el uso del hierro forjado tuvo su origen en Asia Central y se difundió hacia el Este y el Oeste, mientras su predecesor, el bronce, se extendió por un gran círculo alrededor del Atlántico, que parte desde América hacia Europa del Norte y se adentra en el Mediterráneo.

La cultura etrusca constituye un ejemplo particularmente interesante del bronce mediterráneo, con carretas y armas de ese metal que no pudieron resistir a los romanos, y a partir de entonces se desvanecieron en la historia, dejando documentos escritos en un alfabeto que aún no había sido traducido. No deja de ser una extraordinaria coincidencia que Platón mencione específicamente el país de los etruscos, Liguria, como una de las colonias de la Atlántida.

La cultura de la Edad de Bronce se extendió por el norte de África y llegó hasta Nigeria, donde el antiguo pueblo Yoruba desarrolló una avanzada y elaborada civilización. Entre otras estatuas de bronce encontradas en Ife, Nigeria, una de las más interesantes es la cabeza de Olokun, dios del mar y, como Poseidón, señor también de los mares... y de los terremotos.

Cuando uno considera las similitudes que existen entre las diversas culturas de la Edad de Bronce prehistórica en términos de un arco extendido alrededor del Atlántico oriental y su "entrada", el Mediterráneo, habría que recordar también la similitud de nombres que describen en líneas gruesas el mismo arco: Atlas, Antilla, Avalón, Arallu, Ys, Lyonesse, Az, Ad, Atlantic, Atalaya, y otros "americanos", como Aztlán, Atlán, Tlapallan, etc. Son nombres que se aplican a una tierra o paraíso perdidos, al emplazamiento original o al territorio desde el cual llegaron los maestros, que estaría localizado en el mar de Oriente u Occidente, según la orilla del océano de donde provienen las leyendas.

JCuántas cosas explicaría la Atlántida si estuviésemos tratando de resolver algunos de los misterios de la Prehistoria! Siguiendo la hipótesis de un punto central en el Atlántico desde el que habría crecido y a partir del cual se habría difundido una importante civilización prehistórica, desaparecida posteriormente a causa de una catástrofe, podríamos explicar ciertas asombrosas coincidencias culturales y algunas leyendas comunes sobre inundaciones en el Nuevo y el Viejo Mundo, la distribución de algunos animales y pueblos; la elevación y hundimiento de masas terrestres, los indicios de retrocesos de la civilización; de conocimientos y técnicas perdidas que sólo se conservan en leyendas; las evidencias de un arte muy elaborado que habría existido en períodos prehistóricos, y en una palabra, el origen y propagación de la civilización misma. Sin embargo, por muy plausible que nos resulte esta hipótesis, queda aún en el terreno de la pura teoría debido a la falta de pruebas más concluyentes. Y las teorías necesitan demostración.

Algunas teorías sobre la Atlántida

*Desde la época del descubrimiento de América hasta hoy, filósofos y escritores nos han ofrecido sus teorías acerca de la Atlántida. Por ejemplo, Francis Bacon, en *The New Atlantis* (1638) opinaba que la Atlántida de Platón era, sencillamente, América. La trama de Shakespeare en "La Tempestad", que tiene lugar en una isla del Atlántico, se atribuye algunas veces al renovado interés en el continente sumergido y en las islas perdidas de ese océano. Más tarde, en 1665, el padre Kircher, un jesuita y estudioso de esta cuestión, opinó en favor de la teoría de que la Atlántida era una isla del Atlántico y nos leyó un famoso mapa en que la hace aparecer en su relación con Europa y América.*

Desde nuestro punto de vista, el mapa está al revés, ya que el Sur aparece en la parte superior.

Mapa del padre Kircher (siglo XVII), que representa la Atlántida en una inscripción en la que se lee: "Lugar donde se hallaba la isla de la Atlántida, ahora sumergida en el mar, según la creencia de los egipcios y la descripción de Platón".

El propio Voltaire entra aquí en escena, o por lo menos eso parece, ya que existe una dedicatoria al filósofo en un estudio sobre la Atlántida del astrónomo Jean Bailly, que vivió antes de la Revolución Francesa y que situaba la isla-continente en el extremo Norte, cuando el Ártico era tropical. Al parecer, Voltaire compartía la opinión de Bailly, aunque es difícil comprobarlo, debido a su falta de fe en la mayor parte de las instituciones de su época.

Es bien sabido que ciertas zonas del Ártico y el Antártico eran tropicales. En Alaska, el norte de Canadá y Groenlandia, en algunas excavaciones se han descubierto tigres de Bengala y otros animales cuyo hábitat exige un clima más cálido. Sin embargo, esta circunstancia en sí misma no está inmediatamente relacionada con el tema de la Atlántida, salvo porque constituye otro indicio de los grandes cambios climáticos ocurridos en el mundo.

En el siglo XIX aparecieron entre otras teorías más modernas, dos escuelas importantes: una se basaba en el supuesto de que el continente sumergido sería una isla atlántica, un puente entre América y Europa, y la otra presumía que había estado situada en el norte o el noroeste de África, cuando el Sahara no era todavía un desierto.

*La primera teoría recibió un impulso considerable en 1882, a raíz de la publicación del libro de Ignatious Donnelly *Atlantis, Myths of the Antediluvian World*, del que se hicieron cincuenta ediciones y que aún se sigue publicando. La obra ha tenido tanta influencia sobre los estudios realizados en esta materia que, pese a sus frecuentes errores y entusiastas exageraciones merece ser considerada atentamente e incluso con simpatía, teniendo en cuenta la época en que fue escrita. El brío y la convicción con que está escrita no han sido igualados.*

Posiblemente Donnelly se vio influido por Bory de Saint-Vincent, autor de un artículo publicado en 1803 en que indicaba que las Azores y las Canarias eran

restos de la Atlántida, y de un mapa de la isla sumergida que se apoyaba en la información recibida de los autores clásicos. Es probable que también influyeran en él dos estudiosos franceses, Brasseur de Bourbourg y Le Plongeon, que vivieron en México y Guatemala, aprendieron la lengua maya y luego hicieron traducciones interpretativas y no comprobadas de partes de los documentos mayas, para demostrar que ese pueblo era descendiente de fugitivos de la Atlántida. Donnelly pudo también tener en cuenta a Hosea (1875), un estudioso norteamericano que comparó las culturas indias de América con la de Egipto.

Donnelly formuló la teoría de que la Atlántida fue la primera civilización mundial, la potencia colonizadora y civilizadora del litoral atlántico, de las costas del Mediterráneo, el Cáucaso, América Central y del Sur, el valle del Mississippi, el Báltico e incluso la India y partes de Asia Central. Fue también el lugar donde se inventó el alfabeto. Su catastrófico hundimiento habría sido un hecho histórico, inmortalizado en las leyendas de las inundaciones, y los mitos y leyendas de la Antigüedad constituirían simplemente una versión oscura y confusa de la verdadera historia atlántica.

También intentó una aproximación científica al tema, examinando la viabilidad de la versión de Platón y estudiando los terremotos y hundimientos con caracteres de cataclismo que registra la historia, así como el surgimiento y desaparición de islas en el mar.

Como prueba de que es posible que se produzcan desapariciones tan colosales como aquélla, examina algunos terremotos que provocaron hundimientos de tierra en el pasado, en Java, Sumatra, Sicilia y en una zona de 5000 kilómetros cuadrados en el Índico.

Sin embargo, para él, el océano Atlántico es la zona más inestable y cambiante de todas. Menciona los terremotos del siglo XVIII en Islandia y la aparición de una isla que fue reclamada por el rey de Dinamarca pero que volvió a sumergirse. Durante el siglo XIX, las islas Canarias, que "probablemente formaban parte del imperio atlántico original", fueron sacudidas durante cinco años por terremotos. Describiendo el terremoto de Lisboa, en el siglo XVIII, dice:

...En seis minutos murieron 60.000 personas. Muchas de ellas trataron de ponerse a salvo sobre un nuevo muelle construido enteramente de mármol, pero repentinamente se hundió, arrastrándoles consigo y sin que ninguno de sus cadáveres volviera a la superficie. Cerca de allí había una gran cantidad de pequeñas embarcaciones y lanchas, llenas de gente. De pronto, desaparecieron como tragadas por un remolino.

Jamás se encontraron fragmentos de estos naufragios. En el punto donde se hundió el muelle el agua tiene ahora doscientos metros de profundidad. La zona afectada por el terremoto era muy grande. Humboldt dice que una parte de la superficie de la Tierra, cuatro veces mayor que Europa, fue sacudida al mismo tiempo. Esta zona se extendía desde el Báltico hasta las Indias Occidentales y desde Canadá hasta Argelia. La tierra se abrió a ocho leguas de Marruecos, se tragó una ciudad de diez mil habitantes y luego volvió a cerrarse sobre ella.

Es muy posible que el centro de la convulsión estuviese en el fondo del Atlántico y que se tratara de la continuación de la gran agonía terrestre que, miles de años antes, acarreó gran destrucción sobre aquella tierra.

La descripción que Donnelly hace del cinturón sísmico del Atlántico prosigue así:

Mientras Lisboa e Irlanda, situadas al este del Atlántico, están sometidas a estas grandes sacudidas sísmicas, las islas de las Indias Occidentales, que se encuentran al oeste del mismo centro, han experimentado repetidamente fenómenos similares. En 1692, Jamaica sufrió un violento temblor... Una franja de tierra próxima a la ciudad de Port Royal, de una extensión aproximada de 400 hectáreas, se hundió en menos de un minuto y el mar lo cubrió todo, inmediatamente.

Aunque Donnelly, que escribía en 1882, no podía prever la destrucción de la Martinica ocasionada por el monte Pelee en 1901, cabe presumir que su tristeza por las muertes se habría visto mitigada por el refrendo que la catástrofe prestaba a sus teorías. Cuando se refiere a las Azores, "indudablemente las cumbres de las montañas de la Atlántida", considera que los volcanes que hundieron la isla-continente podrían reservarnos una sorpresa en el futuro:

...En 1808 surgió repentinamente un volcán en San Jorge, alcanzando la altura de 1.100 metros. Estuvo en erupción durante seis días, causando la desolación de toda la isla. En 1811 apareció otro desde el mar, cerca de San Miguel, dando lugar a una isla de cien metros de altura que recibió el nombre de Sambrina pero que rápidamente se hundió en el océano. Erupciones similares habían ocurrido en las Azores entre 1691 y 1720.

Hay una gran línea, una vasta fractura en la superficie del globo, que se extiende de Norte a Sur por el Atlántico y en la que hallamos una serie ininterrumpida de volcanes activos o extinguidos. En Islandia se halla el Oerafa, el Hecla y el Rauda Kamba, hay otro en Pico, en las Azores, luego está la cumbre de Tenerife y Fuego, en una de las islas de Cabo Verde. En cuanto a volcanes extinguidos, hallamos varios en Islandia y dos en Madeira. Por otra parte, Fernando de Noronha, la isla de Ascensión, Santa Helena y Tristán de Acunha son todas de origen volcánico...

Estos hechos parecen demostrar que los grandes fuegos que destruyeron la Atlántida están todavía latentes en las profundidades del océano; que las intensas oscilaciones que provocaron el hundimiento en el mar del continente de Platón, podrían provocar de nuevo su inmersión con todos sus tesoros escondidos...

Además de dar a entender que la difusión de ciertos animales es una prueba de la existencia de los "puentes terrestres" a través del Atlántico, Donnelly sugiere que el plátano y otras plantas sin semilla fueron llevadas a América por el hombre civilizado, y cita al profesor Kuntze:

Una planta que no posee semillas debe haber sido cultivada durante un período muy largo. No tenemos en Europa una sola planta cultivada que carezca de semillas, y por lo tanto es quizás acertado suponer que dichas plantas fueron cultivadas ya en los comienzos de la segunda parte del período diluvial.

Donnelly agrega, de manera categórica:

...Encontramos esa civilización, tal como lo indica Platón, y precisamente en un clima como ése, en la Atlántida y en ningún otro sitio. Se extendía, a través de las islas contiguas, hasta una distancia de 390 kilómetros de la costa de Europa por un lado y por el otro casi tocaba las islas de las Indias Occidentales, mientras que por intermedio de sus cadenas montañosas realizaba la unión de Brasil y África.

Donnelly examinó detalladamente las leyendas sobre inundaciones existentes en el mundo y su similitud, que para él es una prueba más del hundimiento de la Atlántida, y señaló un detalle: la formación de lodo que siguió a la inundación y que según Platón (y los fenicios) imposibilitó la navegación por el Atlántico, después de la desaparición de la isla.

Este es uno de los puntos de la narración de Platón que provocó la incredulidad y la burla de los antiguos e incluso de la época moderna. En la leyenda caldea encontramos algo semejante: Kasiastra dice: "Miré atentamente hacia el mar, y la Humanidad entera había retornado al barro". En las leyendas del Popol Vuh se nos dice que "desde el cielo se precipitó una sustancia espesa como resina".

Las exploraciones del barco Challenger muestran que la totalidad de la cordillera sumergida de la que forma parte la Atlántida sigue hasta hoy cubierta de restos volcánicos.

Basta con recordar las ciudades de Pompeya y Herculano, que estaban cubiertas con tal masa de cenizas volcánicas, debidas de las erupciones del año 79 a.C., que permanecieron durante diecisiete siglos enterradas a una profundidad de entre cinco y diez metros...

...En 1783 la erupción volcánica de Islandia cubrió el mar de piedra pómex, en un diámetro de 240 kilómetros y los barcos tenían grandes dificultades para navegar.

...La erupción de la isla de Sumbawa, en abril de 1815, arrojó una masa de setenta centímetros de altura y varios kilómetros de extensión, por la cual los barcos tenían gran dificultad para avanzar.

Hay que pensar, entonces, que la afirmación de Platón, que ha sido ridiculizada por los estudiosos, es uno de los elementos que corroboran su versión. Es probable que los barcos de los atlantes, en su regreso después de la tempestad, hallaran el océano infranqueable, debido a las masas de cenizas volcánicas y piedra pómex, y retornaran horrorizados a las costas de Europa.

La conmoción que experimentó la civilización se tradujo probablemente en uno de esos períodos de retroceso en la historia de la Humanidad en que se perdió todo contacto con el hemisferio occidental.

Llevado de su entusiasmo por esta teoría atlántica como interpretación de la historia, Donnelly sostuvo que hasta una época muy reciente,

...casi todas las artes esenciales de nuestra civilización proceden de los tiempos de la Atlántida, sin duda de aquella antigua cultura egipcia que coincidió con la atlántica y fue resultado de ella.

Durante seis mil años, el mundo no hizo ningún progreso respecto de la civilización que habían legado los Atlantes.

Al subrayar la antigüedad de los importantes adelantos que consiguió la primitiva civilización, sugiere que todos provienen de un punto central y afirma:

...Cada una de las razas civilizadas del mundo ha tenido algún tipo de civilización, incluso en su época más primitiva, y de la misma forma que todos los caminos llevan a Roma, todas las líneas convergentes de la civilización conducen a la Atlántida...

Como prueba de la expansión de la cultura atlántica hacia ambas orillas del Atlántico, argumenta:

...Si en ambas orillas del Atlántico encontramos precisamente las mismas artes, ciencias, creencias religiosas, hábitos, costumbres y tradiciones, resulta absurdo decir que los pueblos de los dos continentes alcanzaron en forma separada y siguiendo exactamente los mismos pasos, justamente los mismos fines...

Luego prosigue indicando numerosos paralelismos muy convincentes entre la América India y el Viejo Mundo en materia de leyendas, religión (especialmente la adoración del Sol), magia, creencia en espíritus y demonios, la tradición del Jardín del Edén, la reiterada presencia de ciertos símbolos, como la cruz y la svástica, ritos fúnebres y momificación, e incluso tradiciones seudomédicas, como la circuncisión, el parto simulado del padre -coincidiendo con el parto real de la madre-, y el fajado de las cabezas de los niños para producir cráneos alargados. Todo ello era común a pueblos tan distantes como los mayas, los incas, los antiguos celtas y los egipcios. En esto puede haberse visto directamente inspirado por Platón. Al discutir la leyenda de Faetón, que condujo el carro solar de su padre a través de los cielos y que, al no poder controlar los caballos fue destruido, dice el filósofo: "Aunque en forma de mito, estaba realmente relacionado con las acciones de los cuerpos celestes y los reiterados desastres de las conflagraciones". Para Donnelly, todos los mitos griegos son parte de la historia. Sostiene que la Atlántida es la clave de la mitología griega, y que los dioses y diosas griegos, "que nacen, comen y beben, hacen el amor, fascinan, roban y mueren", eran un confuso recuerdo de las hazañas de los gobernantes atlánticos. "La mitología griega es una historia de reyes, reinas y princesas, de amores, adulterios, rebeliones, guerras, asesinatos, viajes por mar y colonizaciones de palacios, templos, talleres y herrerías; de fabricación de espadas, de grabado y metalurgia; de vino,

cebada, trigo, vacunos, ovejas, caballos y agricultura en general. ¿Quién puede dudar de que la mitología griega en su conjunto es el recuerdo que una raza degenerada conservó de un imperio vasto, poderoso, y muy civilizado, que en un pasado remoto cubrió grandes extensiones de Europa, Asia, África y América?..."

Propone una atractiva explicación de la forma en que las figuras históricas atlánticas se convirtieron en dioses de otras naciones y sugiere este ejemplo (recordemos que escribía en una época en que el Imperio Británico estaba en el apogeo de su poderío): "... Supongamos que Gran Bretaña sufre mañana un destino semejante. ¡En qué terrible consternación se verían sumidas las colonias y la familia humana toda!... Guillermo el Conquistador, Ricardo Corazón de León, Alfredo el Grande, Cromwell y la reina Victoria podrían sobrevivir solamente como los dioses o demonios de las razas posteriores, pero la memoria del cataclismo en que pereció instantáneamente el centro de un imperio universal jamás se borraría; sobreviviría en fragmentos, más o menos completos, en cada región de la Tierra..."

Cincuenta años más tarde, el escritor francés Edgar Daqué se hizo eco de la teoría de Donnelly en el sentido de que los relatos sobre los dioses griegos eran verdadera historia. Daqué estudió, entre otras teorías geográficas, la leyenda de las Pléyades, las hijas de Atlas que se convierten en estrellas. Para él se trataba de una alegoría para explicar la desaparición de algunos fragmentos de la cadena montañosa del Atlas bajo el mar. En otras palabras, ciertas partes del cuerpo de Atlas, sus hijas, desaparecieron y se convirtieron en estrellas -las Pléyades- mientras sus formas anteriores, de la época en que eran montañas, yacen todavía sumergidas en el Atlántico. Explica también la petición de oro que hizo Hércules a las Hespérides, como una alegoría del comercio griego con una cultura más avanzada del Atlántico. En su opinión, las manzanas de oro eran naranjas o limones, y la cultura occidental (la Atlántida) tenía probablemente grados distintos y "variedades mejor desarrolladas de frutas y productos que habrían provocado la envidia de las razas mediterráneas más pobres...". Viene a la memoria la teoría del supuesto cultivo del plátano y la piña en la Atlántida, y es de notar que en italiano el tomate -desconocido en Europa antes del descubrimiento de América- se llama pomodoro, "manzana de oro".

Donnelly afirmó también que los dioses fenicios eran recuerdos de los gobernantes de la Atlántida y que los fenicios estaban más cerca de los atlantes que los griegos y, de hecho, sirvieron de vehículo para la transmisión de los elementos de la cultura más antigua a griegos, egipcios, hebreos y otros.

"... El territorio que cubría el comercio de los fenicios representa, hasta cierto punto, el área del viejo imperio atlántico. Sus colonias y centros comerciales se extendían hacia Oriente y Occidente, desde las costas del Mar Negro, a través del Mediterráneo, hacia la costa occidental de África y España y alrededor de Irlanda e Inglaterra. Por el Norte y el Sur llegaban desde el Báltico hasta el Golfo Pérsico... Estrabón calculaba que contaban con trescientas ciudades a lo largo de la costa occidental de África..."

Relaciona claramente a Colón -que, según cierta teoría que circula en el mundo de habla española era de origen judío- con los semitas fenicios y dice:

"...Cuando Colón se hizo a la mar para descubrir el Nuevo Mundo, o redescubrir uno viejo, partió de un puerto fenicio fundado por aquella gran raza, dos mil quinientos años antes. Este marino atlántico, de rasgos fenicios y que navegaba desde un puerto atlántico, simplemente volvió a cubrir la ruta del comercio y la colonización que había" quedado cerrada cuando la isla de Platón se hundió en el mar...".

Donnelly considera el imperio atlántico como un mundo prehistórico que se extendía por la mayor parte de la tierra. Casi toda su obra está dedicada a rastrear leyendas, influencias e incluso reliquias de los atlantes, especialmente en Perú, Colombia, Bolivia, América Central, México y el Valle del Mississippi, en que relacionó la cultura de los constructores de promontorios con la isla-continente. Las buscó en Irlanda, España, África del Norte, Egipto y especialmente en la Italia prerromana, Gran Bretaña, las regiones del Báltico, Arabia, Mesopotamia, e incluso la India.

Con gran elocuencia, escribió:

"... Un imperio que llegaba desde los Andes hasta Indostán...; en su mercado se encontraba maíz del valle del Mississippi, cobre del lago Superior, oro y plata de Perú y México, especies de la India, estaño de Gales y Cornualles, bronce de Iberia, ámbar del Báltico, trigo y cebada de Grecia, Italia y Suiza..."

Sus entusiastas opiniones son casi contagiosas, cuando habla de los atlantes como "...los fundadores de casi todas nuestras artes y ciencias; eran los padres de nuestras creencias fundamentales; los primeros civilizadores, navegantes, mercaderes y colonizadores de la Tierra; su civilización tenía ya gran antigüedad en los primeros tiempos de la civilización egipcia, y habrían de pasar miles de años antes de que nadie soñara con Babilonia, Roma o Londres. Este pueblo perdido era nuestro antepasado; su sangre corre por nuestras venas, las palabras que usamos a diario fueron escuchadas en su forma primitiva en sus ciudades, cortes y templos. Cada rasgo de raza, y pensamiento, de sangre y creencia, nos hace retornar a ellos...".

Llevado por su afán de demostrar la teoría que con tanto entusiasmo creía Donnelly -y muchos otros que la comparten- imaginó a menudo similitudes culturales y raciales que posteriormente han sido desmentidas. En especial, las relaciones lingüísticas, que frecuentemente han resultado erróneas. La traducción del código troano maya, es un buen ejemplo de los extremos en que pueden desembocar los investigadores llevados de una idea preconcebida. El código es la primera parte de los únicos tres documentos mayas escritos que escaparon a la conflagración general iniciada por el obispo Landa, que ocupaba la diócesis de Yucatán en el siglo XVI. La traducción fue intentada por Brasseur de Bourbourg y luego por Le Plongeon, ambos en el siglo XIX, durante su investigación sobre el tema de la Atlántida y en su intento de relacionar la civilización maya del Yucatán con la de los atlantes. Brasseur de

Bourbourg descubrió en los archivos de Madrid, en 1864, un alfabeto maya recopilado por el obispo Landa, quien paradójicamente fue el que más hizo por destruir toda la literatura maya. Este alfabeto estaba basado en un concepto totalmente erróneo, debido a que Landa, cuando intentó descifrarlo, no advirtió que los mayas probablemente carecían de abecedario y tal vez utilizaban una mezcla de jeroglíficos y símbolos fonéticos. Brasseur de Bourbourg aplicó este alfabeto erróneo al idioma maya, que él hablaba, e hizo una traducción del código troano, que posteriormente influyó de manera notable en Donnelly y otros. Esta es su versión:

En el sexto año de Can, en el undécimo Muluc del mes de Zac, hubo pavorosos terremotos que continuaron hasta el decimotercero Chuen. La tierra de las colinas de arcilla, Mu, y la tierra de Moud sufrieron el seísmo. Se vieron sacudidas dos veces y por la noche desaparecieron repentinamente. La corteza de la Tierra fue repetidamente levantada y hundida en varios puntos por las fuerzas subterráneas, hasta que no pudo resistir las tensiones y muchos países quedaron separados por profundas grietas. Finalmente, ninguna de las dos provincias pudo resistir y ambas se hundieron en el océano, arrastrando a 64 millones de habitantes. Ocurrió hace 8060 años.

Augustus Le Plongeon, otro arqueólogo francés que conocía la lengua maya y que se dedicó a la exploración y excavación de ciudades de aquella civilización, también inventó una traducción del mismo material; su versión es la siguiente: "En el año 6 Kan, en el undécimo Muluc, en el mes Zac, hubo terribles terremotos, que continuaron sin interrupción hasta el decimotercero Chuen. El país de las colinas de barro, la tierra de Mud, fue sacrificado: luego de ser levantado en dos ocasiones, desapareció durante la noche y el valle se vio continuamente sacudido por fuerzas volcánicas. Como era un lugar muy estrecho, la tierra se levantó y hundió varias veces en distintos sitios. Por último, la superficie cedió y diez países resultaron partidos y separados. Incapaces de soportar la fuerza de la convulsión se hundieron con sus 64 millones de habitantes, 8060 años antes de que este libro fuera escrito".

Además, Le Plongeon intentó una traducción interpretativa, basada en el antiguo sistema egipcio de jeroglíficos de la pirámide Xochicalco, cercana a Ciudad de México. Así decía la traducción: "Una tierra del océano es destruida y sus habitantes son asesinados para convertirlos en polvo..." Estas "traducciones" de Brasseur y Le Plongeon se citaban muy frecuentemente y, sin duda, eran conocidas por Donnelly.

Hasta hoy, ninguno de los manuscritos o inscripciones mayas han podido ser descifrados, aunque parece que los arqueólogos rusos están tratando de hacerlo por medio de computadoras.

Lewis Spence, un estudiante escocés de mitología que escribió cinco libros sobre la Atlántida, entre 1924 y 1942, cree que no existió una isla-continento, sino dos: una en el lugar señalado por Platón y otra cerca de las Antillas (llamada Antillia), en los alrededores del actual Mar de los Sargazos. Esta tesis que sostiene la existencia de varias masas terrestres atlánticas es compartida por otros teóricos, que suponen que la isla no se hundió toda de una vez, sino

tras una serie de cataclismos espaciados en el tiempo que produjeron una remodelación de la superficie de la Tierra que todavía está en curso.

Spence dedicó gran parte de su investigación a la mitología comparativa, especialmente con el fin de relacionar las leyendas precolombinas de las tribus y naciones americanas con leyendas del Viejo Mundo, no sólo las de las culturas mediterráneas, sino también las del Norte celta, que él, como mitólogo escocés, estaba perfectamente capacitado para representar.

Desde su privilegiada posición, Spence destacó tantos puntos coincidentes entre estas leyendas, que uno no puede por menos que llegar a la convicción de que, o existió una intensa comunicación entre el Viejo y el Nuevo Mundo antes del descubrimiento de Colón, o cada Hemisferio desarrolló sus leyendas a partir de un punto central, que luego desapareció. Por ejemplo, véanse las similitudes que se señalan entre Quetzalcóatl, el dios tolteca que llevó la civilización a México y que regresó a Tlapallan, su lugar de origen en el mar oriental, y Atlas, tan importante en las leyendas que se refieren a la Atlántida.

El padre de Atlas era Poseidón, dios del mar, en tanto que el padre de Quetzalcóatl era Gucumatz, una deidad del océano y del terremoto, "la serpiente antigua... que vive en la profundidad del océano". Quetzalcoatl y Atlas eran mellizos, ambos se representaban con barba y cada uno de ellos sostenía el cielo.

Un aspecto particularmente interesante de las teorías de Spence acerca de la Atlántida se refiere a las oleadas de inmigración cultural que aparentemente llegaron a Europa desde Occidente en ciertos períodos y especialmente alrededor de los años 25.000, 14.000 y 10.000 a.C. Esta última fecha coincide con la del supuesto hundimiento de la Atlántida.

Estos tipos de culturas prehistóricas europeas han recibido los nombres de las localidades en que fueron originalmente descubiertas, como Cro-Magnon o Aurignac, la más antigua, que fue llamada así porque apareció en Cro-Magnon y en una gruta de Aurignac, en el sudoeste de Francia. Esta civilización sorprendentemente avanzada data de hace más de 25.000 años y se difundió a través de ciertos sectores de la Europa sudoccidental, el norte de África y el Mediterráneo oriental. Las pinturas y grabados que aparecen en las paredes de las cavernas sugieren una cultura muy desarrollada que poseía un profundo conocimiento de anatomía. Estas pinturas o bajorrelieves de las cavernas muestran gran preocupación por el toro, que ocupaba un lugar importante en el relato de Platón acerca de la religión atlántica y en las civilizaciones de Creta y de Egipto, donde existía el buey sagrado, Apis. Incluso hoy, 25.000 años después, pese a que ya no es un símbolo religioso, el toro es todavía un elemento importante de la cultura española.

Los cráneos de Cro-Magnon indican que el tipo humano al que pertenecían poseía una capacidad cerebral mucho mayor que la de los habitantes de Europa de la época, casi como si se tratase de una raza de superhombres. Spence interpreta la cultura magdaleniana de hace alrededor de 16.000 años como una segunda oleada de la inmigración atlántica e indicios de una

organización tribal y religiosa bastante desarrollada. Esta oleada también llegó a Europa procedente del Oeste y el Sudoeste.

La tercera oleada, llamada aziliense-tardenoi-siense (por los descubrimientos realizados en Le Mas d'Azil y Tardenois, Francia), data de hace unos 11.500 años; según Spence, eran los antecesores de los iberos que se difundieron por España y otras partes del Mediterráneo, como las montañas Atlas. Los azilienses enterraban a sus muertos mirando hacia Occidente, que era aparentemente el punto desde el cual habían llegado.

En tiempos de los romanos, los habitantes de Italia llamaban "atlantes" a los antiguos iberos. Spence cita a Bodichon, quien observó: "Los atlantes eran, entre los pueblos antiguos, los hijos favoritos de Neptuno (Poseidón). Dieron a conocer (su) culto a otras naciones, como los egipcios, por ejemplo. En otras palabras, los atlantes fueron los primeros navegantes conocidos...".

Las culturas aziliense, magdalenense y de Cro-magnon son hechos, no teorías. Spence hizo una interesante contribución al estudio de la Atlántida al relacionar las fechas aproximadas que se atribuían a la aparición de esas culturas con la salida de emigrantes de la isla-continente, a raíz de las inmersiones periódicas ocasionadas por la actividad volcánica, inundaciones provocadas por el derretimiento de capas de hielo del período glacial, o por una combinación de ambos fenómenos.

Dado que dichas culturas aparecieron repentinamente en Europa sudoccidental, en distintas épocas, sin duda debían proceder de algún otro lugar, y su expansión hacia Oriente desde la región pirenaica vizcaína indica que su lugar de origen era el Oeste, y más concretamente, una tierra en medio del océano.

La última cultura, la aziliense, parece haber poseído, aparte de una insólita forma de arte "geométrico", una especie de escritura o símbolos trazados en piedras, guijarros y huesos. En el siglo XIV fue descubierto en las islas Canarias lo que pudo ser tal vez una reliquia viva de esas culturas. Los guanches eran blancos, se parecían en estatura a los hombres de Cro-Magnon, adoraban al Sol, tenían una cultura muy desarrollada y correspondiente a la Edad de Piedra y un sistema de escritura, y conservaban una leyenda acerca de una catástrofe universal, de la que eran únicos sobrevivientes.

Desgraciadamente para ellos, su descubrimiento por los europeos constituyó una catástrofe definitiva, de la que no podrían sobrevivir mucho tiempo. Al escribir acerca de la coincidencia en el tiempo entre la supuesta desaparición de la Atlántida y la última aparición de una cultura prehistórica en Europa,

Spence dice: "... El hecho de que la fecha del advenimiento de los azilienses-tardenoisenses, según la han calculado las más fiables autoridades en la materia, coincide en general con la que Platón da para la destrucción de la Atlántida puede ser una simple coincidencia". Sin embargo, sigue diciendo que "algunas coincidencias son más extraordinarias que los hechos comprobados".

En general, Spence difundió las teorías de Donnelly pero "rebajando" en cierta forma la Atlántida a una civilización "de la Edad de Piedra", un tanto similar a la del antiguo México y a la de Perú, pero responsable del "complejo cultural" atlántico, algunos de cuyos restos son todavía evidentes en la zona atlántica.

En sus últimos años Spence llegó a obsesionarse con la tradición que se repite en tantas leyendas y en la Biblia y que se refiere al mundo anterior a la inundación, sosteniendo que los atlantes habían sido destruidos por la ira divina provocada por su maldad. En 1942, durante la Segunda Guerra Mundial, publicó su último libro sobre el tema, con un título que resultaba muy apropiado, dadas las circunstancias: Wül Europe Follow Atlantis? ("¿Seguirá Europa a la Atlántida?").

También sugirió que una de las razones que explican la supervivencia de la teoría atlántica es que el "recuerdo de raza" relativo a la isla sumergida fue tal vez heredado, al igual que el que se atribuye a las bandadas de pájaros que todavía parecen buscar el continente perdido como escala en su vuelo migratorio anual a través del océano.

Otras teorías sostienen que cada una de las culturas antiguas cuya existencia se conoce con certeza, como la de la costa occidental de España, la del norte de África, la de África occidental, o la de algunas islas mediterráneas (Creta y recientemente Tera) fueron, según quien fuera el investigador, la verdadera Atlántida y la razón por la que existía la tradición atlántica.

Algunas de estas teorías no niegan la de la isla-continente, ya que la misma existencia de estos antiquísimos y desconocidos centros culturales podría explicarse considerándolos originalmente como colonias atlánticas o lugares de refugio.

Tartessos es uno de los principales "sustitutos" del continente perdido. Se piensa que estaba localizada en la costa atlántica de España, en la desembocadura del río Guadalquivir o en sus alrededores, o en el lugar por donde discurrió el curso del río anteriormente. Era el centro de una próspera y muy desarrollada cultura, especialmente rica en minerales. Tartessos fue capturada por los cartagineses en el año 533 a.C. y posteriormente quedó aislada del resto del mundo.

Los arqueólogos alemanes, especialmente los profesores Schulten, Jessen, Hermán y Henning, iniciaron su investigación sobre Tartessos en 1905. Con un verdadero sentido germánico del orden, Jessen dispuso en un cuadro las "pruebas" de que la "Venecia de Occidente" era el modelo de la Atlántida platónica. Elabora una lista de once puntos para demostrar su tesis, comparando lo que dijo el filósofo con lo que Schulten, él mismo y otros descubrieron o concluyeron acerca de Tartessos.

Henning, Schulten, y otros especialistas alemanes pensaban que Tartessos no era una colonia atlántica, sino germana, y basaban su creencia en parte en el ámbar del Báltico hallado en los alrededores de Tartessos y en parte en las

teorías de otro estudioso alemán que tenía el insólito nombre de Redslöb y postulaba que las tribus germánicas de la prehistoria habían navegado frecuentemente por el océano.

La propia Tartessos no ha sido definitivamente localizada, aunque se han encontrado grandes bloques de construcciones en terrenos de sedimentación que estaban demasiado cerca del nivel del agua como para realizar excavaciones prácticas. (¿No nos parece oír un eco del relato platónico acerca del lodo que impedía la navegación?) Los restos de Tartessos pueden hallarse bajo el mar o cubiertos de sedimentación, bajo la tierra misma.

*La señora E. M. Wishaw, directora de la escuela Anglo-Hispano-Americana de Arqueología y autora de *Athlantis in Andalusia* (La Atlántida en Andalucía) estudió la zona durante veinticinco años. El descubrimiento de un "templo del Sol" a nueve metros de profundidad en las calles de Sevilla le hizo pensar que*

Tartessos podría estar enterrada bajo la actual ciudad. De hecho, gran parte de la antigua Roma está enterrada bajo la Roma moderna, Tenochtitlán yace bajo la parte vieja de Ciudad de México, y Herculano se halla debajo de Resina, para mencionar sólo algunos casos en que los arqueólogos desearían destruir el presente para alcanzar el pasado.

En las minas de cobre de Río Tinto, cuya antigüedad se calcula en ocho o diez mil años, pueden observarse otros restos relacionados con la cultura de Tartessos. Algo parecido ocurre con las obras de ingeniería hidráulica próximas a Ronda y con un puerto interior en Niebla, que nos hace pensar en la descripción de Platón de las obras hidráulicas de la Atlántida.

Lejos de coincidir con los investigadores alemanes, que sostenían que la propia Tartessos fue el centro de la leyenda atlántica, la señora Wishaw creía que Tartessos era simplemente una colonia de la verdadera Atlántida:

Para expresarla concisamente -escribió- mi teoría es que el relato de Platón ha sido corroborado en todas sus partes, por lo que hemos encontrado aquí, incluso el nombre atlántico de su hijo Gadir, que heredó aquella parte del reino de Poseidón que se encuentra más allá de las Columnas de Hércules y que gobernó en Gades (Cádiz)...

Y luego:

...Aquel pueblo prehistórico maravillosamente culto, cuya civilización he documentado, resultó de la fusión de los libios de la Antigüedad, que en una etapa anterior a la historia de la Humanidad vinieron a Andalucía desde la Atlántida para comprar el oro, la plata y el cobre extraído por los mineros neolíticos de Río Tinto, y en el curso de las generaciones... fundieron las culturas ibérica y africana hasta tal punto, que África y Tartessos resultaron en una raza común, la libio-tartessa.

Se estima que la civilización tartessa contaba con documentos escritos de hasta 6.000 años de antigüedad, y en una aldea de pescadores española

cercana a Tartessos, Schulten encontró un anillo con una inscripción que se ha considerado una excelente prueba de la existencia de la escritura. "Letras" aún no descifradas, encontradas en un anillo cerca del lugar donde estuvo emplazada Tartessos.

La señora Wishaw ha reunido otras inscripciones ibéricas prerromanas (que nadie ha podido todavía traducir) y afirma que alrededor de 150 de estos Signos alfabéticos pueden verse también en las paredes de las cuevas excavadas en roca, en Libia.

Puede que esto no constituya una prueba de la existencia de la Atlántida, pero en cambio sí parece demostrarla existencia de una civilización mediterránea occidental muy antigua y muy poco conocida. Esta cultura presenta muchos aspectos similares a la de la antigua Creta, con la cual tuvo posiblemente algunos contactos. Uno de los hallazgos más notables de la cultura ibérica es el busto llamado "La Dama de Elche", que fue descubierto en el Sur de España, cerca de la ciudad de ese nombre. Algunos piensan que es un retrato de una sacerdotisa de la Atlántida, y constituye por sí sola una prueba del alto grado de civilización alcanzado por los antiguos habitantes de España.

Se ha sugerido con frecuencia que Esqueria, la tierra de los feacios situada "en el fin del mundo" y que Hornero menciona en La Odisea, sirvió a Platón de modelo para su relato de la Atlántida. Muchos aspectos de Esqueria recuerdan la narración platónica: el maravilloso y resplandeciente palacio de Alcino, "hecho de metal"; "las gigantescas y sorprendentes murallas"; el poder marítimo de los feacios, la ciudad construida en una llanura flanqueada por grandes montañas en el Norte e incluso la mención de dos manantiales en el jardín del palacio real.

Subsisten las dudas acerca del emplazamiento de Esqueria. Hornero, al describir la tierra o isla visitada por Ulises en su viaje de regreso después de la guerra de Troya, en el que hizo muchas escalas, estaba repitiendo quizás los relatos que había escuchado en alguno de los diversos lugares que habían conservado una antigua y muy desarrollada civilización. Por ejemplo, Creta, Corfú, Tartessos, Cades, o la propia Atlántida, como sugiere Donnelly. Sin embargo, y dado que el nombre de Esquena sólo aparece en La Odisea, la respuesta podría estar en el significado del nombre.

En fenicio esquera significa "intercambio" o "comercio", de manera que la palabra pudo ser utilizada simplemente como una expresión general para describir cualquier centro comercial poco conocido en la época, y tal vez se utilizó para designar lejanos centros occidentales, como Tartessos o Cades, o alguna isla o isla-continente del océano Atlántico.

Hay otras teorías muy misteriosas según las cuales la Atlántida nunca se hundió, que está todavía en tierra firme y que bastaría con llevar a cabo una excavación para encontrarla. Una de las más importantes de estas versiones de "tierra firme" se basa en los cambios climáticos ocurridos en el norte de África. En las montañas Tassili, de Argelia, y en la vecina cadena Acasus, en Libia, hay cavernas con pinturas que datan de hace diez mil años y en las que

se reproduce una tierra placentera, muy poblada, llena de ríos y bosques y en la que abundan toda clase de animales Africanos, como los que ahora han desaparecido, pero que alguna vez existieron en una región que en la actualidad es tan árida como la superficie de la Luna. Además de los indicios de un completo cambio climático como lo sugieren las pinturas de las cavernas, en su ejecución vemos ciertas similitudes respecto a las de la Europa prehistórica que constatan la existencia de una cultura evolucionada y un largo período preparatorio de desarrollo artístico, que se advierte en el uso de la perspectiva y en la libertad formal. La presencia de una otra gran población coincide con la teoría generalmente aceptada de que, en el actual emplazamiento del desierto existieron alguna vez grandes ríos, bosques e incluso mares interiores. Los restos de estos cursos de agua todavía fluyen bajo las arenas del desierto y las tribus de la región aún conservan el recuerdo de tierras más fértiles. La progresiva aridez del actual norte de África y la supervivencia de gran parte de la costa son las bases de otras teorías francesas que sostienen que tanto Túnez como Argelia poseían un mar interior, abierto al Mediterráneo e incluso conectado con el del Sahara. Otro de estos mares, el de Túnez, tiene relación con el lago Tritonis, mencionado por diversos autores clásicos, que perdió el agua cuando los diques se quebraron durante un terremoto y finalmente se secaron, convirtiéndose en lo que ahora es un lago pantanoso y poco profundo, el Chott-el-Djerid, en Túnez.

Se cree que el Sahara era el lecho de un antiguo mar y que formaba parte del océano. Los estudios geodésicos realizados bajo los auspicios del gobierno francés demuestran que la depresión formada por los chots, o lagos pantanosos y poco profundos de Argelia y Túnez, está por debajo del nivel del mar y se llenaría de agua si se eliminasesen una serie de dunas de la costa.

Ya en 1868 el arqueólogo francés Godron elaboró la teoría de que la Atlántida estaba enterrada en el Sahara. En 1874 el geógrafo francés Etienne Berlioux también se inclinó a situar en África la isla-continente, pero afirmó que la verdadera Atlántida estaba en el norte de África, en las montañas del Atlas, frente a las islas Canarias.

Berlioux pensaba que Cerne, la ciudad mencionada por el autor clásico Diodoro de Sicilia como capital de los atlantioi, se hallaba aproximadamente en ese mismo punto. Cerne aparece mencionada también en el curso del viaje realizado por el navegante cartaginés Hanno, que concluyó en el lugar de aquél nombre.

Asimismo aparece también en uno de los mapas de la época de Colón. En su estudio de los tipos raciales, Berlioux subrayó el hecho de que los bereberes de los montes Atlas suelen tener piel blanca, ojos azules y pelo rubio, lo que denota un origen celta (o atlántico). Posteriormente, algunos escritores franceses se han servido de esto para justificar el control de África del Norte por los europeos de ascendencia celta (es decir, los franceses). Sin embargo, puesto que los franceses ya han perdido dicho control, no merece la pena discutir el punto.

P. Borchard, un escritor alemán, adoptó en 1926 la teoría nordafricana y pensó que la capital de la Atlántida estaba situada en las montañas Hoggar,

asentamiento de la tribu tuareg, una raza de origen misterioso, que usa túnicas y velos azules, conoce (como los bereberes) la escritura y está en proceso de extinción.

Dado que consideraba a los bereberes como posibles reliquias de los atlantes norteafricanos, Borchard intentó buscar en los nombres de las tribus bereberes de la actualidad los de los diez hijos de Poseidón; es decir, los clanes de la Atlántida. Encontró dos extraordinarias coincidencias: que una de las tribus se llamaba Uneur, lo que coincidía perfectamente con Euneor, mencionado por Platón como el primer habitante de la Atlántida, y que las tribus bereberes de Chott el Ha-maina de Túnez, tenían el nombre de Attala (hijos de la fuente).

Los arqueólogos franceses Butavand y Jolleaud han suscrito esta teoría, pero también sitúan una gran parte del imperio atlántico como una tierra sumergida frente a la costa de Túnez, en el golfo de Cabes. Fran-gois Roux comparte la creencia de que en tiempos prehistóricos África del Norte era una península fértil: "...La verdadera Atlántida, atravesada por muchos ríos y densamente poblada por hombres y animales...". En su investigación, Roux estableció una íntima relación entre la cultura prehistórica de África del Norte y las de Francia, España y Portugal, basándose en el descubrimiento de ciertos guijarros y cerámicas que mostraban símbolos que según él constituían un lenguaje escrito (véase pág. 216).

Muchos investigadores franceses la buscaron en las colonias francesas del Norte de África, y algunas autoridades en la materia la han situado en la propia Francia. Los arqueólogos españoles han tratado de situarla en España o en los dominios españoles norteafricanos, y un escritor catalán afirmó que estaba emplazada en Cataluña. Como si las Azores portuguesas no fueran suficiente, un investigador lusitano declaró que la Atlántida era el propio Portugal. Los científicos rusos piensan que estaba bajo el mar Caspio, o tal vez cerca de Kerch, en Crimea, mientras los científicos y arqueólogos alemanes pretenden haberla localizado bajo el Mar del Norte, en Mecklenbergo bajo la forma de Tartessos, una "colonia alemana" situada en España. Hay un libro muy extenso en alemán, titulado La Atlántida, hogar original de locarias. Los autores ingleses e irlandeses han dicho que la "isla de Platón" era Inglaterra e Irlanda, respectivamente. Un especialista venezolano piensa que estaba en Venezuela, y un estudioso sueco sostiene haberla localizado en Upsala, Suecia.

Actualmente los arqueólogos griegos creen que la leyenda atlántica tiene sus orígenes en la isla de Tera, que en el año 1500 a.C. explotó, cuando una gran parte de ella se hundió en el mar Egeo. Antes de que surgiera la candidatura de Tera como posible emplazamiento de la Atlántida, Creta era también considerada por numerosos estudiosos como la verdadera isla sumergida, debido al gran desarrollo que alcanzó su civilización primitiva, repentinamente desaparecida, y a la existencia de cenizas volcánicas y huellas de fuego en sus ruinas. Sin embargo, es evidente que la erupción volcánica y el terremoto que destruyeron Tera pudieron afectar también a Creta, y ambas civilizaciones habrían sido quizás destruidas por la misma catástrofe.

El filólogo, orientalista y teórico alemán Karst, especialista en el tema de la Atlántida, amplió considerablemente el problema de la localización de la isla cuando ideó la teoría de la existencia de dos islas-continentes, una en Occidente, que se extendía desde el norte de África hasta España y el Atlántico, y otra en Oriente, en el océano Índico, al sur de Persia y Arabia.

Además, mostró en detalle varios puntos subsidiarios de una civilización regional existente en las montañas Altai de Asia y en otras regiones, que él relaciona en virtud de similitudes de lenguaje, nombres de localidades, tribus y pueblos.

Frente a esta multiplicidad de "Atlántidas", Bramwell, un escritor excelente, que adopta una posición neutral, resume hábilmente los problemas planteados por las numerosas teorías, respecto del emplazamiento real de la Atlántida, cuando sugiere, en su libro Lost Atlantis (La Atlántida perdida) que, o se parte de la base de que el continente sumergido era una isla del Atlántico, "o sencillamente no se trata de la Atlántida". En todo caso, los múltiples restos culturales existentes en torno del Mediterráneo, en el Oeste y Norte de Europa y en el continente Americano, no excluyen necesariamente la existencia de la isla. Por el contrario, muchos de ellos, cualquiera, o todos, podrían ser vestigios de colonización atlántica, precisamente como lo sugirió Donnelly.

Un caso interesante es la extraña cultura Yoruba o Ife, que existió en Nigeria alrededor del 1600 a.C. El explorador Leo Frobenius, después de realizar un serio estudio de esta extraña cultura africana y al haber encontrado en ella lo que le parecieron similitudes indudables con el relato de Platón, declaró:

Creo, por lo tanto, haber hallado nuevamente la Atlántida, centro de... una civilización situada más allá de las Columnas de Hércules y de la que Solón nos dijo... que estaba cubierta de frondosa vegetación, en la que plantas frutales proporcionaban alimentos, bebida y medicinas, que fue el lugar en que crecieron el árbol de la fruta de rápida descomposición (el plátano) y algunas especies muy agradables (como la pimienta), donde había elefantes, se producía cobre y donde los habitantes usaban ropas de color azul oscuro...

Además, Frobenius basaba su teoría de una Atlántida nigeriana en ciertos símbolos etnológicos; es decir, el uso de símbolos comunes a otras tribus, como por ejemplo la swástica, la adoración de Olokun, dios del mar, la organización tribal, ciertos tipos de artefactos, utensilios, armas y herramientas, tatuajes, ritos sexuales y costumbres funerarias. En sus comparaciones descubrió sorprendentes similitudes con otras culturas, como la etrusca, la ibérica de la Prehistoria, la libia, la griega y la asiria. Aunque sostuvo que había encontrado la Atlántida, Frobenius pensaba que la cultura Yoruba era originaria del Pacífico y que había llegado a través de Asia y África. Por consiguiente, al afirmar que había encontrado la Atlántida, probablemente quería decir que había hallado lo que los antiguos escritores describían cuando hablaban del pueblo atlántico: una misteriosa civilización existente más allá de las Columnas de Hércules.

Este último ejemplo ilustra la tendencia, ciertamente comprensible, de exploradores y arqueólogos a relacionar la escasamente conocida cultura que han "descubierto" con el concepto de la Atlántida, especialmente si el centro cultural está en el mar o cerca o debajo de él. Puesto que los límites de la prehistoria están retrocediendo cada vez más en el tiempo, quizás estemos cerca del momento en que podremos comprobar si la verdadera civilización se originó en un mismo lugar o en varios a la vez, y si hubo una gran isla atlántica cuya influencia se extendió a los otros continentes o si las extrañas similitudes entre civilizaciones prehistóricas fueron simplemente una coincidencia fortuita.

Tal vez la más notable de todas las evidencias obtenidas en arqueología fue la de Heinrich Schliemann, quien, en 1871, descubrió Troya, o al menos una serie de ciudades superpuestas en Hissarlik, Turquía, el lugar donde se supone que se hallaba emplazada. Y, durante mucho tiempo, Troya también había sido considerada un mito. Cuando era joven, Schliemann se vio influido por un litograbado de la guerra troyana que mostraba las enormes murallas de la ciudad. Su tamaño le llevó a creer que era imposible que hubiese desaparecido por completo. Mientras desarrollaba una brillante carrera como hombre de negocios, prosiguió sus estudios sobre la época homérica, hasta que finalmente abandonó su carrera en 1863, en busca de Troya, cosa que consiguió basándose fundamentalmente en los escritos clásicos de que disponía. Su descubrimiento sirvió para dar un enorme impulso a la arqueología moderna. Posteriormente hizo importantes descubrimientos en Micenas y en otros lugares. Algunos especialistas le han criticado por su excesiva prisa por afirmar que sus hallazgos -sin duda importantes- correspondían en realidad a lo que buscaba, al objeto de su investigación. Por ejemplo, la hermosa máscara de oro de Agamenón, en Micenas, es sin duda máscara de alguien, pero no se ha demostrado aún que fuera la de Agamenón.

Debido a una serie de circunstancias muy curiosas, las actividades de un nieto de este famoso e intuitivo arqueólogo han acarreado un considerable des prestigio a la teoría de la Atlántida. En un artículo escrito para los periódicos de la cadena Hearst, en 1912, Paul Schliemann sostuvo que su abuelo, que durante mucho tiempo había estado interesado en el tema de la isla sumergida, escribió poco antes de su muerte, en 1890, una carta sellada que debía ser abierta por un miembro de su familia, el cual habría de dedicar su vida a las investigaciones que en ella se señalaban.

Paul afirmó también que una hora antes de su muerte, su abuelo agregó un post-scriptum abierto con las siguientes instrucciones: "Rompa el cántaro con la cabeza en forma de búho. Examine su contenido. Se refiere a la Atlántida".

Según él, no abrió la carta, que estuvo depositada en un banco francés hasta 1906. Cuando finalmente la abrió, supo que su abuelo había encontrado durante sus excavaciones en Troya un cántaro de bronce que contenía algunas tabletas de barro, objetos metálicos, monedas y huesos petrificados. El cántaro tenía una inscripción en que se leía en escritura fenicia: "Del rey Cronos de la Atlántida".

Según Paul Schliemann, su abuelo había examinado un vaso de Tiahuanaco y encontrado en el interior restos de cerámica de la misma composición química, y objetos metálicos de una aleación idéntica, compuesta de platino, aluminio y cobre. Llegó a la convicción de que estos diversos objetos estaban relacionados por medio de un punto central de origen: la Atlántida. Según el mismo Paul Schliemann, su abuelo prosiguió sus muy productivas investigaciones, encontrando diversos papiros manuscritos en San Petersburgo referentes a la prehistoria de Egipto. Uno de ellos hablaba de una expedición por mar realizada por los egipcios en busca de la isla-continent. Estos trabajos fueron realizados en secreto (cosa que, en realidad, sería bastante impropia de Heinrich Schliemann) hasta su muerte.

El joven Schliemann escribió que había realizado sus propias investigaciones antes de regresar a París y rompió el cántaro con la cabeza en forma de búho, en el que encontró un disco metálico blanco, mucho más ancho que el cuello del cántaro "en uno de cuyos costados había grabados extraños signos y figuras que no se parecen a nada que yo haya visto, en escrituras o jeroglíficos". En el otro lado había una inscripción fenicia arcaica:

"...Procedente del templo de las murallas transparentes". Entre otras piezas de la colección de su abuelo, Paul afirmó haber encontrado un anillo de aleación desconocida, una estatuilla de elefante labrada en un hueso petrificado y un mapa que había utilizado un navegante egipcio que andaba a la búsqueda de la Atlántida. (¿Sería posible que lo hubiese obtenido en préstamo en el museo de San Petersburgo durante sus investigaciones?) Prosiguiendo sus propias pesquisas en Egipto y África, Paul Schliemann halló otros objetos del misterioso metal que le llevaron a pensar que había reunido cinco eslabones de una cadena: "Las monedas de la colección secreta de mi abuelo, la moneda del cántaro de la Atlántida, las monedas del sarcófago egipcio, la moneda del cántaro de América Central y la cabeza (metálica) de la costa de Marruecos".

Edgar Cayce constituye un ejemplo de lo que acabamos de decir. Profeta clarividente e investigador en psiquiatría, murió en 1945, pero su colección de "entrevistas psíquicas" se ha convertido en la base de la fundación que lleva su nombre y que también se llama Asociación para la Investigación y la Cultura.

Esta institución tiene su sede en Virginia Beach y cuenta con centros en diversas ciudades norteamericanas y en Tokio, y presenta las características de un movimiento en el que la Atlántida ocupa un lugar importante.

Las entrevistas de Gayce son el resultado de sus recuerdos personales acerca de encarnaciones anteriores propias y las de otros individuos "leídas" por él. Alrededor de setecientas de las entrevistas concedidas por este vidente a lo largo de varios años, para responder a preguntas que se le formulaban mientras se hallaba en trance, se refieren específicamente a acontecimientos de la historia ocurridos en la época de la Atlántida y a predicciones que aún deben cumplirse, como en el caso del templo "atlántico" submarino, frente a las costas de las Bimini. Un hallazgo futuro particularmente interesante ha de ser el de una cámara sumergida que contiene documentos atlánticos, que se producirá como anticipación de la nueva emersión de la isla-continent. La

cámara sellada será descubierta siguiendo las líneas de las sombras proyectadas por el sol de la mañana al caer sobre las patas de la esfinge.

En las conferencias de Cayce, la isla de Platón se sigue desde sus orígenes hasta su edad de oro, con sus grandes ciudades de piedra provistas de todas las comodidades modernas, como medios de comunicación de masas, transporte aéreo, marítimo y terrestre, y algo que aún no hemos alcanzado, como es la neutralización de la gravedad y el control de la energía solar por medio de cristales eléctricos o "piedras de fuego".

El mal uso de estos cristales provocó dos de los cataclismos que acabarían por destruir la Atlántida. A diferencia de lo que ocurre en nuestra época, existía una conexión entre las invenciones materiales y la fuerza espiritual, así como una mayor comprensión y comunicación con los animales, hasta que el materialismo y la perversión pusieron fin a la edad de oro.

El deterioro de la civilización atlántica hizo que su destrucción resultara segura, de acuerdo con los relatos de Cayce. El descontento de la población, la esclavitud de los obreros y las "mezclas" (productos de cruces de hombres y animales), el conflicto entre los "hijos de la Ley de Uno" y los depravados "hijos de Belial", los sacrificios humanos, el adulterio y la fornicación generalizados y el mal uso de las fuerzas de la naturaleza, especialmente la utilización de "piedras de fuego" para el castigo y la tortura, fueron algunos de los elementos que contribuyeron al desastre.

Otros investigadores en ciencias ocultas y psiquiatría, como W. Scott Elliot, Madame Blavatsky y Rudolph Steiner, se basan en el ocultismo para obtener su información. Su opinión general es que la Atlántida provocó su propia destrucción, porque se dejó ganar por el mal. Esta es una opinión que comparten no sólo Spence y el historiador ruso Merezhowski, sino también Platón y los autores del Génesis y de las leyendas de inundaciones cuando describen la perversidad del mundo anterior a la inundación.

En cuanto al relato de Cayce acerca del deterioro o autodestrucción de la Atlántida, basta sustituir las palabras "maldad" por "materialismo" y "los cristales" o las "piedras de fuego" por "la bomba" y se obtiene un mensaje muy interesante, que proviene de una época anterior al comienzo de la era atómica, pero que resulta aplicable a nuestro tiempo.

Las profecías de Cayce sobre el resurgimiento de la Atlántida serían muy dudosas bendiciones si se cumplieran, ya que la ciudad de Nueva York "desaparecerá en su mayor parte", y la costa oeste "será destrozada" y casi todo Japón "se hundirá en el mar". No es extraño, pues, que los neoyorquinos, californianos y japoneses tengan el mayor interés en que Cayce se equivoque, aunque hemos de decir que sus anteriores predicciones sobre disturbios raciales, asesinatos de presidentes y terremotos en el valle del Mississippi, resultaron inquietantemente correctas.

La investigación psíquica no se considera todavía fuente fiable para establecer la verdad histórica, de manera que el voluminoso material psíquico acerca de

la Atlántida representa solamente una parte de la literatura especializada que, en el mejor de los casos, merece un calificativo de "sin comentarios" de parte de la comunidad científica o arqueológica.

Sin embargo, los escritos de otros atlantólogos han sido objeto de un minucioso y generalmente reprobador examen por los microscopios de la "institucionalidad". El estilo imaginativo y visionario de los libros sobre el tema resulta de por sí molesto para los arqueólogos, que prefieren teorías concretas, sin el agregado de la poesía. El "Continente Perdido" es un tema tan romántico que los poetas se han inspirado en él muchas veces, y como no dejan de citarse en la mayoría de los libros sobre la isla sumergida, el tema de la Atlántida da más una impresión de fantasía que de realidad.

Aunque son neutrales en cuanto a la poesía atlántica, los autores contrarios a la tesis de la isla-continente suelen ser tan rotundos a la hora de negar la posibilidad de que haya existido, como sus partidarios al apoyarla. Como ejemplo de estas posiciones negativas, se puede citar el informe del doctor Ewing, de la Universidad de California, que "pasó trece años explorando la cordillera del Atlántico central" y "no encontró rastro alguno de ciudades sumergidas". ¿No es éste uno de esos casos en que se dice: "la busqué y no pude encontrarla, así que obviamente no existe"?

Si los palacios y templos de la Atlántida yacen destrozados y arruinados en los terrenos de la Atlántida, deben estar cubiertos por una gran cantidad de sedimentos y lodo, de manera que resultaría difícil encontrarlos e identificarlos, después de miles de años, sirviéndose tan sólo de un sistema de "verificación parcial". Algo parecido ocurriría si los viajeros del espacio, después de lanzar redes al azar sobre la Tierra desde sus platillos volantes y durante sus viajes nocturnos, sin ver dónde las echaban, las recogieran y, al comprobar que no habían caído en ellas ni animales ni personas, concluyesen que no existe vida sensorial en el planeta.

Incluso las ciudades submarinas del Mediterráneo han sido descubiertas en épocas comparativamente recientes y en aguas relativamente poco profundas.

La elevación general del nivel del mar que ha venido produciéndose desde la época clásica, ha provocado la desaparición bajo las aguas de amplios sectores de ciudades muy conocidas en la historia y que en la actualidad deben ser estudiadas mediante excavaciones y utilizando nuevas técnicas especialmente desarrolladas por la arqueología submarina. Entre estas ciudades o sectores de ciudades sumergidas se encuentra Baiae, una especie de Las Vegas de la Antigüedad, y muchas otras situadas en la costa occidental de Italia, en los alrededores de Nápoles, en la costa adriática de Yugoslavia y también en sectores de Siracusa, en Sicilia, Leptis Magna, en Libia, Cencrea, el puerto de Corinto, en Grecia, y los viejos muelles de Tiro y Cesárea, por mencionar solamente algunos.

Sin duda que aún quedan muchos hallazgos arqueológicos por descubrir. Los campos que Aníbal utilizó como zona de adiestramiento, antes de su invasión de Roma, yacen bajo aguas poco profundas, frente a Peñíscola, en la costa oriental de España. Cousteau nos habla de su hallazgo de una carretera

pavimentada en el fondo del océano, mar adentro en el Mediterráneo, por el cual nadó hasta verse obligado a volver a la superficie, pero que luego no pudo volver a encontrar. Helike se hundió frente al golfo de Corinto, en un terremoto, pero permaneció visible en el fondo durante cientos de años. En realidad, era una atracción turística para los visitantes romanos de Grecia, que pasaban sobre el lugar en sus embarcaciones, admirando las ruinas visibles en el agua transparente, sobre todo la estatua de Zeus, que aún podía verse de pie en el fondo del mar. Esta ciudad se está buscando de nuevo en la actualidad y tal vez yace bajo los sedimentos, en las profundidades del golfo, o se halla sepultada bajo tierra, debido a fenómenos sismológicos.

No todas las ciudades sumergidas, reales o imaginarias, están en el Mediterráneo. Ni mucho menos. En la India, frente a Mahabalipuram, en Madras, existen restos que ahora están siendo sometidos a investigación, y en el golfo de México, cerca de Cozumel, hay edificios submarinos presumiblemente de origen maya. En la Unión Soviética hay una ciudad sumergida en la bahía de Bakú, y se han extraído fragmentos de paredes decoradas con bajorrelieves de grabados de animales e inscripciones.

La tradición bretona sitúa la ciudad sumergida de Ys bastante cerca de la costa francesa. El hundimiento de Ys fue aparentemente provocado por Dahut, la hija de Gradlon, rey de los Ys, que abrió las compuertas de la ciudad con una llave robada, durante una borrachera con su amante y para ver qué ocurriría. El rey fue advertido y pudo ponerse a salvo en las tierras altas, galopando en su caballo, perseguido por las aguas. Aparte de su significado en cuanto a la existencia de la delincuencia juvenil en la época primitiva, hace referencia probablemente a casos reales de establecimiento de colonos en la costa francesa que fueron luego cubiertos por el mar. Hace muchos años se produjo un importante reflujo de las aguas frente a la costa de Bretaña y durante un corto lapso quedaron a la vista en el fondo del mar unos amontonamientos de rocas que aparentemente eran construcciones. Sin embargo, las aguas volvieron a cubrirlas y el mar volvió a su nivel normal. Estas ciudades perdidas y sumergidas en el Mediterráneo pueden presentar perspectivas muy interesantes, pero ¿cuál es su relación con la Atlántida?

Existen varios elementos de contacto indudables. Un escritor que ha dedicado muchas energías a rebatir la tesis de Platón ha sugerido que durante la época civilizada no se han producido considerables hundimientos de terreno en el Mediterráneo. Lo cierto es, sin embargo, que las investigaciones realizadas en el fondo del Mediterráneo demuestran lo contrario. Un arqueólogo, dedicado a la búsqueda de los brazos de la Venus de Milo en el área próxima a Melos, en el mar Egeo, dio inesperadamente con las ruinas de una ciudad sumergida a unos 130 metros bajo la superficie, con caminos que salían hacia destinos ignotos y que descendían a una profundidad aún mayor.

Las ruinas submarinas que yacen en el fondo del Pacífico, frente a la costa del Perú y que fueron descubiertas por el doctor Menzies en 1966, a 200 metros de profundidad, aportarán pruebas más concluyentes cuando sean estudiadas -si alguna vez lo son-, acerca de la extensión de los hundimientos de terreno,

en el período histórico en que el hombre ha tenido el suficiente nivel de civilización como para construir ciudades.

Quienes critican la teoría de la Atlántida creen que los que la sustentan no son otra cosa que visionarios o irresponsables; que la Atlántida nunca existió, que la tierra no se hundió en épocas históricas hasta el punto de hacer desaparecer un continente, y por último, de acuerdo con la "teoría de los desplazamientos continentales", que nunca pudo existir porque no había lugar para ello, dada la forma de los continentes.

Esta última referencia está en relación con la teoría de Wegener sobre el desplazamiento continental.

Sea que se comprenda o no su significado o explicación, lo cierto es que se trata de una tesis que al menos pueda ser verificada por cualquiera que tenga a su alcance un mapa del mundo y un par de tijeras. Porque, si se corta cada uno de los continentes por los bordes puede apreciarse que algunos coinciden exactamente como las piezas de un rompecabezas. Esto es particularmente notable en la costa oriental de Brasil y la costa occidental de África, así como en la parte oriental de África y la costa occidental de Arabia, y la costa oriental de Groenlandia y occidental de Noruega. Incluso los tipos de roca y la formación de la tierra parecen ser idénticos en uno y otro.

Este fenómeno ya había sido advertido por otros geógrafos, como Humboldt, por ejemplo, mucho antes de que Alfred Wegener basara en él su teoría del "desplazamiento continental". Wegener (que murió en 1930, trabajando como científico en las tierras heladas de Groenlandia tratando de probar sus teorías) pensaba que, originalmente, todos los continentes habían estado unidos en una sola masa terrestre, que luego se dividió para formar los que ahora conocemos, que desde entonces se han estado separando, como enormes islas flotantes en la sima de la corteza terrestre. Según se cree, algunas masas terrestres, como Groenlandia, se están desplazando con mayor rapidez que otras. Un informe señalaba que Groenlandia estaba en curso de separación hacia Occidente, a un ritmo de más de quince metros por año. Nos vienen a la memoria los roedores noruegos que hemos citado como algo notable por el recuerdo instintivo que mostraban acerca de la Atlántida en su intento suicida de nadar hacia Occidente. (¡Tal vez no intentaban otra cosa que llegar a Groenlandia!)

Si la teoría del deslizamiento continental es correcta, y si todos los continentes pueden encajar unos en otros, ¿dónde deberíamos situar la Atlántida? La respuesta es: aproximadamente donde antes, porque aunque algunos de los continentes se encajan con toda exactitud, la unión de otros dejaría espacios considerables, especialmente en la región del Atlántico en la que la cordillera mesoatlántica se ensancha. De hecho, toda ella es como un reflejo de las formas que muestran la línea del límite occidental de Europa y África y la del límite oriental del continente Americano.

De ahí que, al separarse los continentes, ciertas tierras quedaron atrás y luego se sumergieron. O sea que incluso en una teoría que a primera vista parece

negar la existencia de la Atlántida, su presencia viene a constituir como la pieza que falta para completar un rompecabezas o resolver un misterio. En el campo de las similitudes de lenguaje, en cambio, son más vulnerables.

Le Plongeon, que hablaba la lengua maya, sostuvo que esa lengua era en una tercera parte "griego puro". ¿Quién había llevado a América el idioma de Hornero?, o ¿quién llevó a Grecia el de los mayas? Puesto que ambos son todavía lenguas vivas, aquello era y es algo fácil de rebatir. Además, como hemos visto, Le Plongeon relaciona con gran entusiasmo los sistemas de escritura maya y egipcio, en circunstancias que no tienen un vínculo aparente, salvo que en ambos se utilizan símbolos.

Algo parecido ocurre con el chiapanac de los indios de México, que según se dice está relacionado con el hebreo, tal vez como consecuencia de la emigración de las diez tribus perdidas. Y con el de los indios otomíes, que se parecía al chino (debido a sus características tonales), lo mismo que el de los mandanes, que se asemeja al gales. Casi todos los escritores "atlánticos" advierten en la referencia a la lengua vasca que se encuentra en el libro Families of Speech (Familias de Idiomas), de Farrar, una prueba del puente idiomático precolombino con América que habría existido por intermedio de la Atlántida. Farrar escribió: "Nunca ha habido duda en cuanto a que este aislado lenguaje, pese a conservar su identidad en un rincón occidental de Europa, entre dos poderosos reinos, se parece en su estructura solamente a las lenguas aborígenes del vasto continente opuesto (América)".

En su esfuerzo por mostrar las relaciones existentes entre idiomas muy distantes en el espacio, Donnelly comparó palabras de varias lenguas europeas y asiáticas que según sabemos ahora estaban vinculadas a las similitudes entre los idiomas persa y sánscrito. Esto no debería sorprender a nadie, y tampoco tendría que ser considerado como parte del estudio de la Atlántida. Sin embargo, puesto que dichas relaciones no eran conocidas en su época, podríamos considerar a Donnelly como una especie de pionero lingüístico, aunque se equivocara con frecuencia. En su búsqueda de similitudes entre el chino y el otomí, por ejemplo, citó palabras chinas que no tienen el significado que él les atribuía. Tal vez las consiguió, como el obispo Landa en el caso del "alfabeto" maya de Yucatán, de un informador muy amable pero que sencillamente no entendió sus preguntas.

Esto es algo corriente tanto para los lingüistas de entonces como los de ahora.

¿Dónde estaba la Atlántida?

Del mismo modo que coexisten opiniones considerablemente diferentes en el mundo académico respecto de si la Atlántida existió o no, incluso entre sus más fervientes partidarios, también hay criterios diversos acerca de su localización geográfica. Muchos piensan, como Platón, que está sumergida en el Atlántico. Otros creen que se encuentra bajo tierra, por ejemplo bajo las arenas del Sahara, que en una época anterior estuvieron cubiertas por un mar interior. Otros consideran que puede hallarse bajo el hielo del Ártico, o bajo las aguas de otros océanos y mares, y hay quienes afirman que la Atlántida fue

simplemente el nombre que Platón aplicó a otra cultura histórica, situándola "más allá de las columnas de Hércules" por un error geográfico.

Se han escrito varios miles de libros para demostrar la existencia o inexistencia de la Atlántida, pero es interesante que analicemos lo que piensan los autores o investigadores más destacados, antiguos o modernos, en cuanto a la situación geográfica de la isla-continente. Después de realizar una muestra de 270 especialistas llegamos a la siguiente división de opiniones (considerando el elevado número de quienes han escrito sobre el tema, sólo hemos tenido en cuenta a los de mayor importancia histórica o a los investigadores más destacados, o a los que han realizado expediciones de búsqueda en una zona especial):

Albert Hermann, un historiador-geógrafo que se contaba entre quienes pensaban que la Atlántida estaba en Túnez, basó una gran parte de su teoría en una posible traducción errónea de lo que los sacerdotes egipcios de Sais dijeron a Solón. Observa cómo todas las medidas que proporciona Platón son divisibles por 30, y por ello cree que las medidas de los egipcios estaban probablemente dadas en "schomos" (un estadio equivale a treinta schomos) y que, de alguna manera, en un confuso intento por hacer que la traducción resultara bien, el traductor multiplicó por 30 las cifras que le daban. Pero no podemos estar seguros de que Solón utilizó traductor, pues es posible que los sacerdotes egipcios hablasen griego. En todo caso, Hermann hizo coincidir a Túnez exactamente con las medidas atribuidas a la Atlántida, y al medir la gran planicie central descubrió que sus dimensiones también coinciden con las de la isla sumergida, si se divide por 30. En su opinión, Shott el Djerid, un lago pantanoso en cuyos alrededores se encontraron moluscos marinos, fue antes el lago Tritonis, un mar interior abierto hacia el Mediterráneo, y los grandes canales circulares tenían una anchura de sólo tres metros. Hermann pensó que había encontrado restos de la ciudad de Poseidón, que según él estaba relacionada también con las leyendas árabes sobre la antigua "ciudad de bronce", situada en el Sahara, cerca de la aldea de Relisia. Esta aldea contaba sólo con quince casas, pero disponía de ciertas vías de agua subterráneas (¿restos de canales?). Sin embargo, aunque las medidas horizontales que presenta Hermann son cuando menos discutibles, la aplicación de las dimensiones verticales en una relación de 30 a 1 convertirían las grandes montañas y soberbios templos descritos por Platón en simples montículos y chozas.

Otro alemán, el pastor Jürgen Spanuth, escribió un libro en 1953 situando la Atlántida en el Mar del Norte, en la desembocadura del río Elba, al este de Heligoland, donde muy frecuentemente se habla acerca de edificios sumergidos. Según él, la isla-continent era la capital de un imperio septentrional del que habría partido el ataque contra Egipto, que según los archivos egipcios habría tenido lugar en el siglo XII a.C. Refiriéndose especialmente a algunas grandes rocas halladas en el fondo llano y que según él podían corresponder a la ciudadela atlántica, Spanuth introdujo un nuevo elemento en la investigación submarina: los buceadores. Pensamos que ésta fue la primera vez que se han utilizado buceadores en la búsqueda de la Atlántida, lo que constituye un adelanto a la vez lógico y prometedor. Sin

embargo, en el caso de Spanuth, los mensajes telefónicos de los submarinistas desde el fondo al buque madre y a una profundidad de sólo ocho metros, indicaban un entusiasmo exagerado. Informaron haber hallado una serie de muros paralelos "hechos de grandes rocas". Sus mediciones posteriores e incluso sus colores coinciden con el relato de Platón, aunque a escala reducida, como ocurre con la teoría de Hermann. Otras dos expediciones submarinas que se llevaron a cabo en este lugar efectuaron nuevas mediciones y trajeron algunos trozos de pedernal trabajados.

Debido al aumento general del nivel de las aguas en relación con el hundimiento de la costa en muchas partes de Europa, que tuvo lugar en las Edades de Piedra y de Bronce, muchas otras tierras sumergidas a la orilla del mar podrían encerrar nuevos elementos de la Edad de Piedra. Pero la exploración submarina en las zonas cercanas a la costa, en el Mar del Norte o en el Atlántico Norte es difícil y a menudo poco satisfactoria, debido a la falta de visibilidad, algo muy distinto a lo que ocurre en las aguas habitualmente claras del Mediterráneo, el Caribe y otros mares más meridionales.

Probablemente, la explicación más verosímil de la Asentida como actual emplazamiento arqueológico de la isla de tera, en el mar Egéo, la debemos a dos investigadores griegos, los doctores Spiridon Marinatos, arqueólogo, y Angelos Galanopoulos, sismólogo. Su teoría aparece en el libro Voyage to Atlantis (Viaje a la Atlántida), del arqueólogo y oceanógrafo norteamericano James Mavor. En él se explica el misterioso colapso del imperio minoico de Creta y la destrucción de su espléndida capital, Cnosos, como consecuencia de una explosión volcánica que destruyó la isla de Tera en el año 1500 a. C., dejando un enorme abismo submarino donde antes se hallaba una parte de la isla. Según se cree, esta convulsión afectó también a Creta, abatiendo y quemando ciudades que nunca recuperaron su elevada civilización anterior.

Las ondas provocadas por este fenómeno debieron alcanzar las playas del Mediterráneo, hundiendo poblaciones costeras y dando origen quizás a las leyendas sobre la inundación universal. Las excavaciones han revelado la presencia de cenizas volcánicas en Tera y Creta que algunas veces alcanzan una profundidad de 40 metros. Futuras excavaciones en tierra o en el fondo del mar nos proporcionarán, sin duda, información más detallada sobre la catástrofe.

Como el comercio entre Egipto y Creta fue interrumpido por el misterioso declive de Cnosos y del imperio minoico, es posible que los egipcios, al no tener noticias de Creta, hayan dado origen a la leyenda de que ésta había desaparecido o se había hundido. Se ha sugerido también que las informaciones respecto a una invasión de Egipto desde el Norte podrían responder al movimiento de las oleadas de gentes arruinadas por el terremoto, que habrían atacado la nación egipcia en su afán por encontrar nuevas tierras donde instalarse.

El doctor Galanopoulos ha dado mayor fuerza a la teoría que sitúa la Atlántida en la isla de Tera. Su método consiste en dividir las medidas de Platón, y también sus otros cálculos, por 10, en caso de que sean superiores a mil. Si

son inferiores a esa cifra las acepta sin modificaciones. De esta forma, el foso que rodeaba la ciudad principal de la Atlántida, convertido en kilómetros, no tendría una extensión de 1800 kilómetros, sino de 180, que sería aproximadamente la circunferencia de la planicie de Mesara, en Creta. Se podría calcular igualmente que el ejército constaba de 120.000 hombres, en lugar de 1.200.000 y la flota de la isla quedaría reducida, de 1200 barcos, a una cifra más modesta, de 120. Incluso la fecha señalada por Platón para la destrucción de la Atlántida resultaría más de acuerdo con la de la destrucción real de Tera, si se divide por diez.

La explicación de esta discrepancia en los números superiores a 1000 sería que el error básico se cometió al reducir los jeroglíficos egipcios o al interpretar incorrectamente el manuscrito cretense.

Arthur Clarke, un destacado científico y escritor de ciencia ficción, que se interesa tanto por el pasado y las profundidades como por el futuro y el espacio, opina que, incluso si la Atlántida hubiese existido, los pueblos mediterráneos habrían recordado el desastre de Tera, por ser más reciente.

Clarke hace notar que nadie habla acerca del terremoto de San Francisco, ocurrido en 1836, porque se suelen recordar únicamente las catástrofes más próximas en el tiempo como, por ejemplo, el "incendio" de 1906, que por lo demás fue mucho menos grave. Y luego plantea la siguiente y muy inquietante analogía: que si se lanzara una bomba atómica en Chicago, los sobrevivientes sólo recordarían la bomba y no el incendio de 1871.

Ignatius Donnelly citó la isla de Tera (llamada también Santorini o Santorin) en 1882, como ejemplo de las transformaciones ocurridas en algunas islas del Mediterráneo, a causa de erupciones volcánicas y terremotos, y sostuvo que "un examen reciente de dichas islas muestra que la masa total de Santorin se ha hundido más de 400 metros desde que fue proyectada fuera del mar".

Aparentemente, Donnelly se refería a la profunda "caldera" que ocupaba anteriormente la isla de Tera (Santorin) antes de hundirse.

El doctor Galanopoulos, que ha participado en investigaciones realizadas en este mismo lugar, sugirió que la capital atlántica estaba situada en los alrededores de aquella depresión, y ha ofrecido una ingeniosa superposición que muestra cómo la ciudadela de Poseidón descrita por Platón encajaría dentro de los "dientes" de Tera que se extiende hacia Occidente desde el extremo oriental de la isla, formando una bahía. Se ha informado que algunas ruinas submarinas se hallaban a una profundidad de 40 metros en esta bahía.

Por su mismo aspecto Tera parece la parte sobreviviente de algún cataclismo, con su cono central humeante, sus arrecifes negros y sus frecuentes y periódicos terremotos. Uno de ellos destruyó recientemente el sistema de transporte por funicular hacia el volcán central. Como prueba adicional de la actividad sismológica en la zona, cada cierto tiempo emergen pequeñas islas del fondo del mar, que los nativos llaman "las islas quemadas". El agua en torno a ellas es tan sulfurosa que los pescadores han descubierto que pueden

eliminar las lapas adheridas a sus botes, por el simple procedimiento de anclarlas cerca de dichas islas durante varios días.

El nombre de Tera se deriva del griego antiguo, "bestia feroz", y el lugar sigue haciendo honor a estas sugerencias de peligro y vida salvaje, rugiendo y humeando, como dispuesta a ofrecer en cualquier momento una repetición de la gran explosión.

Pero Tera y Creta se hallan dentro del Mediterráneo, y sin duda aquende las Columnas de Hércules; en cambio Platón y la leyenda sitúan la Atlántida en medio del Atlántico. ¿Es posible que el filósofo griego o sus informadores hubiesen sufrido una confusión geográfica? Muy posible, teniendo en cuenta la época en que vivió. Y, sin embargo -el nombre de la Atlántida no ha sido mencionado en relación con Tera o Creta- fueron centros de civilizaciones en los que ocurrieron algunas catástrofes. Si aceptamos la destrucción de Tera, como estamos obligados a hacerlo dadas las evidencias de que disponemos, ¿significaría ello que debemos abandonar cualquier idea acerca de la Atlántida atlántica? Si aceptamos igualmente que Tera fue la Atlántida, todavía tendríamos que explicar el nombre mismo y ciertas interrogantes misteriosas y aún no resueltas relacionadas con las tradiciones, la memoria racial, distribución de animales y personas, y las similitudes culturales en materia de arte y arquitectura que estaban presentes en ambos lados del Atlántico, antes de Colón.

Pero, ¿hay algo más? ¿Existen otros indicios en el sentido de que la Atlántida no era solamente un nombre atribuido a una buena historia basada en un desastre local? Existen algunos hechos sorprendentes que, al ser considerados cuidadosamente en relación con otros factores, podrían convertirse en una gran ayuda para explicar el misterio de la isla-continent y abrir el camino hacia una futura explicación más adecuada.

Pero, antes de ofrecer la explicación obvia (si es que puede explicarse de manera obvia algo que ocurrió en el pasado distante), he aquí otro aspecto misterioso de la cuestión: cuando se descubrieron las islas Canarias, en el siglo XIV, y una vez que los españoles pudieron comunicarse con sus habitantes, éstos manifestaron su sorpresa de que existiera otro pueblo vivo, ya que pensaban que toda la Humanidad había perecido en una catástrofe y que sólo algunas montañas, que ahora constituyan su hogar, habían permanecido sobre el agua. Además, estos isleños poseían una extraña mezcla de civilización y barbarie de la Edad de Piedra.

Entre otras cosas, se regían por un sistema de monarquía electiva compuesta por diez reyes, adoraban al Sol, tenían una clase sacerdotal especialmente dedicada al culto de este dios, momificaban a sus muertos, construían sus casas con piedras encajadas con mucha precisión y con paredes pintadas de rojo, blanco y negro, tenían grandes fortificaciones circulares, practicaban una forma de irrigación por medio de canales, se tatuaban la piel mediante sellos que imprimían los dibujos, confeccionaban una cerámica similar a la de los indios Americanos, fabricaban lámparas de piedra, poseían literatura y poesía y contaban con un lenguaje escrito y con alfabeto. Su lenguaje hablado, que

ahora se ha perdido, parece haber estado relacionado con el del pueblo beréber y tal vez también con los de los pueblos tuareg, de África, a los que se ha considerado posibles sobrevivientes de la isla de Platón.

Varios de estos rasgos culturales coinciden estrechamente con las tradiciones atlánticas y de otras civilizaciones mediterráneas y trasatlánticas. Se ha sugerido que las Canarias pudieran haber sido colonizadas por los fenicios; sin embargo, es dudoso>que los descendientes de un pueblo de marinos vivieran en islas pero evitando el contacto con el mar. La explicación de este hecho podría ser que una inundación o hundimiento hubiese dejado una huella permanente en el sistema psíquico de los sobrevivientes.

Hay otros indicios que apuntan hacia un considerable declive cultural, como por ejemplo que para hacer la guerra se sirvieran de armas de piedra y madera. Sin embargo, su organización fue lo bastante eficaz como para hacer frente durante cierto tiempo a los españoles.

Al examinar los cráneos de las momias se ha advertido una curiosa similitud en las costumbres médicas; concretamente en las técnicas de trepanación, que consistían en colocar una lámina de oro o plata sobre el cerebro cuando el cráneo había sido herido. Tanto los guanches de las islas Canarias como los incas peruanos practicaron este arte delicado, pero sólo podemos especular acerca de si esto era una consecuencia de una cultura atlántica compartida o si se desarrolló en forma natural en unos pueblos habituados a golpear a sus enemigos en la cabeza.

Incluso algunas de las características físicas que Platón describe en detalle pueden ser identificadas en las islas atlánticas. El filósofo menciona la existencia de rocas negras, blancas y rojas, como las de origen volcánico que todavía pueden verse en las Azores, las Canarias y otras islas del océano Atlántico. La referencia a climas templados y cantidades ilimitadas de fruta pueden aplicarse todavía a Madeira, las Canarias y las Azores, y la gran montaña que se alza desde la planicie central podría ser el monte Teide, de Tenerife. En la narración de Platón se advierte otra coincidencia, cuando habla de manantiales fríos y calientes, que habrían sido creados por el tridente de Poseidón. Estas fuentes, al igual que las rocas blancas, negras y rojas, también existen en las Azores.

Paul Le Cour, fundador de la organización francesa "Amigos de la Atlántida" y de la revista "Atlántida", visitó las Azores y comentó estas coincidencias. También se refirió al uso que actualmente se da a los trineos en las Azores.

Los isleños los hacen deslizar sobre piedrecillas redondas, lo que significa trasladar a la época moderna un sistema de transporte correspondiente a la Edad de Piedra. Las Azores, aún más que la isla Tera, presentan un aspecto de tierras sumergidas, con grandes cumbres montañosas de color negro que se alzan directamente desde el mar.

En la época clásica hubo evidentes contactos esporádicos entre los guanches y los fenicios, cartagineses, numidios y romanos, pero el nivel cultural había

retrocedido considerablemente en el momento de su "redescubrimiento" por los españoles.

No existen documentos relativos al descubrimiento de habitantes nativos en las Azores, aunque se han encontrado ciertas reliquias de indígenas o visitantes que llegaron por el mar. En una caverna de la isla de San Miguel se descubrió un bloque de piedra con una talla que representaba un edificio. Paul Le Cour, llevado del entusiasmo que nacía de su condición de fundador de los "Amigos de la Atlántida", clasificó esta talla como la reproducción de un templo atlántico.

Parece que las islas fueron visitadas por cartagineses y fenicios, puesto que se han encontrado monedas de Cartago en Corvo, la más occidental de las Azores. Los primeros exploradores también hallaron en Corvo la estatua de un jinete, esculpida en piedra y con una inscripción indescifrable en la base.

*Desgraciadamente para los investigadores posteriores, el rey de Portugal ordenó su traslado en el siglo XVI. La estatua ha desaparecido y también la base y la inscripción. Sin embargo, ha llegado hasta nosotros otra pieza fascinante, según señala A. Braghine, un moderno investigador, en su libro *The Shadow of Atlantis* (*La sombra de la Atlántida*). Cuando los exploradores portugueses que buscaban nuevos territorios llegaron a las Azores y vieron la estatua, advirtieron que el brazo del jinete apuntaba hacia Occidente; es decir, hacia el Nuevo Mundo. Se dice que los habitantes de las islas la llamaban Cates, lo cual no tiene significado, ni en portugués ni en español, pero que, por una curiosa coincidencia lingüística, se asemeja, en el lenguaje quechua del antiguo imperio inca, a la palabra cati, que quiere decir "siga", o "vaya hacia allí".*

Al estudiar las islas del Atlántico y su posible relación con las costas del Atlántico y con las islas y culturas del mundo mediterráneo primitivo, nos acercamos mucho a una posible solución del misterio de la Atlántida, un misterio que tal vez nunca lo fue, ya que siempre hemos tenido una explicación a mano.

La investigación oceanográfica, al igual que la exploración submarina por medio de hombres - rana, que constituye un campo de investigación completamente nuevo, se han unido para proporcionarnos una respuesta lógica y verosímil.

Aunque algunos suelen ser visionarios, los submarinistas tienden al mismo tiempo a adoptar una actitud práctica y pragmática, que les ayuda a sobrevivir. En los últimos años, y gracias a observaciones de primera mano, han advertido que las aguas de la tierra han estado subiendo a través de los siglos y que a ello se debe que todavía existe un terreno abonado para los descubrimientos arqueológicos a lo largo de las líneas costeras del Mediterráneo, el Caribe y otros mares.

*Jean-Albert Foéx nos ha ofrecido la explicación más plausible y al mismo tiempo más obvia acerca de la Atlántida, en su libro *Histoire sous-marine des Hommes* (*Historia submarina de los hombres*)*. Su deducción no se basa en*

leyendas o mitos, sino en hechos científicos aceptados como tales. Se apoya en el consenso general existente entre geólogos y oceanógrafos, en el sentido de que, si bien el nivel del agua se ha elevado en los últimos milenios a un ritmo de unos 30 centímetros cada siglo, hace muchos miles de años se produjo una enorme crecida, a un ritmo mucho más rápido. Alrededor del siglo X a.C., el nivel del mar se hallaba unos 135 a 150 metros por debajo del actual.

La elevación del nivel se debió a las inundaciones originadas por el deshielo de los últimos glaciares. Cuando el tercer y último glaciar se retiró y los hielos se derritieron, las aguas se elevaron en más de 150 metros y produjeron lluvias torrenciales y erupciones volcánicas, especialmente en las zonas volcánicas del Atlántico. Esto debió parecer como el fin del mundo, en medio de un gran diluvio. En otras palabras, el "complejo cultural" atlántico, que lógicamente se debió producir en las islas de clima templado y en las costas adyacentes, desapareció durante los trastornos sismológicos que acompañaron a las grandes inundaciones subsiguientes al deshielo. Este aumento del nivel de las aguas podría explicar también el gran crecimiento del Mediterráneo, cuyo fondo no es un verdadero fondo marino, sino que se caracteriza por tener valles y montañas. Esta vez, al estudiar la Atlántida estamos pisando terreno científico firme, en general. Sabemos que los glaciares existieron; que el hombre preglacial también existió, y conocemos el ritmo de aumento de nivel de las aguas del océano gracias a la precisión que el empleo del carbono radiactivo nos ofrece para establecer la edad de los materiales dragados. Entre esos materiales figuran conchas marinas, moluscos, turbas, mastodontes y mamuts e incluso herramientas prehistóricas.

Si proyectamos las islas del Atlántico de acuerdo con su situación en aquella época, incluyendo todo el fondo del mar que las rodeaba, hasta una profundidad de 150 metros o más, obtenemos islas con áreas terrestres mucho mayores; tal vez no del tamaño de los continentes, pero sí lo bastante extensas como para mantener una población numerosa y activa, capaz de desarrollar una civilización. Algo similar ocurrió con las otras costas, de Francia, España, Portugal, África del Norte y América, que se extendían probablemente tanto como el zócalo continental, como lo demuestran los cañones submarinos que parten de los ríos actuales hasta llegar al borde de grandes abismos. Estas islas oceánicas no sólo habrían sido mayores que las actuales, sino más numerosas, lo cual significaría extensas zonas secas comprendidas en las orillas de las grandes y pequeñas Bahamas, donde se han realizado recientes descubrimientos de edificios y ciudades sumergidas. La extensión "anterior a la inundación" de estas zonas y de las islas atlánticas nos recuerda la mención por parte de Platón de "...otras islas; y desde las islas se podía atravesar al continente opuesto...". Los centros poblados de este imperio prehistórico se encontrarían, naturalmente, en el antiguo nivel del agua y es precisamente allí, como sugiere Foéx, donde la búsqueda de la Atlántida debería arrojar resultados provechosos. No sería la búsqueda de leyendas y tradiciones, sino la exploración de ciudades y puertos reales pertenecientes a la sumergida isla-continent. Tanto en las Azores como en las Canarias se ha informado de la existencia de construcciones submarinas de origen desconocido.

Con esta explicación, que aparece corroborada por la ciencia, por lo menos en cuanto se refiere a la elevación del nivel de las aguas, devolvemos la isla-continente perdida al Atlántico, precisamente al lugar donde la situaba Platón. Pero era distinta, algo más pequeña, incluidas islas mucho más grandes y cercanas a las costas de los continentes que la rodeaban, tal como lo describieron Platón y otros autores.

Incluso el factor tiempo es inesperadamente coherente. Platón sitúa el hundimiento, según le informaron los sacerdotes de Sais, hace 11.250 años, mientras la ciencia moderna sugiere el año 10.000 a.C. como el período del fin de los últimos glaciares europeos, a los que siguió la inundación. La difusión de la civilización megalítica hacia Europa se produjo alrededor de esta época y, puesto que las fechas correspondientes a las culturas Tartessos, el sur de España, el norte de África y las islas mediterráneas están siendo constantemente retrasadas, todas ellas se acercan al período de la última retirada de los glaciares y del supuesto éxodo desde la Atlántida.

En otras palabras, todo era parcialmente cierto, pero ligeramente deformado a través del turbulento polvo de la leyenda y de la inconstante memoria del ser humano. Hubo una vez grandes islas en el Atlántico. Ocurrió una vez una inundación que pareció cubrir la tierra, pero las aguas no retrocedieron y todavía están en torno a nosotros. Y las tierras no se hundieron realmente, sino que resultaron anegadas, y con excepción de los sectores cubiertos por las mareas, no volvieron aemerger. Y esas tierras perdidas están todavía allí, en lo profundo del océano, y sólo sobresalen del Atlántico sus partes más elevadas. A lo largo de sus orillas sumergidas y los terrenos originalmente fértiles de la época anterior al diluvio, deben yacer las ruinas y los restos de sus ciudades, palacios y templos.

Naturalmente, la visión de la Atlántida a la que acabamos de referirnos, esta civilización del océano anegada por el deshielo de los glaciares no coincide precisamente con el imperio mundial, postulado por Donnelly, ni con la edad de oro soñada por tantos de sus supuestos descendientes. Probablemente no fue tampoco la supercivilización que pretenden otros escritores, que poseía adelantos ultramodernos y fue castigada por sus pecados, como ejemplo para todos nosotros. Lo que sin embargo es probable, es que en aquellas fértiles y florecientes islas algunos de los hombres de Cro-Magnon desarrollaran inicialmente una cultura que luego difundieron hacia otras tierras. Ello habría ocurrido antes y después que los cambios experimentados por el planeta les obligaran a emigrar. No sabemos qué idioma hablaban y sólo tenemos una vaga idea respecto de sus rasgos culturales. Pero si alguna vez llegamos a descubrirlo -y existen buenas posibilidades de que ello sea así- sabremos mucho más acerca del origen de nuestra civilización, de nuestro pasado cultural, nuestra prehistoria y, tal vez, acerca de nosotros mismos.

El hallazgo de la Atlántida

Desde la publicación de este libro se han realizado extraños hallazgos y descubrimientos que constituyen serios indicios de que algunos edificios de la época de la Atlántida estuvieron situados en el centro del océano Atlántico, y

en los sectores oriental y occidental. Debemos recordar que casi todas las tesis sobre la isla-continente se han apoyado en teorías, leyendas, referencias históricas de la Antigüedad, lingüísticas y culturales que serían difíciles de explicar de otra forma, coincidencias geológicas y zoológicas; e incluso revelaciones psíquicas y recuerdos heredados. Por todo ello, hay que imaginarse lo que ocurriría si se encontrara alguna prueba concreta de la existencia de ciudades submarinas, aproximadamente en la misma zona que indicara Platón y que han confirmado las creencias populares desde la más remota antigüedad. Tales descubrimientos exigirían una evolución en la perspectiva histórica, una reconsideración de nuestro propio progreso como civilización e incluso, considerando el lapso de tiempo transcurrido entre la existencia de la Atlántida y nuestro propio mundo, una reconsideración acerca de las habilidades de quienes damos el nombre de "hombres primitivos".

Cabría esperar también que el mundo oficial de la ciencia restase importancia a los hallazgos, tratando en cada caso de descartarlos mediante alguna explicación, o de evitar en cualquier forma lo que Charles Hapgoods ha llamado "la terrible alternativa de los continentes sumergidos".

De hecho, esto es lo que ha ocurrido. Desde 1968, cuando el doctor Manson Valentino descubrió y exploró el "Camino de las Bimini", una muralla, pilares, carretera o muelle sumergido que yace a una profundidad de unas seis brazas, al este de la Bimini septentrional, las críticas de los científicos se hicieron sentir de manera inmediata y muy severa. Se sugirió que aquellos bloques ciclópeos eran sencillamente rocas arenosas separadas hasta dar la impresión de bloques. No obstante, cabe hacer notar que la roca no forma grandes bloques capaces de ajustar unos con otros hasta adquirir una forma determinada; que las rocas quebradas al azar no forman ángulos de 90 grados ni poseen pasajes trazados regularmente que las comuniquen y, sobre todo, las rocas "naturales" no suelen permanecer en el fondo del mar apoyadas sobre pilares de piedra como los que existen debajo de aquellos inmensos bloques. Cualquiera que haya observado personalmente este soberbio trabajo en piedra desde el fondo del mar, y lo haya visto en su extensión de miles de metros, adentrándose en la distancia color violeta y cayendo luego nuevamente sobre la arena, para reaparecer enseguida en otros puntos de las Bimini, como si se tratara de una ciudadela gigantesca, no tiene otra alternativa que creer que ha sido construido por el hombre. Además, la roca tiene una composición distinta a la de arena, y según el doctor Valentine, podría tratarse de piedras especialmente tratadas, o incluso de una mezcla. Mar adentro, frente a las Bimini, y a una profundidad de unos 30 metros, algunos pilotos de aviones comerciales han observado muros verticales e incluso un gran arco. Se han divisado pirámides o bases de pirámides sumergidas, desde distancias que varían entre algunos kilómetros frente a la costa y cientos de kilómetros mar adentro. A unos 16 kilómetros del extremo sur de la bahía de Andros se han fotografiado grandes especies de círculos quebrados, de piedras monolíticas que yacen en el fondo del mar, algunas en círculos concéntricos dobles y otras triples. Todo ello sugiere una especie de "Stonehenge" Americano, lo que tal vez pueda comprobarse cuando se investigue debidamente. Se han encontrado docenas de curiosos vestigios arquitectónicos en distintos lugares de la costa de las Bahamas. Algunos sólo aparecen sugeridos por la vegetación del fondo, que crece sobre

las formaciones pétreas sumergidas bajo la arena, pero que aún muestra las líneas rectas y las formas perfectamente rectangulares o circulares que, indudablemente, no se dan espontáneamente en la Naturaleza.

En el caso de los distintos hallazgos a los que los buceadores tienen acceso fácilmente, se han realizado pruebas para determinar su antigüedad. Aunque las piedras no pueden ser clasificadas dentro de ciertos períodos "históricos", como ocurre con la materia orgánica, las raíces de mangle que crecen bajo las piedras del camino de las Bimini tendrían entre diez y doce mil años de antigüedad. Esto coincide, no sólo con la fecha señalada por Platón para la destrucción de la Atlántida, sino también con la fecha geológica aceptada para el deshielo de los últimos glaciares.

En el Caribe y en las zonas vecinas abundan las estructuras construidas por el hombre. Cuando el agua está clara y serena pueden advertirse diques o caminos a lo largo del fondo de las zonas costeras que parten de la zona oriental del Yucatán y Honduras y se dirigen mar adentro hacia puntos demasiado profundos como para ser explorados. Ciertas investigaciones con sonar han mostrado una muralla de 160 kilómetros de longitud que se extiende por el fondo del mar, frente a Venezuela. Los geólogos sostienen que se trata de un fenómeno natural y explican que es "demasiado grande" como para que se pueda pensar que se trata de una obra realizada por el hombre. Esta sería también la explicación de la muralla de 16 kilómetros que existe en el fondo del Atlántico, frente al cabo Hateras.

Al norte de Cuba existe un complejo de edificios que aparentemente han sido explorados con la colaboración de técnicos soviéticos. La Unión Soviética ha mostrado considerable interés en la investigación atlántica, que podría aumentar a raíz de las nuevas maniobras que están realizando con submarinos. Una expedición bastante reciente que los soviéticos realizaron en las Azores confirmó la tesis de P. Termier acerca de la taquilita (un tipo de lava que se forma sobre el agua sometida a la presión atmosférica), surgida durante el incidente de la rotura del cable atlántico en 1898, que fue la base de su teoría de que grandes zonas alrededor de las Azores se hallaban sobre el nivel del mar hace 15.000 años.

La mayor parte de los descubrimientos en el Atlántico Occidental y en el Caribe se han producido en la plataforma continental, en aguas relativamente poco profundas: es decir, desde los 10 hasta los 50 ó 60 metros. Su número ha ido en aumento desde el período 1965-69, lo cual coincide con la predicción que hizo Cayce antes de su muerte, en 1945, en el sentido de que la Atlántida surgiría desde el fondo del mar. Hay varias razones que explican esto: muy raramente la superficie del mar está absolutamente en calma: cada vez hay un mayor número de rutas aéreas; las actividades de los submarinistas han ido en constante aumento. Pero la razón principal es que a los arqueólogos jamás se les ocurrió buscar ruinas prehistóricas en las aguas del océano que se extienden frente al continente Americano.

Naturalmente, existen indicios de que a mayores profundidades podrían encontrarse ruinas aún más imponentes. Una inmersión del submarino francés

A-chiméde frente a la costa de Puerto Rico reveló la existencia de escalones tallados en los costados abruptos de la plataforma continental frente a Andros, a una profundidad mucho mayor que en los otros hallazgos. Y, aunque no sabemos quién los hizo o quién construyó las estructuras, hay algo seguro: el trabajo no fue realizado bajo el agua.

Lo que podría ser una extraordinaria coincidencia en relación a estos restos prehistóricos es el hecho de que se encuentran dentro del muy discutido Triángulo de las Bermudas, esa región del océano que se extiende entre las Bermudas, la Florida oriental y el este de Puerto Rico, en el que durante los últimos treinta años han ocurrido desapariciones de centenares de aviones, grandes barcos y pequeñas lanchas con todas sus tripulaciones y sin dejar rastro. Entre las características de estas desapariciones podemos citar el loco girar de las brújulas, el mal funcionamiento de ciertos instrumentos, el cese de las transmisiones de radio y radar, una neblina resplandeciente y algunos "apagones" electrónicos. Una de las muchas explicaciones que se han sugerido para justificar las anomalías electromagnéticas supone que existió

una avanzada civilización atlántica que poseía fuentes de poder a base de rayos láser; cristales gigantescos, uno más de los cuales aún estaría funcionando en el fondo de ciertas fosas oceánicas, como la que existe en la Lengua del Océano, una zona que tiene un aura de mal agüero y se extiende entre Andros y la cadena Exuma. Edgar Cayce informó a través de sus trances psíquicos que, efectivamente, la Atlántida poseía dicho poder y describió con bastante detalle ciertas operaciones realizadas con rayos láser, varias décadas antes de que los láser se pusieran de actualidad.

Si suponemos que hemos descubierto ciertas zonas sumergidas de la Atlántida en los alrededores de las Bahamas y de las islas del Caribe, ¿cómo quedaría la tesis platónica de una Atlántida convencional, situada en medio del océano?

Los descubrimientos de las Bahamas no modificarían las observaciones de Platón. Recordemos sus palabras:

En aquel tiempo, en efecto, era posible atravesar este mar. Había una isla delante de este lugar que llamáis vosotros las Columnas de Hércules. Esta isla era mayor que la Libia y el Asia unidas. Y los viajeros de aquellos tiempos podían pasar de esta isla a las demás islas, y desde estas islas podían ganar todo el continente, en la costa opuesta de este mar que merecía realmente su nombre. Pues, en uno de los lados, dentro de este estrecho de que hablamos, parece que no había más que un puerto de boca muy cerrada y que, del otro lado, hacia afuera, existe este verdadero mar y la tierra que lo rodea, a la que se puede llamar realmente un continente, en el sentido propio del término...

Debemos admitir que una parte muy considerable del relato de Platón ha recibido un respaldo científico total con el descubrimiento del continente Americano, y es posible que pronto aparezcan pruebas que corroboren el resto del relato. Las observaciones submarinas realizadas desde aviones han permitido descubrir edificios y ciudades enteras, en los alrededores de las Azores, ya en 1942, cuando unos pilotos que volaban desde Brasil a Dakar

observaron lo que parecía una ciudad sumergida en la zona occidental de las montañas de la cordillera mesoatlántica, de la cual las Azores son simplemente las cumbres más altas que sobre salen de las aguas. Tales observaciones accidentales se producen cuando el sol y la presión alcanzan las condiciones óptimas para la observación submarina. Frente a Boa Vista, en las islas de Cabo Verde, y frente a Fayal, en las Azores, se han advertido restos arquitectónicos que tal vez corresponden al área andina central. Por otra parte, los primeros conquistadores españoles de las islas Canarias encontraron restos sumergidos de ciudades y edificios que tal vez databan de la época atlántica. No olvidemos que los guanches, que habitaban las islas Canarias a la llegada de los españoles y que han conservado la tradición de una gran civilización perdida en el Atlántico, ya no eran capaces de construir nada, salvo simples chozas.

A lo largo de los zócalos continentales y las llanuras costeras del Atlántico estamos empezando a encontrar restos de lo que podrían ser reliquias de la Atlántida pertenecientes a quienes sobrevivieron a la catástrofe. Es evidente también que las aguas que anegaron la isla-continente y las fuerzas sísmicas que cambiaron la corteza terrestre repercutieron en toda su superficie.

En las costas de Irlanda, Francia, España y Portugal y frente a las del norte de África existen leyendas acerca de puertos perdidos y ciudades sumergidas, mientras hay verdaderos caminos y murallas que se extienden bajo el Atlántico.

En aguas del Mediterráneo existen dos tipos de restos submarinos: los edificios hundidos en aguas poco profundas desde épocas remotas (21.500 años) que se encuentran a una profundidad equivalente a 30 centímetros por cada 100 años y otro nivel mucho más profundo, correspondiente a 10.000 e incluso más años de antigüedad, muy anteriores a la historia de Egipto, Grecia y Roma. Gracias a las exploraciones que se han realizado con submarinistas se han podido hallar pruebas de la existencia de este nivel más profundo, heredado tal vez de pueblos civilizados de la época en que el Mediterráneo era un conjunto de lagos interiores. Un buceador que estaba persiguiendo un pez, encontró una muralla de 14 kilómetros de largo, muy bien construida, frente a Marruecos,

Cuando investigaba las ruinas que se advertían sobre la cumbre de una montaña submarina, a 40 metros bajo la superficie, el doctor J. Thorne pudo ver algunos caminos que descendían aún más por la montaña, hacia la oscuridad púrpura de las profundidades desconocidas. Ocho kilómetros mar adentro, en el Mediterráneo, exactamente al sur de Marsella, un explorador francés, Jacques Mayol, exploró un banco de 1500 metros de largo que yacía a una profundidad de 30 a 40 metros, en que se advertían galerías verticales, canteras y montones de escoria apilados junto a las galerías. En otras palabras, una mina trabajada por el hombre contemporáneo al del hombre de Cro-Magnon.

En otras palabras, gran parte de la arquitectura atlántica y un sinnúmero de útiles yacen hoy bajo el mar, en zonas que eran planicies costeras o valles antes de que el nivel del mar variase en todo el mundo. D. H. Lawrence traza un vivido cuadro de un mundo primitivo en su obra The Plumed Serpent (La serpiente emplumada), al describir una época en que "las aguas del mundo se aglomeraron en estupendos glaciares... alto, muy alto, más allá de los Polos...".

"...Las grandes llanuras se extendían hacia los océanos, como la Atlántida y el continente perdido de la Polinesia, de manera que los mares eran solamente grandes lagos y los habitantes de aquel mundo, suaves y de ojos negros, podían desplazarse alrededor del globo...".

Es posible que aún subsistan vestigios de una cultura atlántica en lugares inesperados y a la espera de ser reconocidos. Las enormes paredes de piedra existentes en las cumbres montañosas del Perú, cuyos bloques están unidos con enorme perfección hasta el punto de parecer soldados, fueron un misterio tan grande para los conquistadores españoles como para los incas, cuyo imperio estaban invadiendo. La ciudad boliviana de Tiahuanaco, que es increíblemente antigua, fue construida al parecer hace tanto tiempo, que sus animales prehistóricos aparecen en los utensilios de cerámica que utilizaban sus habitantes. Los enormes edificios erigidos a una altura de 4000 metros, con paredes de tres metros de ancho y piedras de cimentación que pesan 200 toneladas, fueron construidos con una exactitud y un conocimiento de física y astronomía tales, que muchos investigadores están convencidos de que sus constructores no pueden haber sido seres de este planeta.

Ciertos descubrimientos geológicos, como las líneas de sal en las montañas, los campos de maíz antiguos y que se hallan bajo la línea de las nieves de las montañas de los alrededores, y las conchas marinas encontradas en las costas del cercano lago Titicaca, indican que la ciudad no era una fortaleza montañosa sino más bien un puerto del océano, que alcanzó su altura actual en alguna época del pasado remoto, y durante las convulsiones volcánicas que acompañaron el deshielo de los glaciares. Posansky, un arqueólogo especializado en el estudio de esta región, calcula que el fenómeno se produjo hace 15.000 años.

Al plegarse la corteza terrestre, otras ciudades de Sudamérica pueden haber sido arrojadas al abismo oceánico. Como ejemplo notable de ello podemos citar las fotografías de la fosa Milne-Edwards tomadas por el doctor Menzies, de la Universidad de Duke, desde el barco oceanográfico Antón Bruun, en 1965, frente a la costa del Perú. Las grabaciones de sonar realizadas en esta zona indicaron configuraciones muy extrañas en el fondo del océano, que aparentemente era una superficie cubierta de lodo. Las fotografías que se tomaron a una profundidad de 2000 metros mostraban lo que parecían enormes pilares y murallas. Algunos parecían cubiertos de signos caligráficos.

Cuando se trató de tomar otras fotografías se advirtió que aunque la posición de la cámara especial fue modificada por las corrientes submarinas, se obtuvieron otras placas de rocas con formas artificiales que yacían sobre los costados, y algunas de ellas en montones, como si hubiesen rodado unas

encima de otras. Esto es tal vez lo que ocurrió en la época en que esta misteriosa ciudad se hundió a una profundidad de más de 1.500 metros. Aun cuando este incidente muestra las mayores profundidades del océano en que se hayan encontrado supuestas ruinas, es probable que las futuras exploraciones submarinas, realizadas a iguales o similares profundidades, aporten pruebas definidas, en un futuro relativamente próximo, acerca de la existencia de una civilización mundial cuyas florecientes ciudades yacen ahora en el fondo de los océanos del mundo.

La tarea de descubrir la Atlántida o el imperio atlántico se está llevando a cabo ahora, gracias al nuevo equipo con que contamos, tanto para la datación de restos y ruinas como para realizar exploraciones submarinas. Guste o no a los historiadores convencionales o a las instituciones científicas oficiales, la exploración submarina que se está realizando está provocando que empiecen a encajar las piezas de un rompecabezas, o mejor dicho un mosaico que pronto resultará demasiado concluyente como para ser ignorado o negado, incluso si gratas y familiares nociones del tiempo y la cultura tuviesen que ser modificadas.

La observación que, según Platón, los sacerdotes egipcios hicieron a Solón en Sais, es tan aplicable a nosotros como el filósofo quiso que lo fuera a su antiguo público. No debemos olvidar que los antiguos griegos no pensaban que eran antiguos, y se consideraban tan "modernos" como nosotros ahora.

Según Platón, "uno de los sacerdotes, un hombre de mucha edad" hizo el siguiente comentario a Solón, cuando éste le visitó:

...Vosotros sois todos jóvenes en lo que a vuestra alma respecta. Porque no guardáis en ella ninguna opinión antigua, procedente de una vieja tradición, ni tenéis ninguna ciencia encanecida por el tiempo. Y ésta es la razón de ello. Los hombres han sido destruidos y lo serán aún de muchas maneras...

Este sentimiento, que era común a muchos pueblos de la Antigüedad, es aún compartido por nosotros, que somos sus modernos descendientes. Ha sido consciente y subconscientemente conservada por leyendas, tradiciones y la memoria racial, y se ve hoy reforzada por descubrimientos cada vez más frecuentes. Hubo sin duda culturas anteriores a nuestro "período vital", desde el 3500 antes de C. hasta el presente. Una de ellas, con seguridad la que precedió inmediatamente a nuestra propia "antigüedad", fue la que llamamos Atlántida, cuyo nombre por sí solo, aun cuando resulte incierto, ha dejado un eco tan vibrante en la historia de nuestro mundo y en el océano que conmemora su nombre.

[HISTORIA ATLANTE \(De SCOTT ELLIOT\)](#)

*A CONTINUACION, UN CLASICO INVALUABLE ACERCA DEL TEMA Y LA RELACION CADA DIA ACTUALIZADA POR HALLAZGOS ENTRE TEOSOFIA

Y ATLÁNTIDA CON ARQUEOLOGIA...

Historia de los atlantes

Por W. Scott Elliot

Con prefacio de A.P. Sinnett

HISTORIA DE LOS ATLANTES

BOSQUEJO GEOGRÁFICO, HISTÓRICO Y ETNOGRÁFICO

Para hacerse cargo de la verdadera importancia de la narración que vamos a hacer, conviene averiguar cuáles son, en realidad, las noticias que poseemos sobre la vida de nuestra gran raza raíz, la quinta raza o raza aria. Desde los tiempos de Grecia y Roma se han escrito volúmenes sobre volúmenes acerca de los pueblos que han alternado en el escenario de la Historia; se ha analizado y clasificado sus instituciones políticas, sus creencias religiosas, sus usos y costumbres sociales y domésticos, y obras sin cuento: escritas en todas las lenguas, consignan para provecho nuestro la marcha detallada del progreso.

Sin embargo, debe recordarse que sólo poseemos un fragmento de la Historia de esta quinta raza: los anales de las últimas familias de la subraza celta, y los de la primera familia de nuestro propio tronco: el teutónico. Pero los cientos de miles de años que transcurrieron desde que los primitivos arios dejaron sus moradas en las orillas del mar central de Asia, hasta los tiempos de Grecia y Roma, fueron testigos del nacimiento y caída de innumerables civilizaciones.

De la primera subraza de nuestra raza aria, la cual habitó en la India y colonizó el Egipto en edades prehistóricas, nada sabemos en verdad; y lo mismo puede decirse de las naciones caldea, babilónica y asiria, que compusieron la segunda subraza; pues los pocos conocimientos deducidos de los jeroglíficos de las tumbas egipcias, y de las inscripciones cuneiformes de los ladrillos de Babilonia, recientemente descifrados, apenas puede asegurarse que constituyan historia. Los persas, que pertenecieron a la tercera subraza, la irania, han dejado algunas huellas; pero de las primitivas civilizaciones de la cuarta subraza o celta, no tenemos anales de ninguna especie. Sólo al nacer los últimos brotes de este tronco céltico, es decir, los pueblos griego y romano, entramos realmente en el período histórico.

Corre parejas con la ignorancia sobre este período pasado, la ignorancia sobre el porvenir; pues de las siete subrazas que son necesarias para completar la historia de una gran raza raíz, sólo cinco han existido hasta ahora. Nuestra propia subraza teutónica, que es la quinta, ha producido ya muchas naciones, pero aún no ha terminado su carrera; mientras que las subrazas sexta y séptima que han de desarrollarse en los continentes Norte y Sur de América, habrán de dar miles de años a la historia.

Así, pues, al tratar de resumir en unas cuantas páginas las noticias acerca del progreso humano durante un período que debe de haber ocupado, por lo menos, tan gran espacio de tiempo como el acabado de indicar, se comprenderá cuán ligero tiene que ser este bosquejo.

La exposición del progreso del mundo durante el período de la cuarta raza o raza atlante, ha de abrazar la historia de muchas naciones, y registrar el nacimiento y ruina de civilizaciones numerosas. A más de esto, tuvieron lugar en diversas ocasiones durante el desarrollo de esta raza, catástrofes tales cuales no las ha experimentado todavía nuestra quinta raza. La destrucción de la Atlántida se realizó por una serie de catástrofes cuyo carácter varió desde los grandes cataclismos en que perecieron poblaciones y territorios enteros, hasta los hundimientos de terreno, relativamente sin importancia e iguales a los que hoy suceden en nuestras costas. Una vez iniciada la destrucción por la gran catástrofe primera, los hundimientos parciales continuaron sin interrupción deshaciendo el continente con acción lenta, pero segura. Hubo cuatro grandes catástrofes superiores a las demás en intensidad.

La primera acaeció en la edad miocena, hace 800.000 años poco más o menos

(1). La segunda, que fue de menos importancia, sucedió hace cosa de 200.000 años. La tercera, ocurrida hace 80.000 años, fue muy grande; destruyó todo lo que quedaba del continente atlante, a excepción de la isla a la que Platón dio el nombre de Poseidon, la cual a su vez, se sumergió en la cuarta y última gran catástrofe, 9.564 años antes de la Era cristiana.
Ahora bien; el testimonio de los más antiguos escritores y las investigaciones científicas modernas afirman de consuno la existencia de un antiguo continente que ocupaba el lugar de la perdida Atlántida.

Antes de entrar en la narración que nos proponemos, conviene echar una ligera ojeada sobre las fuentes generalmente conocidas que suministran pruebas de lo dicho. Estas pueden agruparse en cinco clases:

- 1) Los datos aportados por los sondeos del mar;*
- 2) La distribución de la fauna y de la flora;*
- 3) Las semejanzas de lenguaje y tipo etnográfico;*
- 4) La semejanza de arquitectura, creencias y ritos religiosos; y*
- 5) El testimonio de los antiguos escritores, de las tradiciones antiguas de las razas y de las leyendas arcaicas sobre el diluvio.*

Primero. En pocas palabras resumiremos las pruebas que aportan los sondeos del mar merced a las expediciones de los cañoneros inglés y norteamericano Challenger y Dolphin principalmente (aunque Alemania se asoció también a esta exploración científica), el fondo de todo el Océano Atlántico está hoy trazado en mapas, resultando que existe un inmenso banco o sierra de gran elevación en medio de este mar. Esta cordillera se extiende en dirección Sudoeste desde los 50° Norte hacia la costa de la América meridional, desde donde cambia en dirección Sudeste hacia las costas de África, cambiando de

nuevo de dirección en los alrededores de la isla de la Ascensión, y enderezándose hacia el Sur rectamente hacia las islas de Tristán de Acunha.

Este banco se levanta súbitamente 9.000 pies del fondo de las profundidades que le rodean y las Azores, San Pablo, Ascensión y las islas de Tristán de Acunha son los picos de esta elevación de terreno que aún permanecen sobre el agua.

Se necesita una cuerda de 3.500 brazas (21.000 pies) para sondar las partes más profundas del Atlántico, mientras que las más elevadas del banco referido están solamente a ciento o unos cuantos cientos de brazas debajo del agua.

El sondeo muestra también que la cordillera está cubierta de restos volcánicos, de los cuales se encuentran huellas atravesando el Océano hacia las costas Americanas. Las investigaciones hechas durante la exploración aludida, han probado de un modo concluyente que el lecho del Océano, particularmente en la proximidad de las Azores, ha experimentado perturbaciones volcánicas de una proporción gigantesca en períodos geológicos que pueden determinarse. Mr. Starkie Gardner opina que en el período eoceno formaban las islas británicas parte de una gran isla o continente, que se extendía hacia el Atlántico, y que "un tiempo existió una gran extensión de tierra firme, donde ahora hay mar, de cuyas más elevadas cimas son restos Cornwall, el Scilly, las islas del Canal, Irlanda y la Gran Bretaña".

(2) Segundo. Es un enigma para los biólogos y botánicos la existencia de especies similares o idénticas de la fauna y de la flora en continentes separados por los grandes mares. Mas si alguna vez estuvieron estos continentes unidos de modo que fuese posible la natural emigración de tales plantas y animales, el enigma quedaría aclarado. Ahora bien; los restos fósiles del camello se encuentran en la India, en África, en la América del Sur y en Kansas; mas es hipótesis generalmente aceptada por los naturalistas, que todas las especies de animales y plantas son oriundas de una sola parte del globo, desde la cual, como centro, se han esparcido por las demás. ¿Cómo, pues, puede explicarse la situación de tales restos fósiles sin la existencia de una comunicación terrestre en una remota edad? Recientes descubrimientos verificados en los yacimientos de Nebraska, parece también demostrar que el caballo tuvo su origen en el hemisferio occidental, pues sólo en aquella parte del mundo se han encontrado restos fósiles que ponen de manifiesto las diversas formas intermedias identificadas como precursoras del actual caballo.

Sería, pues, difícil explicar la presencia del caballo en Europa, sin la hipótesis de continuas comunicaciones terrestres entre los dos continentes, puesto que es cosa cierta que el caballo existía en estado salvaje en Europa y en Asia antes de que fuese domesticado por el hombre, lo cual tuvo lugar casi en la Edad de Piedra. El ganado lanar y el vacuno, tales como los conocemos hoy, tienen igualmente un abolengo remoto. Darwin opina que había en Europa, en el primer período de la Edad de Piedra, ganado vacuno domesticado, el cual procedía de tipos salvajes de la familia del búfalo de América. También existen en el Norte de América restos del león de las cavernas de Europa.

Pasando ahora del reino animal al vegetal, se observa que la mayor parte de la flora del período mioceno de Europa que se encuentra principalmente en los yacimientos fósiles de Suiza existe al presente en América y algunas especies en África; pero el hecho notable, a propósito de América, es que mientras se halla dicha flora en gran proporción en los Estados Orientales, faltan muchas especies en las costas del Pacífico. Esto parece mostrar que entraron en aquel continente por el lado del Atlántico. El profesor Asa Gray dice que, de los 66 géneros y 155 especies encontradas en los bosques, al Este de las Montañas Rocosas, sólo 31 géneros y 78 especies se ven al Occidente de estas alturas.

Pero el mayor problema de todos es el del plátano.

El profesor Kuntze, eminente botánico alemán, pregunta: « ¿Cómo pudo llegar a América esta planta, originaria de comarcas tropicales de Asia y África, y que no resiste un viaje al través de la zona templada?»

Es cosa sabida que el trigo, tal cual le conocemos, no ha existido jamás en verdadero estado silvestre, ni hay prueba alguna por donde rastrear su descendencia de especies fósiles. Cinco variedades de trigo se cultivaban ya en Europa en la Edad de Piedra, una de las cuales, encontrada en las moradas lacustres, se conoce por trigo de Egipto; de lo cual deduce Darwin que los habitantes de los lagos, o sostenían tráfico aún con algún pueblo meridional, o procedían originariamente del Sur como colonizadores; y concluye que el trigo, la cebada, la avena, viene de diversas especies ya extinguidas, o tan enteramente distintas de aquéllas, que no permiten su identificación, por lo que dice: «El hombre debe de haber cultivado los cereales desde un período enormemente remoto». Las regiones donde estas especies extintas florecieron y la civilización bajo la cual fueron cultivadas por una selección inteligente, nos las suministra continente perdido, cuyos emigrantes las llevaron a Oriente y Occidente.

(3) Tercero. De la fauna y la flora pasemos al hombre.

El Lenguaje -La lengua euskera permanece aislada entre los idiomas europeos, sin tener afinidad con ninguno de ellos. Según Farrar, «nunca ha sido dudoso que este lenguaje, que conserva su identidad en un rincón occidental de Europa, en medio de dos poderosos reinos, se parece en su estructura a los idiomas aborígenes del continente frontero (América) y a ellos solamente.

(Families of Speech, pág. 132).

Los fenicios fueron, al parecer, los primeros que usaron en el hemisferio oriental un alfabeto fonético, cuyos caracteres son meros signos de los sonidos. Es un hecho curioso el que en una edad tan remota se encuentre también un alfabeto fonético en la América central, entre los Mayas del Yucatán, cuyas tradiciones referían el origen de su cultura a un país del oriente, allende el mar.

Le Plongeon, gran autoridad en el asunto, escribe: «Una tercera parte de este idioma (el Maya) es puro griego. ¿Quién llevó la lengua de Homero a América, o quién trajo a Grecia la de los Mayas? El griego es un vástago del sánscrito.

¿Lo es el Maya, o son coetáneos?» Aún más sorprendente es que trece letras del alfabeto Maya tengan una relación muy clara con los signos jeroglíficos de Egipto correspondientes a las mismas letras. Es probable que la primitiva forma del alfabeto fuese la jeroglífica, «la escritura de los dioses», según la llamaban los egipcios, y que más tarde se convirtió en la Atlántida, en fonética. Natural sería suponer que los egipcios fueron una colonia muy antigua de los atlantes (y así lo fueron en realidad), y que llevaron consigo el tipo primitivo de la escritura, que de este modo ha dejado sus huellas en ambos hemisferios, mientras que los fenicios, que eran gente marinera, adquirieron y se asimilaron la última forma de su alfabeto en su comercio con los pueblos del Occidente.

Un punto más debe notarse, y es la extraordinaria semejanza entre muchas palabras del hebreo y las voces que tienen precisamente el mismo significado en el idioma de los chapanecas, rama de la raza Maya y de las más antiguas de la América central. Una lista de estas voces aparece en la pág. 475 de North Americans of Antiquity. La semejanza de lenguaje de varias razas salvajes

de las islas del Pacífico se ha empleado como argumento por escritores en esta materia. La existencia de idiomas similares hablados por razas separadas por muchas leguas de mar, a través del cual no se les ha conocido comunicación en tiempos históricos, es ciertamente un argumento en favor de su descendencia de una raza única que ocupara un solo continente; mas este argumento no puede ser aplicado a nuestro propósito, porque el continente de que dichas islas formaron parte no fue la Atlántida, sino el más antiguo aún de Lemuria.

Tipos étnicos - La Atlántida, como veremos, se dice que fue habitada por razas rojas, amarillas, blancas y negras. Ahora bien; las investigaciones de Le Plongeon, de Quatrefages, de Bancroft y otros, han mostrado que las poblaciones oscuras del tipo negro Africano existían aun en tiempos muy recientes en América. Muchos de los monumentos de la América Central presentan en su decorado semblantes de negros, y muchos de los ídolos allí encontrados son indudables representaciones de hombres de esta raza, con sus cráneos pequeños, gruesos labios y su cabello corto y lanudo. El Popul Vuh, hablando de la primera morada de la raza guatemalteca, dice: «hombres negros y blancos juntamente» vivían en esta tierra feliz «en gran paz», hablando «una misma lengua». (Véase Native Races, de Bancroft, pág. 547).

El Popol Vuh continúa refiriendo cómo aquel pueblo emigró del país de sus abuelos; cómo llegó a alterarse su lenguaje, y cómo algunos pasaron al Este mientras otros se trasladaron al Oeste (América Central).

El profesor Retzius, en su Smithsonian Report, considera que los primitivos dolicocefalos de América están íntimamente relacionados con los guanches de las islas Canarias y con la población de la costa africana del Atlántico, población a la cual Latham designa con el nombre de egipcio-atlante. La

misma forma de cráneo se encuentra en las islas Canarias, al lado de la costa de África, que en las islas Caribes, junto a la costa americana, y el color de la piel es en ambas poblaciones rojizo oscuro.

Los antiguos egipcios se representaban a sí mismos como hombres rojos, del mismo aspecto que hoy se ve en algunas tribus de indios americanos.

«Los antiguos peruanos -dice Sholt- parece que fueron una raza de cabello castaño, a juzgar por las numerosas muestras de pelo encontradas en sus tumbas».

Hay un hecho notable a propósito de estos pueblos de América, el cual es un enigma indescifrable para los etnólogos, y es la muchedumbre de colores y aspectos, que entre ellos se encuentra.

Desde la blancura de las tribus menominea, dacota, mandana y zuni, en las cuales abundan los tipos de cabello castaño y ojos azules, hasta la obscuridad, que casi se confunde con las del negro Africano, de los k aros de Kansas, y de las ya extinguidas tribus de California, las razas indias presentan todos los matices: rojo oscuro, cobrizo, aceitunado, cinamomo y bronco.

(3) Prosiguiendo nuestro discurso, veremos como la variedad de color, en el continente Americano, se explica por los colores de las razas originales del continente atlante, de donde son oriundos los pueblos del Nuevo Mundo.

Cuarto. Ninguna cosa parece haber sorprendido más a los primeros aventureros españoles en México y en el Perú, que la extraordinaria semejanza de las creencias, ritos y emblemas religiosos que allí encontraron establecidos, con los del Viejo Continente. Los sacerdotes españoles consideraron esta semejanza como obra del diablo. La adoración de la cruz por los naturales, y su constante presencia así en los edificios religiosos, como en las ceremonias, fue el motivo principal de su asombro; ya la verdad, en ninguna parte, ni siquiera en la India y en Egipto, fue este símbolo tenido en mayor veneración que entre las tribus primitivas del continente Americano, siendo la misma la significación que encerraba su culto. En Occidente, como en Oriente, la cruz era el símbolo de la vida: a veces de la vida física; con más frecuencia, de la vida eterna.

Del mismo modo era universal en ambos hemisferios la adoración del disco del solo círculo y de la serpiente, y aún más sorprendente es la semejanza de la palabra que significa "Dios" en los principales idiomas orientales y occidentales. Compárese el Dyaus o Dyaus-Pitar, sánscritos; el Theos y Zeus, griegos; el Deus y Júpiter, latinos; el Día y Ta, celtas (el último pronunciado Zia, y al parecer afín al Tau egipcio); el Jah o Zrh judíos, y, últimamente el Teo o Zeo mexicanos.

Todas las naciones practicaban ritos bautismales.

En Babilonia y Egipto los candidatos a la iniciación en los misterios eran primeramente bautizados.

Tertuliano, en su tratado De Baptismo, dice que se les prometía como consecuencia «la regeneración y el perdón de todos sus perjurios». Las naciones escandinavas bautizaban a los recién nacidos; y si pasamos a México y al Perú, encontraremos el bautismo de los niños como ceremonia solemne, consistente en aspersiones de agua, aplicación de la señal de la cruz y recitación de plegarias para limpiarles de pecado. (Véase Mexican Researches, de Humbolt, y Mexico, de Prescott).

Además del bautismo, las tribus de Méjico, de la América Central y del Perú se parecían a las naciones del Viejo Mundo por sus ritos de la confesión, la absolución, el ayuno y el matrimonio con la unión de manos ante el sacerdote. Tenían también una ceremonia semejante a la comunión, en que se consumía una pasta de harina, marcada con la Tau (forma egipcia de la cruz), y a la que el pueblo llamaba la carne de su Dios

Ésta, a manera de hostia, guardaba exacto parecido con las tortas sagradas de Egipto y de otras naciones orientales. También, a semejanza de estas naciones, los pueblos del Nuevo Continente tenían órdenes monásticas, así de hombres como de mujeres, donde se castigaba con la muerte el quebrantamiento de los votos. Embalsamaban los cadáveres al modo de los egipcios, y adoraban al sol, la luna y los planetas, pero por cima de todo tributaban culto a una divinidad

«Omnipresente, Omniscente...invisible, incorpórea, un Dios de toda perfección». (Historia de Nueva España, de Sahagún, libro VI).

Tenían también su Diosa Virgen y madre, «Nuestra Señora», cuyo hijo, el «Señor de Luz», era llamado, «el Salvador», correspondiendo exactamente a Isis Beltis y las demás diosas vírgenes del Oriente, con sus hijos divinos. Los ritos de su culto al sol y al fuego, tenían íntimo parecido con los de los primitivos celtas de la Gran Bretaña e Irlanda, y como éstos se creían «hijos del Sol».

El arca o argha fue uno de los símbolos sagrados universales, encontrando así en la India, Caldea, Asiria, Egipto y Grecia, como entre los pueblos celtas.

Lord Kingsborough, en su obra Mexican Antiquities (volumen VIII, pág. 250), dice: «Así como entre los judíos el arca era una especie de altar portátil en que suponían continuamente presente la divinidad, así también los mejicanos, los cheroques y los indios de Michoacan y de Honduras profesaban la mayor veneración a un arca, teniéndola por objeto demasiado sagrado para que pudiese tocarla alguien que no fuese sacerdote».

Por lo que respecta a la arquitectura religiosa, vemos que en los dos lados del Atlántico fue la pirámide una de las primeras construcciones sagradas. Aun siendo dudoso el empleo a que estos monumentos fueron destinados en su origen, es positivo, sin embargo, que estaban íntimamente relacionados con las ideas religiosas. La identidad de su traza, ya en Egipto, ya en Méjico, o en la América Central, es demasiado chocante para que se le considere como mera coincidencia. Verdad es que algunas de las pirámides Americanas - el

mayor número- son de la forma truncada o aplanada; mas sin embargo, según Bancroft y otros, muchas de las encontradas en Yucatán, y particularmente las próximas a Palenque, acaban en punta, a la manera egipcia, mientras que hay también en Egipto pirámides del tipo escalonado y aplanado. Cholula ha sido comparada a los grupos de Dachour Sakkara y a la pirámide escalonada de Medourn. Asimismo la orientación la estructura y hasta las galerías y cámaras interiores de estos misteriosos monumentos de Oriente y Occidente, atestiguan que sus constructores se inspiraron al trazarlos en una idea común.

Las grandes ruinas de las ciudades y templos del Yucatán, y aun de todo Méjico, tienen una extraña semejanza con las de Egipto, habiéndose comparado muchas veces las ruinas de Teotihuacan con las de Karnak. El «falso arco» -formado por hileras de piedras horizontales que resaltan ligeramente una de otra - se encuentra construido del mismo modo en la América Central, en los más antiguos edificios de Grecia y en los restos etruscos. Los constructores de túmulos, así en uno como en otro continente, los hacían similares y colocaban dentro de ellos los cadáveres en idénticos sarcófagos de piedra. Ambos hemisferios tienen también sus grandes montículos espirales; compárese el de Adams Co (Ohio) con el acabado montículo espiral descubierto en Argyleshire, o con el ejemplar menos perfecto de Avebury en Wilts. El tallado y decorado de los templos de América, de Egipto y de la India, tienen mucho de común, y algunas de las decoraciones murales son completamente idénticas.

Quinto. Sólo nos resta dar un breve resumen de las noticias sacadas de escritores antiguos, de tradiciones de razas primitivas y de las leyendas arcaicas del diluvio.

AEliano, en su Varia historia (lib. III, cap. XVIII), declara que Theopompo (400 años antes de la Era cristiana) daba noticia de una entrevista del Rey de Frigia y Sileno, en que el último hizo referencia a un gran continente más allá del Atlántico, de mayor extensión que Asia, Europa y Libia juntas.

Prodo hace una cita de un antiguo escritor relativa a las islas del mar que está al otro lado de las columnas de Hércules (Estrecho de Gibraltar), y dice que los habitantes de una de ellas tenían la tradición de una isla muy extensa llamada Atlántida, que por mucho tiempo dominó sobre las demás de aquel Océano. Marcelo habla de siete islas del Atlántico cuyos habitantes conservan memoria de otra isla mucho mayor, la Atlántida, «que durante un largo período ejerció soberanía sobre las pequeñas».

Diodoro Siculo refiere que los fenicios descubrieron «una gran isla en el Océano Atlántico, más allá de las columnas de Hércules, a algunos días de navegación de la costa de África».

Pero la mayor autoridad en el asunto es la de Platón. En el Timeo alude a la isla continente; mas el Critias o Atlántico viene a ser la relación detallada de la historia, artes, usos y costumbres de aquel pueblo.

En el Timeo hace referencia a «un inmenso poder guerrero que, lanzándose desde el mar Atlántico, se extendió con furia por toda Europa y Asia. Pues por este tiempo aquel Océano era navegable y había en él una isla frente a la embocadura que llamáis columnas de Hércules. Pero esta isla era más grande que la Libia y el Asia juntas, y daba fácil acceso a otras islas vecinas, siendo igualmente fácil pasar de estas últimas a todos los continentes que baña el mar Atlántico».

Es tanto el valor del Critias, que no se sabe qué escoger en él. Pero tiene especial interés el siguiente párrafo, por referirse a los recursos materiales de aquel país: «Estaban igualmente provistos así en su ciudad como en cualquier otro punto, de todo lo apetecible para los usos de la vida. Se surtían ciertamente de muchas cosas en otras comarcas, por razón de ser extenso su imperio; pero la isla les suministraba la mayor parte de lo que necesitaban. En primer lugar, sacaban de sus minas los metales y los fundían; y el oricalco que hoy rara vez se menciona, era entre ellos muy celebrado; se sacaba de la tierra en muchas partes de la isla, y se le consideraba como el más precioso de todos los metales, excepto el oro. La isla producía también, en abundancia, maderas de construcción.

Había asimismo sobrados pastos para animales domésticos y selváticos. Existía un prodigioso número de elefantes, pues los pastos eran bastantes a regalar cuanto en lagos, ríos, llanuras y montañas se alimenta. Y de la misma manera había suficiente sustento para la más extensa y más voraz especie de animales. Además de esto, cuanto al presente produce la tierra de oloroso, raíces, yerbas, maderas, jugos, gomas, flores o frutos, todo lo producía la isla y lo producía bien».

Los galos tenían tradiciones de la Atlántida, las cuales fueron recogidas por el historiador romano Timógenes, que vivió en el siglo anterior a Cristo. Tres pueblos de apariencia distinta habitaban las Galias. Primeramente la población indígena (restos probables de la raza lemura); en segundo lugar, los invasores que procedían de la lejana isla Atlántida, y últimamente los ario-galos (véase Preadamites, página 380).

Los toltecas de México se consideraban oriundos de un país llamado Atlan o Aztlan; los aztecas también remontaban su origen a Aztlan (véase Native Races de Bancroft, vol. V, págs. 221 y 321).

El Popul Vuh (pág. 294) habla de una visita que tres hijos del Rey de Quiches hicieron a una tierra «al Este, a orillas del mar, de la cual sus padres habían venido», y de donde aquellos trajeron, entre otras cosas, «un sistema de escritura» (véase también Bancroft, vol. V, pág. 553).

Existe entre los indios de la América del Norte, muy difundida, una leyenda sobre la procedencia de sus antepasados de una tierra «hacia el nacimiento del sol».

Los indios Jowas y Dakotas, según afirma el mayor J. Lind, creían que «todas las tribus indias formaban antiguamente una sola, y que vivieron juntas en una isla... hacia el nacimiento del sol».

Desde allí cruzaron el mar en enormes piraguas, a las cuales los antiguos Dakotas navegaron semanas enteras, ganando al fin la tierra.

Declaran los libros de la América Central, que una parte de aquel continente se extendía mar adentro en el Océano, y que esta región fue destruida por una serie de espantosos cataclismos sucedidos a largos intervalos, de tres de los cuales hacen frecuente referencia (Véase Ancient América, de Waldwin, pág. 176).

Es curiosa la confirmación de esta creencia por la leyenda de los celtas de Bretaña, que presentaba a su país extendiéndose antiguamente por el Atlántico, y luego destruido. Tres catástrofes se mencionan en las tradiciones de Gales.

De la divinidad mexicana, Quetzalcoatl se creía que vino del "lejano Oriente". Se le representaba como un hombre blanco de luenga barba (nótese que los indios Americanos no tienen barba). Este Dios les enseñó la escritura y reguló el calendario mexicano.

Después de haberles aleccionado en las artes pacíficas se embarcó de nuevo en dirección al Este en una canoa de piel de serpiente (véase North American of Antiquity de Short, págs. 268 y 271). La misma historia se hacía de Zamna, civilizador del Yucatán.

Sólo queda por tratar la maravillosa uniformidad de las leyendas del diluvio en todas las partes del mundo. Que aquéllas sean versiones arcaicas de la historia de la perdida Atlántida y de su hundimiento, o ecos de una gran alegoría cósmica, un tiempo enseñada y tenida en veneración en algún centro común, desde el cual se difundiera a todos los confines del mundo, no es cuestión que por el momento nos importe.

Basta para nuestro objeto mostrar la aceptación universal de estas leyendas. Ocioso sería repetir las historias del diluvio una por una; es suficiente decir que en la India, en Caldea, Babilonia, Media, Grecia, Escandinavia y China, así como entre judíos y celtas, la leyenda es completamente idéntica en todo lo esencial.

Y volviendo al Occidente ¿qué encontramos? La misma historia en todos sus detalles, conservada por los mexicanos, (cada una de cuyas tribus tenía su versión), por los guatemaltecos, peruanos y habitantes de Honduras, y por casi todas las tribus indias de la América del Norte. Sería pueril sostener que en una mera coincidencia esté la explicación de esta identidad fundamental.

Con la siguiente cita del famoso manuscrito troano que existe en el Museo británico y que ha traducido Le Plongeon, pondremos término a esta parte del asunto. El manuscrito troano parece haber sido escrito hace unos 3.500 años entre los mayas del Yucatán

He aquí la descripción que hace de la catástrofe que sumergió la isla de Poseidón: «En el año 6 Kan, en el undécimo Muluc del mes Zac, hubo terribles terremotos que siguieron sin interrupción hasta el décimo tercio Chuen. El país de los montículos de lodo, la tierra de Mu, creció; elevada por dos veces, desapareció durante la noche, sacudidas sin cesar las profundidades por fuerzas volcánicas. Faltando a éstas la salida, hundían y elevaban la tierra en diferentes sitios.

Al fin cedió la superficie, y diez comarcas, hechas pedazos, fueron esparcidas. Incapaces de resistir la fuerza de las convulsiones, se hundieron con sus 64 millones de habitantes, 8.060 años antes de que este libro fuera escrito». Pero ya hemos dedicado bastante espacio a las noticias más o menos autorizadas sobre el particular que hasta ahora hemos tenido a mano. Los que tengan interés en continuar las investigaciones en alguna dirección de las indicadas, pueden acudir a las distintas obras de que hemos hecho mérito.

* * *

Antes de comenzar esta historia, sin embargo, conviene hacer algunas indicaciones sobre la geografía de aquellas cuatro épocas.

El primer mapa representa la superficie de la tierra tal como era hace un millón de años, cuando la raza atlante estaba en su apogeo, antes de la primera gran sumersión, acaecida 800.000 años hace. El continente de la Atlántida, como puede observarse, se extendía desde un punto, algunos grados al Este de Islandia, hasta poco más o menos el sitio que hoy ocupa Río de Janeiro, en la América del Sur. Desde Texas, cuyo territorio comprendía, así como el golfo mexicano y los Estados meridionales y orientales de América hasta el Labrador inclusive, se alargaba a través del Océano hasta las islas británicas -Escocia e Irlanda y una pequeña porción del Norte de Inglaterra formaban uno de sus promontorios- mientras sus tierras ecuatoriales abarcaban el Brasil y toda la extensión del Océano hasta la costa de Oro, en África.

Se ven también en este mapa fragmentos diseminados de los que un día habían de ser continentes de Europa, África y América, así como los restos de un continente todavía más antiguo y en otro tiempo grandemente extendido: el de Lemuria. Asimismo se indican con color azul, como los de Lemuria, los restos del continente hiperbóreo, anterior aún al último, y que fue la morada de la segunda raza raíz.

Según se verá por el segundo mapa, la catástrofe de hace 800.000 años operó grandes cambios en la distribución de tierras en el globo. El gran continente aparece despojado de sus regiones septentrionales, y el resto quedó roto. El continente Americano, entonces en vías de crecimiento, está separado por un brazo de mar de su tronco el continente Atlante; y ya éste no comprende tierra alguna de las que hoy existen, sino que ocupa gran extensión del Atlántico, desde los 50 grados de latitud Norte, hasta unos pocos grados al Sur del Ecuador. Los hundimientos y elevaciones en otras partes del globo habían sido también considerables; las islas británicas, por ejemplo, forman ya parte de una inmensa isla que abraza también la península escandinava, el Norte de

Francia, todos los mares comprendidos entre estos territorios, y alguna parte de los mares exteriores. Las dimensiones de los restos de Lemuria han disminuido, mientras que Europa, África y América han aumentado en extensión

El tercer mapa muestra los resultados de la catástrofe de hace cerca de 200.000 años. Con excepción de los rompimientos en los continentes atlántico y Americano, y de la inmersión del Egipto, se observará de cuán menor importancia, relativamente, fueron los hundimientos y elevaciones de terrenos en esta época; y ciertamente el hecho de que esta catástrofe no ha sido considerada siempre como una de las grandes, aparece bien claro de la cita que hemos hecho del libro sagrado de los guatimaltecos, donde sólo se menciona tres de aquel grado. Sin embargo, la isla escandinava aparece ya unida al continente. La Atlántida se ha partido en dos islas, las cuales llevaron los nombres de Ruta y Daitya.

Los efectos estupendos de la convulsión acaecida hace 80.000 años, están de manifiesto en el cuarto mapa. Daitya la más pequeña y meridional de las dos islas susodichas ha desaparecido casi del todo, y de Ruta queda solamente la isla relativamente pequeña de Poseidón. Este mapa fue hecho hace 72.000 años, y representa sin duda con exactitud la superficie terrestre desde este período acaecieron menores mudanzas.

Nótese que los contornos terrestres habían comenzado entonces a tomar, en general, la apariencia que hoy día tienen, aunque las islas británicas estaban aún unidas al continente europeo, el mar Báltico no existía, y el desierto de Sahara formaba parte del lecho del Océano.

Debemos hacer una somera referencia de los Manus, asunto místico en extremo, como preliminar necesario a la explicación del origen de una raza raíz. En la Conferencia XXVI de la Sociedad Teosófica de Londres, se trató de la obra que estos seres sublimes llevan a cabo, la cual abraza no sólo el plan de los tipos de todo el Manvantara, sino también la dirección asidua de la formación y enseñanza de cada raza raíz.

La siguiente cita se refiere a esta labor: "Hay también Manus cuyo deber consiste en actuar del mismo modo respecto a cada raza raíz, en cada planeta de la Ronda.

Un Manu, simiente de la especie humana, traza el progreso del tipo que sucesivamente corresponde a cada raza, y otro Manu, que es la raíz, se encarna realmente en la nueva raza como guía y maestro, para dirigir su desarrollo y asegurar su mejoramiento".

La manera cómo el Manu a quien corresponde, efectúa la selección de los ejemplares humanos, y sigue cuidando de la comunidad nuevamente formada, se explicará acaso en otra conferencia.

Mas por ahora basta la mera indicación del procedimiento.

De una de las subrazas de la tercera raza raíz que habitaba el Continente de Lemuria, del que ya hemos hablado, se hizo por decantado la selección de los ejemplares destinados a producir la cuarta raza.

Sin perjuicio de seguir la historia de esta raza a través de los cuatro períodos representados por los cuatro mapas, es oportuno hacer las siguientes divisiones:

Origen de las diversas subrazas y territorios que habitaron; Instituciones políticas de cada una de ellas;

Sus emigraciones a otras partes del mundo;

Artes y ciencias que cultivaron;

Usos y costumbres;

Florecimiento y decadencia de sus ideas religiosas.

LAS SUBRAZAS ATLANTES

Los nombres de las diferentes subrazas, son:

Rmoahal;

Tlavatli;

Tolteca;

Turania primitiva;

Semita originaria;

Akadia;

Mongola.

Es necesario explicar por qué hemos elegido estos nombres. Cuando los etnólogos modernos han descubierto huellas de una de estas subrazas, o siquiera identificado una pequeña parte de alguna, empleamos el nombre que le han dado para mayor sencillez; pero como apenas hay de las dos primeras subrazas, huella de que la ciencia pueda apoderarse, las designamos con los mismos nombres que usaron.

El período representado por el mapa número 1, manifiesta la superficie terrestre según existía hace un millón de años; pero la raza Rmoahal nació hace de cuatro a cinco millones de años, período en el cual existían aún extensas porciones del gran continente meridional de Lemuria, mientras que la Atlántida no había adquirido las proporciones que íntimamente alcanzó. En un promontorio de esta tierra de Lemuria surgió la raza Rmoahal.

Aproximadamente puede colocarse este punto en el 7.0 de latitud Norte y el 5.0 de longitud Oeste, que en los Atlas modernos viene a caer en la costa de los Ashantis. Era aquél un país cálido y húmedo, y allí vivían, en pantanosos cañaverales y en bosques sombríos, enormes animales antídiluvianos.

Los restos fósiles de aquellas plantas se encuentran hoy en los yacimientos hulleros. Los rmoahales eran una raza oscura de color de caoba. Su talla en los primitivos tiempos, era de 10 a 12 pies, talla de verdaderos gigantes; pero andando el tiempo, disminuyó gradualmente, como sucedió a todas las demás razas a su vez, y por último, quedó reducida a la estatura del hombre de Furfooz. Últimamente, emigraron a las costas meridionales de la Atlántida,

donde sostuvieron continuas guerras con las subrazas sexta y séptima de los lemures que habitaban aquel país. Una gran parte de estas tribus, recorriendo al acaso el continente, paró en el Norte, mientras que las restantes se establecieron al Mediodía, mezclándose con los aborígenes lemures. Resultó de esto, que en el período de que estamos tratando, al que se refiere el primer mapa, no había ya pureza de sangre en las comarcas del Sur; y, según veremos, andando el tiempo, los conquistadores toltecas sacaron sus esclavos de estas razas oscuras que habitaban las provincias ecuatoriales y el extremo meridional del continente. La parte de la raza Rmoahal que se conservó pura, entró en las penínsulas al Nordeste, próximas a Islandia, donde habitaron por generaciones sin cuenta, adquiriendo gradualmente un color más claro, a tal punto, que en la fecha del primer mapa, la encontramos constituyendo un pueblo de relativa belleza. Sus descendientes vinieron a ser, con el tiempo, súbditos de los reyes semitas, nominalmente al menos.

Aunque hemos dicho que habitaron en el Norte por generaciones sin cuenta, esto no implica que su permanencia allí no sufriese interrupciones; pues la fuerza de las circunstancias les empujó a veces hacia el Sur.

Aunque el frío de las épocas glaciales influyó también como es natural, sobre las demás razas, viene bien que digamos aquí las pocas palabras que hemos de dedicar a este asunto.

Sin entrar en la cuestión de los diversos movimientos de la tierra, ni en los varios grados de excentricidad de su órbita, en cuya combinación se ha creído ver a veces la causa de los períodos glaciales, es un hecho -por cierto ya reconocido por algunos astrónomos- que cada 30.000 años sobreviene una época glacial de las menores. Además de éstas, hubo dos ocasiones en la historia de la Atlántida, en que el cinturón de hielo no asoló únicamente las regiones del Norte, sino que invadiendo la mayor parte del continente, forzó a todos los seres vivos a emigrar hacia las tierras ecuatoriales. La primera vez ocurrió en los días de los rmoahales, hace tres millones de años, y la segunda durante el predominio de los toltecas, 850.000 años antes de nuestras edades. Por lo que hace a los períodos glaciales, debe consignarse que aunque los habitantes de las comarcas del Norte se veían obligados a trasladarse durante el invierno muy al Mediodía del cinturón del hielo, había, sin embargo, grandes territorios, a los cuales podían volver en el verano, y donde acampaban para cazar hasta que el frío del invierno les echaba de nuevo hacia el Sur.

Los Tlavatlis o segunda subraza, tuvieron origen en una isla situada a corta distancia de la costa occidental de la Atlántida. Este sitio está marcado en el primer mapa con el número 2.

De allí se extendieron a la Atlántida, ocupando las regiones centrales, y gradualmente subieron al Norte, hacia las costas que caían frente a la Groenlandia. Físicamente, eran una raza vigorosa y dura, de color rojo oscuro, pero no tan altos como los Rmoahales, a quienes empujaron más aún hacia el Norte. Fueron siempre un pueblo aficionado a la vida de las montañas, y su principal asiento estuvo en las comarcas montañosas del interior, las cuales, comparando los mapas 1 y 4, se verá que tenían aproximadamente los contornos de lo que al cabo llegó a ser isla de Poseidón. En el período del

primer mapa poblaron también, como se ha dicho, las costas septentrionales, y con el tiempo, mezclados con sangre tolteca, habitaron las islas occidentales que en su día formaron parte del continente Americano.

Pasemos ahora a la raza tolteca, o tercera subraza. Ésta representó un gran desarrollo en el tipo humano. Imperó sobre todo el continente de la Atlántida por miles de años, con gran poderío y gloria. y tan dominante y bien dotada de vitalidad fue esta raza, que sus mezclas con las siguientes subrazas no pudieron modificar el tipo, que permaneció siempre esencialmente tolteca; cientos y miles de años más tarde encontramos una de sus más remotas ramificaciones, gobernando de un modo grandioso en México y el Perú, muchos siglos antes de que sus degenerados descendientes fuesen conquistados por las feroces tribus aztecas, procedentes del Norte. El color de esta raza era también rojo oscuro, pero era aún más roja o más cobriza que los tlavatlis. Tenían también talla de gigantes, midiendo por término medio ocho pies de altura, en el período de su supremacía, pero menguaron como todas las razas hasta llegar a la estatura corriente. Su tipo fue un adelanto sobre el de las subrazas anteriores; sus facciones eran rectas y acentuadas, no muy distintas de las de los antiguos griegos. La cuna de esta raza puede verse marcada en el primer mapa con el número 3. Caía cerca de la costa occidental de la Atlántida, a los 30° de latitud Norte aproximadamente, y por solos toltecas fue poblada la totalidad de los países circunvecinos que abrazaban toda la extensión de las costas del Poniente. Pero, como veremos cuando se trate de su organización política, su territorio se extendió en determinados períodos a través del continente, y desde su gran capital, fundada en las costas orientales, ejercieron los emperadores toltecas su dominio casi universal.

Se designa a estas tres primeras subrazas con el nombre de «razas rojas», y entre ellas y las cuatro siguientes no hubo al principio mucha mezcla de sangre. Las últimas, aunque muy diferentes entre sí, han sido llamadas «amarillas», color que más propiamente caracteriza a las turania y mongola, pues la semita y acadia eran relativamente blancas.

La subraza cuarta, o turania, tuvo su origen a la banda oriental del continente, y al Sur del país montañoso habitado por el pueblo tlavatli. Este lugar está marcado con el número 4 en el primer mapa. Los turianos fueron colonizadores desde sus primeros tiempos, y emigraron en gran número a las tierras que se extendían al Este de la Atlántida. Nunca fue ésta una raza dominadora en su propio continente, aunque algunas de sus tribus y familias llegaron a ser muy poderosas. Las grandes regiones centrales del continente, situadas al este y al Mediodía del país montañoso de los tlavatlis, fueron su morada propia, aunque no exclusiva, pues compartieron estas tierras con los toltecas. Más adelante se verá qué curiosos ensayos políticos y sociales hizo esta subraza.

Por lo que hace a los semitas primitivos, o quinta subraza, los etnólogos se han visto algo confusos, cosa muy natural si se considera lo insuficiente de los datos que han podido tener a mano. Esta subraza apareció en los territorios montañosos que formaban la más meridional de las dos penínsulas situadas al Norte del continente, la cual, como ya hemos visto, está hoy representada por Escocia, Irlanda y algo de los males que las rodean. El sitio está marcado con el núm.5 en el primer mapa.

En esta ingrata porción del gran continente creció y floreció la raza durante siglos, sosteniendo su independencia contra los ataques de los Reyes del Sur, hasta que a su vez le llegó el tiempo de extenderse y colonizar. Debe tenerse en cuenta que en la época en que los semitas llegaron a ser poderosos, habían pasado cientos de miles de años desde su aparición, y se había entrado ya en el período del segundo mapa. Eran turbulentos y mal avenidos, siempre en guerra con sus vecinos y en particular con el poder, entonces creciente de los acadios.

La cuna de estos últimos, que formaron la subraza sexta, podrá encontrarse indicada con el número ó en el mapa segundo; pues esta raza nació, después de la gran catástrofe de hace 800.000 años, en la tierra que estaba al Este de la Atlántida, hacia el punto medio de la gran península, cuya extremidad Sudoeste se extendía hasta casi tocar aquel continente. El lugar referido puede colocarse aproximadamente en el grado 42 de latitud Norte y el 10° de longitud Este.

No se contuvieron los acadios por mucho tiempo dentro del territorio en que habían nacido, sino que invadieron el entonces ya disminuido continente de la Atlántida. Riñeron con los semitas muchas batallas por mar y tierra, y por ambas partes se emplearon escuadras numerosas.

Finalmente, hará cosa de 100.000 años, vencieron por completo a los semitas, y desde entonces una dinastía acadia, establecida en la antigua capital semita, gobernó el país sabiamente por muchos cientos de años. Era un pueblo comercial, colonizador y marinero, y así estableció muchos centros mercantiles en países lejanos.

Los mongoles, o séptima subraza, parece que fueron los únicos que no tuvieron contacto alguno con el continente atlante. Nacidos en las llanuras de la Tartaria (según indica el número 7 en el segundo mapa), en las cercanías de los 63° de latitud Norte y 140° de longitud Este, fueron retoño directo de descendientes de la raza turania a quienes gradualmente reemplazaron en la mayor parte del Asia. Esta subraza se multiplicó con exceso, y, aun en el día, la mayor parte de los habitantes del globo pertenecen a ella etnográficamente, si bien muchas de sus divisiones se hallan matizadas por tan vario modo con sangre de otras razas anteriores que apenas si pueden distinguirse de ellas.

INSTITUCIONES POLÍTICAS

En un resumen como este sería imposible relatar la manera cómo cada subraza se subdividió en naciones, cada una de las cuales tuvo su tipo distinto y sus cualidades características. Todo lo que se puede intentar es un bosquejo sobre las varias instituciones políticas en las grandes épocas. Al reconocer que cada subraza, así como cada raza raíz está destinada a subir en algunos respectos a un nivel más elevado que la precedente, hay que reconocer la naturaleza cíclica del desarrollo que conduce a la raza, del mismo modo que al individuo, a través de las diversas fases de la infancia, de la juventud y de la virilidad, para volverla de nuevo a la infancia de la edad senil.

La evolución implica progreso en definitiva, aunque el retroceso de su espiral ascendente nos haga ver en la historia política y religiosa, no sólo la serie de los desarrollos y adelantos, sino también la degradación y decadencia.

La primera subraza fue desde un principio regida por el gobierno más perfecto que pueda concebirse, pero debe entenderse que esto respondía a las exigencias de su estado infantil y no a merecimientos de la edad madura. Los Rmoahales eran incapaces de desarrollar plan alguno de gobierno estable, y ni aun siquiera alcanzaron el alto grado de civilización de la sexta y séptima subrazas lemuras. Pero el Manu que llevó a cabo la selección de aquella raza, se encarnó de hecho en ella y la gobernó como rey. Aun después que él dejó de intervenir de un modo visible en el gobierno, se siguió proveyendo a la comunidad naciente de gobernantes divinos o adeptos, cuando los tiempos lo requerían. Los estudiantes de Teosofía saben que la humanidad no había alcanzado por entonces el término de desarrollo requerido para producir adeptos en la plenitud de la iniciación. Los gobernantes referidos, incluso el mismo Manu, eran, pues, necesariamente fruto de evoluciones en otros sistemas de mundos.

Los tlavatlis dieron muestras de algún adelanto en las artes de gobierno. Sus diversas tribus y naciones fueron gobernadas por jefes o reyes que, generalmente, recibían su autoridad por aclamación del pueblo. Naturalmente, los individuos más poderosos y los guerreros más renombrados solían ser los elegidos. Por ventura, se estableció entre los tlavatlis un gran imperio, del cual fue jefe nominal un rey cuya soberanía era más bien un título de honor que una autoridad efectiva.

La raza tolteca fue la que desarrolló la civilización más elevada y organizó el imperio más poderoso de todos los pueblos atlánticos, y entonces se introdujo por primera vez el principio de sucesión hereditaria.

En los primeros tiempos se dividió la raza en gran número de pequeños reinos independientes, constantemente en guerra unos con otros, y todos con los lemuro-rmoahales del Sur. Estos fueron vencidos al cabo y sometidos a vasallaje, siendo muchas de sus tribus reducidas a la esclavitud.

Hará un millón de años aquellos reinos se unieron en una gran federación que reconoció por cabeza a un emperador. Este hecho fue precedido de grandes guerras, pero al fin dio paz y prosperidad a la raza.

Debe recordarse que la humanidad estaba todavía dotada, en su mayor parte, de facultades psíquicas, y los que más desarrolladas las tenían, eran enseñados a usarlas en las escuelas ocultas, obteniendo varios grados en la iniciación y aun algunos el adeptado. El segundo de los emperadores fue un adepto y durante miles de años gobernó una dinastía divina, no sólo todos los reinos en que la Atlántida estaba dividida, sino también las islas del Oeste y las regiones meridionales de las tierras adyacentes del lado de Levante.

Los miembros de esta dinastía, en caso necesario, salían de la comunidad de iniciados, mas por regla general, el poder se transmitía de padres a hijos, siendo todos ellos calificados y recibiendo a veces el hijo un grado más avanzado de iniciación de manos de su padre. Durante todo este período, los gobernantes iniciados tenían conexión con la jerarquía oculta que gobierna el mundo, y vivían sometidos a sus leyes y actuaban en armonía con sus planes.

Esta fue la edad de oro de la raza tolteca. Su gobierno fue justo y benéfico; se cultivaban las artes y las ciencias, y guiados los que se consagraban a ellas por conocimientos ocultos, consiguieron enormes resultados. Las creencias y ritos religiosos eran todavía relativamente puros. En resumen: la civilización de los

Atlantes había alcanzado por este tiempo su mayor altura.

A los 100.000 años de esta edad de oro, comenzaron la degeneración y la decadencia de la raza.

Muchos de los reyes tributarios, gran número de sacerdotes y muchas gentes del pueblo, dejaron de usar de sus facultades y poderes conforme a las leyes de sus divinos preceptores, cuyos mandatos y advertencias menospreciaron. Su conexión con la jerarquía oculta quedó rota. El engrandecimiento personal, el logro de riquezas y autoridad, el abatimiento y la ruina de sus enemigos, llegaron a ser de día en día los fines preferentes hacia los cuales encaminaban sus poderes ocultos; y apartados así del uso legítimo de éstos, acabaron por emplearlos en toda suerte de propósitos egoístas y malévolos, con lo que inevitablemente cayeron en la hechicería.

Rodeada esta palabra del odio que la incredulidad de una parte, y la impostura de otra, han movido contra ella en el transcurso de muchos siglos de superstición y de ignorancia, consideremos por un momento su verdadero significado y los terribles efectos que su práctica ha de traer siempre al mundo. En parte por razón de sus facultades psíquicas, no extinguidas aún en los abismos de la materialidad a que la raza descendió más tarde, y en parte a causa de sus adelantos científicos durante el apogeo de la civilización atlante, los individuos más inteligentes y energéticos adquirieron por grados sucesivos un conocimiento cada día más profundo de la labor íntima de las leyes naturales, y un dominio cada día creciente sobre algunas de las fuerzas ocultas de la Naturaleza.

Mas la profanación de este conocimiento y su empleo para fines egoístas, constituye la hechicería.

Buena prueba de los terribles efectos de tal profanación fueron las espantosas catástrofes que sorprendieron a aquella raza. Pues una vez comenzadas las negras prácticas, se extendieron en círculos cada vez más amplios. La suprema dirección espiritual fue retirada, y el principio kármico, que por ser el cuarto, debía naturalmente alcanzar su mayor desarrollo en la cuarta raza raíz, se afirmó más y más en la humanidad.

La lujuria y los instintos feroces y brutales fueron en aumento, y la naturaleza animal del hombre se iba aproximando a su expresión más degradada. El problema moral dividió a la raza atlante desde sus primeros tiempos en dos

campos hostiles, y lo que ya había comenzado en la época de los rmoahales se acentuó de un modo terrible en la Era de los toltecas.

La batalla de Armagedón se libra una y mil veces en cada edad de la historia del mundo.

No queriendo someterse por más tiempo a la sabia dirección de los emperadores iniciados, los secuaces de la magia negra se alzaron en rebelión y proclamaron un jefe rival del sagrado Emperador, quien, después de muchos combates, fue arrojado de su capital, «la ciudad de las Puertas de Oro», y el usurpador se sentó en su trono.

El emperador legítimo, empujado hacia el Norte, se estableció en una ciudad fundada por los tlavatlis en el límite meridional del país montañoso, y que era entonces la sede de uno de los reyes toltecas tributarios. Éste le recibió con alegría y puso la ciudad a su disposición. Algunos otros reyes tributarios se le mantuvieron fieles, pero los más rindieron homenaje al nuevo emperador reinante en la antigua capital. Sin embargo, no permanecieron mucho tiempo en su obediencia. Proclamábanse independientes a cada paso y reñían continuas batallas en las diferentes partes del imperio, recurriendo en gran escala a las artes de la hechicería para aumentar las fuerzas destructoras de los ejércitos. Estos acontecimientos ocurrieron unos 50.000 años antes de la primera catástrofe. De allí en adelante las cosas fueron de mal en peor.

Los hechiceros hacían uso de sus poderes con más temeridad cada día, y una gran parte del pueblo, que cada vez iba en aumento, adquiría y practicaba estas terribles artes.

Entonces sobrevino el espantoso castigo, en que millones de hombres perecieron. La gran «ciudad de las Puertas de Oro» había llegado a ser por este tiempo un antro completo de iniquidad. Las olas la barrieron, sumergiendo a sus habitantes, y el «negro emperador» y su dinastía cayeron para no levantarse más. El emperador del Norte y los sacerdotes iniciados de todo el continente, tuvieron noticia anticipada del peligro que amenazaba; en las páginas siguientes se verá las muchas emigraciones conducidas por sacerdotes que precedieron a esta catástrofe, así como a las posteriores.

El continente quedó terriblemente desgarrado. Pero la cantidad efectiva de territorio sumergido no representaba, en verdad, el daño causado, porque las olas, precipitándose en su irrupción sobre grandes extensiones de terreno, la dejaron al retirarse convertida en pantanos. Provincias enteras quedaron estériles y permanecieron por muchas generaciones sin cultivo, como desiertos.

La población que sobrevivió había recibido una terrible advertencia. Quedó grabada en los corazones, y la hechicería se practicó menos durante algún tiempo. Un largo período transcurrió antes que se estableciese estado alguno poderoso. Al fin encontramos una dinastía semita de hechiceros, entronizada en la «ciudad de las Puertas de Oro», pero ningún poder tolteca tuvo ya preeminencia durante el período del segundo mapa. Existían aún muchas poblaciones de esta raza; mas en estado de pureza no habitaban ya

en el continente originario. En la isla de Ruta, sin embargo, se alzó de nuevo una dinastía tolteca, y gobernó por medio de reyes tributarios una gran parte de la isla. Esta dinastía estaba entregada a la magia negra, que fue creciendo durante los cuatro períodos, hasta llegar a su colmo al tiempo de la catástrofe inevitable que limpió a la tierra de este mal monstruoso. También es de notar que hasta el mismo momento en que desapareció Poseidón, un rey o emperador iniciado - o que, cuando menos, reconocía "la buena ley"- ejercía autoridad en una parte de la gran isla, procediendo bajo la dirección de la jerarquía oculta, para reprimir hasta donde era posible a los hechiceros, y para guiar e instruir la corta minoría que aún deseaba llevar una vida ordenada y pura. En los últimos días este rey sagrado era elegido generalmente por los sacerdotes (los pocos que aún seguían "la buena ley").

Poco más resta que decir sobre la raza tolteca. La población de toda la isla de Poseidón estaba más o menos mezclada. Dos reinos y una pequeña república en el Oeste se dividían todo el territorio. La parte Norte era gobernada por el rey iniciado, y en el Sur el principio hereditario había cedido ante la elección popular. Las dinastías cerradas habían concluido; mas de vez en cuando reyes de sangre tolteca subieron al poder, así en el Norte como en el Sur, y el reino septentrional, combatido constantemente por su rival del Mediodía, iba perdiendo paulatinamente pedazos de su territorio.

Después de haber tratado con alguna extensión del estado de las cosas durante la hegemonía de los toltecas, la descripción de las instituciones políticas de las siguientes cuatro subrazas, no merece que nos detengamos, pues ninguna de ellas alcanzó el alto grado de civilización de los toltecas. La degeneración de la raza había comenzado de hecho.

Parece que la raza turania, por natural inclinación, tendió a desarrollar una especie de sistema feudal. Cada jefe era soberano en su propio territorio, y el rey era solamente primus inter pares.

Los jefes que formaban su consejo asesinaban de vez en cuando al rey, colocándose alguno de ellos en su puesto. Eran los turanios turbulentos, sin ley, crueles y brutales. Como muestra de estas cualidades, citaré el hecho de que en algunos períodos de su historia tomaron parte en las guerras regimientos de mujeres.

Pero el hecho más interesante de esta raza fue la extraña experiencia que hizo en su vida social, y que, a no ser por su origen político, hubiéramos incluido mejor en el capítulo de usos y costumbres. Vencidos continuamente en la guerra con sus vecinos los toltecas y reconociéndose muy inferiores en número, aspiraron sobre todo al aumento de población, para lo cual dictaron leyes que relevaban a los hombres de la carga de sostener a su familia. El Estado se hizo cargo de los niños y proveía a sus necesidades, siendo éstos considerados como propiedad suya. Esta medida tendía a fomentar los nacimientos entre los turanios, con menosprecio de la institución del matrimonio. Los lazos de la vida de familia y el sentimiento de amor paterno, fueron destruidos; mas como el plan resultara un fracaso, se desistió al fin de él. También intentó esta raza aplicar soluciones socialistas a los problemas

económicos que aún en el día nos inquietan; pero hecho el ensayo, fue abandonado.

Los semitas primitivos, raza guerrera, enérgica y dada al pillaje, tuvieron siempre tendencias a una forma de gobierno patriarcal. Los colonizadores semitas, nómadas por lo común, adoptaron casi exclusivamente esta forma; pero así y todo, como ya hemos visto, llegaron a poseer un gran imperio en los tiempos a que se refiere el segundo mapa, habiéndose hecho dueños de la gran «ciudad de las Puertas de Oro». Mas al fin cedieron al creciente poder de los acadios.

En el período del tercer mapa, hace 100.000 años próximamente, los acadios pusieron fin al poder semita. Esta subraza sexta era un pueblo más respetuoso de las leyes que sus predecesores. Comerciantes y marineros vivían en comunidades fijas, y naturalmente surgió entre ellos la oligarquía como forma de gobierno. Una peculiaridad suya, de la cual Esparta es el único ejemplo en los tiempos históricos, fue el gobierno simultáneo de dos reyes en una misma ciudad. Como resultado probable de sus aficiones a la navegación, el estudio de los astros llegó a caracterizar su cultura, por lo que esta raza hizo grandes adelantos en la Astrología y en la Astronomía.

El pueblo mongol constituyó un progreso sobre sus inmediatos antecesores, pertenecientes al brutal tronco turanio. Nacidos los mongoles en las vastas estepas de la Siberia Oriental, jamás tuvieron contacto con el continente madre; y debido, sin duda, a las condiciones del territorio que ocupaban, hicieron la vida nómada.

Más psíquicos y más religiosos que los turanios, de quienes procedían, la forma de gobierno hacia la cual se inclinaban, exigía como remate un soberano que fuese al mismo tiempo señor temporal y gran sacerdote.

EMIGRACIONES

Tres causas contribuyeron a producir las emigraciones. Los turanios, como hemos visto, se sintieron impulsados del espíritu colonizador desde sus primeros días, y respondieron a él en gran escala. Los semitas y los acadios fueron también razas colonizadoras hasta cierto punto.

Ahora bien; andando el tiempo y creciendo la población hasta el punto de rebasar los límites de los medios de subsistencia, la necesidad impulsó a todas las razas, según las oportunidades se presentaban, a buscar el sustento en tierras menos pobladas. Debe tenerse en cuenta que cuando los atlantes llegaron al zenit en la época tolteca, la proporción de habitantes por milla cuadrada en la Atlántida igualaba probablemente si no excedía, a la actual en Inglaterra y Bélgica. Ciertamente los espacios vacíos aprovechables para colonias, eran en aquella edad, mucho mayores que en la nuestra; pero la población total del mundo que al presente es de 1.200 a 1.500 millones, ascendía en aquellos tiempos a la enorme cifra de 2.000 millones aproximadamente.

Al fin vinieron las emigraciones dirigidas por los sacerdotes antes de cada catástrofe, de las cuales hubo muchas más que las cuatro mayores a que se ha hecho referencia. Los reyes iniciados y los sacerdotes que seguían la «buena ley», sabían de antemano las calamidades que amenazaban. De aquí que cada uno de ellos profetizase primero, advirtiendo a las gentes y se hiciese después guía de grandes masas de colonizadores. Es de notar que en los postrimeros días, los gobernantes del país sentían profundamente estas emigraciones conducidas por los sacerdotes, porque despoataban y empobrecían sus reinos, y llegó a ser necesario a los emigrantes embarcarse en secreto durante la noche.

Al trazar en globo las diferentes direcciones seguidas por cada raza en su emigración, vamos a parar, en último resultado, a las tierras que sus respectivos descendientes ocupan hoy día.

Las primeras emigraciones fueron las de la raza Rmoahal. Se recordará que la parte de esta raza que habitaba las costas del Nordeste, fue la única que conservó su pureza de sangre. Acosados en su frontera meridional y empujados más al Norte por los guerreros tlavatlis, comenzaron los Rmoahales a invadir los territorios vecinos situados al Este, y los más próximos aún del promontorio de Groenlandia. En el período del segundo mapa no quedaban, en la entonces reducida Atlántida, Rmoahales puros, sino que ocupaban el promontorio septentrional del continente que al Oeste se estaba formando, así como el dicho cabo de la Groenlandia y las costas occidentales de la gran isla escandinava. También había una colonia suya en las tierras septentrionales del mar central de Asia.

Bretaña y Picardia formaban entonces parte de la isla escandinava, la cual, en el período del tercer mapa, llegó a constituir una porción del continente europeo, a la sazón en crecimiento. Y precisamente en Francia es donde se han hallado los restos de esta raza en los yacimientos cuaternarios, pudiendo considerarse al «hombre de Furfooz», braquicéfalo o de cabeza redonda, como el tipo medio de aquélla en la época de su decadencia.

Obligados muchas veces a encaminarse hacia el Sur por los rigores de un período glacial, y empujados otras tantas hacia el Norte por sus poderosos enemigos, los esparcidos y degradados restos de los Rmoahales se encuentran hoy día entre los modernos lapones, aunque mezclados con otra sangre. Así, estos débiles y empequeñecidos ejemplares de la humanidad vienen a ser los descendientes en línea recta de la raza oscura de gigantes que tuvo origen en las comarcas ecuatoriales del continente de Lemuria, hace cerca de cinco millones de años.

Los colonizadores tlavatlis se extendieron en todas direcciones. En el período del segundo mapa sus descendientes se hallaban establecidos en las costas occidentales del continente Americano, entonces en vías de formación (California), y asimismo en las costas situadas en la extremidad del Sur (Río de Janeiro). Ocupaban también la costa oriental de la isla escandinava; y muchos de ellos, navegando a través del Océano y dando la vuelta a África, aportaron a la India. Allí se mezclaron con la población indígena de origen lemur, formando así la raza dravídica.

Andando el tiempo, recibieron estos a su vez una infusión de sangre aria o de la quinta raza, a lo cual se debe la complejidad de tipos que hoy se encuentra en la India. A la verdad, hallamos en este país un ejemplo manifiesto de la dificultad extrema de decidir una cuestión de razas con sólo las pruebas físicas, pues sería muy posible que existiesen egos de la quinta raza encarnados en los brahmanes; egos de la cuarta raza en las castas inferiores, y algunos rezagados de la tercera en las tribus montañesas.

En el período del cuarto mapa, el pueblo tlavatli ocupaba las comarcas meridionales de la América del Sur, de lo cual puede inferirse que los patagones tuvieron probablemente un abolengo tlavatli.

Restos de esta raza así como de los Rmoahales, se han encontrado en los yacimientos cuaternarios de la Europa central, y el hombre dolicocéfalo de Cromagnon (4) puede considerarse como el tipo medio de la raza tlavatli en su decadencia, al paso que los habitantes de los lagos de Suiza constituyeron un retoño mucho más moderno y no del todo puro. El único pueblo que puede citarse como tipo de sangre pura de esta raza al presente, es el que forman algunas de las tribus indias de color oscuro de la América del Sur. Los birmanos y siameses tienen también sangre tlavatli en sus venas, si bien mezclada y aun dominada por la de una familia más noble de procedencia aria. Vamos ahora a tratar de los toltecas. Sus emigraciones se dirigieron principalmente hacia el Oeste, por lo que las costas vecinas del continente Americano estuvieron pobladas, en el período del segundo mapa, por toltecas de pura raza, siendo mestizos la mayor parte de los que quedaron en el continente madre. La raza se extendió y vivió en estado floreciente en ambas Américas, donde miles de años más tarde establecieron los imperios de México y del Perú. La grandeza de estos imperios es ya objeto de la historia, o por lo menos de la tradición, confirmada por los datos que ofrecen sus magníficos restos arquitectónicos. Debe advertirse aquí que aunque el imperio mexicano fue durante siglos grande y poderoso en todo aquello a que comúnmente se atribuye poder y grandeza en nuestra civilización actual, no alcanzó nunca la altura a que llegaron los peruanos hace 14.000 años, bajo el gobierno de los Incas; pues por lo que hace al bienestar general del pueblo, a la justicia y beneficencia de los gobernantes, a la forma equitativa del colonato, ya la vida pura y religiosa de sus habitantes, el imperio del Perú de aquellos días, puede mirarse como un eco tradicional, aunque débil, de la edad de oro de los toltecas en el continente de la Atlántida.

El tipo medio del piel roja de América, es el mejor representante que hoy existe del pueblo tolteca; bien entendido que no admite comparación con el individuo de aquella raza cuando alcanzó el nivel más elevado de su cultura.

El curso de nuestro relato nos lleva ahora a tratar del Egipto, y la consideración de este asunto arrojará inmensa luz sobre su primitiva historia. El primer establecimiento que se fundó en este país, no fue una colonia en el sentido estricto de la palabra; pero más adelante se llevó allí una gran masa de colonizadores toltecas, para mezclarla con el pueblo aborigen y mejorar el tipo de éste.

El primer acontecimiento fue la traslación de una gran logia de iniciados. Esto sucedió hace unos 400.000 años. La Edad de oro de los toltecas había pasado hacía mucho tiempo. La primera gran catástrofe había tenido lugar. La degradación moral del pueblo y la práctica de la magia negra, se había acentuado y extendido más y más. Era necesaria una atmósfera más pura para la «logia blanca».

Egipto estaba aislado, y su población era escasa; por esto fue escogido. El establecimiento respondió a sus fines, y la logia de iniciados, no estorbada por condiciones desfavorables, realizó su obra durante 200.000 años aproximadamente.

Hace unos 210.000 años, maduros ya los tiempos, la logia fundó un imperio (la primera dinastía divina de Egipto), y comenzó a enseñar al pueblo. Entonces fue cuando la primera gran masa de emigrantes fue sacada de la Atlántida, siendo construidas las dos grandes pirámides de Gizeh durante los 10.000 años que precedieron a la segunda catástrofe, en parte como lugar permanente de la iniciación, y en parte también para servir de arca donde se custodiara algún gran talismán mientras durase la sumersión que era inminente, según los iniciados sabían.

El mapa número 3 presenta el Egipto bajo las aguas, en la fecha a que nos referimos. Así permaneció por largo espacio, pero al surgir de nuevo, fue otra vez poblado por los descendientes de muchos de sus antiguos habitantes, que se habían guarecido en las montañas de Abisinia (que en el mapa núm. 3 aparece como una isla), así como también por nuevas bandas de colonizadores atlantes venidos de diversas partes del mundo. Una gran inmigración de acadios contribuyó a modificar el tipo egipcio. Esta es la época de la segunda dinastía divina de Egipto; los gobernantes del país fueron de nuevo adeptos o iniciados.

La catástrofe de hace 50.000 años volvió a sumergir el país, pero la inundación fue entonces pasajera.

Al retirarse las aguas, comenzó el gobierno de la tercera dinastía divina -la mencionada por Manethon- y bajo el mando de los primeros reyes de esta dinastía, se construyeron el gran templo de Karnak y muchos de los más antiguos edificios que aún están en pie. Realmente, excepción hecha de las dos grandes pirámides mencionadas, ningún edificio de Egipto es anterior a la catástrofe de hace 80.000 años. La sumersión definitiva de Poseidón, lanzó otra oleada sobre Egipto. Esta fue también una calamidad pasajera, mas puso fin a las dinastías divinas, porque la logia de iniciados se trasladó a otros países.

Varios puntos de que aquí no hemos tratado, han sido ya expuestos en la Conferencia: "Las pirámides y Stonehenge".

Los turanios, que en el período del primer mapa habían colonizado las comarcas septentrionales de la tierra situada inmediatamente al Este de la Atlántida, ocuparon en la época del segundo mapa las costas meridionales de aquella (Marruecos y Argelia actuales). Encuérnateles también vagando hacia

el Este, hasta que llegaron a poblar las costas oriental y occidental del mar central de Asia. Finalmente, algunas bandas se dirigieron aún más al Oriente, de donde proviene que el tipo más aproximado a esta raza se encuentre hoy en el interior de la China. Un curioso capricho del destino debe consignarse a propósito de una de sus ramas occidentales. Dominados durante siglos por sus más poderosos enemigos los toltecas, estaba, sin embargo, reservado a una pequeña rama del tronco turanio, el conquistar el último grande imperio de los toltecas, pues los brutales y apenas civilizados aztecas, eran de pura raza turanía.

Las emigraciones semitas fueron de dos clases: primero, las que procedían del natural impulso de la raza; segundo, la emigración especial efectuada bajo la guía y dirección del Manu, pues aunque parezca extraño, no fue de los toltecas, sino de esta subraza turbulenta y sin ley, pero vigorosa y energética, de donde fue escogido el núcleo destinado a producir nuestra gran raza quinta, la raza aria. La razón de esto estriba, sin duda, en la cualidad manásica característica, a la cual va siempre asociado el número cinco. La subraza a la que correspondía este número -la semita- estaba precisamente en vías de desarrollar su cerebro y su inteligencia, a expensas de las percepciones psíquicas, y este mismo desarrollo de la inteligencia, llevado a más alto nivel, es a la vez la gloria y el destino de nuestra quinta raza raíz.

Por lo que hace a las emigraciones naturales, encontramos que en la época del segundo mapa, cuando aún existían poderosas naciones en la Atlántida, los semitas se habían esparcido por el Occidente y el Oriente: por el primero, hacia los territorios que forman en la actualidad los Estados Unidos lo cual explica la aparición del tipo semita en algunas de las razas indias; y por el segundo, hacia las costas septentrionales del continente vecino, que comprendía entonces lo que llegó a ser después Europa, África y Asia.

El tipo de los antiguos egipcios, así como el de otras naciones comarcanas, fue modificado en cierto modo por la sangre de estos primitivos semitas; pero excepción hecha de los judíos, los únicos representantes relativamente puros de aquella raza en el día de hoy, son las kábilas ligeramente morenas de las montañas de Argelia.

Las tribus que resultaron de la selección efectuada por el Manu para formar la nueva raza raíz, emprendieron al fin su camino hacia las costas meridionales del mar central de Asia, y allí se estableció el primer gran reino ario. Cuando se imprima la conferencia sobre el «origen de una raza raíz», se verá que muchos de los pueblos que acostumbramos a llamar semitas, son, en realidad de angre aria. También el mundo recibirá nueva luz respecto a lo que constituye el derecho de los hebreos para considerarse a sí mismos como un «pueblo elegido». En resumen: son un eslabón anormal que une las razas cuarta y quinta. Los acadios, aunque al fin llegaron a ser dominadores de la Atlántida, tuvieron su cuna, como ya hemos visto, en la época del segundo mapa, en el continente inmediato, siendo su solar aquella parte del Mediterráneo, que cae poco más o menos en lo que es hoy isla de Cerdeña. Desde este punto se dirigieron hacia el Oriente, ocupando lo que al cabo fue costa de Levante, extendiéndose hasta Arabia y Persia. Según se dijo, contribuyeron también a

poblar el Egipto. Los primitivos etruscos, los fenicios (incluyendo a los cartagineses), y los sumero-acadios fueron ramas de esta subraza, y los actuales vascos tienen probablemente más sangre acadia en sus venas que otra alguna.

Es este lugar oportuno para hacer referencia a los primitivos habitantes de las islas británicas porque en la primera edad de los acadios, hace próximamente 100.000 años, fue cuando la colonia de iniciados, que fundó a Stonehenge, desembarcó en aquellas costas, que eran por descontado, las de la porción escandinava del continente europeo, según aparece en el mapa número 3. Los sacerdotes iniciados y los que con ellos iban, parece que pertenecieron a una de las primitivas familias de la raza acadia. Eran más altos, más hermosos y de mayor cabeza que los aborígenes, los cuales, aunque provenían de una mezcla de razas, constituían en su mayor parte restos degenerados de los Rmoahales. Como verán los que lean la conferencia sobre «Las pirámides y Stonehenge», la ruda sencillez de Stonehenge tuvo por objeto protestar de la ornamentación extravagante y recargada que se usaba en los templos de la Atlántida, en donde los habitantes habían caído en el degradado culto de sus propias efigies.

Los mongoles, según vimos, no tuvieron jamás contacto alguno con el continente de donde procedían sus antepasados nacidos en las vastas llanuras de la Tartaria, sus emigraciones encontraron por mucho tiempo sobrado espacio en estas tierras; pero más de una vez, tribus de descendencia mongola, se han desbordado desde el Norte del Asia a la América, atravesando el estrecho de Behring; la última de estas emigraciones, la de los kitanes -acaecida hace 1.300 años- ha dejado huellas que algunos sabios occidentales han podido seguir sin dificultad. La existencia de sangre mongola en algunas tribus indias de la América del Norte, ha sido también reconocida por diferentes etnólogos. Los húngaros y los malayos son considerados como renuevos de esta raza, ennoblecido el primero por la infusión de sangre aria, y degradado el segundo por la mezcla con la ya estéril sangre de los lemures. Pero el hecho interesante acerca de esta raza mongola, es que su último vástago -los japoneses- se encuentra todavía en pleno vigor, pues en realidad, no ha alcanzado todavía su zenit, y aún le queda vida bastante para figurar en la historia.

ARTES Y CIENCIAS

Los templos eran enormes recintos parecidos a las gigantescas construcciones de Egipto, pero fabricados en escala aún más estupenda. Los pilares que soportaban al techo eran por lo común cuadrados y rara vez cilíndricos. En los tiempos de la decadencia, había a los costados de las naves numerosas capillas en que se custodiaban las estatuas de los ciudadanos más distinguidos. Estas capillas eran a veces de tamaño tan considerable, que podían contener todo un cuerpo de sacerdotes, que algún hombre notable instituía para el servicio y culto de su propia imagen. Así como las casas particulares, los templos no estaban completos sin su torre, cerrada por una cúpula, del tamaño y magnificencia correspondientes.

Estas torres servían de observatorios astronómicos y para las ceremonias del culto solar.

Los metales preciosos se empleaban en gran cantidad para el adorno de los templos, cuyo interior era con frecuencia, no ya dorado, sino revestido de planchas de oro. El oro y la plata eran tenidos en gran estima; pero, como más adelante veremos al tratar de la moneda, su empleo era puramente artístico, pues no se usaban como símbolos de cambio, al paso que las grandes cantidades producidas por los químicos (o alquimistas, como hoy les llamaríamos) hacían que no tuvieran, como ahora, la consideración de metales preciosos. Este poder de transmutar los metales no era universal, si bien eran tantos los que le poseían, que la fabricación era muy abundante. De hecho la producción de estos codiciados metales puede mirarse como una de las empresas industriales de aquel tiempo con que los alquimistas se ganaban la vida. El oro era aún más apreciado que la plata, y por consiguiente, se le producía en cantidad mucho mayor.

EDUCACIÓN

Como preliminar de las noticias que vamos a dar sobre la educación que se recibía en las escuelas y en los colegios de la Atlántida, diremos unas pocas palabras acerca del lenguaje tolteca era universal, no solo en todo el continente sino también en las islas occidentales y en la porción del continente oriental, sujeta al dominio del emperador.

Verdad es que sobrevivían restos de los idiomas rmoahal y tlavatli en comarcas extraviadas, al modo que hoy existen entre nosotros los idiomas celta y cimbrio en Irlanda y el país de Gales, La lengua tlavatli fue la base de la turania, en la cual, andando el tiempo, se introdujeron tales modificaciones que llegó a ser un lenguaje del todo diferente. Los semitas y acadios, a su vez adoptando como punto de partida el idioma tolteca, lo modificaron respectivamente a su manera y produjeron dos variedades divergentes. Así, en los últimos días de Poseidón había varias lenguas distintas, aunque pertenecientes todas al tipo aglutinante; pues hasta los tiempos de la quinta raza no fue desarrollado por los descendientes de los semitas y de los acadios el lenguaje de flexión. El idioma tolteca, a través de tantas edades, mantuvo su pureza, y el mismo lenguaje que se hablaba en la Atlántida en los días de su esplendor, fue usado, con ligeras alteraciones, miles de años más tarde en el Perú y en México.

Las escuelas y colegios de la Atlántida, en los días de la grandeza tolteca, así como en los subsiguientes períodos de cultura, estaban sostenidos por el Estado.

Aunque la instrucción primaria era obligatoria, las enseñanzas que se daban después diferían en mucho. Las escuelas primarias servían para hacer una selección. Los que daban muestras de aptitudes reales para el estudio, pasaban a las escuelas superiores a la edad de doce años próximamente, en unión con los hijos de las clases dominantes, las cuales tenían naturalmente mayor capacidad. La lectura y la escritura, consideradas como meros preliminares, les eran enseñadas en las escuelas primarias.

Mas estos conocimientos elementales no se juzgaban necesarios para la gran masa de los habitantes que debían pasar la vida cultivando los campos o dedicados a los oficios manuales, cuya práctica era exigida por el procomún. La mayor parte de los niños pasaba, por tanto, a las escuelas técnicas que mejor se acomodaban a sus diversas altitudes. Las principales eran las escuelas de Agricultura. Algunas ramas de la mecánica formaban también parte de la enseñanza, y en los distritos apartados y en los marítimos, se incluía además la caza y la pesca. De este modo todos los niños recibían la educación más adecuada para ellos.

Los muchachos de más capacidad que, como hemos visto, habían aprendido a leer y escribir, recibían una educación más esmerada. Formaba parte principal de ella el estudio de las propiedades de las plantas, y de sus virtudes curativas. No había en aquellos tiempos médicos de profesión, pues todo hombre educado sabía más o menos de medicina, así como de la curación por el magnetismo. Se enseñaba también la Química, las Matemáticas y la Astronomía.

Estos estudios eran análogos a los nuestros; mas el objeto a que principalmente dirigía sus esfuerzos el maestro, era el desarrollo de las facultades psíquicas del discípulo, y su instrucción en el manejo de las fuerzas ocultas de la Naturaleza. En esta categoría se incluían las propiedades secretas de las plantas, de los metales y de las piedras preciosas, así como los procedimientos de la alquimia para la transmutación.

Pero con el tiempo, lo que los colegios de enseñanza superior de la Atlántida se ocupaban en desarrollar con preferencia, fueron los poderes personales que Bulwer Lytton llama Vril, cuyo empleo con tanta exactitud describió en su libro The Coming Race. Cuando se determinó la decadencia de la raza tuvo lugar un cambio en el sistema de instrucción. En vez de considerarse el mérito y la aptitud como títulos para adquirir los grados superiores de la enseñanza, las clases dominantes, más exclusivas cada día, no permitieron que persona alguna, a excepción de sus hijos, fuese dotada de los elevados conocimientos que tan grandes poderes conferían.

En un imperio de las condiciones del tolteca, era natural que la agricultura fuese objeto de una grande atención. No sólo se instruía a los labradores en escuelas especiales, sino que había colegios para preparar a personas idóneas, a fin de que se dedicasen luego a los ensayos de cruzamientos de plantas y animales.

Como los lectores de las obras teosóficas saben muy bien, el trigo no realizó su evolución en este planeta. Fue un don del Manú, que lo trajo de otro globo ajeno a nuestra cadena planetaria. Pero la avena y algunos otros cereales son resultado del cruzamiento del trigo con plantas indígenas de la tierra. Los experimentos que llevaron a este resultado, fueron obra de las escuelas de Agricultura de la Atlántida, dirigida, por supuesto, por inteligencias superiores. Pero el caso más notable del perfeccionamiento de la agricultura atlante, fue la evolución del plátano banana. En su estado salvaje primitivo, era como un melón alargado con muy poca pulpa y lleno de pipas, de igual modo que aquél

fruto. Se necesitaron muchos siglos (acaso miles de años) de selección y eliminación continuas, para llegar a la planta sin semillas que al presente conocemos.

Entre los animales domésticos de la época tolteca, había algunos que parecían taurinos muy pequeños. Se alimentaban de raíces y yerbas; pero como los cerdos de hoy día, a los que se asemejaban en más de una particularidad, no eran muy limpios y comían cuanto encontraban. Habitaban también en compañía del hombre grandes animales parecidos al gato, y otros semejantes al lobo que fueron los antecesores del perro.

Los carros toltecas eran arrastrados por bestias que semejaban camellos pequeños. Las actuales llamas peruanas son probablemente sus descendientes. Los antepasados del alce irlandés vagaban en rebaños por las laderas de los montes, como nuestro ganado vacuno, demasiado salvajes para consentir que se les acercase la gente, pero, sin embargo, sujetos al dominio del hombre.

Se hacían continuos experimentos para cruzar las especies animales, y producir otras nuevas; y es curioso el uso que hacían del calor artificial en grande escala, para forzar el desarrollo, a fin de que los efectos de los cruzamientos se anticipasen. También es notable que se valieran de luces de distintos colores en las habitaciones en que se llevaban a cabo estos experimentos, con objeto de obtener variedad en los resultados.

Este poder del hombre de modelar a voluntad las formas animales, nos lleva a tratar de un asunto de los más misteriosos. Ya hemos hecho referencia a la obra de los Manús; ahora bien, en la mente del Manú tienen su origen las mejoras del tipo y la potencia latente en toda forma de ser.

Para realizar paso a paso estas mejoras en las formas animales, se requería la ayuda y cooperación del hombre. Las especies de anfibios y reptiles, entonces abundantes, casi habían terminado su evolución; y estaban a punto de adquirir los tipos, más avanzados, de aves y mamíferos. Dichas formas constituían la materia plástica a disposición del hombre; la arcilla estaba pronta a adoptar la figura que las manos del alfarero quisieran darle. La mayor parte de los experimentos antes indicados, se hicieron con animales de clases intermedias; e indudablemente los animales domésticos, como el caballo, que tan importantes servicios prestan al hombre al presente, fueron el resultado de los ensayos en que la humanidad de aquellos tiempos cooperó con el Manú y sus ministros. Pero esta obra común acabó muy pronto.

Prevaleció el egoísmo, y la guerra y la discordia pusieron término a la edad de oro de los toltecas.

Cuando en vez de obrar lealmente para un fin común, bajo la guía de sus reyes iniciados, comenzaron los hombres a combatirse mutuamente, los animales, que de un modo gradual podían haber ido adquiriendo, con los cuidados del hombre, formas cada vez más útiles y apropiadas para el servicio de éste, abandonados a sus propios instintos, siguieron naturalmente el ejemplo de su monarca y a su vez, comenzaron a devorarse unos a otros. Algunos fueron educados y utilizados por el hombre para sus cacerías; y de este modo, los

animales semidomesticados de raza felina, a que antes se hizo referencia, vinieron a ser los ascendientes de los leopardos y los jaguares.

A este propósito indicaremos un hecho que a algunos parecerá fantástico, el cual podrá, sino aclarar del todo la cuestión, mostrar, al menos, la moral contenida en este episodio relacionado con la marcha misteriosa de nuestra evolución. El león debía haber sido un animal de condición suave y de aspecto menos fiero, si la humanidad de aquellos tiempos hubiese realizado la tarea que le fue encomendada. Dejando aparte la cuestión de si estaba llamado a morar junto al cordero y a comer paja como el buey, el destino que le estaba asignado en la mente del Manú no se ha cumplido todavía. Su arquetipo era el de un poderoso animal domesticado, una bestia fuerte, de lomo llano, con grandes e inteligentes ojos, ideada como el auxiliar más potente del hombre para los servicios de tracción.

La Ciudad de las Puertas de Oro y sus alrededores, deben ser ahora objeto de nuestra atención, después de lo cual explicaremos el maravilloso sistema establecido en ella para proveer de agua a sus habitantes. Hallábese asentada, según hemos visto, en la costa oriental del continente, a los 15° Norte del Ecuador. Rodeábanla a manera de parque, hermosas arboledas, en las cuales se hallaban esparcidas las quintas de recreo de las clases ricas. Hacia el Oeste se extendía una sierra de donde se traía el agua para el abastecimiento de la ciudad. Esta se hallaba construida en las laderas de una colina que se elevaba sobre la llanura unos 500 pies.

En la cima de esta colina estaba el palacio del emperador, rodeado de jardines, de cuyo centro brotaba una corriente continua de agua que abastecía en primer lugar el palacio y las fuentes de los jardines, y corriendo desde allí en las cuatro direcciones de los puntos cardinales, se precipitaba formando cascadas, en un canal o foso que cercaba los jardines del palacio, separándolos así de la ciudad situada debajo de ellos. De este canal partían otros cuatro que llevaban el agua a través de cuatro barrios de la ciudad, hacia otras cascadas, las cuales a su vez caían en un nuevo canal que formaban otro cinturón de nivel más bajo. Así había tres canales formando círculos concéntricos, el último de los cuales estaba aún por encima de la llanura. Un cuarto canal, al nivel de ésta, pero de forma rectangular, recibía las aguas y las vertía en el mar. La ciudad se extendía sobre parte de la llanura hasta la orilla misma de este gran foso, que la cercaba y defendía con una línea de agua, formando un rectángulo de doce millas de largo por diez de ancho.

Según se habrá observado, la ciudad se hallaba dividida en tres grandes fajas, separadas por canales.

Lo que distinguía a la zona más elevada, esto es, la que estaba más inmediata a los jardines del palacio, era una pista circular para carreras y extensos jardines públicos. La mayor parte de las casas de los oficiales de la corte estaban situadas también en este recinto, y además había una institución que no tiene semejante en los tiempos modernos. La denominación de «casa de los extranjeros» no da más que una mezquina idea de lo que era aquel palacio donde los extranjeros que llegaban eran mantenidos todo el tiempo que querían permanecer en ella y tratados como huéspedes del Estado. Los otros

dos recintos estaban ocupados por las casas aisladas de los habitantes y por diversos templos. En los días de la grandeza de los toltecas, parece que realmente no hubo pobres, pues hasta los mismos esclavos al servicio de los particulares, estaban bien alimentados y vestidos; pero habían cierto número de casas relativamente pobres hacia la parte Norte del recinto inferior, así como en el lado de afuera del último canal, hacia la marina. Los habitantes de este arrabal estaban en su mayor parte dedicados a los oficios de la navegación, y sus casas, aunque separadas unas de otras, se hallaban más apiñadas que las de los demás distritos.

Así, pues, la población tenía un abundante surtido de agua pura, siempre corriente, mientras que los recintos superiores y el palacio del emperador estaban protegidos por varios fosos, escalonados en dirección al centro. No es preciso un gran conocimiento de la mecánica, para darse cuenta de las enormes obras que habría de requerir la dotación de agua de una ciudad que, en los días de su grandeza encerraba dentro de los cuatro círculos, cosa de dos millones de habitantes. Jamás se ha intentado en los tiempos de Grecia y Roma, ni en los modernos, trabajo hidráulico semejante; y hasta es muy dudoso que el más hábil de nuestros ingenieros pudiese obtener tal resultado, ni aun con el empleo de sumas fabulosas. Es, por lo tanto interesante, el conocimiento de algunas de las particularidades que ofrecía esta obra.

El agua procedía de un lago situado a una altura de 2.600 pies en medio de las montañas que según dijimos, aparecían al poniente de la ciudad. El principal acueducto, cuya sección era oval, tenía cincuenta pies de diámetro mayor y treinta de menor, y se dirigía por bajo de tierra a un enorme depósito en forma de corazón. Este depósito caía debajo del palacio a una gran profundidad, justamente en la base de la colina, sobre la cual estaban construidos la ciudad y el palacio. De este depósito partía un conducto vertical de 500 pies de longitud, que atravesaba la roca de la colina, dando paso al agua que surgía en los jardines del palacio, desde donde se distribuía por toda la población. Otras varias cañerías llevaban del depósito central a diferentes partes de la ciudad, el surtido de agua para beber de las fuentes públicas y particulares.

Había también sistemas de exclusas para facilitar la distribución de las aguas en los diferentes distritos. Por poco conocimiento que se tenga de mecánica, se comprenderá por lo que va descrito, que la presión en el acueducto subterráneo y en el depósito central, desde el cual se elevaba el agua al estanque de los jardines del palacio, debía ser tremenda y la resistencia de los materiales empleados en su construcción igualmente enorme.

Si el sistema para abastecer de aguas a la «Ciudad de las Puertas de Oro» era maravilloso, los medios de transporte atlantes eran aun más asombrosos, pues el buque aéreo o máquina voladora que Keely en América y Maxim en Inglaterra tratan de construir en la actualidad, era entonces un hecho, aunque no el medio ordinario de viajar. Los esclavos, los sirvientes y las gentes dedicadas al trabajo manual, tenían que andar penosamente por los caminos del país, o viajar en toscos vehículos de ruedas macizas, arrastrados por groseros animales. Los barcos aéreos pueden considerarse como los carruajes particulares de nuestros días, o más bien como los yachts, si se tiene en

cuenta el número relativamente pequeño de los que lo poseían, pues siempre fueron costosos y de construcción difícil.

Por regla general no se hacían para dar cabida a muchas personas; la mayor parte eran para solo dos, y algunos para seis y ocho viajeros. En épocas posteriores, cuando las contiendas y las guerras pusieron término a la Edad de Oro, los buques aéreos reemplazaron en gran parte a la marina militar; pues naturalmente resultaban máquinas de destrucción mucho más poderosas y se construían de modo que pudiesen llevar cincuenta hombres, y en algunos casos hasta ciento. El material de que estaban hechos estos barcos aéreos era madera o metal. Los primitivos fueron de madera muy delgada, pero los impregnaban de una substancia que, sin aumentar su peso, les daba la consistencia del cuero, produciendo así la necesaria combinación de la ligereza y la resistencia. Cuando se empleó el metal, era éste generalmente una mezcla, en cuya composición entraban dos metales blancos y uno rojo, lo cual daba por resultado un color blanco parecido al del aluminio, y una ligereza aún mayor que la de éste. Sobre el esqueleto del barco aéreo extendían grandes planchas de este metal, y las sujetaban al mismo, soldándolas eléctricamente cuando era necesario; pero ya fuesen construidas de madera o de metal, su superficie exterior, donde no aparecía unión alguna, era perfectamente lisa, y brillaba en la oscuridad como si estuviese revestida de una pintura luminosa. Tenían la forma de botes, pero invariablemente estaban cubiertos; porque cuando marchaban a toda velocidad, no era conveniente permanecer sobre cubierta, aun cuando no hubiese peligro en ello. Sus aparatos propulsores y directores podían hacerse funcionar en cualquiera de los dos extremos.

Pero lo más interesante de todo, era lo que se relacionaba con la fuerza motriz. En los primeros tiempos parece que el vril personal suministraba esta fuerza, que acaso se emplearía juntamente con algún aparato mecánico; pero en tiempos posteriores fue reemplazado por otra fuerza, la cual, aunque generada de una manera desconocida para nosotros, funcionaba, sin embargo, por medio de un mecanismo perfectamente definido. Esta fuerza, no descubierta aún por nuestra ciencia, se aproximaba más a la que Keely está aprendiendo a manejar en América, que a la fuerza eléctrica usada por Maxim. Era, en efecto, de naturaleza etérica; y aunque estamos lejos de la solución del problema, su modo de actuar puede, sin embargo describirse. Los aparatos mecánicos diferían indudablemente de unos a otros barcos. He aquí la descripción del bote aéreo en que tres embajadores del rey que gobernaba en la parte septentrional de Poseidón, se dirigieron una vez a la corte del rey que mandaba en el Mediodía.

Una fuerte y pesada caja de metal colocada en el centro del barco, era el generador. Desde allí fluía la fuerza a través de dos tubos largos y flexibles a cada extremo del barco, así como también a través de ocho tubos subsidiarios fijados a los costados de la proa y de la popa. Estos tenían dobles aberturas en dirección vertical, hacia arriba y hacia abajo. Cuando se iba a dar principio al viaje, se abrían las válvulas de los ocho tubos de los costados que se dirigían hacia abajo, permaneciendo cerradas todas las demás válvulas. La corriente,

precipitándose por aquellas, chocaba sobre la tierra con tal fuerza que elevaba al barco, al paso que el aire mismo proporcionaba el necesario punto de apoyo.

Cuando se llegaba a una altura suficiente, se ponía en acción el tubo flexible del extremo del barco, contrario a la dirección que se quería llevar, mientras que por el cierre parcial de las válvulas, la corriente que pasaba por los ocho tubos verticales, se reducía a la pequeña cantidad requerida para mantener la elevación alcanzada. Dirigiéndose entonces la mayor parte de la corriente por el tubo largo que desde la popa se inclinaba hacia abajo en un ángulo de 45° ayudaba a mantener la elevación, a la vez que proporcionaba la gran fuerza motriz que impulsaba el barco por los aires. El gobierno de la nave se verificaba con la descarga de la corriente por este tubo; pues el más ligero cambio en su dirección alteraba inmediatamente la del barco; sin embargo, no se necesitaba una vigilancia constante. Cuando se emprendía un viaje largo, se fijaba el tubo de modo que no requería más manejo, hasta estar muy cerca del punto de destino. El maximum de velocidad alcanzada, era alrededor de cien millas por hora; y el curso de la marcha no era nunca una línea recta sino que tenía la forma de grandes ondulaciones, ya aproximándose a la tierra ya alejándose de ella.

La elevación a que viajaban estos barcos, era solo de unos cuantos cientos de pies; y cuando a su paso se presentaban grandes montañas, era necesario cambiar el curso de la marcha y dar un rodeo, pues el aire más rarificado de las grandes alturas no proporcionaba el punto de apoyo necesario. Las mayores alturas que podían salvar no pasaban de 1.000 pies. El modo de detener

el barco al llegar al punto de destino -y esto podía hacerse igualmente en cualquier punto del aire- era el dejar escapar parte de la corriente por medio del tubo de la proa del barco; y la corriente chocando de frente en la tierra o en el aire hacía oficio de ancla, mientras que la fuerza propulsora de atrás era disminuida gradualmente por el cierre de la válvula.

Falta aún por explicar la razón de los ocho tubos en dirección vertical de los costados. Esto se relacionaba especialmente con la guerra aérea. Teniendo a su disposición una fuerza tan poderosa, los barcos de guerra se lanzaban mutuamente la corriente, la cual podía desequilibrar el barco atacado y volcarlo, de cuya situación se aprovechaba seguramente el enemigo para atacar con su ariete. Había además el peligro de ser precipitado al suelo, a menos que se atendiese con presteza a abrir y cerrar las correspondientes válvulas. En cualquier posición en que se hallase el barco, las aberturas que miraban a la tierra eran naturalmente por las que la corriente debía precipitarse, al paso que las aberturas que miraban a lo alto debían estar cerradas. El modo de hacer tomar su posición normal a un barco volcado, era emplear los cuatro tubos de un solo costado del buque en dirección hacia abajo, mientras que los cuatro del otro lado permanecían cenados.

Los Atlantes tenían también barcos marinos impulsados por una fuerza análoga a la ya descrita; pero la corriente que según se ha visto producía grandes efectos, en este caso tenía una apariencia más densa que la usada en los buques aéreos.

COSTUMBRES Y HÁBITOS

Indudablemente hubo tanta variedad en las costumbres y hábitos de los Atlantes en las diferentes épocas de su historia, como la ha habido entre las diversas naciones que constituyen nuestra raza aria, y esto sin referirnos a las modas fluctuantes de los siglos, de las cuales prescindimos. Las observaciones que siguen tratarán solamente de las características principales que diferenciaban sus costumbres de las nuestras, y estas características las tomaremos en cuanto sea posible, de la gran era tolteca.

Ya hemos hablado de los experimentos hechos por los turanios respecto al matrimonio ya las relaciones de los sexos.

La poligamia prevaleció en diferentes épocas, en todas las subrazas; pero en los días de los toltecas, aunque la ley permitía dos esposas, gran número de hombres solo tenían una. Tampoco eran las mujeres consideradas, según sucede actualmente en los países en donde se sostiene la poligamia, como inferiores al hombre, ni estaban esclavizadas en lo más mínimo, sino que su posición era completamente igual a la del hombre, al paso que las aptitudes que muchas de ellas desplegaban en la adquisición del poder del vril las hacía en absoluto iguales, sino superiores al otro sexo.

Esta igualdad era reconocida desde la infancia, y en las escuelas o colegios no había separación de sexos: niños y niñas aprendían juntos. Era también regla general, y no una excepción, que reinara la más completa armonía en las familias dobles, y las madres enseñaban a sus hijos a amar igualmente a las esposas de su padre. Tampoco estaba prohibido a las mujeres tomar parte en el Gobierno. Algunas veces tenían asiento en los Consejos, y en ocasiones eran elegidas por el Adepto emperador para representarle en las diversas provincias como soberanos locales.

Los utensilios de escribir de los Atlantes, consistían en delgadas hojas de metal, en cuya superficie blanca y pulida como la porcelana, escribían las palabras.

También sabían reproducir lo escrito, colocando sobre la hoja otra plancha delgada, humedecida previamente con un líquido especial. El texto copiado en la segunda plancha, podía reproducirse, cuando se quería, en otras hojas, y uniendo éstas en gran número, constituían un libro.

Una de las costumbres que se apartaban considerablemente de las nuestras, era la referente a la alimentación. Es un asunto nada agradable, pero que no debemos pasar por alto. Generalmente rechazaban la carne de los animales, pero devoraban aquellas partes que nosotros desecharmos como alimento. También bebían la sangre, muchas veces caliente de los animales, y confeccionaban con ella diversos platos.

No debe creerse, sin embargo, que carecían de las clases de alimentos más ligeros y aceptables para nosotros. Los mares y los ríos les proporcionaban pescados, cuya carne comían, aunque muchas veces en tal estado de

descomposición, que para nosotros sería de lo más repugnante. Cultivaban en grande escala diferentes granos con los que hacían pan y bollos; también tenían leche, frutas y legumbres.

Verdad es que una pequeña parte de los habitantes no adoptó jamás aquellas repugnantes costumbres. Entre éstos se hallaban los reyes y emperadores Adeptos y los sacerdotes iniciados de todo el imperio, cuyos hábitos respecto de la comida eran por completo vegetarianos; pero muchos de los consejeros y dignatarios de la corte, afectando preferir la alimentación más pura, se entregaban muchas veces en secreto a sus gustos más groseros.

Tampoco fueron desconocidas en aquellos tiempos las bebidas alcohólicas. En una época estuvieron muy en boga los licores fermentados de una clase muy potente, pero como los que los bebían llegaban a un estado de excitación peligrosa, se promulgó una ley prohibiendo en absoluto su uso.

Las armas de guerra y de caza fueron muy distintas en las diversas épocas. Las espadas y lanzas, y los arcos y flechas, fueron por regla general las armas de los rmoahals y de los tlavatli. Los animales que cazaban en aquellos primeros tiempos eran mamíferos de pelo largo y lanoso, elefantes e hipopótamos. Abundaban también los marsupiales, así como los supervivientes de los tipos intermedios, siendo algunos medio reptiles y medio mamíferos, otros medio reptiles y medio aves.

El uso de los explosivos se adoptó desde los tiempos primitivos, y fue llevado a una gran perfección posteriormente. Algunos parecen que estallaban por el choque, otros después de cierto intervalo de tiempo, pero en ambos casos la destrucción de la vida era ocasionada al parecer por el desprendimiento de un gas venenoso, y no por el choque de balas.

Tan poderosos parecen que llegaron a ser estos explosivos en los últimos tiempos atlantes, que compañías enteras de hombres eran destruidas en las batallas por el gas venenoso que se desprendía con la explosión, sobre sus cabezas, de una de estas bombas lanzadas por algún mecanismo de palancas.

Pasemos ahora al sistema monetario. Durante las tres primeras subrazas, en todo caso, no se conoció nada que se pareciera a la moneda del estado, pero sí pequeños pedazos de metal o de cuero, que tenían estampado un valor determinado, y que se usaban como garantía. Estaban perforados por el centro, y los engarzaban juntos, llevándolos generalmente a guisa de cinturón.

Cada hombre era, por decirlo así, su propio acuñador; pero la moneda de metal o de cuero que fabricaba, y que entregaba a cambio de otros valores, constituía solamente el reconocimiento personal de una deuda, lo mismo que entre nosotros un pagaré. Ningún hombre podía fabricar mayor cantidad de tales garantías, que las que pudiese redimir con otros valores de que estuviese en posesión. Estas garantías no circulaban como nuestra moneda; pero el tenedor de ellas podía calcular con perfecta exactitud los recursos de su deudor, con la facultad de la clarividencia que todos los hombres tenían entonces, más o menos desarrollada, y que en caso de duda ejercitaban para asegurarse de los hechos.

Debemos decir, sin embargo, que en los últimos tiempos de Poseidón se adoptó un sistema parecido al corriente entre nosotros, siendo la triple montaña que se veía desde la gran capital del Sur, la representación favorita empleada en la moneda del Estado.

Pero lo más importante de la clase de asuntos de que vamos a tratar, es lo referente a la propiedad territorial. Entre rmoahales y los tlavatlis, que vivían principalmente de la caza y de la pesca, no tenía naturalmente razón de ser aquella propiedad, si bien en los días de los tlavatlis se empleaba cierto sistema de cultivo en las aldeas.

Con el aumento de población, y con la civilización de los primeros tiempos toltecas, fue cuando la tierra empezó a tener valor. No nos proponemos describir el sistema o la falta de sistema que prevaleció en los tumultuosos tiempos anteriores al advenimiento de la Edad de Oro, pero los anales de esta época presentan a la consideración, no sólo de los economistas, sino de todos los que se interesan por el bienestar humano, un asunto del mayor interés e importancia.

Se recordará que la población había aumentado constantemente, y que bajo el gobierno de los Adeptos emperadores había alcanzado la elevadísima cifra antes mencionada; sin embargo la pobreza y la necesidad eran estados que ni aún se soñaban en aquellos tiempos; y este bienestar social era indudablemente debido, en parte, al sistema terrateniente.

No sólo pertenecían al emperador todas las tierras y sus productos, sino también todos los ganados. El país estaba dividido en diferentes provincias o distritos, cada uno de los cuales tenía a su frente uno de los reyes Subalternos o virreyes, nombrados por el emperador. Cada uno de estos virreyes era responsable del gobierno y bienestar de todos los habitantes que estaban bajo su mando. La labranza de las tierras, la recolección de las cosechas y los pastos de los ganados, estaban dentro de la esfera de su inspección, así como la dirección de los experimentos agrícolas en que ya nos hemos ocupado.

Cada virrey se hallaba rodeado de cierto número de consejeros y coadjutores, los cuales tenían, entre otros deberes, el de estar bien versados en astronomía, que no era en aquellos días una ciencia estéril. Se estudiaban y utilizaban las influencias ocultas sobre plantas y animales. Igualmente no era raro el poder de producir la lluvia a voluntad, así como más de una vez se neutralizó, en parte, los efectos de una época glacial en las regiones del Norte del continente, por medio de la ciencia oculta. Se calculaba con exactitud el día preciso en que debían principiar las operaciones de la agricultura, y esto lo verificaban los funcionarios que tenían por obligación inspeccionar todos los detalles.

Lo que se producía en cada distrito o reino, se consumía por regla general en el mismo; pero a veces se establecía un cambio de productos agrícolas entre los gobernantes.

Después de apartar una pequeña porción para el emperador y el gobierno central de la «Ciudad de Oro», todo el producto restante del distrito o reino se distribuía entre sus habitantes, recibiendo naturalmente el virrey local y sus funcionarios las participaciones mayores, al paso que el último de los trabajadores agrícolas obtenía lo suficiente para asegurar su bienestar, todo aumento en la producción de la tierra o en el rendimiento de la riqueza mineral, era dividido proporcionalmente entre los interesados, por lo que todos tenían interés en hacer que el resultado de sus trabajos combinados fuese lo más lucrativo posible.

Este sistema funcionó admirablemente durante un larguísimo período; pero a medida que pasó el tiempo, sobrevinieron el descuido y el lucro personal. Los que tenían el deber de inspeccionar, se fueron descartando más y más de la responsabilidad, la cual imponían a sus subordinados, y con el tiempo se hizo raro que los gobernantes interviniesen o se interesasen por sí mismos en ninguna de aquellas operaciones. Este fue el principio de los malos tiempos.

Los individuos de la clase dominante que antes dedicaban todo su tiempo a los deberes del Estado, principiaron a ocuparse en llevar una vida más agradable, y el lujo comenzó a desenvolverse.

Había una causa que especialmente producía gran descontento entre las clases inferiores. Ya hemos mencionado el sistema bajo el cual se educaba en las escuelas técnicas a la juventud de la nación. Ahora bien; un individuo de la clase superior, cuyas facultades psíquicas habían sido debidamente cultivadas, estaba encargado de la selección de los niños, de manera que cada uno de estos recibiese la educación y se le destinase a la ocupación más adecuada a su naturaleza.

Pero cuando los que poseían la visión clarividente, único medio por el cual era posible hacer semejante selección, delegaron sus deberes en subalternos que carecían de tales facultades psíquicas, el resultado fue que muchas veces los niños eran lanzados por sendas contrarias, y aquellos cuyas aptitudes e inclinaciones se dirigían en determinado sentido, se encontraban sujetos a menudo por toda su vida a una ocupación contraria a sus gustos, y en la que, por tanto, rara vez adelantaban.

Los sistemas de propiedad territorial que surgieron en diferentes partes del imperio, cuando terminó la gran dinastía tolteca, fueron muchos y muy diversos; más no creemos necesario describirlos. En los últimos días de Poseidón, habían sido ya generalmente reemplazados por el sistema de la propiedad individual que nos es conocida.

Ya hicimos referencia en el tratado de «Emigraciones», al sistema territorial que prevaleció durante el glorioso período de la historia peruana, cuando dominaban los Incas hace 14.000 años.

Será interesante un corto resumen de él, porque muestra su origen, así como da ejemplo de las variaciones que se introdujeron en este sistema, algún tanto más complicado.

Toda propiedad de la tierra era del dominio eminente del Inca, pero estaba asignada la mitad a los cultivadores, los cuales constituían la masa de la población. La otra mitad se dividía entre el Inca y el orden sacerdotal dedicado al culto del Sol.

Con los productos de las tierras que le correspondían, tenía el Inca que sostener el ejército, construir y conservar los caminos de todo el imperio, y atender a todo el mecanismo del gobierno.

Éste era dirigido por una clase especial más o menos relacionada con el mismo Inca, y representaba una civilización y cultura muy por encima de la gran masa de la población.

De la cuarta parte restante, las «tierras del Sol» no sólo se mantenían los sacerdotes a cuyo cargo estaba el culto público, sino que también servía para proveer a la educación del pueblo en escuelas y colegios, para socorrer a todas las personas enfermas o inútiles, y finalmente, para el mantenimiento de todos los habitantes (salvo la clase gobernante, para la cual no había cesación de trabajo), que llegaban a los cuarenta y cinco años de edad en que debían terminar las tareas rudas y principiar la vida de descanso y bienestar .

RELIGIÓN

El único punto que nos queda por tratar, es la evolución de las ideas religiosas. Entre las aspiraciones espirituales de una raza tosca pero sencilla, y el culto degradado de una gente intelectual, pero espiritualmente muerta, hay un abismo que sólo puede llenar el término religión en su más amplia acepción. Sin embargo, hay que trazar en la historia del pueblo atlante este proceso consecutivo de generación y degeneración.

Se recordará que el gobierno bajo el que surgió la existencia de los rmohales, fue descrito como el más perfecto concebible, pues hacia de rey el Manú mismo.

La memoria de este gobernante divino se conservó en los anales de la raza, ya su debido tiempo llegó a ser considerado como un dios entre unas gentes que eran psíquicas por naturaleza, y que, por tanto, alcanzaban vislumbres de los estados de conciencia que transcienden al nuestro de vigilia ordinario. Con esta calidad superior era llano que esta gente primitiva adoptase una religión que, si bien no representaba una elevada filosofía, estaba por lo menos alejada del tipo de religiones innobles. Andando el tiempo, esta fase de creencia religiosa pasó a ser una especie de culto a sus mayores.

Los tlavatlis, al paso que heredaron la reverencia tradicional y el culto al Manú, fueron enseñados por Adeptos instructores en la existencia de un Ser Supremo cuyo símbolo reconocían en el Sol.

De este modo desarrollaron una especie de culto solar que practicaban en las cumbres de las montañas. Allí construían grandes círculos con monolitos verticales, destinados a simbolizar el curso anual del Sol; pero a la vez se empleaban con fines astronómicos. Estaban puestos de manera que para la persona colocada en el altar mayor, el sol salía en el solsticio de invierno, detrás de uno de estos monolitos, y en el equinoccio vernal detrás de otro, y así sucesivamente todo el año.

Estos círculos de piedra servían también para ayudar a hacer observaciones astronómicas de carácter más complejo, relacionadas con constelaciones más distantes.

Ya hemos visto, al tratar de las emigraciones, que una subraza posterior, los acadios, imitaron en la erección de Stonehenge esta primitiva construcción de monolitos.

Aunque los tlavatlis estaban dotados de una aptitud algún tanto más aventajada por el desarrollo intelectual que la subraza anterior, su culto, sin embargo, era aun de un tipo muy primitivo.

Con la mayor difusión de los conocimientos en los días de los toltecas, y especialmente con el establecimiento ulterior de un sacerdocio iniciado, y de un emperador Adepto, tuvieron aquellas gentes mayores medios de alcanzar un concepto más verdadero de lo divino. Los poco aptos para aprovecharse por completo de la enseñanza que se les daba, después de haber sido puestos a prueba, eran admitidos en las filas sacerdotales que constituían entonces una inmensa fraternidad oculta. Mas con éstos que se habían elevado sobre la masa de la humanidad, hasta el punto de principiar su marcha por el sendero oculto, nada tenemos que ver aquí, pues el asunto de nuestras investigaciones no va más allá de los límites de las religiones que practicaban los habitantes de la Atlántida.

Las muchedumbres de aquellos tiempos carecían de aptitudes para elevarse a las alturas del pensamiento filosófico, como sucede aún hoy a la mayor parte de los habitantes del globo. Todo lo más que podía hacer el instructor más inspirado para darles una idea acerca de la inefable y omnipresente esencia del Cosmos, era presentársela en forma de símbolos, y como es natural, el sol fue el primer símbolo adoptado.

Al modo que sucede en nuestros días, podían percibir entonces a través del símbolo los entendimientos más cultivados y espirituales, y elevarse algunas veces en alas de la devoción al Padre de nuestros espíritus, «Centro y motivo de nuestras almas Término y refugio de nuestro viaje»; mientras que la multitud más grosera no veía nada más que el símbolo, y lo adoraba, de la misma manera que la esculpida Madona o la imagen de madera del crucificado son hoy adorados en la Europa católica.

La adoración del Sol y del fuego se convirtió entonces en culto, para cuya celebración se erigieron magníficos templos en toda la extensión del continente atlante, pero más especialmente en la gran «Ciudad de las Puertas de Oro», estando su servicio a cargo de sacerdotes que el Estado nombraba con este objeto.

En aquellos tiempos primitivos, no se permitía imagen alguna de la Divinidad. El disco del sol era considerado como el único emblema propio de la misma, y como tal era usado en todos los templos. Generalmente se colocaba un disco de oro de modo que recogiese los primeros rayos del sol naciente, en el equinoccio de primavera o en el solsticio de verano.

Un ejemplar interesante de la supervivencia casi pura de este culto del disco del Sol, podría presentarse en las ceremonias de Shinto en el Japón. Toda otra representación de la deidad es considerada en esta creencia como impía, y

hasta el espejo circular de metal pulimentado se halla oculto a la vista del vulgo, excepto en las ceremonias. Sin embargo, al revés de las vistosas decoraciones de los atlantes, los templos de Shinto se caracterizan por la completa ausencia de decorado, pues carecen sus exquisitas obras de madera de todo grabado, pintura o barniz.

Pero no siempre fue el disco del Sol el único emblema permitido de la Divinidad. La imagen del hombre -el hombre arquetipo- fue en días posteriores colocada en los altares y adorada como la representación más elevada de lo divino. En cierto modo pudiera esto considerarse como una reversión al culto rmoahal del Manú. Aún entonces la religión era relativamente pura, y la fraternidad oculta de la «Buena Ley» hacía cuanto le era dable para mantener activa en los corazones la vida espiritual. Aproximábanse, no obstante, los tiempos en que no iba a quedar idea alguna altruista que salvase a la raza del principio de egoísmo en que estaba destinada a despeñarse. El decaimiento de la idea ética fue el preludio necesario de perversión espiritual. El hombre sólo luchaba para sí mismo, y sus conocimientos fueron empleados en fines puramente egoístas, hasta que se arraigó la creencia de que nada había en el universo más grande y elevado. Cada hombre era su propia «Ley, Señor y Dios», y el mismo culto de los templos dejó de ser el culto de un ideal, convirtiéndose en la mera adoración del hombre, tal como se le conocía y se le veía. Según está escrito en el Libro de Dzyan: «Entonces la Cuarta creció en orgullo. Somos los reyes, dijeron; somos los Dioses... Construyeron ciudades enormes. De tierras y metales raros las construyeron, y de los fuegos vomitados, de la piedra blanca de las montañas y de la piedra negra, labraron sus imágenes a su tamaño y semejanza y las adoraron.» Colocáronse urnas en los templos, en donde la estatua de cada hombre, construida de oro o plata, o labrada en piedra o en madera, era adorada por él mismo. Los individuos más ricos sostenían corporaciones de sacerdotes para el culto y cuidado de sus urnas, los cuales hacían ofrendas a estatuas, como si fuesen Dioses. La apoteosis del Yo no podía ir más lejos.

Debe tenerse presente que toda idea verdaderamente religiosa que haya tomado asiento en la mente del hombre, le ha sido sugerida de modo consciente por los Instructores divinos, los Iniciados de las Logias Ocultas, los cuales, a través de todas las edades, han sido siempre los guardianes de los misterios divinos y de las verdades de los estados suprasensibles de la conciencia.

La humanidad, por regla general, sólo de un modo lento ha llegado a ser capaz de asimilarse unas pocas de estas ideas divinas, al paso que la causa de los desarrollos monstruosos y de las repugnantes deformidades que todas las religiones de la tierra atestiguan, deben buscarse en la propia naturaleza inferior del hombre. En verdad, parece que no siempre se le ha podido confiar el conocimiento de los meros símbolos, bajo los cuales se hallaba velada la luz de la Divinidad; aunque en los días de la supremacía turania algunos de estos conocimientos fueron indebidamente divulgados.

Hemos visto cómo los atributos del Sol, productores de vida y de luz, fueron usados en los tiempos primitivos como símbolo, para presentar a la inteligencia de aquellas gentes todo lo que eran capaces de concebir sobre la gran Causa

Primera. Pero entre las filas del sacerdocio se conocían y guardaban otros símbolos de significación mucho más profunda y real.

Uno de éstos era el concepto de una Trinidad en la Unidad. Las Trinidades de la más sagrada significación no eran jamás divulgadas; pero la Trinidad que personificaba los poderes cósmicos del universo, como Creador, Conservador y Destructor, se hizo pública de un modo irregular en los tiempos turanos. Esta idea fue aún más materializada y degenerada por los Semitas, que la convirtieron en una Trinidad antropomórfica, formada de Padre, Madre e Hijo.

De otro desarrollo más terrible de los tiempos turanos debemos dar cuenta. Con la práctica de la hechicería, muchos de los habitantes habían venido en conocimiento de la existencia de elementales poderosos, entidades que debían a aquellos su ser, o cuando menos estaban animadas por sus poderosas voluntades, las cuales, dirigidas hacia fines maléficos, producían elementales con poder y malignidad. De tal modo se habían degradado entonces los sentimientos de reverencia y adoración del hombre, que llegaron a adorar talmente estas creaciones semiconscientes de sus propios malignos pensamientos. El ritual del culto de estos seres fue desde un principio el derramamiento de sangre, y cada sacrificio ejecutado en sus santuarios, daba vitalidad y persistencia a estas creaciones vampíricas. Tan es así, que aun hoy día, en diversas partes del mundo, duran los elementales formados por la voluntad poderosa de aquellos antiguos brujos de la Atlántida, e imponen su tributo a aduares inofensivos.

Aunque los brutales turanos inauguraron y practicaron en grande escala estos sangrientos ritos, no parece, sin embargo, que llegase el contagio a otras subrazas, aunque los sacrificios humanos no dejaron de ser comunes entre algunas tribus semitas.

En el gran imperio tolteca de México, el culto del Sol de sus antepasados era aún la religión nacional, al paso que sus ofrendas, que nada tenían de sangrientas, a su benéfica Deidad Quetzalcoatl, consistían puramente en flores y frutas. Sólo con la irrupción de los salvajes aztecas, fue reemplazado el inofensivo ritual mexicano por la sangre de los sacrificios humanos, que empapaba los altares de su dios de la guerra. Huitzilopochtli; y puede considerarse el arrancar los corazones a las víctimas en la cúspide del Teocalli, como resto directo del culto a los elementales de sus antecesores turanos de la Atlántida.

Se ve, pues, que lo mismo que en nuestros días, la vida religiosa de los pueblos comprendía entonces las formas más variadas de creencias y cultos. Desde la escasísima minoría, que aspiraba a la iniciación y estaba en contacto con la vida espiritual superior -los que sabían que la buena voluntad hacia todos los hombres, el dominio del pensamiento y la pureza de vida y de obra eran preliminares necesarios para alcanzar los más elevados estados de conciencia y los más extensos horizontes de visión- había innumerables maneras de cultos, más o menos ciegos, de los poderes cósmicos o de dioses antropomórficos, hasta llegar al ritual más degradado y también más extendido,

de la adoración de sus propias imágenes, y a las ceremonias cruentas del culto a los elementales.

Téngase presente que en todo lo que venimos exponiendo, tratamos solamente de la raza Atlante, y por tanto, estaría fuera de lugar cualquier referencia a cultos aún más degradados que, todavía por entonces, existían (y aun existen hoy) entre los envilecidos descendientes de los lemures.

Así continuaron a través de los siglos todos los rituales compuestos para celebrar estas diversas formas de culto, hasta la sumersión final de Poseidón, a cuyo tiempo las huestes innumerables de los emigrados atlantes habían ya establecido en tierras extranjeras los diferentes cultos del continente-madre.

El seguir en detalle el desarrollo y progreso de las religiones arcaicas, que han florecido en tiempos históricos bajo formas diversas y antagónicas, sería empresa de grandes dificultades; pero tal es la luz que arrojaría este estudio sobre asuntos de importancia trascendental, que es posible que nos determinemos a intentarlo.

Finalmente, sería inútil tratar de resumir lo que es ya por sí un resumen demasiado concreto.

Esperemos más bien que lo relatado se ofrezca como texto del que puedan derivarse las historias de las diferentes hijuelas de las varias subrazas; historias que podrán examinar analíticamente los desarrollos políticos y sociales, que aquí apenas hemos esbozado de la manera más rudimentaria.

Una palabra más, sin embargo, puede aún decirse acerca de la evolución de esta raza: el progreso que toda la creación, con la humanidad a su cabeza, está siempre destinada a llevar a cabo centuria tras centuria, milenio tras milenio, manvantara tras manvantara, y Kalpa tras Kalpa.

La bajada del espíritu a la materia -polos opuestos de la substancia una y eterna- es el proceso que ocupa la primera mitad de cada ciclo. Ahora bien, el período que hemos estado considerando en las páginas que anteceden, el período durante el cual la raza Atlante hizo su carrera, fue precisamente el punto medio, o punto de retorno del manvantara presente

El proceso de evolución que en la actualidad efectúa nuestra Quinta Raza -la vuelta, esto es, la espiritualización de la materia- sólo se dio en aquellos tiempos en algunos casos individuales y aislados, precursores de la resurrección del espíritu.

Pero el problema cuya solución indudablemente esperan todos los que hayan seguido con atención este relato, es el contraste sorprendente de las cualidades que poseía la raza Atlante; pues al lado de sus brutales pasiones y de sus degradantes inclinaciones animales, se notan sus facultades psíquicas y su intuición semidivina.

Ahora bien; la solución de este enigma, aparentemente insoluble, se cifra en el hecho de que estaba entonces en sus comienzos la construcción del puente, el puente de Manas, la mente, destinada a unir en el individuo perfecto las

fuerzas del animal que evoluciona en sentido ascendente, y el espíritu divino que involuciona en dirección descendente. El reino animal de hoy muestra un campo natural en donde aún no ha comenzado la construcción de este puente, y hasta en la misma humanidad de los tiempos atlantes la conexión era tan ligera, que las cualidades espirituales tenían muy poco poder dominador sobre la naturaleza animal inferior. La poca mentalidad que poseían aquellos hombres, bastaba para aumentar el placer en la satisfacción de los sentidos; mas no era suficiente para avivar las facultades espirituales que aún dormitaban, pero que han de convertirse en dueño absoluto en el individuo perfecto. La metáfora del puente puede llevarnos un poco más lejos, si lo consideramos al presente en curso de ejecución, y destinado a permanecer incompleto, por lo que hace a la generalidad de los hombres, durante milenios sin cuento; en una palabra, hasta que la humanidad haya recorrido otra vez el círculo de los siete planetas y la gran Ronda Quinta esté a la mitad de su carrera.

Aunque fue en la última mitad de la Tercera Raza Raíz, y al principio de la Cuarta, cuando los Manasaputras descendieron para dotar de mente a la masa humana, que aún carecía de chispa, sin embargo, tan débilmente ardió la luz durante todos los tiempos atlantes, que puede decirse ser pocos los que alcanzaron los poderes del pensamiento abstracto. Por otra parte, el funcionamiento de la mente sobre las cosas concretas, estaba bien dentro de su alcance, y según hemos visto en los intereses prácticos de su vida diaria, especialmente cuando sus facultades psíquicas se dirigían hacia los mismos objetos, fue donde obtuvieron tan notables y estupendos resultados.

Hay también que tener presente que Kama, el cuarto principio, llegó naturalmente a su punto culminante de desarrollo en la Cuarta Raza. Esto explica la profundidad de la grosería animal, a que descendieron, al paso que la aproximación del ciclo a su nadir acentuaba inevitablemente este movimiento de descenso; de modo que poco debe sorprender la pérdida gradual que experimentó la raza de sus facultades psíquicas, y su caída en el egoísmo y el materialismo.

Más bien debiera esto considerarse como parte del gran proceso cíclico sometido a la eterna Ley.

Todos hemos pasado por aquellos malos días, y las experiencias que entonces acumulamos, han servido para constituir el carácter que hoy poseemos. Pero un sol más esplendente que el que alumbró la senda de nuestros antepasados atlantes, brilla hoy para la raza Aria. Menos dominados por las propensiones de los sentidos, más abiertos a la influencia de la mente, los hombres de nuestra raza han alcanzado y están alcanzando un conocimiento más firme, a la vez que mayor desarrollo intelectual. Este arco ascendente del gran ciclo Manvantárico, llevará, naturalmente, un número cada vez mayor de seres hacia la entrada del Sendero Oculto, y prestará más y más atracciones a las oportunidades trascendentales que ofrece para la constante fortaleza y purificación del carácter: fortaleza y purificación que no estarán dirigidas por el mero esfuerzo espasmódico, continuamente interrumpido por atenciones que le distraen, sino guiadas y guardadas por los Maestros de Sabiduría, de modo

que la subida, una vez iniciada, no torne a ser vacilante e incierta, sino que lleve derechamente a la gloriosa meta.

También las facultades psíquicas y la intuición casi divina perdidas algún tiempo, pero legítima herencia de la raza, sólo esperan el impulso individual del que regresa, para dar al carácter una fuerza de penetración más profunda y poderes más trascendentales.

De este modo se irán haciendo cada vez más nutridas las filas de los Adeptos instructores –los Maestros de Sabiduría– y aún entre nosotros hoy día debe haber seguramente algunos, no distinguibles, salvo por el entusiasmo perseverante de que están animados, los cuales, antes de que la próxima Raza Raíz surja sobre el planeta, llegarán a su vez a ser Maestros de Sabiduría, para ayudar a aquélla en su progresión ascendente.